

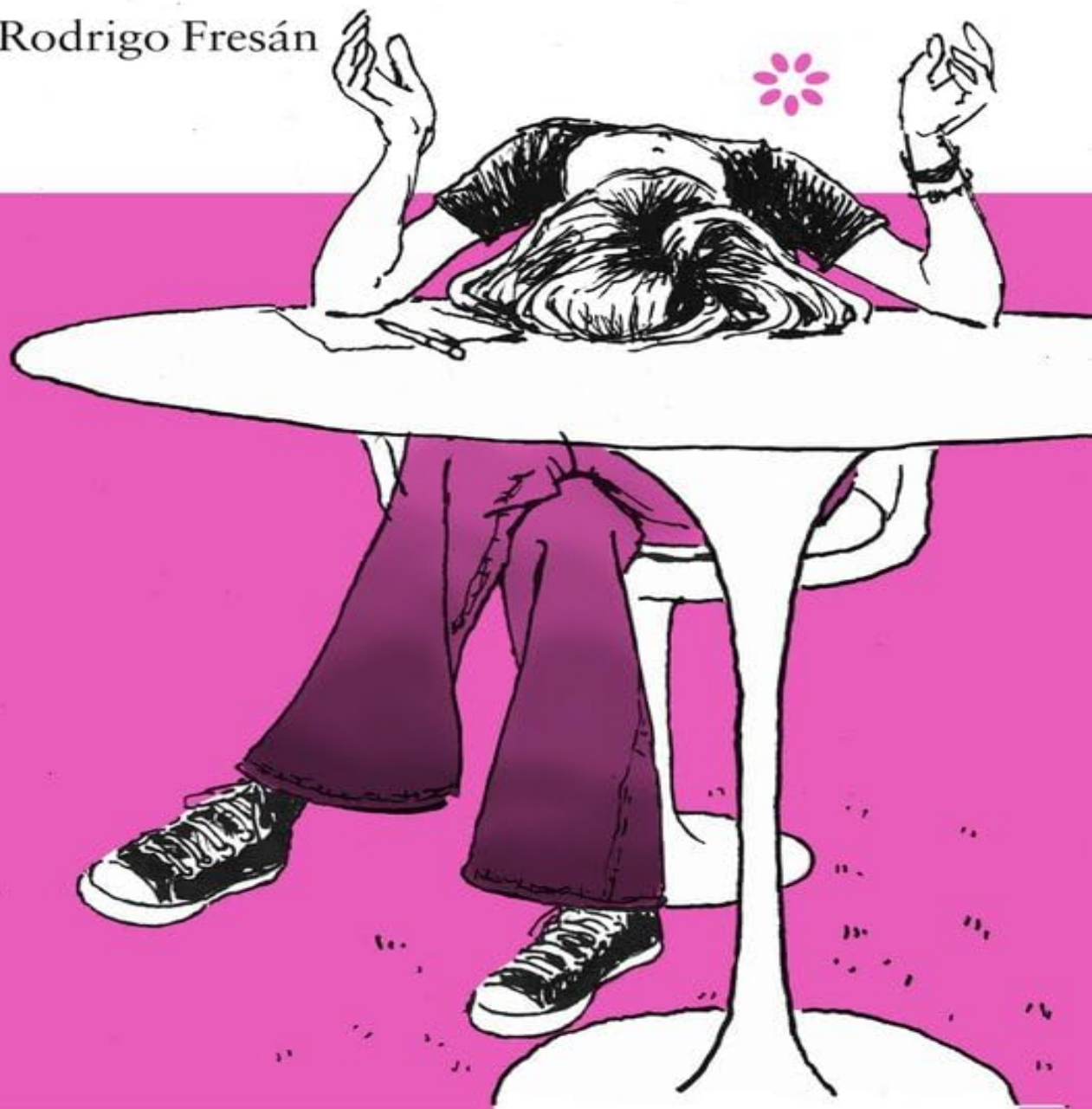
Libros del Asteroide



Gail Parent

Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York

Prólogo de Rodrigo Fresán



Libros del Asteroide 

Gail Parent

Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York

Traducción de Zulema Couso



Gail Parent

Sheila Levine está muerta
y vive en Nueva York

Prólogo de Rodrigo Fresán

Traducción de Zulema Couso

Libros del Asteroide 

Título original: *Sheila Levine is Dead and Living in New York*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1972 by Gail Parent

Published by arrangement with The Overlook Press,
Peter Mayer Publishers, Inc.

© del prólogo, Rodrigo Fresán, 2015

© de la traducción, Zulema Couso, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-59-7

Diseño de cubierta: Jordi Duró

Diseño de colección: Enric Jardí

Prólogo

GIRL, o El Lamento de Sheila

UNO En su monumental y exhaustivo, y discutible pero interesante, ensayo *The Seven Basic Plots: Why We Tell Stories* (2004), el inglés Christopher Booker propone y hasta más o menos prueba que toda la historia de la humanidad —y todas las historias de la literatura en particular y de la ficción en general— giran alrededor de variaciones compuestas con siete notas/temáticas inevitables y paradigmáticas y genéricas siguiendo preceptos de Carl Jung.

A saber: 1) vencer al monstruo; 2) ir de pobre a rico o viceversa; 3) la búsqueda; 4) la comedia; 5) la tragedia; 6) el renacimiento, y 7) el viaje de la sombra hacia la luz.

Y eso es todo, amigos.

En más de una ocasión —casi siempre— estos ingredientes se combinan y se funden y se potencian los unos a los otros en subtramas igualmente arquetípicas y míticas y clásicas.

Una de ellas, sí, es la de la chica que llega a la gran ciudad (o sube de un barrio a otro y pasa de este trabajo a aquel) en busca de éxito y marido, sin importar el orden de los factores pero sumando y restando positiva y negativamente.

Y —seguro que si se busca en el Antiguo Testamento se encuentra más de una— si esa chica es judía, mejor.

DOS Mucho después de la Lily Bart y la Undine Spragg de Edith Wharton, de la Caroline «Sister Carrie» Meeber de Theodore Dreiser, de la Marjorie «Morningstar» Morgenstern de Herman Wouk y de la Holly Golightly de Truman Capote; pero bastante antes de la Isadora Zelda White Stollerman Wing de Erica Jong, de la Emma Gennaro de Wilton Barnhardt, de la Bridget Jones de Helen Fielding, de la Carrie Bradshaw de Candace Bushnell, de la Hannah Helene Horvath de Lena Dunham, y de la Frances Ha de Noah Baumbach, estuvo y está y estará la Sheila Levine de Gail Parent.

Y, de acuerdo, las idas y los idus de Sheila no son *tan* trágicos como los de las chicas de Wharton y Dreiser; pero también es cierto

que lo suyo (su cuerpo) tiene mayor peso dramático y cómico que lo de Bridget y Hannah. Y que su armario alberga muchos menos pares de zapatos que el de Carrie.

Sin embargo, imposible desentenderse de su importancia como gran bisagra/colchón entre las puertas de aquellas y las camas de estas. Y de la influencia que tuvo en su momento y sigue teniendo su voz y su prosa y su impecable sentido narrativo.

Porque, sí, mucho después de Dorothy Parker y de Fanny Bryce y de Lucille Ball pero, también, mucho antes que Anne Beattie y Lorrie Moore¹ y Tama Janowitz y Amy Hempel y Lydia Millet, y más o menos limitando con esas viñetas autobiográficas como capítulos sueltos de un manual de supervivencia para hembras de Nora Ephron y Fran Lebowitz, estuvo y está y sigue estando Gail Parent.

Parent (nacida en Nueva York en 1940 y bautizada como Gail Postner, hija de un matrimonio acomodado) comenzó, mientras estudiaba teatro en la universidad, junto a su compañero de curso Kenny Solms, escribiendo y vendiendo chistes por cinco dólares cada uno a comediantes de clubs nocturnos. Y luego, casi enseguida, Parent se formó y deformó en el mundo de la televisión. Y contribuyó a reinventar el concepto de *sitcom* tal como hoy lo conocemos. Parent era el ácido ingenio detrás de los sketches de *The Carol Burnett Show*, la elegancia un tanto ingenua de los guiones de *The Mary Tyler Moore Show*² y de su *spin-off* amigüístico *Rhoda*,³ así como el motor loco de ese fenómeno de culto que fue *Mary Hartman, Mary Hartman*⁴ y el más amable y más exitoso humor geriátrico pero vitalista de *The Golden Girls*.⁵

Y todo eso se nota mucho y se disfruta aún más en *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York*,⁶ escrita a lo largo de un año y medio en los *backstages* y camerinos de Carol Burnett, y *best seller* triunfal de 1972.⁷ Porque la voz de Sheila y su tempo narrativo y su formato (supuesta carta de suicida cansada de todo y de todos, ella incluida) es un impecable e implacable monólogo *stand-up* pero acostado, a la espera de que los demasiados somníferos hagan efecto, y armado en sucesivas y brillantes *set-pieces* temáticas/circunstanciales arrancando ya con un gran gag: «Me voy

a suicidar. ¿QUIÉN QUIERE VIVIR EN UN MUNDO EN EL QUE UN HOMBRE MIENTE SOBRE LAS CALORÍAS?». ».

No es casual que Parent, como monologuista, haya sido invitada al *The Tonight Show* de Johnny Carson. Y que lo suyo, en letras, suene como una versión doméstica y domesticada pero igual de vitriólica que los huracanes verbales del desaforado Lenny Bruce o las fobias y blues de Alexander Portnoy (su nombre y el de ese otro best seller no es casualmente invocado en las primeras páginas del lamento de Sheila) a la hora de reírse de y hacer reír con la condición judía y sus alrededores.⁸

Pero la dicción de Sheila trasciende lo étnico y forma parte, también, de la gran tradición de la primera persona del singular dentro de la narrativa norteamericana. Así, Sheila desciende también de la inocencia culpable Huckleberry Finn, de la ambigüedad del testigo gats-byano Nick Carraway, del sarcasmo casi asesino de Holden Caulfield⁹ y, por supuesto, de las criaturas del ya invocado Philip Roth y de Bruce Jay «Stern» Friedman y de Joseph «Yossarian/Slocum» Heller y Woody «Woody Allen» Allen.

¿Cómo lo hace Parent? ¿Cómo lo padece Sheila?

Fácil en apariencia pero no tanto: la novela funciona casi como una larga nota al pie y comentario vencido y resignado a ya por entonces casi antigüedades como *Sex and the Single Girl* de Helen Gurley Brown (1962), a los ya no tan amorosos y libres *tractates* de la época (esos primeros años setenta donde la Era de Acuario va mutando a la Era de Cáncer), y a esas páginas satinadas de *Cosmopolitan* leída a escondidas y metida dentro de la *Ms.* de Gloria Steinem, nacida un año después de esta Levine que solo aspira a ser una *Mrs.* y cambiar de apellido.

En resumen: más allá de su modernidad y compulsión rupturista y transgresora, si le dan a elegir, Sheila quiere ser más Doris Day que Barbra Streisand. Sheila no quiere escribir un libro: Sheila quiere un marido que sea escritor. Y que le dedique un libro. Varios. Muchos. A ella y a sus hijos.¹⁰

Sheila quiere ser una madre judía no exactamente como su madre judía, pero aun así...

Y la intención primera y primaria de Parent —quien se casó a los veintiún años— era la de analizar esa compulsión por conseguir anillo y marido lo más rápido posible. «Por aquellos años, se cuestionaba por primera vez todo ese concepto automático y reflejo de ser ama de casa y madre lo más pronto posible. A mí se me presionó en ese sentido, y entonces yo quise mostrar cuán absurdo era eso», recordó Parent en una reciente entrevista.

Así, como suele ocurrir con toda buena novela, el debut literario de Parent es una gran novela histórica y sociológica (e histérica e ilógica) que dice mucho de una época y de la situación de la mujer por entonces. Más allá de ciertos detalles puntuales,¹¹ todo aquí continúa vigente mal que le pese a esos lectores que dejan *comments* en la librería virtual Amazon.com y que condenan a Sheila como «triste, amarga y exasperante» y culpable de vivir y sufrir «sometida a ideales masculinos y misóginos» y hasta de ser «homofóbica».¹² Algunos van más lejos —muy lejos— y no dudan en bordarle a Sheila una letra escarlata y acusarla de «prostituta». Gente rara, sí.

Pero así es la vida y —aunque no tuvo que preocuparse por el sida y solo le dan ganas de vomitar cuando piensa en la inminente boda de su ex— lo cierto es que las fantasías de Sheila Levine entonces son exactamente las mismas que las de Anastasia Steele, ahora mismo, en *Cincuenta sombras de Grey*.

La única pequeña pero decisiva diferencia es que Sheila firmaría ese contrato que le ofrece el sádico y dominador millonario sin dudarle y sin siquiera leerlo.

La famélica y siempre a dieta Sheila, sí, solo quiere jugar a los juegos del hambre y a los juegos del hombre y a los juegos del hambre y del hombre.

Sheila no es una It Girl.

Sheila es una Eat Girl.

TRES Y aquí viene de nuevo. Parent —quien escribió algunas novelas más, un par de ellas muy graciosas, pero jamás a la altura de vértigo de esta— nunca hizo verdaderos los rumores de una secuela. Sí, en cambio, *Sheila* fue adaptada para la gran pantalla en una

versión lamentable y pasteurizada.¹³ Y, ay, Parent también es responsable, no hace mucho, del guion de una infame Disney-comedia con Lindsay Lohan: *Confessions of a Teenage Drama Queen*, basada en el *best seller* YA de Dyan Sheldon.

Pero todo está perdonado.

Por y gracias a la graciosa Sheila.

Por la mítica y legendaria y *basic* y fundamental y fundacional Sheila, viajando —Booker *dixit*— de la sombra hacia la luz, pero esa luz funeraria al final del túnel de la vida. Y se vuelve inmortal, al menos para nosotros.

En cualquier caso, su tradición está más que vigente en recientes novelas/diatriba como *Dear American Airlines* de Jonathan Miles, o *The Love Affairs of Nathaniel P.* de Adelle Waldman, o *To Rise Again at a Decent Hour* del gran Joshua Ferris, así como en *memoirs* con risas enlatadas de chicas complicadas y complicantes como Tina Fey y Amy Poehler.

Pero a no olvidarlo nunca, antes de todo y de todos estos y estas (y de los y las que vendrán), hubo una vez una chica llamada Gail sentada en la cocina de su casa una noche de sábado. Lo recordó Parent en un reportaje. Evocándolo como si fuese ayer. Allí estuvo, Gail, resignada a no tener cita ese fin de semana pero acaso ya sabiendo que vivirá para contarle por más que entonces se sienta morir. Ahí, Gail escuchando a su madre¹⁴ y su consejo: «Trata de no ser graciosa, Gail. Los hombres solo quieren tener una cita romántica y no pasársela riendo toda la noche».

Y Gail —por entonces Mrs. Postner, y regordeta, y acomplejada y sin novio a la vista, pero ya muy pero muy ingeniosa— no le hizo el menor caso a su madre.

CUATRO Gracias, Mrs. Postner.

RODRIGO FRESÁN

Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York

Para Lair

Los hechos

Hace unos años, en el East Side de Manhattan, no lejos de Bloomingdale's, un hombre abrió un negocio dedicado a la venta de batidos *light*, deliciosos batidos de chocolate con solo setenta y siete calorías. Te lo juro, a la hora de comer se formaba una fila de chicas jóvenes y gordas llegadas de todos los rincones que daba la vuelta a la manzana. ¡Semejante placer por solo setenta y siete calorías! Yo era una de las que cada día se tomaba dos a la hora de comer. Muchas de las chicas le preguntaron al dueño qué llevaba el batido pero él solo sonreía y respondía: «Un ingrediente secreto». Las chicas empezaron a dudar de que los batidos tuvieran solo setenta y siete calorías, así que formaron un comité y se dirigieron al ayuntamiento (o a donde sea que una vaya a quejarse), y la Agencia de Alimentación y Medicamentos (o quienquiera que se encargue de este tipo de cosas) investigó al dueño. ¡Resulta que los batidos *light* tenían más de doscientas ochenta calorías! ¿Cómo fue capaz? «¿Cómo ha podido mentirnos así?», clamaban las chicas.

Me voy a suicidar. ¿QUIÉN QUIERE VIVIR EN UN MUNDO EN EL QUE UN HOMBRE MIENTE SOBRE LAS CALORÍAS?

Sí, voy a ponerle fin a mi vida. Encontrarán mi cuerpo desplomado sobre esta nota de suicidio en mi pequeño y carísimo apartamento de una habitación. Mi padre la leerá y asentirá con la cabeza. Mi madre se la llevará a la cama y leerá un poco cada noche con un vaso de leche caliente mientras se pone crema antiarrugas y se masajea las manos y la cara. Mi hermana la leerá por encima y mis amigos... ¿Mis amigos? No, no tengo amigos de verdad. Lo siento.

Me llamo (¿llamaba?) Sheila Levine. ¿Sheila Levine? Alguien que se llama Sheila Levine no va por ahí suicidándose. El suicidio no es nada judío.

Cuando estaba viva, vivía en el número 211 de la calle Veinticuatro Este, y antes en la calle Sesenta y cinco Este, y antes en la Trece Oeste, y antes en Franklin Square, Long Island, y antes en Washington Heights. Lo que significa que solo hay unas cien mil chicas judías como yo. Exactamente iguales que yo, con melenas

que hay que alisar, narices que hay que enderezar, y todas buscando marido. TODAS BUSCANDO MARIDO. Pues bien, mis adorables judías, tengo buenas noticias para vosotras: a partir de ahora tendréis menos competencia, Sheila Levine ha decidido tirar la toalla. Se va a morir.

¿Por qué una buena chica judía haría algo tan tonto como suicidarse? ¿Por qué? Porque estoy cansada. Me he pasado diez años de mi vida intentando casarme, y estoy cansada. Ahora por fin sé que no lo voy a conseguir. Venga, seamos serios, nunca tuve ninguna posibilidad.

HECHO: Nacen ciento tres niñas por cada cien niños. Está claro, soy una de las tres niñas de más.

HECHO: Muchos chicos judíos, como Portnoy, crecieron con una relación de amor-odio con sus madres judías, por lo que se juraron casarse con chicas no judías. Así que resulto poco atractiva desde un punto de vista étnico. Las chicas rubias de pecho plano están de moda; las judías, polacas e italianas, no.

HECHO: Muchas chicas no judías quieren casarse con chicos judíos. Sus madres las animan porque los chicos judíos no beben, no van por ahí tonteando y son buenos maridos. Las chicas judías quieren casarse con chicos judíos por las mismas razones y porque los maridos judíos dejan a sus mujeres tener empleadas domésticas.

HECHO: Estamos en la era del judío homosexual. Han salido del armario más judíos que judías. ESTE PAÍS HA PERDIDO MÁS JUDÍOS POR LA HOMOSEXUALIDAD QUE POR CUALQUIERA DE LAS GRANDES GUERRAS.

HECHO: Hay más chicos que chicas que consideran el matrimonio demodé, pasado de moda. Movimiento de Liberación Femenina, siento decepcionarte, pero la mayoría de activistas desertaría de una reunión del grupo por una noche de bodas.

HECHO: Nueva York está plagada de miles de chicas en busca de marido, mucho más que de chicos en busca de esposas.

HECHO: SHEILA LEVINE NO SE VA A CASAR NUNCA. NUNCA TUVO NINGUNA POSIBILIDAD.

Así que, papá, es como si te escuchara decirle a mamá: «Vale, no se ha casado todavía. Pero ¿es eso tan malo como para hacerse algo tan terrible?». (Se ha suicidado, papá. Eso es la cosa tan terrible que me he hecho. Dilo, te sentirás mejor.)

Venga va, no seáis injustos. Mamá y tú fuisteis quienes me enseñaron lo importante que era casarse.

Fecha de nacimiento: 12 de agosto, hace treinta años... «Qué preciosidad de bebé»... «Manny, ¿es niña? Ya sabes lo que significa eso: te toca pagar la boda...» ¡Solo tenía un día! Solo tenía un día y ya estaban hablando de bodas. Tú escribiste la historia, mamá. «Llevé a Sheila al médico cuando tenía un mes porque se hizo un pequeño arañazo en la cara, y ya sabes lo que me preocupó por las caras. ¿Sabes lo que me dijo el médico? No se preocupe. No se preocupe en absoluto, Bernice. Para cuando se case, no se notará nada.» ¿Casada? Ya estamos otra vez, papá. ¡Que solo tenía un mes! Me educasteis bien. Me comprasteis muñecas y cocinitas y vajillas para que jugara a las casitas. Yo era la mamá, y Larry Singer el papá. «Míralos cómo juegan. ¿No sería estupendo que se casaran cuando sean mayores?» Ya sabes quién habla: la madre de la niña. Si escuchas la palabra «boda», siempre es la madre de la niña. Pero la culpa no es solo de los padres, he escuchado y leído la misma historia por todas partes: Dick y Jane¹⁵ tenían una mamá y un papá que estaban casados; en el arca de Noé eran todo parejas... Todo viene en pareja excepto Sheila Levine. «¿Qué quieres ser de mayor, Sheila?» «Quiero casarme y ser madre.» «Buena chica.»

Sí, aprendí ya de pequeña que lo mejor que podía hacer era casarme. Una madre judía quiere a sus hijos lejos del ejército y a sus hijas caminando hacia el altar. Desde la cuna escuchamos que el mejor día de sus vidas será cuando bailen en nuestras bodas. «Solo quiero vivir para ver casarse a mis hijas, entonces seré una mujer feliz.» Lo he intentado: he intentado casarme y tener una cama doble y toallas doradas y una cubertería de plata para doce comensales. Lo he intentado durante años y, ¿qué he conseguido? Tengo la vieja cama de mi casa, toallas con agujeros (porque las chicas solteras se compran blusas en vez de toallas), y cuatro tenedores (tres robados a mi madre y uno robado en Sardi's).

De los cuatro años a los veintiuno, incluido el episodio sobre cómo perdí la virginidad

A los cuatro años estaba locamente enamorada de Alan Hirsch, que estaba locamente enamorado de Cynthia Fishman. Jugaba a los médicos conmigo pero juraba que se casaría con ella cuando fueran mayores. A los cuatro años, ya era la otra. Debería haberme dado cuenta entonces. Pero no, aún tenía esperanzas.

A los siete, aunque no había ningún candidato a la vista, ya tenía mi boda planeada. Me quité los zapatos y me senté con mi mejor amiga, Ruthie, sobre su colcha blanca. Con la ayuda de Lydia Lane, una novia recortable, organizamos el gran día paso a paso. No me acuerdo de cada detalle pero sí de que Ruthie y yo queríamos tener una gran boda doble en la que caminaríamos bajo un arco de espadas en West Point. Ruthie sí se casó, pero fue bajo un dosel nupcial en la zona oeste del Bronx. No te culpo, Ruthie. No te culpo en absoluto. Enhorabuena, ojalá vivas para ver casarse a tus hijas.

A los catorce, ya sabía de qué iba el matrimonio y ya no hablaba del tema con Ruthie. La dejé en Washington Heights y me marché con mis adorados «juguetes de niña pequeña», aunque tuve que pelear para poder llevármelos a Franklin Square. «Para qué te los vas a llevar, Sheila. Ya no juegas con ellos.» Quería mis juguetes, madre, porque nos mudamos a un lugar desconocido y tenía miedo. Dejaste que Melissa se llevara los suyos. Pero Lydia Lane y todo su ajuar acabaron en la incineradora. ¿Un presagio?

Así que, a los catorce, me senté sobre mi colcha blanca con mi mejor amiga, Madeline (los nombres tenían mucha más clase en los barrios residenciales), y juntas por fin le encontramos sentido. El matrimonio consistía en conseguir que un conde judío se volviera loco por ti. Tendríamos una casa en Manhattan y otra en Londres y otra en París y otra en Roma, y viajaríamos de casa en casa con nuestros maridos. Madeline también se casó y sigue viviendo en Franklin Square, a menos de tres manzanas de su madre. ¿Eres feliz, Madeline? Tal vez no creas que eres del todo feliz pero ¿te

cambiarías por mí? ¿Tu casa con la tapa del retrete de piel falsa por mi tumba?

¿Te estoy asustando, madre? ¿Estás atacada y te mueres de la vergüenza porque tu hija se ha suicidado? Siento mucho haberte avergonzado. Si lo prefieres, les puedes contar a las mujeres de la Hadassah que me asesinó un amante celoso. Ojalá.

Cuando empecé en la Universidad de Siracusa, ya tenía ideas bien formadas acerca de mi matrimonio. Mi marido tendría que ser una persona creativa. No me importaría que fuera abogado, pero solo si le gustaba el teatro; médico, si pintaba en sus ratos libres; pintor, si su hobby consistía en ganar dinero en la bolsa. Tenía mucho tiempo libre para desarrollar estas ideas, sobre todo los sábados por la noche, cuando me quedaba sola en la residencia, sin ninguna cita. Sí, mamá. Sí, papá. Ninguna cita. Ya, mamá, ya, yo tampoco lo entendía. Siempre me dijiste que yo era lo más bonito que habías visto jamás. Te mentí por teléfono todos los domingos por la noche cuando te llamaba a cobro revertido. Me inventé los nombres de los chicos y todo lo demás. ¿Por qué me creíste? ¿Cómo podías pensar que era tan popular? ¿De verdad esperabas que tu querida Sheila, de metro sesenta y cinco y setenta y un kilos, fuera la reina del baile?

—¿Estás escuchando las tonterías que dice, Manny? Con lo guapa que era cuando estaba viva, ¿verdad?

No, mis queridos padres. Me quedaba con las demás chicas sin cita porque eran demasiado altas, demasiado gordas, tenían granos, o les apestaba el aliento. Había de todo. Me quedaba con ellas en el salón Flint viendo cómo las que sí tenían citas se vestían, intercambiaban ropa y se marchaban. Les decíamos adiós y después jugábamos al *bridge*, escuchábamos música y pedíamos cientos de pizzas que no hacían más que empeorar nuestros problemas. ¿Cuántas de esas chicas sin citas se quedaron sin casarse?

Pero en Siracusa no fueron todo cosas malas. Allí perdí la virginidad. Papá, rápido, trae las sales, a mamá le está dando un ataque otra vez. «¿Mi Sheila perdió la virginidad?»

Sí, mamá, tuve suerte.

Diane Rifkin, una chica que vivía en mi misma planta, salía con un tal Steve, de la peor fraternidad de Colgate, y él le preguntó si tenía alguna amiga con quien un amigo suyo pudiera pasar el puente del último fin de semana de noviembre. Tres chicas de la residencia le dijeron que no pero yo dije que sí. «Oye, he encontrado a una chica para tu amigo.» «¿Cómo es? ¿Está buena?» «Tiene una cara interesante.»

Así que fui para no tener que mentirles a mamá y papá por teléfono. También fui porque quería tener planes durante el puente. Steve nos recogió en la residencia. Las maletas y yo nos apretujamos en la parte de atrás y Diane y él se sentaron delante. Yo era la suegra. Durante el trayecto hasta Colgate, intenté mirar fijamente por la ventana para no ver la mano de Steve debajo del vestido de Diane. Ni la mano de Diane en los pantalones de Steve. Las calles estaban heladas. Un buen apretón de Diane y te juro que podríamos habernos matado.

Mi cita nos estaba esperando en la puerta de la fraternidad. Will Fisher. Mamá, te dije que se llamaba Will Fishman. Te mentí para hacerte feliz. ¿Te hice feliz?

Will Fisher era muy alto y estaba muy delgado. Llevaba camisas de franela como las que mi madre me obligaba a llevar cuando iba de campamento y tenía unos dientes horribles. ¿Qué esperaba? ¿Y qué se esperaba él? Fuimos los cuatro a ver un partido de baloncesto el viernes por la noche junto al resto de la fraternidad con sus citas. Ganó Colgate. Me alegré mucho. ¿Por qué? El baloncesto no me interesaba demasiado, Colgate no me importaba y Will no me gustaba. Me alegré porque no estaba en la residencia jugando al *bridge* y comiendo pizza.

Después del partido, Steve, Diane, Will y yo fuimos a un pequeño restaurante italiano, Mamma algo. Comida barata, manteles a cuadros rojos y blancos de hule, bancos duros, botellas de Chianti y velas. Compramos una botella de vino barato y volvimos al apartamento barato que los chicos compartían. Yo no quería ir.

—Sheila, cariño, escucha a tu madre. No dejes que ningún chico te toque ya sabes dónde.

Mamá, tenía que ir, me tenían pillada. Estaba atrapada en una habitación pequeña con colchas que no combinaban, pósters de corridas de toros en la pared, la música del Kingston Trio sonando en el equipo y olor a ropa sucia.

—SHEILA, CARIÑO, NO DEJES QUE NINGÚN CHICO TE TOQUE YA SABES DÓNDE.

Muy poco después de que llegáramos a su nidito de solteros (*Playboy* debería hacer un reportaje sobre aquel lugar; estoy segura de que las paredes llenas de manchas quedarían estupendas en las fotos), las luces se apagaron y Diane y Steve se pusieron al tema. Durante la mitad de la noche, sonó una sinfonía de cremalleras, botones, respiraciones, jadeos, suspiros, crujidos del colchón y, ¿lo adivinas? Todo iba muy bien, aquello era un no parar. ¡Bravo! ¡Bravo, Diane! ¡Bravo, Steve! ¡Estuvisteis increíbles! Disfruté mucho escuchándoos. Era como una peli porno para ciegos.

¿Sabes lo que es estar sentada en una cama con un extraño de dientes horribles mientras escuchas a otra pareja follar? Todos esos sonidos obscenos en oídos vírgenes. ¿De qué narices vas a hablar? «Bueno, Will, cuéntame. ¿Cuál es tu especialidad?», mientras al otro lado de la habitación se escucha «Steve, no, eso duele».

—¿Te gusta Bergman? Yo creo que Bergman es un genio, ¿y tú?

—Diane, va, ponte de lado.

Pero Will era silencioso y escurridizo. Intentó tocarme ya sabes dónde varios cientos de veces. Yo no me dejaba. Él insistía. No hay mucho espacio de maniobra en una cama individual. La mano intentaba tocarme. Yo la apartaba. La mano volvía. Tenía muy buena puntería teniendo en cuenta que la habitación estaba totalmente a oscuras. Yo tenía miedo. Tampoco es que no supiera nada de sexo. Me pasé un verano como ayudante de teatro en el hotel Cantor's de las montañas Catskill. Allí pasó de todo. Disfruté muchas noches de sobeteo del bueno, ¿vale? Y en el instituto, una vez me morree durante horas, tanto que el chico y yo volvimos a casa con la cara roja. Pero esto era diferente.

Al principio nos sentamos en la cama y nada más, pero Will me pilló desprevenida y de repente estábamos tumbados. Recuerdo estar allí tumbada con un vestido de lana rojo que daba mucho calor.

—¿De dónde eres, Will? —Le aparté la mano.

«Steve, espera, que me pongo la almohada debajo», escuché desde el otro lado de la habitación.

—Albany. —La mano volvió.

—Albany, qué bien. Una de las chicas de mi planta también es de Albany. Rose Morrison. —Le aparté la mano.

—No conozco a ninguna Rose Morrison. —La mano volvió.

Entonces Will me quitó la faja. Ya sé lo que estás pensando. ¿Cómo narices me quitó la faja si yo no quería que me la quitara? Perseverancia, esa es la respuesta. Me la fue bajando poco a poco. Qué gusto quitarme la cosa esa, con lo que picaba. Sí, quería quitármela. Te diré que una faja no es un buen cinturón de castidad.

Tras quitarse la faja de en medio (aunque se me enganchó en la pierna tres veces; todo el proceso le costó más de media hora), se levantó y fue al baño. ¿Sabes lo atractivo que resulta que el tío vaya al baño antes de hacerlo? Yo también tenía que ir pero me daba demasiada vergüenza.

—Venga, Sheila, cariño. Ve al baño antes de montarte en el coche.

—No tengo ganas.

—Hay un buen rato hasta casa de la abuela. Te arrepentirás.

No le dejé quitarme el vestido. Me agarré a él como si existiera alguna ley que dijera que si lo haces con un vestido rojo de lana que da calor puesto, no cuenta.

Mi mano se cansó de apartar su mano. Mi boca se cansó de hablar. No podía mantener aquella conversación absurda y tampoco podía mantener a raya su deseo de hacer lo mismo que su compañero de habitación.

Así que al final, cuando empezaba a salir el sol, yo, Sheila Levine, dejé que Will Fisher me tocara ya sabes dónde y me hiciera ya sabes qué. Conseguiste mojar, ¿eh, Will?

No fue para tanto. Me dolió. No hubo mancha de sangre en la colcha ni nada. Ya no me podían sacrificar a los dioses, y además tuve suerte de no acabar con un Will Fisher Jr. ya que ninguno de los dos se preocupó por evitar que su esperma fertilizara mi óvulo.

Ruthie, ¿te acuerdas de cuando nos enteramos de cómo se hacían los niños? Qué asco nos dio. No entendíamos cómo alguien podía

hacer aquello, sobre todo nuestros padres. ¿Lo hiciste alguna vez, mamá?

Madeline, ¿te acuerdas de todas las horas que nos pasamos imaginando cómo sería? De verdad, de verdad que estábamos convencidas de que sería como un viaje al paraíso: violines, fuegos artificiales, todo el rollo. ¿Crees que Bob y Rhoda lo hicieron en el instituto? Yo creo que sí. Se pasaban todo el rato juntos y ella era la única chica a la que no le tuvieron que quitar los granos de la foto del anuario.

Dios, Melissa, ¿te acuerdas de cuando te lo conté? Tenía trece y tú ocho y te lo conté todo sobre penes y vaginas y eso. Te echaste a llorar y fuiste corriendo a mamá.

Mamá, papá, ¿os acordáis de cuando os pillé? Abrí la puerta para deciros que había decidido no quedarme en casa de Madeline y escuché un roce extraño de las sábanas. ¿Os pillé dándole al tema, pillines? Era sábado por la noche. ¿Lo hacíais todos los sábados? ¿Os estropeé la diversión de la semana con mi pequeña intrusión? No, imposible. Mi madre nunca haría una guarrada como esa.

Will Fisher se llevó el premio. Bien hecho, Will. Te tocó el gordo... La virginidad de Sheila Levine. Pues vaya chufa, no diste saltos de alegría ni me dejaste una nota de agradecimiento ni nada. Pero yo sí te quiero dar las gracias, Will, aunque sea muy tarde. Gracias a ti, mi vida social en Siracusa despegó. Me acosté con un miembro de la fraternidad judía ^{ZBT} y con otro de la Sigma Alpha Mu en una semana. Hace diez años, si hacías algo así, se corría la voz. Mi nombre y teléfono aparecieron en todas las paredes de los baños de todas las fraternidades del campus. No, en todas no, solo en las judías. Yo no era especialmente religiosa, es solo que había escuchado historias horribles sobre los penes sin circuncidar.

¿Te has enterado? Sheila Levine es un polvo fácil. La llamas y ya está, no hace falta que la invites a tomar algo, ni que la lleves a una fiesta ni nada. Ni siquiera tienen que verte con ella en público. La llamas y te la tiras, ya está.

Me alegro de haberlo hecho. Tirarme a tantos me aportó dos cosas buenas. Primero, perdí algo de peso.

HECHO: Una sesión de sexo normal y corriente quema unas ciento cincuenta calorías.

De verdad, es un hecho. Además, mientras follas no comes, así que, cuanto más follas, menos comes. Es la mejor dieta que he hecho nunca.

Segundo, acostarme con tantos me ayudó a librarme de mis complejos sexuales. ¿Qué es eso de que no deje que los chicos me toquen ya sabes dónde, mamá? Da gustito que te toquen ya sabes dónde.

Mi madre se casó con veinte años. Siempre lo he sabido pero, al acercarme a las dos décadas de edad, empezó a contarme una y otra vez la historia de su cortejo, una y otra vez, mientras hacía sus ejercicios o mientras se envolvía la cabeza con papel higiénico para que no se le cayeran los rulos. Ya podía estar abriendo una lata de atún que mamá encontraba la manera de relacionar cualquier cosa que yo hiciera con que ella se casó a los veinte.

Bernice Arnold, mi madre, era la chica más guapa de Washington Heights. Una belleza pequeñita, de pelo oscuro y ojos azules. Una chica guapa, guapa. No solo sus padres y Manny Levine, el hombre que pidió la mano de la señorita Arnold en su decimosexto cumpleaños, lo veían así. No, todo el barrio pensaba lo mismo. Igual que los jueces que la eligieron Miss Coney Island en 1934. Bernice Arnold participó y Bernice Arnold ganó. Yo me parezco a mi padre, que no es ningún Miss Coney Island precisamente.

La señorita Arnold podría haberse casado con muchos hombres. Alguien que ahora es un importante abogado quería casarse con ella, e incluso el cantante de un grupo se moría por sus huesos. Pero ella salía con unos y otros por la noche y hacía de modelo de medias durante el día. Bernice tenía, y aún tiene, unas piernas impresionantes. Yo tengo estrías.

A los veinte, su madre le dijo que debía casarse. Según me cuenta, siempre le hacía caso a su madre porque sabía qué era lo mejor para ella. Decidió casarse y eligió a mi padre entre sus muchos pretendientes. Mi padre es muy majo pero ¿por qué Miss Coney Island lo eligió a él antes que al cantante de un grupo?

—Así que óyeme bien, Sheila, haz caso a lo que te dice tu madre como yo hice caso a la mía. Cástate mientras aún eres joven. Es mejor que busques marido cuando aún estás estudiando. En cuanto acabas, cada vez se vuelve más difícil.

¿Que me case? ¿Que me case, dices? Madre, estamos hablando de tu hija, Sheila. No nací programada para el matrimonio. En tu época, las cosas eran de otra manera. En tu época existían las novias feas. Todo el mundo se casaba. Todo el mundo. Sharon la delgada, Harriet la gorda, Bea Finkle la alta. Nací demasiado tarde, mamá.

—SHEILA, CARIÑO, ES MEJOR QUE BUSQUES MARIDO CUANDO AÚN ESTÁS ESTUDIANDO. EN CUANTO ACABAS, CADA VEZ SE VUELVE MÁS DIFÍCIL.

En mi época, había un código no escrito que decía que, si al final de tu segundo año de universidad no estabas pillada, comprometida o viéndote con alguien, ya podías dejar Siracusa. Ya habíamos resistido a una camada de novatas y no estábamos por la labor de soportar otra.

Susan Fink salió con un novato cuando estaba en su segundo año y todas nos reímos de ella a escondidas. Nos calló la boca a todas cuando se casó con su novato delante de nuestras narices envidiosas. Años después me enteré de que se había divorciado y vuelto a casar. No es justo, Susan. Algunas de nosotras ni siquiera hemos tenido una oportunidad. Mami, se ha casado dos veces y yo ni siquiera he tenido una boda.

Durante mi segundo año, unas doscientas chicas se cambiaron de universidad, la mayoría a la de Nueva York (NYU), hogar de los estudiantes en traslado.

Quisiera resaltar que en NYU ya no era la fresca del campus.

HECHO: Resulta complicado ser la facilona del campus cuando te pasas la vida en el transporte público.

Aquí podía empezar de nuevo. Podía ser virgen otra vez. De hecho, me hice la virgen varias veces... Hasta que cumplí veinticuatro: a esa edad ser casta y pura da cosa.

Encontrar un hombre resultaba una tarea muy difícil en la NYU. ¿Y no estábamos todas allí por eso, chicas? Aquello estaba plagado de judías encantadoras, con sus pulseras con colgantes, el pelo cardado

y sus acciones de AT&T, todas buscando al hombre perfecto. Y si aún no era el hombre perfecto, ya lo sería en unos años, tras un par de niños, una casa en Scarsdale y un regalo de cinco mil dólares por parte de los padres de la novia.

No podía competir con eso. No podía esperar en el Centro de Estudiantes Loeb día tras día mientras fingía leer *Los problemas de conducta del niño* con los ojos pegados a la puerta... «Perdona, ¿está ocupado?»... (Me aparto con elegancia.) «No, no.» «Me he dado cuenta de que estás leyendo *Los problemas de conducta del niño*.» (Me cruzo de piernas, echo la cabeza hacia atrás.) «Sí, lo estoy leyendo.» «¿Qué posibilidades hay de que lo dejes un rato y vengas a tomar un café conmigo?» «¡Me encantaría!» (Pestañeo tan rápido que las pestañas me van a salir volando.) Eso nunca me pasó. El único hombre que me habló en el Centro de Estudiantes Loeb fue el guardia para avisarme de que iban a cerrar pronto.

Así que elegí el camino artístico. Vestía pantalones, sudaderas y zapatillas sin calcetines en la nieve.

—Manny, no sé cómo esta niña no pilla una neumonía.

Mamá, me suplicabas que me pusiera un vestido bonito. Casi cada noche al llegar a casa me esperaba otra caja de Klein's con un «conjunto monísimo» (talla 42). Te obligaba a devolverlos pero siempre había más. Vestidos en colores que estilizan la figura, faldas con jerséis a conjunto, un vestido de fiesta negro para salir a cenar. ¿Salir a cenar?

En la NYU me busqué un *ménage à trois* sin la parte física. «Ay, no. Sheila, pero ¿no habías cambiado? Pensábamos que las cosas mejorarían, ¡y ahora esto! Es demasiado.» Tranquilos, tranquilo todo el mundo.

Estábamos Joshua y yo. Él decía que no tenía apellido, pero sí tenía. En los archivos de clase aparecía registrado como Alan Goldstein. Y luego estaba el profesor Hinley del Departamento de Arte Dramático de la Facultad de Magisterio.

Uf, Dios, la Facultad de Magisterio. Nunca quise ser profesora. Nunca. Cuando Ruthie y yo, o Madeline y yo, o mi compañera de habitación Linda y yo nos pasábamos horas y horas hablando sobre qué queríamos ser, nunca mencioné ser profesora. Ni una sola vez.

Cuando era muy pequeña, quería casarme y ser mamá. Ruthie, qué original, quería ser bailarina. Creo que ya entonces yo sabía que nunca llegaría a ser bailarina. Fui a clases de danza los mismos años que Ruthie, pero nunca he sido capaz de hacer la rueda, un *arabesque* o caminar por la sala de puntillas. Tras cinco años de clases de claqué aún era incapaz de bailar y cantar bajo la lluvia. Así que quería casarme y ser madre. ¿Que por qué? No lo sé. Supongo que por aquel entonces me parecía una buena idea y en eso tenía todo el apoyo de mi familia.

Pero cuando empecé el instituto decidí que no sabía qué hacer con mi vida. Claro que en algún momento quería casarme y tener hijos, pero era egoísta, así que también quería una carrera.

—Sheila, cariño, ¿qué quieres estudiar en la universidad?

—Humanidades.

—La enseñanza es una muy buena profesión para una mujer, con un buen salario inicial y vacaciones largas. Es una profesión a la que una chica siempre puede recurrir. Incluso si te casas, siempre puedes volver a dar clases cuando los niños sean mayores.

—Pero, mamá, odio dar clase. ¡Lo odio!

—¿Cómo lo sabes si no lo has probado? Hazme un favor, sé lo que quieras ser, pero sé profesora también, nunca viene mal y no te hará daño. A tu padre no le sobra el dinero para malgastarlo en una educación con la que no serás una persona de provecho cuando termines. Ojalá yo tuviera algo a lo que recurrir. No sería capaz de ganar ni un céntimo si me viera en la necesidad. Gracias a Dios no lo necesito, pero mi padre no pudo mandarme a la universidad.

—Vale.

Así que me tocó comerme unos estudios en lengua y literatura inglesa más una especialización en arte dramático en la Facultad de Magisterio, donde conocí a Joshua y al profesor Hinley. Los tres acabamos juntos porque éramos las estrellas del Departamento de Arte Dramático. Joshua era el actor estrella al que seleccionaban de forma inmediata en cualquier producción. El profesor Hinley era el director estrella que dirigía las producciones más importantes. ¿Y Sheila? Sheila era la trabajadora estrella, la que barría el escenario,

montaba los decorados, corría las cortinas y, en la fiesta después del estreno, la que cantaba el tema del musical *Fiorello!* fuera de tono.

¿Por qué elegí arte dramático? ¿Que por qué? Probablemente por una obsesión con *Nací para ti*. ¿Buscaba la aprobación de alguien? ¿Los exámenes finales eran más fáciles? ¿Kate Smith llegó al estrellato? No lo sé.

Joshua, el profesor Hinley y yo dirigíamos el Departamento de Arte Dramático y lo hacíamos todo juntos. Joshua y yo nos encargábamos de que el profesor siempre tuviera café y donuts del Chock Full o'Nuts. El profesor Hinley y yo nos encargábamos de que Joshua comiera y se vistiera. Mi padre no lo sabe pero prácticamente pagó por la educación de Joshua (Alan Goldstein). Cada vez que yo comía, él comía también y pagaba yo. Pero a mí no me importaba. Joshua era una de esas personas cuya pobreza las hace resultar más atractivas. Para su cumpleaños le compraba camisas y jerséis a cuenta de Manny Levine.

Por su parte, el profesor Hinley nos proporcionaba un lugar de descanso. Yo venía de Long Island y Joshua de Brooklyn. Qué bien sentaba tener un lugar donde descansar o adonde escapar. El buen profesor nos dio a cada uno una llave de su apartamento en el West Village. El buen profesor también me puso un aprobado raspado en Iniciación al Teatro Infantil.

Joshua, el profesor Hinley y yo fuimos los primeros hippies de la tierra, cada uno amaba a los otros dos. Decidir con cuál de aquellos dos encantadores caballeros sentaría cabeza no era una tarea fácil.

—SHEILA, CARIÑO, BÚSCATE UN MARIDO CUANDO AÚN ESTÁS ESTUDIANDO. EN CUANTO ACABAS, CADA VEZ SE VUELVE MÁS DIFÍCIL.

Joshua tenía los ojos de Paul Newman. Era lo primero que llamaba la atención de su aspecto, aquellos ojazos. Pero además de los ojos, tenía también un pelo precioso, moreno y rizado. Y ya sé que es una locura y que pensarás que tengo algún tipo de fetiche pero tenía los pies como los de Elvis Presley. Así de sexys. Una vez vi una foto grande de los pies de Elvis en la revista *Life* y eran exactamente iguales a los de Joshua. Tenía mal genio pero con esos ojos, esos pies y el resto del cuerpo impresionante que había entre medio, Joshua iba a ser famoso. No me refiero a que actuaría en películas,

no, los del Departamento de Arte Dramático de NYU no pensábamos en esos términos. Joshua tendría Broadway a sus (sexys) pies. Si jugaba bien sus cartas, también podría tenerme a mí como esposa. Viviríamos en Central Park West en un enorme apartamento. Nos harían reportajes de fotos para *Vogue*, por supuesto. Me lo imaginaba con un jersey de cuello alto y yo con veinte kilos menos. Nuestros amigos serían artistas.

—Cariño, prepara un aperitivo, los Bernstein vienen de pica-pica.

Por otro lado, el profesor Hinley tampoco se quedaba atrás. Ojos muy oscuros y un aire rebelde. No era exactamente guapo pero tenía un aire atractivo. Chaquetas de pana con coderas y una pipa. En realidad no llevaba nada de eso, aunque la buena de Sheila se lo regalaría en sus cumpleaños y aniversarios de pareja. Hinley también iba a ser famoso, claro. ¿Acaso no estaba siempre más o menos implicado en alguna producción de off-Broadway? Durante el poco tiempo transcurrido desde que lo había conocido, habían estado a punto de ofrecerle tres puestos de director y, en cuanto consiguiera hacerse con uno, le diría cuatro cosas al jefe del departamento y dejaría la enseñanza. Viviríamos en una de esas casas de ladrillo rojo del Village, con techos altos y alquiler bajo.

—Cariño, prepara algo de picar, Salome Jens vendrá esta noche de cenita.

Sí, era un problema que me planteaba. Joshua o Hinley, Bernstein o Jens. No quería hacerle daño a ninguno de los dos. ¿O podría tenerlos a los dos? ¿Esposa de uno y amante del otro? Así que la historia de la pequeña Sheila se pone interesante... No. La historia de la pequeña Sheila se vuelve deprimente. ¿Qué esperabas? A mediados del último año, justo cuando estaba decidiendo a cuál de estos dos grandes hombres amar, se enamoraron el uno del otro. ¿Sorprendida? Yo sí, ya te digo. Ahora me doy cuenta de por qué me costó tanto darme cuenta. Resulta difícil saber cuándo un hombre se lo está montando con otro. No encuentras manchas de pintalabios en camisas o en colillas, ni lencería, ni anillo de compromiso. Entonces, ¿cómo se puede saber? Hay otras formas. Chicas solteras, escuchadme bien para que no os pase lo mismo que me pasó a mí. Primero de todo, hay que fijarse en la ropa. Los hombres que se

acuestan juntos suelen prestarse ropa. Alguna vez vi a Joshua con una camisa de Hinley, o a Hinley con un cinturón de Joshua. La chaqueta de ante pasaba de uno a otro con facilidad. Esa es la mejor manera de darse cuenta. También empezaron a hablar igual. Escuché muchos «¡Ey!» o «¡Qué pasa!». En vez de decir «adiós», decían «hasta luego», pero solo un oído muy fino percibe estos detalles. La tercera forma de saberlo (y esto no falla) son los discos. Si dos hombres son amigos, se comprarán los mismos discos. Si dos hombres se acuestan juntos, solo comprarán una copia. Os lo dice Sheila. Yo lo sé. El día que vi *Carnival* en casa del profesor Hinley y los dos dijeron que era suyo lo supe. Qué desperdicio de pies sexys.

La graduación en la NYU es lo peor. Todo el mundo lo sabe. ¿Qué hay que celebrar? Ni siquiera me hice una foto para el anuario. Me resultaba deprimente pensar que me había pasado cuatro años en la universidad y que lo único que había conseguido era un diploma y ni un solo marido. Para mi madre debió de ser como tirar mi ajuar a la basura. Nadie del Departamento de Arte Dramático va a la graduación, así que me despedí de mis compañeros el último día de exámenes y no he vuelto a ver ni a saber nada de la mayoría de ellos. ¡Menuda clase de arte dramático! ¡Qué éxito! Una vez vi a uno en un anuncio pero ya está, se acabó.

Sheila Levine no pensaba acudir a la graduación, y la madre de Sheila Levine hizo que se sintiera culpable por pensar algo semejante. Tic... Tic... Tic... Escuché a mi madre llamando a la puerta de mi cuarto.

—Sheila, soy mamá.

No fastidies. Pensaba que era mi padre llamando con sus uñas largas y puntiagudas. La mujer entró en mi habitación, lista para acostarse, embadurnada de cremas hidratantes. No sé, quizá esos potingues funcionan, porque todo el mundo se quedaba estupefacto al saber que tenía una hija en la universidad. «Pero si tú misma pareces una universitaria», le decían.

—Sheila, tu padre no sabe que he venido a hablar contigo. Ya sabes que no es una persona que se exprese con facilidad, pero es

un hombre muy emotivo. Sé que le rompería el corazón no poder ir a la graduación de su hija mayor.

—Vale.

Mi padre es un hombre con suerte. Podrá asistir a la graduación y al funeral de su hija. ¡Qué hija tan considerada! Así que me licencié el día más caluroso del año. Acompañé, orgullosa y triste, a los demás licenciados de la Facultad de Magisterio en el campus de Uptown, un lugar en el que nunca antes había estado, con nuestros padres observándonos de lejos. Nunca subimos a recoger nuestros diplomas, hubiéramos tardado cuatro días y medio. Ni siquiera anunciaron nuestros nombres. Los médicos pronunciaron su juramento hipocrático al unísono. Hubo un discurso sobre que el final de una etapa es el comienzo de la siguiente. El micrófono no funcionaba bien. Todos los miembros de la Escuela de Ingeniería permanecieron sentados sin hacer nada para solucionar las interferencias.

Yo intentaba sentir algo con todas mis fuerzas, pero lo único en que podía pensar era en el pelo. Acababa de alisármelo en un sitio de la Décima Avenida donde se suponía que iban un montón de negras (en aquella época, «negra» era la palabra adecuada). Yo nunca vi a ninguna, pero sí a un montón de chicas judías con el pelo crespo.

Notaba las ondas a punto de empezar a asomar bajo el birrete. Eso era lo único en lo que pude pensar durante todo el rato mientras mi madre con su Kodak y mi padre con su Yashica estiraban el cuello para ver a su preciosa hija. Como regalo de graduación, me ofrecieron una nariz nueva o un abrigo de piel. Elegí un abrigo con cuello alto.

—Nuestra Sheila se ha licenciado. Va a ser profesora.

¡No! ¡No! ¡No!

Mamá, ¿por qué le tuviste que contar a todo el mundo que iba a ser profesora? Lo dijiste muy orgullosa. Ruthie, Madeline, mamá, ¿alguna vez me habéis oído mencionar la palabra profesora?

En cuanto llegamos a casa ese día, papá se sentó a leer el periódico; un chico guapo pasó a recoger a mi hermana delgada, Melissa, en un Corvette rojo; mi madre puso la tetera para que todos

nos tomáramos un té, y yo me fui a mi habitación a planear el resto de mi vida.

MI PLAN DE VIDA:

1. Alisarme el pelo.
2. Conseguir un trabajo creativo.
3. Casarme, etc.

De trabajos y apartamentos; la señorita Burke y la señorita Melkin

«SHEILA, CARIÑO, ESCUCHA A TU MADRE. LA ENSEÑANZA ES ALGO A LO QUE SIEMPRE PUEDES RECURRIR.»

El lunes después de mi graduación, con la tinta del diploma aún húmeda, salí al mundo a buscar fortuna. Con el *New York Times* bajo el brazo («Conseguí trabajo gracias al *New York Times*»), me dirigí a Manhattan en el ferrocarril de Long Island.

Tic... Tic... Tic...

—Sheila, cariño, no sé por qué te tienes que molestar en buscar trabajo cuando puedes enseñar y estar de vuelta en casa a las tres, tener vacaciones en Navidad y en verano, y todo con un buen sueldo. La hija de la señora Lichtman, Cynthia, lleva dos años enseñando y le encanta. El verano pasado fue a Europa y en Pascua, a Puerto Rico.

—Madre, no quiero enseñar. Quiero hacer algo creativo.

—¿Creativo? Perdóneme, señorita licenciada universitaria. Perdóneme usted por sugerir algo que no es creativo.

Quería el tipo de trabajo sobre el que escriben en la revista *Glamour*. MUJERES QUE HACEN COSAS. Sally Harding se pasa la mayor parte del día en un helicóptero acompañada de su atractivo jefe, con el que se casó solo tres días después de convertirse en su asistente creativa. En la foto vemos a Sally, delgada, rubia, de pelo liso con unas ligeras ondas en las puntas, vestida con un abrigo blanco, mientras sube a un helicóptero junto a su jefe-marido, un hombre atractivo, de gran estatura. Van a comprar dos de los cuadros más caros del mundo y al señor Harding no se le ocurriría ni por un segundo ir sin la pequeña Sally. ¿Consiguió el trabajo gracias al *New York Times*? ¿Le dio la lata su madre para que se hiciera profesora?

A través de un anuncio en el *Times*, fui por primera vez a una agencia de trabajo: se llamaba «Solo para licenciados universitarios» y se encontraba en una primera planta de un edificio de la Cuarenta y cinco Oeste. ¿Cómo se me ocurrió pensar que me estarían

esperando? Pasa por aquí, Sheila. Aquí está tu trabajo creativo y allí, por esa puerta, te esperan la redactora y la fotógrafa de *Glamour* para cubrir tu fascinante historia.

No, nadie estaba esperando a Sheila. De hecho, hicieron todo lo posible por evitarla. En recepción (una sala con las paredes beige sucias, el suelo beige sucio y las sillas beige sucias), había ocho Sheila y unas cinco versiones jóvenes de Manny, todos con la sección de clasificados del *New York Times* bajo el brazo, con anuncios rodeados con lápiz. Todas las chicas enfundadas en negro. Todos los chicos con chaquetas de pana azules. Todo el grupo llevaba gabardinas. ¿Dónde estaba Doris Day? ¿Cómo consiguió llegar a Nueva York, bajarse del tren y que un hombre le derramara café encima, la pusiera al mando de su agencia de publicidad, le ofreciera su pañuelo cada vez que lloraba y después se casara con ella? ¿Es que hay tanta diferencia entre Doris Day y Sheila Levine? Sí. Doris Day va a funerales a ver cómo entierran a gente, Sheila Levine va a funerales para que la entierren a ella.

La recepcionista de «Solo para licenciados universitarios» le dio a todo el mundo una ficha que había que rellenar. Ruthie, debería haber sido madre. De haber sido madre, no tendría que haber rellenado la ficha.

«Sheila, cariño, si te hubieras dedicado a enseñar, no habrías tenido que rellenar la ficha.» Puedes hacer tic, tic, tic a mi ataúd todo lo que quieras, madre. Ya no te escucho.

Con un bolígrafo, apoyada en mi bolso de charol, rellené una ficha. Número de la Seguridad Social: 133-30-6165. Nombre: Sheila Lynn Levine. Anterior empleo: ninguno. Motivo por el que dejó el anterior empleo: (¿Debería dejarlo en blanco? Si no he tenido un empleo anterior, no tengo ninguna razón para haberlo dejado).

Escribí todo lo apretado que pude: «No he trabajado nunca». Después, lo taché. La ficha estaba quedando hecha un asco. ¿Debería pedir otra? ¿Pensaría la recepcionista que soy imbécil? ¿Cómo han conseguido su trabajo los que trabajan en empresas de búsqueda de empleo? ¿Lo has pensado alguna vez? Le doy la vuelta a la ficha. Destrezas. ¿Debería poner que escribo un poco a máquina? Si lo pongo, igual me mandan a un trabajo en el que

tenga que escribir a máquina y no quiero escribir a máquina. Quiero ir en helicóptero a comprar cuadros. Destrezas: Ninguna. (La ficha está quedando impresionante. Quién no querría contratar a Sheila Levine. No ha trabajado nunca. No sabe hacer nada. Es un desastre.) Pregunta: ¿Qué tipo de trabajo está buscando? ¡Ajá! Estoy buscando «cualquier cosa creativa». Última pregunta. Formación. ¡Ajá! Licenciada universitaria, pedazo de inútiles.

Me senté y esperé mi turno para la entrevista, mirando fijamente a la pared para evitar el contacto visual con nadie, y deseando que ninguna de las otras chicas se quedara con el trabajo del año antes de que me tocara a mí. Había un entrevistador y una entrevistadora. Recé para que me tocara el hombre. No me llevo muy bien con las mujeres. Me pasa desde siempre. El único suspenso que me pusieron en la universidad fue de una profesora con la que no me llevaba bien. ¿Siguiente? Mi turno. La mujer. Venga, Sheila, sé simpática, que no te vuelvan a suspender. La mujer hizo un gesto para que la siguiera hasta su oficina. Bueno, no era una oficina de verdad, era una de esas de pega. Un cubículo con separador. Me indicó que me sentara y me senté.

—Soy Sheila Levine. Leí el anuncio en el periódico —dije mientras sacaba el periódico y lo ponía hecho un desastre sobre la mesa de la mujer. Ni siquiera me estaba mirando. Leía mi ficha. Estoy segura de que la ficha le impresionó—. Sí, aquí está. Chica intlignte. Univ. Buen sueldo. Agencia. Solo para licenciados universitarios, 555-7826. En el 44 de la Cuarenta y cinco Oeste... ¿Ve? Es este.

No levantó la vista. La muy zorra ni siquiera me miró.

Aquella mujer tan encantadora se llamaba señorita Burke. Señorita Burke, ¿a quién crees que engañas? Te llamabas Burkowitz y cuando acabaste la universidad tus padres te ofrecieron una rinoplastia o un abrigo de piel, y tú elegiste la rinoplastia, ¿a que sí, señorita Burke? Todos lo sabemos. Señorita Burke, ¿sabes cuánta gente habrá dicho «a esta le han hecho un buen trabajito en la napia» a tus espaldas? Ingenua señorita Burke, deberías haber lucido con orgullo la nariz de tus antepasados, como Barbra Streisand y Sheila Levine.

La señorita Burke me hizo sentarme en su cubículo, pequeño, descuidado, con ceniceros con viñetas de *The Nebbishes*, pósters nada divertidos con eslóganes como PLANEA CON ANTELACIÓN o con la Mona Lisa guiñando un ojo. Seguro que tenía un portalápices en forma de pene en el primer cajón. Me hizo permanecer allí sentada durante unos diez minutos sin mirarme. Quizá mi nariz le recordaba a la suya original. Al final abrió la boca. Su forma de hablar la delató como la Burkowitz que era en realidad. Con su vestido de Henri Bendel y sus diez anillos de Saks, su voz aún sonaba a East Flatbush.¹⁶ Señorita Burke, deje que le dé un consejo: empeñe los anillos y vaya a clases de dicción.

—¿Sabe escribir a máquina?

—En realidad, no quiero ningún trabajo en el que tenga que escribir a máquina. Quiero hacer algo creativo. Estoy aquí por su anuncio en el periódico, ese que dice que están buscando a una chica brillante. Esa soy yo, una chica brillante. Ja, ja.

Aún hoy desearía poder borrar esos ja, ja.

—¿Puedo ver el periódico, señorita?

—Por supuesto. Por supuesto. Ve, aquí está. Chica brillante. Ja, ja.

Me quitó el periódico y salió de la sala en sus tacones de piel de cocodrilo, aunque estoy segura de que no los habría llevado de saber que el cocodrilo estaba en peligro de extinción. También había ido a clases para caminar. Se lo digo en serio, señorita Burke, cambie esa voz y podría cazar a un Onassis.

Volvió en un suspiro. Ni siquiera me dio tiempo de leer al revés nada de lo que había en su mesa.

—Lo siento, ese puesto ya está ocupado.

—¿Era bueno?

Esta bocazas lo tenía que saber.

—¿Qué más da? Ya no está disponible.

—Solo era curiosidad. Me refiero a que me alegra saber que alguien ha conseguido un buen trabajo. Quiero decir que está bien saber que hay buenos trabajos disponibles. Quiero decir...

—¿Escribe a máquina?

—Un poco pero no quiero un trabajo en el que tenga que escribir a máquina. Quiero un trabajo más creativo. Ni siquiera me plantearía aceptar un trabajo en el que tenga que escribir a máquina.

—¿Cuántas palabras por minuto?

—Veintinueve pero no quiero...

—No es gran cosa. ¿Taquigrafía?

«No, señorita Burke, y me temo que esta entrevista ha terminado. Sus compañeros y usted no parecen entender lo que estoy buscando. Que tenga un buen día, señorita Burke. La próxima vez, haga algo con esa voz», es lo que debería haber dicho.

—No. —Es lo que dije, con la mirada fija en el pintaúñas desconchado.

—Bueno, vamos a ver si tenemos algo.

Apartó un pisapapeles con forma de persona sentada en el váter y se puso a hojear las fichas de su mesa. Qué estilo, qué gran gusto. Sonó el teléfono. Lo cogió al instante.

—Hola, Burke al habla.

Sacó una nueva ficha rectangular y escribió en ella usando un bolígrafo con una bola ocho en el extremo.

—Sí, su nombre... El nombre de la empresa... Requisitos laborales... ¿Mecanografía? ¿Taquigrafía? ¿Preferencias de edad, raza o religión?

Señorita Burke, espero que no siga haciendo lo mismo. ¿Lee el periódico? Ya no está permitido preguntar eso. No querrá acabar en la cárcel a pan y agua ni renunciar a sus cuentas de crédito, ¿verdad?

—¿Cuál es el sueldo? Está de broma. No estoy segura de si podré encontrar a alguien por semejante sueldo para vendedora de rosas.

Colgó el teléfono, se volvió hacia a mí con la ficha en la mano y me dijo sin ningún pudor:

—Nos acaba de entrar un puesto perfecto para usted.

—¿Hay que escribir a máquina?

—Sí, su mecanografía no es muy buena pero mentiremos un poco. Vaya al 418 de la Treinta y nueve Oeste, sala 1.411, y pregunte por el señor Mann (¿Mankowitz?). Llámeme después de la entrevista.

Nuestros honorarios son una semana de sueldo, pagadera el día que empiece el trabajo.

Me pasó la dirección en un trozo de papel, salí de la oficina y, aturdida, crucé la sala abriéndome paso entre una nueva remesa de jóvenes ilusionados con sus clasificados bajo el brazo. Maldita sea, Doris Day nunca tuvo que escribir a máquina.

No fui a ver al señor Mann. A lo largo de cuatro semanas, acudí a otras veintitrés agencias de empleo en las que me reuní con veintitrés señoritas Burke. Me gustaría dedicaros unas palabras a todas vosotras, ¿por qué no? Soy una mujer agonizante con una maldición en los labios. No me escuchasteis entonces, ¿perdéis algo escuchándome ahora?

Espero que todas y cada una de vosotras arda en el infierno. Ojalá os metan en una pequeña boutique como la de la tercera planta de Saks en la que jamás tengan ropa de vuestra talla. Ojalá os cuelguen las tetas y vuestra melena pierda su forma. Ojalá os pongan una máquina de escribir delante a todas y cada una de vosotras. Ojalá sufráis laringitis crónica y tengáis que mecanografiar en lugar de hablar. Ojalá no consigáis nada hasta que seais capaces de mecanografiar sesenta palabras por minuto, y no os dejen usar dictáfono ni abreviaturas de escritura rápida. Recién licenciados con vestidos negros o chaquetas de pana azul os traerán la comida. Estaréis obligadas a mirarlos a la cara, sonreírles y darles las gracias. Os deseo mal aliento y zapatos ortopédicos. Y una cosa más, que vuestras narices vuelvan a su tamaño original.

Tras cuatro semanas de búsqueda, me pasé una comiendo, luego encontré trabajo, aunque no a través de una agencia o del *New York Times*, sino gracias a la hermana de Rose Lehman.

Si un chico judío quiere ser actor, no debe buscarse un agente. Conseguirá trabajo gracias a la hermana de Rose Lehman o al cuñado de Abe, que trabaja en el mismo edificio que Fred Siegal, el barbero del abogado de David Merrick. Si un chico judío se licencia en derecho, conseguirá trabajo gracias a Herman Marsh, que está metido en el negocio de la ropa pero tiene un hermano que trabaja en Wall Street y que tiene contratado a un abogado de uno de los mejores bufetes.

Si un chico judío quiere ser peluquero, se derramarán muchas lágrimas al principio, pero no sufran, señoras y señores. En su primer día de trabajo no le faltará clientela. La madre del chico judío y sus tías y amigas irán a que el chico de Goldie o el sobrino de Harriet les toqu Shore el pelo. La clientela crecerá tan deprisa que pronto tendrá su propia peluquería, podrá dejar de trabajar para italianos y ya no será una vergüenza para mamá y papá, que ahorraron para que fuera a la universidad y en lugar de eso les tocó pagar la escuela de esteticista.

Así que conseguí mi trabajo gracias a la hermana de Rose Lehman. Era amiga de un hombre llamado Danny Hirshfield, que vivía al lado de un hombre llamado Herman Nash, cuyo cuñado, Frank Holland, trabajaba en el mundo de la música para niños. La hermana de Rose Lehman se enteró por teléfono de que Frank Holland iba a expandir el negocio gracias a un éxito de Navidad en el que un grupo de ardillas cantaban, así que necesitaba ayuda. La hermana de Rose me juró que no tendría que escribir a máquina y el trabajo empezaba el día de mi cumpleaños, el 12 de agosto (soy Leo, pero no la típica Leo). Pensé que empezar el día de mi cumpleaños era algún tipo de señal, y no podía soportar la idea de ver a otra señorita Burke. Además, si no encontraba trabajo pronto, me volvería loca de tanto escuchar lo maravilloso que es el mundo de la enseñanza para una chica. Así que acepté el trabajo aunque no había ninguna posibilidad de que escribieran un reportaje al respecto en *Glamour*. MUJERES QUE HACEN COSAS. Aquí tenemos a la gorda de Sheila Levine a punto de llevarle un café y un bollo de queso a su jefe, Frank Holland, cuyo nombre real es Frank Hyman pero se lo cambió cuando dejó las hombreras (era el rey de las hombreras) y se pasó al mundo de la música para niños. Es de todos sabido que Frank Holland-Hyman no se tomaría su café ni su pastita si la mismísima Sheila no se lo trajera. En la foto aparecería yo con un vestido negro ajustado, arrugado en el estómago, con carreras en las medias y comiéndome un enorme bollo de queso.

El trabajo no era magnífico pero yo me sentía satisfecha. Mi madre, por su parte, estaba entusiasmada. Entusiasmada de que

tuviera un trabajo en «el mundo del espectáculo». Me la imaginaba presumiendo con sus amigas por teléfono.

—Sí, Sheila tiene un trabajo muy bueno. Trabaja en una discográfica. ¿Por qué no iba a conseguir un trabajo tan estupendo? Se especializó en el negocio del espectáculo.

Bernice Arnold tuvo sus flirteos con el mundillo. Alguien le dijo una vez que debía ser actriz de películas y le dio su tarjeta. Resultó ser un agente. Mi madre nunca fue a verlo porque estaba prometida. A día de hoy todavía le dice a la gente que renunció al mundo del espectáculo por mi padre. Sí, claro, ¡y qué más!

Me gustaría aprovechar esta oportunidad para darle las gracias a la hermana de Rose Lehman, Fran, por conseguirme el trabajo. Gracias, Fran, gracias por ahorrarme el esfuerzo. Ojalá pudiera haber colgado mil pósters en el metro de Nueva York que dijeran «Conseguí trabajo gracias a la hermana de Rose Lehman».

Linda, mi compañera de habitación, y yo decidimos hace mucho en Siracusa que, si no nos habíamos casado al licenciarnos, probablemente estaríamos ya al menos planeando la boda y viviríamos juntas en Manhattan. ¿Por qué no? ¿Acaso Doris Day no vivía siempre en encantadores apartamentos de dos habitaciones, pintados de amarillo y azul claro y súper acogedores? Nada pretencioso, solo un modesto apartamento de mil quinientos al mes en un precioso edificio de ladrillo rojo que Doris Day pagaba con los cheques del paro. Las sábanas y el pijama a juego debían de costar una fortuna. Tras cuatro años de universidad cada una, Sheila Levine y Linda Minsk no sabían que Hollywood las había estado engañando todo el tiempo. Pensábamos que, si éramos buenas chicas y buscábamos con las suficientes ganas, Doris Day, tras embarcarse en su feliz matrimonio, nos realquilaría su apartamento.

En agosto, Linda también encontró trabajo. Se había licenciado en arte, una carrera que, como arte dramático, no te preparaba para nada. Esa era la moda: había toda una cosecha de universitarias preparadas para nada. Tras licenciarse, Linda dejó el carboncillo y el cúter para siempre y consiguió un empleo de trabajadora social en el Departamento de Servicios Sociales de Nueva York. No consiguió el trabajo a través de sus contactos judíos, simplemente fue y presentó

una solicitud. Sin embargo, una vez dentro del departamento, el hijo del amigo del cuñado del vecino de al lado movió algunos hilos y la trasladaron a un buen distrito. A la señora Minsk no le importaba que su hija trabajara para el Departamento de Servicios Sociales mientras no tuviera que repartir cheques de asistencia social en un barrio pobre.

Linda puso todo su empeño en ser una trabajadora social con corazón. Durante los primeros tres meses en el departamento, proporcionó linóleo para cubrir el suelo de sus casas a veintidós familias, encargó mesitas auxiliares para otras seis y envió a una madre joven y a sus nueve hijos ilegítimos de vacaciones a Florida. Nunca volvieron de allí, cosa que alegró tanto a su supervisor que la invitó a tomar café en Chock Full o’Nuts e intentó tocarle las rodillas por debajo de la mesa.

Linda y yo habíamos quedado en encontrarnos bajo el arco de Washington Square Park. Fui a Manhattan en busca de un apartamento donde comenzar mi nueva vida un viernes por la mañana. Mi madre se escondió detrás de su taza de café descafeinado. Mi padre se escondió detrás del *New York Times*. Los había traicionado.

Durante todo el trayecto en tren, no dejé de pensar en lo bien que lo iba a pasar en la gran ciudad. De haber sabido entonces lo que sé ahora, me habría dado la vuelta y no habría buscado apartamento. Me habría quedado en Franklin Square hasta volverme lo suficientemente loca como para encerrarme en el desván.

—No, los niños no pueden subir ahí arriba. La loca de la tía Sheila vive ahí.

—¿Por qué está loca, mamá?

—Está loca porque no se casó. Nadie creyó que fuera lo suficientemente guapa o simpática para casarse con ella, así que se volvió loca. Eso es todo. No, no. No subas ahí arriba, cielo.

¡Sí, señor! De haber sabido la verdad... La verdad verdadera... Nunca habría ido. Hay quien dice que Nueva York es una jungla. No lo es. Es un suspensorio. Ayuda y protege a los hombres. Solo hay que mirar los números.

En Nueva York hay un millón de solteras que visten una talla cuarenta, tienen el pelo liso y nunca les ha salido un grano. Ninguna de estas chicas es virgen. Todas están deseando acostarse con hombres en sus apartamentos. Todas han leído los artículos de la *Cosmopolitan* sobre cómo conseguir marido («Cómo conseguir marido si tienes más de treinta»). Todas siguen yendo a fiestas para solteros: Nochebuena, Nochevieja y cualquier otra noche que se les ocurra. Algunas mienten sobre su edad. Algunas llegan un poco más lejos y se inventan que están divorciadas, porque, si te has divorciado, hay más posibilidades de casarse. De verdad. Si te has divorciado significa que en algún momento alguien te quiso tanto que prometió quererte para siempre.

En Nueva York hay un millón de chicas con cuentas en Bloomingdale's y Saks y que se compran sus propias joyas. Chicas que van a Tiffany's y se compran pulseras y anillos. Sí, por si creías que eras especial, deberías saber que estas chicas también han ido a la universidad, han leído *Fausto* y conocen a Zola. Y son exquisitas cocineras. No hay una que no sepa preparar *quiche* o paella. Todas utilizan la misma maldita receta.

Ah, y les va la política. Son chicas liberales. Marchan aunque haga frío y se afilian a partidos y llevan chapas. ¿Van a reuniones porque creen en las buenas causas? No, van porque es posible que allí conozcan a un hombre que crea en buenas causas.

¿Es que nos hemos vuelto locas? ¿Estamos todas locas? ¿Es que no nos damos cuenta de que las solteras somos un negocio? Hay revistas para nosotras, secciones para nosotras en los centros comerciales. Cada edificio de Manhattan tiene más del cincuenta por ciento de estudios. ¿Apartamentos? No, más bien son celdas sin dormitorios para el millón de chicas que no le van a dar mucho uso.

Todas estas chicas, estos cientos de miles de chicas, siguen los mismos patrones. Van primero al Village donde comparten apartamentos con tres, cuatro o cinco chicas, todas en busca de hombres, de maridos; se mudan al Upper East Side con una compañera de piso a un apartamento más pequeño y más caro. No lo decoran. Se gastan todo el dinero en ropa porque siguen buscando y deseando un hombre. Acaban solas en pequeños

apartamentos en Midtown, más baratos pero sin dejar de ser seguros, se compran cremas y empiezan a pensar en sus planes de pensiones. Compran algunas copas de vino buenas, recuperan el viejo sofá, se compran un gato. Cuelgan ollas en las paredes de la cocina y colocan plantas en las mesas del salón. Y nunca dejan de buscar.

Sería un error decir que ninguna se casa. ¡Algunas lo consiguen, maldita sea! Algunas lo consiguen. Algunas se casan con aquel chico de su ciudad natal en el que jamás se habrían fijado cuando se mudaron a Manhattan. Unas pocas conocen a alguien en una fiesta a través de un amigo del edificio. Pero solo unas pocas, creedme, muy pocas. Una ciudad divertida. ¡Ja! Sobrevivir en Nueva York es una lucha para que alguien se fije en ti, para que alguien te desee, para que alguien quiera casarse contigo. Manny Levine tiene todo esto impreso y estará encantado de fotocopárselo a cualquiera que lo desee.

Vi a Linda enseguida bajo el arco de Washington Square Park. No era difícil reconocerla. Linda Minsk mide un metro ochenta sin zapatos. Algunas personas impactan con su metro ochenta pero el metro ochenta de Linda resultaba poco agraciado. En aquel momento de su vida, Linda era grande, no escultural. Y además desmañada: verla ahí parada esperando hacía que el arco resultara extraño. ¿Sabéis lo que decía la gente de Linda? Decían que era muy guapa de cara. Lo es: piel aceitunada, enormes ojos castaños y una nariz que no molesta.

Aquel bonito día, Linda se había cardado su oscura y lisa melena. Lucía los labios blancos, ya que se había aplicado varias capas de pintalabios de ese color, tan de moda por aquel entonces. Llevaba un vestido abotonado de cuadros que le quedaba demasiado pequeño y al que aún no le había dado tiempo a perder color. Zapatos de la talla cuarenta y dos, rojos con tacón bajo. Llevaba un saco de estopa como bolso. Según recuerdo, Linda vestía como muchas chicas que se habían licenciado recientemente y acababan de empezar a trabajar. Había cambiado de estatus pero no de armario. Nos pasa a las mejores. Me esperaba mientras leía la revista *Mad*. No, no resultaba difícil distinguir a Linda.

Las dos nos presentamos con el *New York Times* y el *Village Voice* abiertos por la sección de clasificados y con nuestras elecciones bien marcadas. Pensábamos vivir en el Village aunque fuera en un sótano. Mi hermana Eileen vivía allí. ¿Por qué no nosotras?

—Hola.

—Hola.

—No veas mis padres, no han abierto la boca esta mañana cuando me he ido de Parsippany. No les hace ninguna gracia que me vaya de casa. ¿Qué dice tu madre? ¿Cómo se lo ha tomado?

—Muy bien, sin problema. Me ha deseado suerte.

—Estás de broma.

—Claro que estoy de broma. Preferiría conservarme en su enorme congelador que ver cómo me voy de casa.

—Son todos iguales.

—Sí.

No, no son todos iguales. Cindy, una amiga mía, a los dieciocho años comenzó a salir con un gorrón impresentable así que sus padres la echaron de casa. Hay chicas con suerte.

Los anuncios de apartamentos son todos mentira. Sin excepción. Todos los mentirosos patológicos pasan directamente de estar encerrados en instituciones mentales a escribir anuncios de apartamentos.

El anuncio del primer apartamento que fuimos a ver contenía tres mentiras. Decía tres habitaciones; solo había una. Decía ciento ochenta al mes; eran doscientos veinte. Decía 213 de la Doce Oeste. No existe el 213 de la Doce Oeste. Era el 213 de la Doce Este. Ese anuncio seguro que lo escribió un enfermo recién ingresado.

El segundo apartamento de la lista no llegamos a verlo. El número de teléfono era falso. Decía que llamáramos a un número que ni siquiera existía.

—Ja, ja, Myrtle, ¿sabes lo que he hecho hoy en el trabajo?

—No, ¿qué has hecho, Henry?

—Me he inventado un número de teléfono divertido y lo he puesto en la sección de anuncios del *New York Times*.

—Ja, ja. Muy bueno, Henry. ¿Qué tienes pensado para la semana que viene?

—El domingo que viene pondré el número de Alcohólicos Anónimos.

—Henry, me troncho. Espero que no se te lleven otra vez a ese horrible hospital.

El tercer anuncio decía: «Dormitorio separado». No encontramos el dormitorio separado por ninguna parte.

Visitamos todos los edificios de ladrillo rojo que nos podíamos permitir. Dos. Ambos horribles. Uno de los apartamentos estaba en un cuarto piso interior; el otro era un sótano. Sin ventanas, ni aire. Horribles.

La peor parte de ir a ver un apartamento en un edificio de ladrillo rojo es que es el conserje quien te lo enseña.

—Buenos días, mi amiga y yo hemos venido a ver el apartamento.

—¿Y? —dice el conserje sudoroso.

—¿Podemos... verlo? Si le parece bien... No queremos ser ninguna molestia ni causar problemas.

Fui más amable con este hombre de lo que jamás lo he sido con mi madre.

Con odio en la mirada y empapado en sudor, nos indicó que lo siguiéramos por unas escaleras estrechas, a lo largo de estrechos pasillos. Abrió la puerta, abrió los armarios y se quedó allí parado. No era ningún vendedor agresivo. Sabía que tenía delante a dos chicas que se morían por vivir en el Village.

El sitio era tan oscuro y estaba tan sucio que no veíamos nada. Linda y yo teníamos miedo de decir que no nos gustaba y de intercambiar opiniones delante de él. Al final, tuve el valor de decirle que nos lo pensaríamos y se enfadó. ¿Por qué no nos largábamos ya y lo dejábamos ver su concurso con una cerveza? Había bichos en el suelo. Me alegro de que no nos violara.

Al no encontrar nuestro apartamento ideal en un edificio de ladrillo rojo, fuimos al Van Gogh, al Rembrandt, al Salvador Dalí, todos ellos edificios nuevos con reproducciones de pinturas en las paredes del vestíbulo. A pesar de que ofrecían un mes gratis o una estola de visón, resultaban demasiado caros. Eran demasiado pequeños. No tenían encanto. Doris Day consiguió encontrar encanto con el dinero que tenía.

No paramos de ir de acá para allá. Visitamos todos los apartamentos del Village y alrededores. Nos dolían hasta los huesos y nos salieron ampollas en los pies. Baños, baños por todas partes y ninguno que poder usar. Me pasé todo el día con ganas de ir al baño. Probablemente vimos más de veinte pero no me atreví a pedir permiso para ir a ninguno de ellos.

Hay un apartamento que se me quedó grabado para siempre. (Incluso cuando me haya ido. ¿Hay vida después de la muerte? ¿Seguiré siendo soltera? Ay, madre.) El anuncio decía «3 hab., East Vllg., Terc. Este n.º 380, 160 \$». Mentira... Todo mentira. Lo que ellos consideraban East Village, ni el East Village lo querría para sí. El apartamento estaba justo en el centro del Lower East Side, y si lo piensas resulta bastante gracioso. Los padres de mi padre vinieron a este país desde Rumanía y vivieron en el Lower East Side. Trabajaron duro; él era sastre y se dedicaba a la peletería. En cuanto pudieron, se mudaron a Washington Heights, una parte mucho mejor de la ciudad en aquella época. Mi padre, en cuanto su negocio de gorritos para bebé empezó a prosperar, se mudó con su familia a Long Island, y Sheila Levine, en cuanto pudo, se puso a buscar apartamentos en el East Village, que es (admitidlo, neoyorquinos) el Lower East Side. Los Levine han cerrado el círculo.

Volvamos al apartamento. El maldito sitio no eran más que cubículos sin puertas. No había habitaciones, solo cubículos. Había un cubículo para dormir, un cubículo para comer, un cubículo para sentarse y, lo juro por mi vida, un cubículo para ir al baño. No se puede decir que nos encantara, pero llevábamos todo el día viendo apartamentos y estábamos cansadas; además, ciento sesenta era lo que estábamos dispuestas a pagar, así que nos lo quedamos.

Debo admitir que la agente inmobiliaria nos empujó a cogerlo. Una tal señora Melkin, una versión envejecida de la señorita Burke, la de la agencia de empleo. No dejaba de decirnos lo maravillosos que eran aquellos cubículos.

—Aquí lo tenéis, chicas. ¿No os encanta? Se pueden hacer maravillas con estos cubículos... Es uno de mis apartamentos favoritos y solo cuesta ciento sesenta dólares. Me quedé de piedra cuando me dijeron el precio. No sé cuántos pisos habéis visto pero,

creedme, yo he visto unos cuantos y no encontraréis nada igual por este precio y en este barrio. Y con un contrato de solo dos años. No me lo podía creer. La mayoría de apartamentos te obligan a firmar por tres o cuatro años, y he oído que algunos hasta te piden cinco años, lo que me parece ridículo, pero ahí están. Mirad ese cubículo de ahí. ¿No es una monada? Este sitio mejoraría mucho con cortinas. ¿Os habéis dado cuenta de que muy pocos apartamentos tienen ventana en el cubículo de la cocina? Este es el apartamento que me gustaría para mí si no tuviera ya uno. Tengo el contrato aquí mismo. Si firmáis aquí y aquí y me adelantáis el primer mes de alquiler, el último mes de alquiler y un mes de fianza, el apartamento es vuestro y os podéis instalar mañana mismo si queréis.

Muy mal, señora Melkin. Te aprovechaste de dos chicas jóvenes con chequeras. Muy mal por hablar a toda velocidad y por tu estilo agresivo. ¿Alguna vez te has parado a pensar si has hecho algo bueno por alguien? Aquel viernes por la tarde, utilizaste tu experimentada labia contra dos muchachas inocentes de la periferia. ¡Mal! Muy mal, señora Melkin.

Firmamos el contrato, pagamos el alquiler y la fianza y volvimos a nuestras casas un poco deprimidas con tanto cubículo. Mi madre me recibió en la puerta.

—¿Y?

—Hemos encontrado un sitio. Es genial. Está muy, muy bien. Tiene unos cubículos monísimos.

—¿Por eso te vas de casa? ¿Porque no tenemos cubículos?

—Por favor, mamá.

—¿Y dónde está?

—En el Village.

—¿En el Village, dónde? ¿Cuál es la dirección?

—¿Qué más da? No conoces el Village.

—Lo conozco un poco por encima. Tu padre y yo solíamos ir a ver a los bohemios. ¿Crees que eres la única que ha oído hablar del Village? Yo iba por el Village observando a gente rarita antes de que nacieras.

—Está en la Tercera Este y tiene un montón de cubículos en los que podemos poner cortinas y...

—¿En la Tercera Este? ¿En qué parte?

(Ay, madre.)

—Tercera Este número 280 y cada cubículo puede ser un espacio...

Mi madre no se echó a llorar desconsoladamente como esperaba. Se echó a reír sin parar.

—Manny, Manny, ven aquí. No te lo pierdas. ¿A que no sabes dónde ha encontrado apartamento Sheila? Ja, ja, ja. En el 280 de la Tercera Este. ¿No está justo enfrente de donde tu padre y tu madre, que en paz descansen, vivieron cuando llegaron al país por primera vez? Ja, ja, ja.

A mi padre también le pareció muy divertido. Le pareció lo más divertido del mundo. Los dos se lo pasaron estupendamente riéndose de lo que había hecho la idiota de su hija.

—¿Cuánto? —me preguntó mi padre.

—Ciento sesenta al mes con gastos incluidos.

Eso les devolvió la serenidad.

—¿Estás loca? ¿Has perdido la cabeza? Mis padres, que en paz descansen, vivieron enfrente y pagaban veintisiete cincuenta por un apartamento de dos habitaciones, y eso ya era mucho.

—Papá, eso fue hace cuarenta años. Los precios han subido.

—Tonterías. Por uno de dos habitaciones en Washington Heights yo pagaba ochenta y cinco al mes.

—¿De verdad quieres vivir en Nueva York, la ciudad donde asesinan a chicas jóvenes y guapas como tú? Y además está muy sucia.

No sé qué le preocupaba más, la suciedad o los asesinatos.

—Es un barrio divertido.

—¿Es divertido que te asesinen?

—He firmado el contrato.

—¿Has firmado el contrato? ¿Has firmado el contrato? Tu padre hablará con Hyman Silverman y lo arreglará. Si alguien puede cancelar un contrato, ese es Hyman Silverman. Es un gran abogado. El mejor del país.

—No quiero que Hyman Silverman cancele ningún contrato. Me gusta el sitio. Tiene un montón de cubículos. Deberíais verlo.

—Ya lo he visto. Tus abuelos vivían allí.

—Mamá, por favor. Tengo veintiún años. Tendríais que dejarme vivir donde yo quiera.

—Escúchame bien, señorita universitaria. Te crees muy lista. Veintiún años no es nada, una cría. Escucha a tu madre. No eres tan mayor para que ya no pueda decirte lo que está bien y lo que no. Vas a dejar que Hyman Silverman cancele el contrato y ya verás como me lo agradeces durante el resto de tu vida.

No te lo agradezco, mamá.

Pum, pum, pum.

¿Quién sería? Mi madre hacía tic, tic, tic, no pum, pum, pum, y mi hermana había salido en el Corvette rojo. Así que era mi padre.

—¿Sheila? Soy tu padre.

Me puse la bata. El hombre que me cambió los pañales no debería verme en camisón.

—Pasa.

Entró. Llevaba la única ropa informal que tiene. Los zapatos Hush Puppies grises, los calcetines tobilleros negros, los pantalones verde con reflejos abrochados por encima de una barriga resultona, la camiseta con el pingüino, la gorra azul claro con rejilla. Menuda pinta. Como sacado del *Gentlemen's Quarterly*.

Ninguno de los dos podía decir nada. Nos habíamos dicho muy poco el uno al otro a lo largo de los años. Conocía a Will Fisher mejor de lo que conocía al hombre que estaba de pie junto a mi ventana.

No lo conocía porque nunca hablábamos de verdad. Solo se dirigía a mí con clichés. Me decía cosas como «nunca digas de este agua no beberé». Yo nunca sabía qué responderle. Mi padre es tan del montón, tan corriente... Nuestra casa no es ni muy grande ni muy pequeña, y me juego lo que queráis a que su cosa no es ni muy grande ni muy pequeña tampoco.

Papá, ¿por qué viniste a hablar conmigo? No habías hablado conmigo en veintiún años. La única respuesta posible es aquello del chiste... «No te he hablado en veintún años porque todo ha ido bien hasta ahora.»

Solía tener celos de todos esos niños de las series de televisión porque hablaban con sus padres. Cada vez que surgía un problema, aunque fuera pequeño, tan pequeño como llevar desatados los cordones de los zapatos, el niño iba a hablar con su padre.

—¿Sheila? —empezó.

Yo estaba a punto de llorar. Mi padre siempre me producía ese efecto. ¿Te acuerdas de cuando tenía cinco años y quería casarme contigo, papá? Mi complejo de Edipo. ¿Complejo de Electra? ¿Por qué no te casaste conmigo, papá? «¿Por qué no puedo casarme contigo, papi?» «Porque ya estoy casado, Sheila...» «Cuando crezca, me voy a casar contigo.» «Dale un beso a tu padre.»

—¿Sheila? Te estoy hablando.

—Lo siento.

—Tu madre está muy disgustada.

—Siento que esté disgustada. No sé por qué lo está.

—Tu madre te quiere y quiere lo mejor para ti.

¡Ajá! Mi querido padre, esas dos cosas no tienen necesariamente que ir juntas.

—Yo también la quiero. Lo único que pido es poder elegir mi propia casa. No es tan malo, ¿no? Todo el mundo lo hace.

—No me importa todo el mundo. Me importas tú.

(Como cuando tenía quince: «Pero papá, todo el mundo ha suspendido. Toda la clase...». «No me importa la clase, me importas tú.»)

—Si de verdad te importara, me dejarías vivir donde quisiera.

—No puedo obligarte a nada, ya eres mayorcita para tomar tus decisiones. Solo quería que supieras cómo me siento.

Me has mentido... Has dicho que te enviaba mamá. Eras tú el que quería venir.

—Papá, me gusta el apartamento. Lo siento.

—Hazme un favor. Regístrate en la guía telefónica como S. Levine. Nunca se sabe con los chiflados que hay por ahí. Hay hombres que se dedican a llamar a mujeres para decirles cosas ofensivas por teléfono. Así que hazle caso a tu padre y ponte S. Levine. Así no sabrán si eres hombre o mujer.

Lo saben, papá. Solo las chicas con padres paranoicos se registran con sus iniciales.

Se marchó. La culpabilidad me salía por las orejas. Sentía culpabilidad materna y culpabilidad paterna y culpabilidad por querer ser huérfana. «No, no. No puedes irte del orfanato. Solo tienes veintiuno.»

A la mañana siguiente.

Ring. Ring. Ri...

—¿Diga?

—Hola, ¿Sheil?

—Sí, ¿Linda?

—Sí.

Silencio... Silencio... Silencio...

—Sheila, mi madre no está nada contenta. No le gusta el barrio.

Mi madre sonríe. Mamá, ¿cómo lo sabías? Soy una mujer moribunda, dime cómo lo supiste.

—Sí, te entiendo.

—Mi padre tiene un amigo, Harry Lipschutz, que aparentemente es el mejor abogado del país y puede rescindir el contrato.

—¿Qué hacemos?

Menuda pregunta. ¿Qué se puede hacer contra dos madres con dos abogados, los dos mejores del país, controlando cada paso que dábamos?

—No lo sé. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé. —No lo sé porque nadie me ha hecho nunca esa pregunta—. ¿Te gusta mucho el sitio?

—No, la verdad. ¿Qué pasa con todos esos cubículos?

Son nuestra libertad. Libertad para tomar decisiones. Eso pasa, Linda.

—A mí tampoco me gustaba tanto.

Linda, ¿por qué no fuiste más fuerte? ¿Por qué no lo fui yo? De haberme mudado a aquel apartamento tal vez mi vida fuera diferente. Para empezar, podría haber sido más larga.

Y así fue como las dos muchachas judías sin carácter permitieron que sus madres y los dos mejores abogados del país rescindieran el contrato de alquiler. Acto seguido, las dos madres se pusieron manos

a la obra para encontrar la morada apropiada para sus dos princesas. Una morada que les viniera bien a ellas. Algo con aire acondicionado y caballeros con brillantes armaduras (conocidos como porteros) a la entrada para proteger la virtud de las doncellas.

Pero, ay de nosotras. El reino era pobre. Las dos princesas no podían permitirse pagar el precioso castillo que sus madres habían encontrado. Las madres prometieron darles dinero de sus propios castillos pero las princesas dijeron: «No, esto es algo que tenemos que hacer por nuestra cuenta. Buscaremos a otra princesa para compartir los gastos». Buscaron por todos los rincones del reino durante varios días y no encontraron ninguna otra princesa. Justo cuando iban a rendirse, un hada madrina (te acordarás de Joshua, de la NYU) apareció ante sus ojos.

—¡Os he encontrado una compañera de piso! —exclamó.

Y así fue como las dos hijas planearon mudarse al 25 de la Trece Oeste, conocido en todo el reino como Mont Parnasse, con Kate Johnston, una episcopaliana. Fin.

Te voy a hablar de Kate Johnston. Hablo con total libertad porque Kate no leerá esto nunca. «¿Kate?» «¿Sí?» «Sheila Levine se ha suicidado. Ha dejado esta larguísima nota de suicidio explicando por qué lo hizo. Sé que la conocías, Kate. ¿Te gustaría leer sus últimas palabras?» «Nah.»

Kate Johnston coincidió conmigo en el Departamento de Arte Dramático de la NYU. Llevaba ropa interior sucia, y no lo digo yo, todo el mundo en el departamento lo vio. Que no se diga que Sheila destrozó una reputación en su lecho de muerte.

Kate nunca me gustó. Bastaba que entrara en un sitio para que todos los presentes se sintieran incómodos. Una vez sacó un suficiente como nota final y fue a hablar con el profesor que se lo puso; lloró un poco y salió con un notable bajo. Otra vez consiguió el papel protagonista en *Un tranvía llamado deseo*, pero abandonó el escenario porque no podía soportar el comportamiento amateur del resto del elenco, y se las apañó para que el director le suplicara que volviera a pesar de que era una actriz horrible. Mientras todos los demás íbamos de acampada, Kate Johnston estaba de gira de verano. Y, para colmo, sus padres estaban divorciados, su padre se

había vuelto a casar, su madre también, y ella era la única hija de las dos parejas y todos la dejaban en paz.

Así que siempre odié a Kate Johnston. Así que estaba celosa. Así que me alegré cuando dejó los estudios después del primer año porque pensé que no tendría que volver a verla nunca. ¿Y? ¿No resulta irónico que acabara viviendo con la muy zorra? Sí, resulta irónico, pero tú no tuviste que vivir con ella, yo sí, no me quedaba otra. Necesitábamos a una tercera.

Halloween y otros problemas

Plano abierto del número 1.650 de Broadway, un edificio viejo y sucio. Paneo picado y cerramos plano en Sheila Levine. Lleva un vestido negro de tubo de la talla 46 que le queda un poco más ajustado de la cuenta por lo que, si se la mira fijamente a través del ojo inquisidor de la cámara, se puede ver exactamente dónde termina la faja. El plano no debería ser demasiado cerrado, ya que la señorita Levine no se ha depilado las axilas esta mañana. Sheila, a punto de entrar en el edificio, se tropieza y se cae en la acera, se le hace una carrera en la media derecha y le empieza a sangrar la rodilla. La señorita Levine se cubre la rodilla con el bolso y camina jorobada hacia el restaurante Schrafft's más cercano, famoso por el lavabo de señoras.

Cojea hasta el lavabo de señoras. Primer plano de la rodilla. Primer plano de la cara descompuesta de Sheila. Primer plano del rímel y demás maquillaje que corre por la cara de Sheila. Se limpia la rodilla con papel mientras reza para que nadie entre a usar el baño. Se quita la media rota, se mira las piernas y decide que lo mejor es quitarse las dos. Sin medias que la sujeten, la faja se le enrolla en los muslos rollizos y le corta la circulación. Se vuelve a poner los zapatos, que sin las medias no resultan tan cómodos, tira la media rota y se guarda la otra en el bolso antes de volver al 1.650 de Broadway.

Corte directo a la oficina donde el señor Frank Holland, un tipo rechoncho y encantador, le da la bienvenida a la organización y le dice que las ardillas esperan conseguir no uno, ni dos, sino tres grandes éxitos esas Navidades. El señor Holland lleva a Sheila Levine a conocer a la señora Cox, su jefa. Mientras avanzan por la oficina, que en realidad no es más que un montón de pequeños despachos grises con muchas mesas de metal grises, Sheila se da cuenta de que no hay ningún hombre joven trabajando para Frank Holland. La señora Cox, una mujer de mediana edad con el pelo teñido de negro y calzada con unas botas blancas, le da la bienvenida y le pregunta

si sabe escribir a máquina. Sheila, muy deprimida, se limita a responder «Sí».

Muy bien, amantes del cine, aquí está. *La historia de Sheila Levine*. A la crítica le encantó.

«Ayer vi *La historia de Sheila Levine*. Nunca antes una película me había arrastrado con tanta fuerza hacia las oscuras profundidades de la depresión. Me he visto a menudo ante la negrura de la desesperanza, pero siempre vislumbré un rayo de luz que indicaba el camino hacia un atardecer dorado. Eso no ocurre con *La historia de Sheila Levine*. Es profundamente oscura hasta el final. El papel de Sheila Levine lo interpreta Ernest Borgnine.»

No me estaba pasando nada digno de Doris Day, Sandra Dee o Natalie Wood, ni a Linda o Kate tampoco. Y, cuando no pasa nada en Nueva York, tienes que hacer tú misma que pasen cosas.

HECHO: Las chicas enamoradas no organizan fiestas. Las chicas que buscan amor organizan pica-picas siempre que pueden.

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? Organizar una fiesta de Halloween —dijo Kate, desnuda delante de nosotras, echando la ceniza en la alfombra verde que habíamos comprado entre todas (y que solo aspiraba yo).

—Buena idea.

—Es una gran idea.

—Me encanta.

—¿Cuándo es Halloween?

—El treinta y uno.

—Quiero decir qué día de la semana. ¿Falta mucho?

—Unas tres semanas. Cae en sábado.

—Perfecto. Es perfecto.

—La haremos el sábado por la noche.

(Yo) —¿Qué serviremos? Podríamos comprar unos fiambres, frankfurts e hígado picado.

(Kate) —Con unos cuantos boles de patatas basta. Hígado ni de broma.

(Yo) —No puedes servir patatas y ya. ¿Y si la gente tiene hambre?

(Linda) —¿Qué tal patatas y un poco de fiambre?

(Yo) —No se puede poner solo un poco de fiambre. O pones suficiente o no pones nada.

(Kate) —Patatas fritas y a la mierda.

¿VIENES A NUESTRA FIESTA DE HALLOWEEN?

¡HABRÁ DIVERSIÓN SIN FIN!

En casa de: ¿Dónde?

Sheila Levine calle Trece Oeste 25

Linda Minsk Mont Parnasse

Kate Johnston Apartamento 14L

¿Cuándo? Sábado noche, 31 de octubre 20.30

Traer bebida

Mimeografié las invitaciones en la oficina mientras la señora Cox estaba en el baño dándose unas capas de pintura. Las invitaciones a las chicas se enviaron tal cual ves arriba. Las invitaciones a los chicos se enviaron con las palabras «Trae a tus amigos» escritas debajo. Habíamos ido a demasiadas fiestas en las que había cinco chicas por cada chico. No resulta agradable llegar a una fiesta y que la anfitriona te ponga mala cara porque, al ir a abrir la puerta, se encuentra contigo en vez de con un hombre. Eso no pasaría en la fiesta de Halloween del Mont Parnasse.

Las invitaciones se franquearon mientras la señora Cox estaba en el baño toqueteándose las orejas recién perforadas.

La noche antes de la fiesta, Linda y yo intentamos tallar una lámpara de calabaza en una que tenía un golpe en un lado. Aunque en Manhattan no hay calabazas perfectas, la pregunta es: ¿Qué saben dos chicas judías de tallar calabazas? En nuestras casas habíamos visto calabazas, pero de plástico, y el pastel de calabaza era de Horn & Hardart's Retail Shop. Llevamos los restos de la calabaza a la incineradora y, mira tú por dónde, ¿a quién vimos?

Vimos a un hombre por primera vez en el edificio. Había bajado a tirar la basura. El edificio estaba lleno de chicas. Habíamos visto a chicas de dos en dos o de tres en tres en la lavandería, en los ascensores, junto a los buzones. Hay una lección que aprender de todo esto. Si de verdad quieres encontrarte al buenorro del edificio

en el pasillo, no te mudes a un edificio con portero. El macho es fuerte, musculoso y no le importa que en el edificio no haya portero; ni siquiera tiene miedo de que le violen.

HECHO: Hay más hombres, atractivos o no, en edificios antiguos sin portero.

Por lo tanto, imaginad nuestra sorpresa cuando vimos a aquel ejemplar único de macho tirando la basura en la casa de las mujercitas.

—Mami, cuéntanos otra vez cómo conociste a papá.

—¿No os vais a cansar nunca de escuchar esa historia, niñas?

—Cuéntanosla otra vez, por favor, mami.

—Está bien. Vuestra tía Linda y yo fuimos a tirar una estúpida calabaza que habíamos intentado tallar y allí estaba papá, tirando la basura. Llevábamos un mes y medio viviendo en el mismo edificio y no lo sabíamos. Ahora a dormir, monstruitos. Beso, beso.

Al principio, Linda y yo nos emocionamos al ver a aquel tío alto y bastante atractivo delante de nosotras, en nuestro propio edificio. Mi emoción disminuyó al darme cuenta de que tiraba la basura en cajas. El profesor Hinley también ordenaba perfectamente la basura. Mierda.

—Hola.

—Hola.

—Hola.

—Me llamo Linda Minsk y esta es mi amiga y compañera de piso, Sheila Levine.

—Charles Miller. Vivo en el 14 G. —Sonrió para que le viéramos bien las fundas. Yo tenía razón, era gay.

—Hola. —Esta es Linda. ¿Para qué molestarse en trabajarse a alguien con la basura ordenada y fundas en los dientes?—. Organizamos una fiesta de Halloween mañana por la noche. ¿Por qué no te pasas? Sé que es un poco tarde pero... Si puedes...

—Me temo que ya tengo planes, pero si vuelvo a casa pronto...

—Perfecto. Vivimos en el 14 L. —Linda otra vez.

—Adiós.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Charles Miller salió del cuarto de la incineradora primero y nos quedamos viéndolo alejarse por el pasillo. Era muy, muy guapo. Incluso sin las fundas, habría llegado lejos.

De vuelta en el apartamento:

—Ay, Sheila, igual viene.

—Cálmate, Linda. Es gay, marica, homosexual.

—No lo sabes.

—Linda, Linda, Linda, ¿cuándo aprenderás? Cualquiera que tire la basura en cajas tiene que ser marica. Te apuesto lo que quieras a que dentro de las cajas había perfiladores gastados.

—¿Cómo lo sabes? No pienso prejuzgar a nadie. Y qué más da si es marica... Eso no significa que no vaya a cambiar de bando si encuentra la chica adecuada.

¡No, Linda! Más de una chica ha dedicado su vida, sí, su vida, a intentar convertir a un hombre que prefería a otros hombres en un hombre que prefiere a las mujeres. Yo, sin ir más lejos, Sheila la experta, caí en la trampa. Muchas jóvenes han sentido que ellas eran la mujer adecuada, la única que podía conseguirlo. No funciona. Se le puede analizar todo lo que quieras, se le puede aplicar terapia de choque además de entregarle tu amor incondicional, pero él seguirá prefiriendo a su amiguito de East Hampton antes que a ti. Para algunas chicas, enamorarse de gays se ha convertido en una costumbre. ¿Por qué? No lo sé con seguridad. ¿Tienen miedo de los hombres pero no están listas para las mujeres? ¿Alimentan su ego? «No te lo vas a creer. Conocí a un hombre al que toda la vida le habían gustado otros hombres, pero me ha conocido a mí y yo soy la única que ha podido traerle al bando correcto.»

No lo intentes, Linda. No lo intentéis, ninguna. No funcionará. Seréis amigos, quizá acabéis en la cama un par de veces, quizá os caséis con él, pero mientras otros papis vayan a llevar a sus hijos al partido de béisbol, vuestro marido se escapará a un bar gay.

El día de la fiesta estaba barriendo el salón cuando Linda volvió de la peluquería, guapísima. Lucía el pelo liso con las puntas hacia arriba, negro y brillante. Las ondas habían desaparecido, se las había

dejado en Smart-Set, mientras que las mías trataban de salirse cada vez con más fuerza del turbante que llevaba. ¿Por qué no había ido yo también a la peluquería? Yo también quería las puntas hacia arriba. Interesante. ¿Por qué había atendido el piso antes que a mí? ¿Era una sufrida madre sin ni siquiera haber parido aún?

Las dos nos pusimos a decorar como locas con papel crepé negro y naranja. De forma no demasiado artística, lo pusimos colgando de las lámparas, de los pomos de las puertas o de las paredes, pegado con cinta adhesiva. Figuras de cartón: brujas, fantasmas y gatos con el lomo erizado. Encima del retrete (que también había limpiado yo), un cartel que decía: TRUCO O TRATO. Madre mía, lo divertido que nos pareció. Nos pareció tan divertido que tuvimos que apoyarnos en el lavabo para no caernos de la risa.

De tanto reír despertamos a Kate. Pobre Kate, eran solo las cuatro y media. Muchos sábados Kate dormía hasta las seis o siete de la tarde y se levantaba bostezando, como si fuera temprano.

Kate se puso su bata de estrella del cine, la de 69.95 dólares que se compró en Saks a mitad de precio durante las rebajas, turquesa, larga hasta el suelo, con plumas de marabú, y fue a la cocina (que solo yo limpiaba). Se preparó un sándwich de mantequilla de cacahuete con mi mantequilla de cacahuete y mi pan. No soportaba que hiciera eso. Siempre me robaba la comida, daba igual que me pasara los viernes por la noche poniendo mis iniciales a todo lo que compraba. Escribía S. L. en cada huevo, lo grababa en cada trozo de pan. No servía de nada. La muy zorra me robaba la comida.

—Buenos días, Kate. Bueno, mejor dicho, buenas noches.

—Que te den, Sheila.

—Escucha, Kate, la gente va a empezar a llegar en cualquier momento, tienes que recoger el lío que tienes montado en la habitación. —Sujetadores y bragas sucios apilados en una silla, vestidos sucios, faldas sucias, pantalones arrugados por todas partes, igualito que la vieja Sheila Levine de Franklin Square—. El cuarto está hecho un asco y son todo cosas tuyas.

—Que te den, Sheila. Si quisiera vivir con una madre me habría mudado con una, joder.

Del Women's Wear Daily:

La fiesta en casa de Sheila Levine fue fantástica. El piso estaba decorado al estilo de Halloween, con las brujas y calabazas de cartón más exquisitas que jamás he visto o volveré a ver en muchos años. La comida estaba deliciosa, iriquísima! Pocas veces puede una disfrutar de patatas fritas Wise y salsa de cebolla Lipton. Por supuesto, cada invitado debía llevar su bebida. ¡De lo más chic!

Dos de las tres anfitrionas, Sheila, o Sheil, como la llaman sus amigos, y Linda Minsk, llevaban el mismo vestido, un modelo de tubo negro, de lana, que reconocí inmediatamente como parte de la colección del sótano de Ohrbach's. Fue sin duda el acontecimiento social de la temporada. Por cierto, Sheila Levine no se duchó para la fiesta. ¿No es lo más?

... GRETA

Sí, Linda la alta y Sheila la gorda se pusieron el mismo modelito. Estábamos ideales con nuestros vestidos negros de tubo y nuestras perlas, que ambas recibimos al cumplir dieciséis.

—Linda, ¿y si no viene nadie?

—Solo son las ocho. La gente no tiene que venir hasta las ocho y media.

—¿Y si no hay salsa suficiente? ¿Y si nos quedamos sin y la gente aún tiene hambre?

—Deberíamos haber puesto en las invitaciones que confirmaran asistencia.

—A buenas horas lo dices. ¿Por qué no se te ocurrió cuando las estábamos haciendo?

—No lo pensé.

A las ocho y veinticinco sonó el timbre por primera vez. Linda se quedó helada. Abrí la puerta y ahí estaba Joshua. Nuestro primer invitado era marica.

—Hola, Joshua.

—Hola, Sheila.

—¿Qué tal todo?

—Bien.

Joshua no me preguntó nada. Nunca lo hacía.

—¿Qué has estado haciendo? —continué.

—No mucho.

La verdad es que no esperaba que me contara nada. Joshua tampoco respondía a las preguntas. Si fuera a comprar cigarrillos y le preguntaras adónde iba, tampoco te lo diría.

—Pasa y siéntate. La gente llegará en cualquier momento.

Mis ojos se posaron en sus manos. No había traído bebida. Muy Joshua.

El timbre. Fui a abrir. En la puerta había dos chicos bien arreglados del Departamento de Servicios Sociales. Linda corrió a recibirlos. Les sacaba la cabeza a ambos.

—Sheila, estos son Larry Hellman y Ralph Glazer.

—Hola.

—Hola.

—Él es Joshua.

—¿Joshua qué?

—No tengo apellido.

Le pasaron a Linda una bolsa marrón de papel con una botella de whisky barata.

—Toma, Linda. Nos llevaremos a casa lo que sobre.

Lo decían en serio. Traer tu propia bebida también significaba llevártela cuando la fiesta se acabara.

—¿Por qué no nos sentamos? —dije yo.

Antes de que pudiera sentarme, el timbre. Tres chicos. Parecía una especie de juego de multiplicación. En esta ocasión, era el sobrino de la señora Cox, de la oficina, y dos de sus amigos a los que no conocía.

—Hola, Henry.

—Hola. Estos son Harvey Puckett y Norman Berkowitz.

—Hola. Soy Sheila y ellos son Linda, Joshua, Larry y Ralph. ¿O Ralph y Larry?

—No, lo has dicho bien a la primera. Hola.

—Hola.

—Hola.

—Hola.

—Hola.

—Hola.

—Hola.

Linda llevó sus abrigos a la habitación y los apiló en la cama con los demás. Yo deseé estar escondida debajo del montón. Allí estaba, sola con seis hombres, cuéntalos, seis, y sintiéndome desgraciada y cohibida.

—¿Cómo está tu tía?

—No lo sé. Tú la ves más que yo.

—¿Qué tal va en el Departamento de Servicios Sociales?

—¿No te ha contado Linda lo que está pasando?

—¿Lo de la huelga?

—Sí.

—Sí, Linda me lo va contando todo.

—Entonces, ¿por qué me preguntas? —Vuelve pronto, Linda, corre, por favor. Me estoy hundiendo.

—¿Qué tal estás tú, Joshua?

—Ya te lo he dicho. Bien. —Por favor, que alguien me ayude.

El timbre. Nunca en mi vida pensé que podría desear encontrarme con chicas al abrir la puerta pero, créeme, aquella noche rezaba para que no fueran hombres. Dos chicos, amigos de Kate, de aspecto envejecido y sórdido, como artistas acabados que nunca han tenido éxito. Madre mía, daban miedo, eran mayores, de casi veinticinco, calculé.

—¿Está Kate?

—Sí, ipasad si queréis! —Lo dije igual que mi madre.

—¿Dónde está Kate?

—Saldrá en un momento. —Mierda. ¿Por qué digo esas cosas?—. ¿Alguien quiere salsa?

... Silencio. La fiesta es un fracaso, todo se está yendo a la mierda.

—¿Alguien quiere algo de beber?

—Sí. ¿Qué tienes? —preguntó uno de los amigos de Kate. Él tampoco había traído nada de beber.

—Hay Coca-Cola, naranjada, ginger-ale, gaseosa y alguna cerveza —dije, con el tono de una anfitriona encantadora.

—¿Estamos en una fiesta de cumpleaños infantil o qué?

Se levantó y fue a la cocina, salió con la botella medio vacía del whisky de Larry Hellman y Ralph Glazer.

—Me tomaré un poco de esto con hielo, si es que hay hielo.

—Ese es el whisky de Larry Hellman y Ralph Glazer.

Tenía miedo. ¿Y si se enfadaba y me daba una paliza? ¿Y si rompía la botella y me perseguía con el cristal roto? ¿Y si manchaba la alfombra? Volvió a la cocina y salió con una cerveza que se bebió directamente de la lata.

Kate entró en escena con un vestido azul cobalto muy escotado que Mitzi Gaynor se pondría para telonear un espectáculo de Las Vegas. El sujetador realzaba un escote hasta entonces desconocido por mí, y mira que había visto a Kate de todas las formas (ni siquiera tenía pijama). Un escote en mi salón. Kate se acercó a sus amigos y los tres se apartaron a un rincón donde no pararon de reírse, cuchichear y pasarlo en grande. Ni se molestó en presentarnos.

El timbre. Cuatro chicos. ¿Por qué? ¿Por qué, oh, Señor que estás en los cielos y observas el universo, por qué tenías que hacerle eso a Sheila Levine? ¿Tan terrible habría sido mandar a un par de chicas? Kate en un rincón con sus dos amigos, Sheila y Linda convertidas en el centro de atención de una docena de caballeros.

Los últimos cuatro eran amigos nuestros de Siracusa, cuatro chicos con acné y caspa que se pasaban la vida en la residencia de las chicas, demasiado inseguros para pedirles una cita a las guapas, demasiado exigentes para pedírsela a las normalitas. Nos hicimos amigos rápidamente. Aquellos chicos y sus relaciones platónicas que son de un aburrimiento total se convirtieron en nuestros amigos.

De Siracusa:

—Mamá, escucha, voy a traer a unos chicos a casa a pasar el fin de semana.

—¿Tu novio y sus amigos?

—No, no, nada de novios, solo amigos.

—¿Y cómo es eso?

—No te lo puedo explicar por teléfono. Ya te lo contaré cuando te vea.

—Muy bien, ya sabes que tus amigos siempre son bienvenidos. Prepararé un buen guiso de carne. Pero me gustaría, Sheila, que dejaras de hacer amigos y te echaras novio.

Presentamos a todo el mundo y después nos sentamos como dos Scarlett O'Hara, intentando mantener a nuestros hombres entretenidos. Todo aquello resultaba bastante vergonzoso, que lo sepas. Debo ser una persona maravillosa para haber sobrevivido a todo aquello.

Ellos doce y nosotras dos pasamos media hora interminable.

—¿Habéis visto algún programa interesante? ¿Algún libro que merezca la pena?

—¿Dónde están las tías?

—Estarán al llegar. Os juro que las he invitado. Solo son las nueve. Todo el mundo sabe que la gente llega tarde a las fiestas. —En una sola frase marginé a todo el grupo—. ¿Alguien quiere salsa?

Silencio, silencio y más silencio.

—Linda, ¿puedes venir un momento a la habitación?

Hablamos con la puerta cerrada.

—¿Qué podemos hacer?

—No lo sé, Sheil. El grupo está cada vez más enfadado. Si no pasa algo pronto, se irán todos.

—Nos odian.

—Tranquila, habla con ellos, enséñales lo bonito que es el suelo de la cocina.

El timbre. Corrí a abrir la puerta. Seis chicas, las seis chicas más guapas que he visto nunca y encima me alegraba de verlas. Todas eran amigas de Kate, todas actrices, pero gracias a Dios que habían llegado. La fiesta empezó. El timbre, dos chicas más, amigas de la NYU. El timbre. Tres chicas más. Gracias, Dios, por escuchar mis plegarias, pero tampoco hay que pasarse. Poco después aquello parecía la típica fiesta de solteros neoyorquina, tres señoritas por cada caballero.

Estaba pasando, era nuestra fiesta. Kate estaba en un rincón rodeada por un grupo de admiradores, algunos de ellos chicos, mis amigos, que llevé voluntariamente hasta ella. Menuda estupidez. A Linda parecía gustarle el sobrino de la señora Cox, y a él parecía

gustarle ella también. Fue él, de hecho, quien apagó la luz a las diez. Yo era la anfitriona perfecta, sacando bebida, preparando salsa de emergencia, limpiando cualquier gota que se derramara, vaciando los ceniceros en otros ceniceros y muy cabreada por haber dejado entrar a toda aquella gente sucia a mi bonito y limpio hogar.

Sí, la típica fiesta. Peter, Paul y Mary en el equipo de música, una pareja besándose en la ducha, dos licenciados universitarios chiflados tirándose palomitas. Un fiestón la mar de divertido. La policía llegó sobre las once y media.

—¿Vives aquí?

—Sí, señor. —¿Qué hace aquí? ¿Ha habido un asesinato, mi madre está enferma, el hombre del quiosco no me vio pagar el periódico y me ha denunciado? No es un policía sino alguien haciéndose pasar por policía para poder entrar y violarme. Me parezco a una asesina famosa, igual creen que soy yo. Hay menores bebiendo alcohol. Hice mal la declaración de impuestos del año pasado y voy a ir a la cárcel.

—Los vecinos se están quejando, no pueden dormir. —Alivio.

—Lo siento mucho, bajaremos el volumen. Es que es una fiesta de Halloween.

Abrí la puerta para que viera que era una fiesta y no alguna operación ilegal.

—No me importa lo que estéis haciendo. Dejad de hacer ruido antes de que tengamos que tomar medidas. Estáis avisados.

Se marchó. Grité con todas mis fuerzas.

—¡BAJAD EL VOLUMEN! ¡QUE SE CALLE TODO EL MUNDO! ¡ACABA DE VENIR LA POLICÍA, LA POLICÍA!

Nadie escuchó una palabra de lo que había dicho y siguieron haciendo ruido. El resto de la noche me la pasé preocupada por que la policía volviera y me llevaran a comisaría en una furgona acompañada de un ladrón, dos prostitutas y una mujer que acabara de asesinar a otra porque quería que fuera profesora.

—Es hora de pescar manzanas.

De nuevo, nadie me escuchó; o eso, o decidieron ignorarme. Las manzanas esperaban sin éxito en una olla grande sobre la mesa. Eran las doce y media y la música sonaba aún más alta, a pesar de que había bajado el volumen tres veces. Se habían formado parejas

que se susurraban, besaban y toqueteaban ligeramente mientras yo llevaba la basura a la cocina.

Entré en la cocina a vaciar algunos vasos que aún tenían whisky, restos de hielo derretido y colillas. Puaj. Estaba de espaldas a la puerta.

—Hola.

Había escuchado bien, era la voz de un hombre saludando. ¿Quién era el dueño de la voz?

Me di la vuelta, incliné la cabeza hacia atrás al estilo de Rita Hayworth y dije «hola». Mis ojos se posaron en una versión más joven y rechoncha de Manny Levine, con el pelo ondulado y unos ojos pequeños detrás de unas gafas de concha negras que descansaban sobre la clásica nariz judía. Vestía camisa, corbata (negra y estrecha), chaqueta marrón de sport moteada de los colores del arcoíris, pantalones marrones (con pinzas, nada más y nada menos), cinturón con la inicial «N» en la hebilla, mocasines marrones y calcetines amarillos. Allí estaba, amiga. Todo aquello por lo que había dejado mi hogar. El señor y la señora Levine os invitan cordialmente a la boda de su hija, Sheila Lynn Levine, con «N», en el salón Horowitz, el 14 de noviembre, a las 16.42 h. Se ruega confirmen asistencia.

—Hola. ¿Quién eres?

—Soy Sheila Levine, una de las chicas que vive aquí.

—Ya, me he imaginado que vives aquí. Llevas toda la noche ocupándote de la basura.

—¿Y tú quién eres? Me imagino que tu nombre empieza por ene.

—¿Cómo lo sabes? Resulta que me llamo Norman, Norman Berkowitz. ¿Cómo sabías que empezaba por ene?

—Lo he adivinado.

—No me lo creo. ¿Cómo lo has sabido?

—Me lo ha dicho un pajarito.

—En serio, ¿cómo lo has sabido?

—Por la hebilla del cinturón.

—Ah. ¿Te gusta vivir en Manhattan?

—Me encanta. Hay muchas cosas que hacer. Es el centro cultural del mundo. Es estupendo que haya tantos conciertos y museos y

teatros al alcance de la mano. —No había visto un cuadro, escuchado una nota de música en directo ni visto una obra desde que me había mudado a la ciudad.

—¿Te gustan los museos?

—Me encantan. Por eso me encanta vivir en Manhattan, todo está muy cerca.

—¿Te gustaría ir a un museo conmigo? —Dios, ¿en qué lío me había metido? Le había dicho que me gustaban los museos, sí, pero él se lo había tomado como algo personal, el señor Norman Berkowitz con los pantalones de pinzas. No quería ir a un museo con él. No me atraía. Ni siquiera me gustaba estar en la cocina con él.

—Claro. —¿Qué otra cosa podía decir? Te lo pregunto en serio. ¿Acaso podía decirle: «Claro, pero por favor no te pongas pantalones de pinzas ni chaquetas moteadas»?

—¿Qué tal el próximo sábado por la tarde? —Oh, oh, la cosa se estaba concretando. No me atraía y él se estaba poniendo concreto.

—El próximo sábado no puedo, la verdad. Tengo que ir de compras y creo que tengo una cita y mi jefe quiere que trabaje el sábado porque es una época de mucho trabajo y puede que mi madre venga a la ciudad y tendré que pasar tiempo con ella porque la veo muy poco desde que me mudé a Nueva York.

—¿Y el sábado siguiente?

—Vale.

Para Norman un «Vale» era una especie de señal. Se le encendió la bombilla: como nos íbamos a ver el próximo sábado, podía meterme la lengua esa noche. Me arrastró a la oscuridad del salón. No podía llevar a cabo su plan a la luz de la cocina. Me sentó sobre sus rodillas y nos besamos durante media hora, hasta que su amigo quiso irse a casa.

—Adiós —me dijo Norman, el hombre que me metió la lengua hasta la garganta—. Te recogeré dentro de dos sábados. ¿A qué museo quieres ir?

—No lo sé. Hay tantos que nunca sé a cuál ir primero.

—¿Qué te parece el Metropolitan?

—Vale, hace más de una semana que no voy. Deben haber puesto alguna cosa nueva interesante.

Abrí la puerta para que Norman saliera pero me encontré de nuevo con los hombres vestidos de azul.

—¿Qué pasa, agente?

Estaba un poco más nerviosa esta vez porque era la segunda vez que las fuerzas del orden me llamaban la atención aquella noche. Iría de cabeza al calabozo. Contrataría a un abogado soltero que se enamoraría de mí en el estrado.

—Los vecinos se han quejado de que no pueden dormir por el ruido procedente de este apartamento. Se acabó la fiesta.

Con un rápido movimiento, giró sobre sus talones y avanzó por el pasillo. Su compañero, que había permanecido en silencio, lo siguió, no sin antes dedicarme una mirada severa que indicaba que su compañero iba en serio.

El ruido procedía básicamente del equipo de música. Me acerqué y lo desenchufé. Nadie movió ni un dedo. Unas cuantas parejas se separaron porque se habían aburrido de toquetearse. Sobarse con música es otra cosa.

Las dos y media. La fiesta decaía. Algunas chicas se marcharon con los chicos que habían conocido. Otras se marcharon solas, porque sus chicos se habían pasado la mitad de la fiesta tocando teta y ahora les parecía demasiado esfuerzo acompañar a las chicas a casa hasta el Bronx. Las chicas que más pena me daban eran las que habían venido con amigas y ahora se marchaban solas porque sus compañeras habían encontrado a un chico que las llevara a casa. Ellas eran las que se enfrentaban a un caro trayecto en taxi, compartido con nadie. Por no mencionar los celos que todos hemos sentido alguna vez en la misma situación.

Pasadas las cuatro, todo el mundo se había marchado excepto Joshua, que nos preguntó si podía dormir en el sofá. ¿Por qué no? Estaba tan de moda compartir apartamento con un chico, era tan actual... La idea nos gustó tanto que Joshua, con su chaqueta sucia de ante, se convirtió en un elemento semipermanente en nuestro sofá verde-amarillo, nuestro único mueble bueno. Procedía del sótano de Linda, adonde lo llevaron cuando a su madre le dio por redecorar.

La puerta se cerró tras nuestro último invitado. Por mucho que quisiera, no era capaz de ponerme a limpiar. Menudo desastre. Negro y naranja por todas partes, vasos de papel, cigarrillos. ¿Cómo habían podido hacerme eso a mí?

—Ha sido una gran fiesta, ¿verdad, Sheila? Parecía que te lo estabas pasando muy bien con el chico de la chaqueta moteada. — Se había dado cuenta. ¿Es que las motas brillaban en la oscuridad?

—No está mal.

—¿Te ha pedido una cita?

—Sí. Iremos al museo juntos el próximo sábado. ¿Qué tal Henry?

—Nos veremos mañana, y pasado, y al otro y todos los días de mi vida. —Se ha enamorado. Madre mía, se ha enamorado. Ha encontrado a alguien y se ha enamorado y yo tengo que fingir que todo es maravilloso cuando no lo es en absoluto. Es lo peor. Estoy celosa, tan celosa de que mi mejor amiga haya encontrado a alguien a quien amar que podría morirme ahora mismo.

—Linda, me da que estás enamorada.

—Ay, Sheila. —Está enamorada. Se nota. Está metiendo las dos piernas en la misma pernera del pijama. Me hierve la sangre. ¿Por qué no me ha pasado a mí? Soy seis meses mayor. Conocí a Henry Cox antes que ella. ¿Por qué los he presentado?

Linda se quedó dormida mucho antes que yo, con una maldita sonrisa en la cara. Yo me quedé despierta rezando por encontrar a alguien rápidamente o, si no era posible, por que a Linda y a Henry no les fuera bien. Querido Dios, mándame a alguien o llévate al suyo.

En cuanto Kate se quedó dormida, me levanté y apagué el aire acondicionado. Tengo un problema en el seno nasal, una especie de rinitis. Linda y Kate querían tener el aire acondicionado encendido toda la noche, yo no. Yo quería tenerlo encendido por la tarde pero apagarlo a la hora de acostarse. Si lo dejábamos encendido, me despertaba a eso de las tres de la mañana tosiendo y llena de mocos. Linda acabó rindiéndose. Cada noche, antes de acostarnos, apagábamos el aire acondicionado. Luego llegaba Kate a las tantas (creo que se dedicaba a salir con chicos y hacer guarradas que ya

me gustaría a mí estar haciendo) y lo volvía a encender. Me despertaba llena de mocos y tosiendo todas las malditas noches.

Sonó el timbre. Lo ignoré. No podía dormirme pero estaba demasiado cansada para moverme. Volvió a sonar. Arrastré mi cuerpo agotado hasta la puerta.

—¿Quién es?

—Charles Miller.

—¿Quién? —susurré para no despertar a mi querido Joshua, dormido como un bebé en el sofá.

—Charles Miller, del 14 G. Nos conocimos con la basura.

Abrí la puerta. Allí estaba Charles Miller y, supuse, su compañero de piso, los dos vestidos de mujer, con pelucas, las uñas pintadas y zapatos con el talón descubierto, con las piernas depiladas y todo. Guapísimos. Estaban guapísimos.

—¿Aún sigue la fiesta?

—No, lo siento. Se han ido todos ya. Nos hemos acostado.

Dejé de hablar y me quedé mirando.

—Vale, solo hemos venido por si acaso. Nos vemos.

—Sí, buenas noches.

—Buenas noches.

Avanzaron por el pasillo sin problema, sin el balanceo ridículo típico de los hombres cuando se ponen zapatos de mujer. Me pregunto si habría mete saca antes de las buenas noches.

Volví a la habitación. Linda estaba sentada en la cama.

—¿Quién era, Sheila?

—Tu amigo del 14 G. Vestido de mujer, con bolso de serpiente incluido. ¿Te crees ahora que Charles Miller es marica?

—No.

—¿Cómo que no? Estaba en nuestra puerta con sujetador y todo.

Norman, como prometió, me recogió a la una. Mi primera cita en Nueva York como agente independiente y libre, y resulta que me toca salir con este. Cómo me gustaría poder decir que no se puede juzgar un libro por la cubierta pero, querida amiga, me resulta imposible. Norman llevaba una chaqueta marrón moteada y, en su interior, había un hombre con los intestinos moteados.

Fuimos al museo, según lo prometido. Doris Day también iba a museos, ¿te acuerdas? ¿Fue alguna vez con un Norman? (Idiotas de Vestuario, tenía que ir vestido con un traje de tres piezas de raya diplomática, no con una chaqueta marrón moteada.) Paseamos por el Metropolitan diciendo cosas como arte del Renacimiento, impresionista, expresionista, etcétera, y después Norman me trajo a casa. No se gastó un centavo en mí, nada de nada. Hasta utilicé mi ficha del metro las dos veces. No le invité a entrar.

(Yo) —Muchas gracias. Lo he pasado muy bien.

(Norman) —Yo también lo he pasado muy bien. ¿Quedamos el fin de semana que viene?

(Yo, pensando...) ¿Estás de broma? ¿En serio? No quiero volver a verte en mi vida. Tú y tus motas os podéis marchar. Haces que hasta el edificio parezca dejado.

(Yo, hablando) —Me gustaría mucho, Norman, pero no puedo. El próximo fin de semana tengo que lavarme el pelo.

(Norman) —¿Y el siguiente?

(Yo, pensando) Lárgate ya. Tú solito podrías transformar este edificio de lujo en una chabola.

(Yo, hablando) —Lo siento. Ese fin de semana voy a casa de mis padres, a Franklin Square.

—Podría pasarme por allí y vamos al parque o algo. (Ya está otra vez el derrochador.)

(Yo, incapaz de pensar en más excusas) —Vale.

Norman se lanzó a mis labios y me dio el beso más desagradable, largo y húmedo que me han dado jamás. Me besó en el pasillo, a las seis de la tarde. La gente sale a tirar la basura a esas horas y a él le da por besarme.

Oh Dios. Norman y La Madre juntos.

Desde Franklin Square:

—Sheila, ¿qué tal ha ido la cita?

—Aburrida, fatal, desagradable.

—¿Vais a quedar otra vez?

—Sí. No lo soporto. Me da asco. Tiene algo que no funciona. Es demasiado judío.

—Parece buen chico. ¿Cuándo lo verás otra vez?

—Dentro de dos sábados, vendrá a Franklin Square.

—¿Viene aquí?

No se lo puede creer. Es la primera vez en mi vida que voy a llevar a un buen chico demasiado judío a casa de mis padres. La pobre mujer está en *shock*.

—Vendrá el sábado. Daremos una vuelta por la isla en coche o algo.

—Claro, cariño, podéis coger mi coche si queréis.

Coge mi coche, mi ropa, mi casa, tengo los ojos llenos de lágrimas. Me has hecho una mujer feliz. Nos has traído a un chico demasiado judío de los de verdad.

Haz caso a Sheila, nunca le presentes un chico a La Madre si no estás loca por él. Lo de mi madre y Norman fue amor a primera vista en cuanto entró por la puerta. Se enamoraron. Ruthie, Madeline y todo el mundo, escuchadme: Norman y Bernice Levine se enamoraron. Sí.

—Norman, cielo, ¿quieres algo? ¿Por qué no te quitas la chaqueta y te pones cómodo? Toma, Norman, un buen vaso de zumo frío. Claro, sube los pies aquí encima. Me gusta que la gente se sienta cómoda. Me parece muy interesante que seas maestro de primaria, Norman. Cuéntame, ¿es difícil? ¿Se enamoran de ti todas las niñas?

Y no paraba de pestañear, y llevaba el sujetador que mejor se las levantaba y el postizo más nuevo. Estaba claro, no paraba de flirtear con Norman Berkowitz. No le costó nada volver a los días dorados de Bernice Arnold.

Y sus afectos no cayeron en saco roto. Norman se enamoró también perdidamente de ella.

—Señora Levine, esta sopa está deliciosa... ¿De verdad lo ha decorado todo usted? No me puedo creer que haya pintado todos los cuadros de la sala de estar.

Estaban locos el uno por el otro. Ella lo invitó a cenar y él se quedó. Lo invitó a pasar la noche pero, por suerte, Norman no podía quedarse. Tenía que darles de comer a sus gatos. (¿No es encantador?) Lo invitó a volver al próximo fin de semana, sin preguntarme a mí, lo invitó directamente. Norman aceptó amablemente, le estrechó la mano a mi padre y le dio un beso en la

mejilla a Bernice. Lo llevé a la estación para que pudiera coger el tren de vuelta a Brooklyn, de donde nunca debió salir. El tren se aproximaba por la vía pero me agarró y consiguió besarme antes de saltar del Cadillac. El aliento le olía al hígado picado de mi madre.

Esa noche...

—Norman me gusta mucho. Es un chico encantador.

—Pues yo no lo soporto.

—No tienes que casarte con él. Solo dale una oportunidad. No tires el agua sucia hasta que tengas agua limpia.

—¿Es eso lo que piensas de él? ¿Que es agua sucia?

—No, la verdad es que me gusta mucho.

Seguro que sí, señorita Arnold, tuvimos ocasión de ver muy bien sus magníficas piernas ese día.

Norman volvió el siguiente fin de semana, y volví a verlo el siguiente y el siguiente. En aquella época, tenía dos malas costumbres: comerme las uñas y salir con Norman Berkowitz. Yo no tenía ninguna otra cita y Linda estaba enamorada de Henry Cox, así que no resultaba muy divertida. Además, yo me estaba empezando a creer la teoría del agua sucia. Cada vez que decidía no verlo nunca más, me llamaba una amiga para decirme que lucía un diamante de dos quilates en el dedo. (Más tarde descubrí que muchos de esos anillos estaban en realidad compuestos de muchos diamantes pequeños que sumados alcanzaban los dos quilates.) Dos meses después de nuestra primera cita, decidí que aceptaría la petición cuando llegara, llevaría el anillo durante un tiempo y después se lo tiraría a la cara cuando apareciera el hombre perfecto.

¿Qué puede decir una del sexo con Norman que no se haya dicho ya? Nos besamos y nos tocamos mucho, pero Norman seguía empeñado en proteger mi virginidad. (Ya, ya.) Nos besuqueamos y nos sobamos y lo hicimos todo menos ya sabes qué. ¿Por qué dejé que el idiota me tocara? No sé decir: «Preferiría que no. ¡Por favor, no!». Nadie me cree cuando lo digo. Si Grace Kelly te dice «Por favor, no», no te acercas. Si Sheila Levine te dice «Por favor, no», sigues avanzando. Doris Day me perdonará pero nunca le he dado

una bofetada a nadie. Ahí está Sheila Levine, la que pilla lo que puede.

Los tocamientos, sobeteos y besuqueos duraron meses. A veces Norman hasta llegaba a desnudarme, y luego me tocaba, me sobaba y me besaba. ¿Sabéis lo excitante que resulta eso? Empecé a leer a Margaret Mead, me preguntaba si escribiría sobre los particulares hábitos sexuales de Norman.

Querida Abby:

Llevo siete meses saliendo con un chico. No lo soporto. Me da ganas de vomitar. Pero tengo un problema. No quiere follar conmigo. ¿Qué puedo hacer?

QUIERO FOLLAR,
Franklin Square y Manhattan

Sentimientos encontrados. Odiaba a Norman, no podía soportarlo, pero era una mujer apasionada con muchos granos. También tenía sueños extraños. En uno de ellos Norman me arranca la ropa, demasiado impaciente para entretenerse con los botones. Siento su aliento cálido en la espalda y, por primera vez, me excito. Me excito como nunca antes. Mi cuerpo grita «Tómame, tómame». Y lo hace, allí mismo, sobre la alfombra. Estoy sorprendida, no esperaba que ningún hombre me causara tal felicidad, tal éxtasis. Cuando terminamos, me acaricia con ternura. Suspiro, estoy satisfecha. ¿Volverá a estar tan bien alguna vez?

Vale, esto es lo que pasó de verdad: mis padres habían salido. En cuanto se marcharon a ver una película bastante larga, de lo que se encargaron de informarnos claramente, Norman se puso manos a la obra. Empezó con los besos, siguió con el toqueteo, me desnudó, se desnudó y siguió con los besos y el toqueteo. Me estaba volviendo loca con tanto besuqueo y toqueteo así que empecé yo, lo admito. (Mamá, puedes saltarte esta parte si quieres.) Me puse agresiva. Le cogí lo que ya sabes con un propósito muy claro en mente.

—¡Por favor, no! —Ese fue él, nena, no yo. Aún me sorprende que no me soltara una bofetada.

—No pasa nada, Norman.

—No, sí que pasa. No puedo hacerte esto.

—No pasa nada. —Volví a cogerlo, con delicadeza, pero firme.

—Sí que pasa.

—Norman, no pasa nada.

—Sí que pasa, no podría perdonarme nunca.

—Norman, que no pasa nada, no soy virgen.

—Pero yo sí.

La verdad. Te estoy contando la verdad. Le estaba agarrando el pene a un hombre virgen sobre la alfombra afelpada verde aguacate de mi madre, justo al lado de su sofá de terciopelo dorado.

—¿Estás de broma?

—Lo digo en serio, no lo he hecho nunca.

—¿Y por qué no quieres hacerlo ahora? Venga.

—Tengo miedo.

Tenía miedo. Me tenía allí tumbada, desnuda, suplicándole que me follara y él tenía miedo.

—No es para tanto. De verdad, Norman. Norman, ¿estás llorando?

—Sentí lástima por él, de verdad. Estaba llorando aunque lo negara. El pobre tenía miedo. Como un virgen asustado—. Venga, Norman, yo te enseño.

Lo guié para que se pusiera encima de mí. En cuanto su cuerpo tocó el mío sus espermatozoides volaron por todas partes. Ya te imaginas dónde, mamá.

Era una película larga así que, después de un café y unos cuantos discos, lo volvimos a intentar. Esta vez lo conseguimos. La primera vez de Norman. Me sentí como una vieja prostituta. Se quedó dormido encima de mí. Y pensar que durante un minuto absurdo me sentí culpable por haberle hecho perder la virginidad.

Europa

HECHO: Las chicas con una vida sexual gratificante se quedan en Nueva York; el resto quiere pasar el verano en Europa.

Norman era aburrido, el trabajo implicaba escribir a máquina más de la cuenta y mi amiga Madeline se iba a casar. Yo llevaba nueve meses en Nueva York y parecía que nunca estaba en el lugar adecuado, donde pasaban cosas. Pensé que igual las cosas mejorarían si cambiaba la forma en que escribía mi apellido, de Levine a Le Vine. Fui Le Vine durante treinta días enteros y no pasó nada. No lo sé. Tal vez me debería haber cambiado el nombre a Sheilah.

Linda tampoco era muy feliz en aquella época. Después de todos esos meses, descubrió que Henry Cox había votado a Nixon en vez de a Kennedy.

—Linda, no lo entiendo. No puedes dejar a alguien solo porque no ha votado lo que has votado tú.

—No, no lo entiendes, Sheil. Ha votado a Nixon. Nunca podría acostarme con un hombre que ha votado a Nixon. No puedo, no puedo.

Lloró durante unas semanas y entonces, una tarde, Linda volvió a casa con folletos de tierras lejanas y me preguntó:

—Sheil, ¿cuánto dinero tienes en el banco?

—No lo sé... ¿Unos doscientos cuarenta dólares?

—¡Perfecto! ¿Cuándo tienes vacaciones?

—El señor Holland se porta muy bien con ese tema. Las ardillas no empiezan a cantar hasta septiembre. Tengo dos semanas, cuando quiera, creo.

—¡Genial! Yo también tengo dos semanas y hay un montón de vuelos charter a través de la asociación de antiguos alumnos de la NYU, por solo ciento ochenta dólares, ida y vuelta. Podemos pasar con cinco dólares al día y estoy segura de que nuestros padres nos darán un poco de dinero extra.

—¡Pues vámonos! Pero, Linda, no quiero ir como una turista cualquiera a visitar iglesias y museos. Quiero conocer a la gente.

—Yo también. No aguanto esos tours que te llevan a dieciséis países en catorce días.

—Vale. Tenemos dos semanas. Iremos solo a Londres, París y Roma.

¿Nos moríamos por descubrir Europa? ¿Teníamos unas ganas locas de ver el Louvre? ¿De pasear por la Vía Apia? No, nos moríamos por salir de Nueva York, por enamorarnos de un François francés o de un Tony italiano. Venga va, habíamos visto *Creemos en el amor*. Lo único que teníamos que hacer era cruzar el charco y todos los solteros interesantes de Europa nos estarían esperando al bajar del avión. Tampoco es que nos fuéramos a casar con ellos. Volveríamos y nos casaríamos con un buen chico americano, como Sandra Dee hacía siempre. Pero ¿por qué no tener una aventura loca con un hombre que te besa la mano?

Vuelo 204A con destino Londres. Embarcando.

El aeropuerto estaba hasta arriba. Por cada persona que viajaba, tres habían acudido a despedirla. Los Minsk estaban allí, cubrieron a Linda de besos y abrazos y le dedicaron despedidas alegres y tristes. Mis padres también estaban allí y me juraron que, si no seguía sus instrucciones, acabaría robada, violada y deportada.

—Sheila, no te olvides de ir a hoteles buenos y de poner papel higiénico en la taza del váter.

—Sheila, esconde el dinero. No lo lleses contigo ni lo dejes en la habitación.

—Sheila, si surge algún problema, ve a la embajada estadounidense más cercana. Ellos cuidarán de ti. Recuerda que tienes todo el derecho del mundo. Eres ciudadana americana. Pagamos muchos impuestos.

—¿Qué haces si pierdes todo el dinero?

—Ir a American Express.

—¿Qué haces si, por cualquier motivo, necesitas más dinero?

—Os pediré que me mandéis un giro.

—¿Qué haces si el asiento del váter está sucio?

—Ir a la embajada estadounidense.

Acto seguido, como si lo hubieran ensayado, mi padre se apartó sigilosamente y mi madre se acercó lo suficiente para poder susurrarme.

—Sheila, ya sabes que confiamos en ti, PERO vas a un país extranjero y muchos de esos hombres de allí se aprovechan de las chicas guapas de aquí. No dejes que ningún chico extranjero te toque ya sabes dónde.

—Mamá, no sé a qué te refieres.

Me dedicó una mirada asesina. Justo antes de dejar Estados Unidos, mi madre me miró con cara de asesina.

Subimos al avión, Sheila y Linda, dos amigas que viajaban juntas a descubrir Europa. Dos chicas que en la calle Trece habían planeado exactamente cómo serían sus vacaciones, una ataviada con un vestido de tejido arnel que no se arruga y la otra con un conjunto perfecto.

Durante el año que habíamos pasado en Nueva York, Linda había desarrollado cierto estilo, del tipo que solo tienen las chicas de Nueva York. Sabía cómo combinar las ropa y los complementos: añadir un pañuelo, ponerse un cinturón, colgarse un bolso del hombro. Sabía vestir de negro con elegancia y sin complicarse. No comía nada, había adelgazado como una modelo y tenía clase, *savoir faire*. Yo había engordado dos kilos y medio desde que «desfloré» a Norman y la palabra accesorio no formaba parte de mi vocabulario. ¿Y? Linda iba en el asiento de ventanilla y yo en el medio. A mi lado, en silencio, iba un tipo que no paraba de leer, vestido con una camisa formal y unos pantalones de pana. Aún no sé cómo consiguió ver a través de mí, que ya es difícil, y mirar fijamente a Linda a los ojos. Hablaron por encima de mi barriga.

—¿Es tu primer viaje? —Él.

—Sí. Me muero de lo contenta que estoy. —Linda.

—Yo también. —Yo.

—Te va a encantar. Hace cinco años que voy cada año y cada vez me gusta más. —Él.

—¿Has estado cinco veces? ¡Qué bueno! —Linda.

—¡Maravilloso! —Yo.

—¿Cómo te llamas? —Él.

—Linda. ¿Y tú? —Linda.

—Charles. —Charles.

—Yo soy Sheila. —Yo, Sheila.

¿Hace falta que te cuente que, cuando me levanté para ir al baño, se sentó en mi asiento? ¿Hace falta que te cuente que, cuando aterrizamos, Charles cogió su maleta y la de Linda y que yo tuve que arrastrar la mía por la aduana y hasta el taxi? ¿Hace falta que te cuente que nos sugirió una pequeña pensión, muy bonita, muy limpia, muy barata, con desayuno incluido, con habitaciones comunicadas? ¿Hace falta que te cuente que Linda y Charles recorrieron la ciudad juntos día y noche, en brazos el uno del otro, con sus abrigos London Fog aleteando con la brisa? ¿Y hace falta que te cuente que vi la Torre de Londres, el Palacio, el Parlamento, Soho, Picadilly Circus, etcétera, etcétera, etcétera, yo solita en un autobús turístico abarrotado? ¿Hace falta que te cuente que en mis diapositivas salen un montón de desconocidos?

Aunque lo vi todo sola, me enamoré de Londres. Sentí que alguna vez tendría que vivir allí. Quizá podría convencer a Frank Holland para que abriera una sede británica. Si no, podría conseguir trabajo aquí, en el Parlamento o algo así. Quizá a la reina le vendría bien una buena chica. Para ella, hasta escribiría a máquina.

—Bien, señorita Levine, parece la clase de chica que nos gustaría tener en palacio. ¿Escribe usted a máquina?

—Sí, Majestad.

—Escríbale esta carta a Escocia. Me pertenece, ¿sabe?

Mi mayor temor era que Charles, por amor a Linda, nos siguiera hasta París. En nuestra última noche en Londres, estaba haciendo la maleta mientras escuchaba el goteo de mi ropa tendida cuando Linda volvió, se tiró en la cama y me contó que se había acabado.

—¿Por qué, Linda? No me digas que también votó a Nixon.

—No, votó a Kennedy. Se lo pregunté el primer día.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No le encantó *El guardián entre el centeno*.

—¿Ese es el único motivo?

—¿Es que no lo entiendes, Sheila? Es mi libro favorito. Lo he leído diecisiete veces. No podría casarme con alguien a quien no le guste

Salinger. No querría que ese tipo de hombre fuera el padre de mis hijos.

En cuanto vi París, supe que quería vivir allí algún día. La primera noche pensé en cambiarme el nombre a Le Vine. ¿Por qué no podía ser una americana en París? Podría volver a Nueva York, trabajar un año más para Frank Holland, ahorrar todo el dinero (no pisaría Ohrbach's ni una vez en todo el año) y después podría volver a mi París. Viviría en la Rive Gauche, comería pan y queso y tal vez alguna que otra hamburguesa de la tienda americana y me pondría un montón de jerséis negros de cuello alto y luciría ese encantador aspecto de chica hambrienta.

Claro que mi madre se opondría al principio. Probablemente lloraría en el aeropuerto. Pero me lo perdonaría todo cuando conociera a Jacques, mi marido judío francés, y a mis preciosos hijos judíofranceses, Pierre y Martine, dos encantadoras criaturas que llevarían mochilas y calcetines azul marino a todas horas.

Mi madre estaría especialmente encantada cuando le presentara a mi mejor amiga, Brigitte Bardot. (Nos conocimos porque las dos tenemos casa en Saint-Tropez y llevamos la misma talla de bikini.)

Linda odió París.

—Linda, ¿cómo puedes odiarlo? Nunca he escuchado nada igual. ¿Cómo se puede odiar una ciudad entera?

—No me interesa en absoluto.

—Es una ciudad preciosa. Tienes que admitir que es preciosa. El Louvre, las Tullerías, la Torre Eiffel. Mires a donde mires, es una ciudad preciosa.

—No está mal.

—¿Que no está mal? Nunca he oído a nadie decir que París no está mal.

Estaba claro por qué Linda estaba de tan mal humor. A través de la oficina de American Express, había recibido una carta de dieciséis páginas de Henry Cox. Le pedía perdón una y otra vez por haber votado a Nixon, decía que se había dado cuenta de lo tonto que había sido. Linda no sintió compasión alguna por Henry Cox; al contrario, consideraba aún peor que no fuera fiel a sus convicciones.

Quería tirar la carta a la llama de la Tumba del Soldado Desconocido. No pudimos acercarnos lo suficiente, así que la tiró a una papelería en lo alto de la Torre Eiffel.

Nuestra última noche en París, cuando volvíamos al hotel (el Montana, lo encontramos en *Europa por cinco dólares al día*), dos franceses feos en un Peugeot nos gritaron obscenidades en francés. Funcionó a la perfección, a Linda le levantó el ánimo enseguida. Durante nuestro último día en la Ciudad de la Luz, Linda sonrió, hizo cientos de fotos y silbó *I love Paris* sin parar.

—Sabes, Sheil, me gustaría mucho vivir en París algún día —me dijo en el avión a Roma—. Igual podría hacer un máster de Bellas Artes en la Sorbona o algo así. Podría vivir en plan barato en la Rive Gauche, comiendo pan con queso. ¿No sería genial?

Hubo lío en Roma. Para empezar, le escribí una postal a Norman. No sabía nada de él y le envié una postal, mierda. Nunca le he enviado una postal a un chico sin arrepentirme después.

Querido Norm:

Pues estamos en Roma y ya se me han declarado tres veces: un lord inglés, un duque francés y un conde italiano. (Es broma.) En serio, me gustaría vivir en Roma algún día.

Nos vemos,

SHEILA

Intenté meter la mano en el buzón para recuperarla.

Después, Linda y su último ligue desaparecieron durante horas. Aún me pongo nerviosa cada vez que lo pienso.

Linda y yo estábamos cenando de menú en un pequeño restaurante cerca del hotel. Era un sitio con mucho encanto; incluso el aire en Roma es diferente. Me sentía muy cosmopolita y al mismo tiempo no acababa de creermelo que estuviera allí. El regreso a casa estaba a la vuelta de la esquina, Linda empezaba a pensar en los servicios sociales y yo en Frank Holland y sus discos. Durante el viaje, ambas habíamos decidido que buscaríamos trabajos nuevos al volver, nos estábamos echando a perder. Éramos demasiado buenas para nuestros trabajos. ¡Habíamos estado en Europa!

—Tengo que volver pronto por aquí.

—Podríamos volver el próximo verano.

—No, Sheila, no digo de vacaciones. Tengo que vivir aquí.

—Yo también. Justo le acabo de escribir eso mismo a Norman. Si no quieres tus espaguetis, yo me los acabo.

Dos chicos que ni siquiera habíamos visto se acercaron a la mesa y nos preguntaron si podían sentarse con nosotras. ¿Te has dado cuenta de que, cuando dos chicos se sientan con dos chicas, el más guapo se sienta de forma automática junto a la más guapa?

Eran estadounidenses, del Medio Oeste nada menos, con camisas a medio abrochar, pantalones chinos y todo eso. El chico de Linda se llamaba Rick algo y el mío Joe, simplemente Joe. Linda y Rick se marcharon a lugares desconocidos sin que me diera ni cuenta. Joe me llevó en su Honda a un bar al que acuden muchos universitarios estadounidenses, y entonces me di cuenta por primera vez de que era mayor que mi acompañante. Da miedo. Siempre me había considerado muy, muy joven. Ahí estaba Joe, saludando a chicos con sudaderas de Dartmouth, Rochester o Ithaca. Todos hablaban de la vuelta a las clases en otoño. A mis veintidós me notaba la cara llena de arrugas.

—Sheila, ¿a qué universidad vas tú?

(Traga, despacio.)

—A NYU.

Estaba nerviosa. ¿Y si alguien en aquel grupo me había visto licenciarme?

Linda y Rick no aparecieron. Joe no parecía nada preocupado. Yo, por supuesto, empecé a preocuparme cuando volvimos al hotel y Linda no estaba allí. Joe se quedó esperando conmigo porque Rick y él no habían decidido dónde iban a dormir. (¿Cómo puede alguien vivir así?) Nos sentamos en las sillas duras e incómodas del vestíbulo y esperamos, esperamos, y esperamos.

Soy la primera en admitir que me aterrorizo con facilidad, que tiendo a alterarme sin motivo alguno. Si tu mejor amiga del mundo se hubiera marchado en moto con un extraño en un país que no conoces y fueran las tres y media de la mañana, ¿no te preocuparías? Yo también.

—Joe, creo que deberíamos hacer algo, o llamar a alguien, no sé.

—¿Qué podemos hacer? ¿A quién vamos a llamar?

Hizo las preguntas adecuadas pero seguía sin preocuparse.

—¿A la embajada estadounidense?

—¿A las tres y media de la mañana?

Así que me levanté dispuesta a hacer algo, no sabía qué, justo cuando Rick entró por la puerta sin Linda.

—Joe, ¿dónde te has metido? Te estábamos esperando en casa de Mark.

—¿Dónde está Linda? —pregunté.

—No sabía que íbamos a casa de Mark. No me lo habías dicho.

—¿Dónde está Linda? —pregunté.

—Sí que te lo dije. Te lo grité desde la moto cuando nos marchamos del restaurante.

—¿Dónde está Linda? —pregunté.

—No te escuché.

—¿Dónde está Linda? ¿Dónde está Linda? —pregunté.

—Venga, vamos. Te he estado buscando por todas partes. Estoy muerto y salimos para Madrid por la mañana.

—¿DÓNDE ESTÁ LINDA? —grité.

—¿Quién?

—Linda, la chica con la que te fuiste.

—La traje aquí justo después de la película.

—Me tomas el pelo. No está aquí. Me va a dar un ataque.

¿Qué sabían estos dos chicos no judíos, Rick y Joe, de ataques? Seguro que sus madres eran dos rubias súper liberales de pecho plano a las que no les importaba siquiera si se rascaban la varicela.

—La he traído aquí y creo que ha subido a la habitación. Venga, Joe, que nos marchamos pronto por la mañana, estés despierto o no.

—Adiós, Sheila. Encantado de conocerte.

—Encantada de conocerte también. Gracias por la copa y por todo. Gracias.

Subí a la habitación, me senté en la cama y me quedé mirando al vacío. No había que perder los papeles. Sin duda Linda había sido atrapada por la Mafia para dirigir su prostíbulo italo-judío-americano. La embajada estadounidense... Llama a la embajada, Sheila. La

pobre Linda seguramente estará por ahí tirada en algún callejón oscuro, sin fuerzas para moverse debido a un fuerte estreñimiento. Llama a la embajada estadounidense. Han confundido a Linda con una espía y ahora los fascistas la están torturando porque creen que tiene secretos que contar. Así que, llama a la embajada estadounidense!

Vuelta a la planta baja. Llamé a la embajada estadounidense. Estaban durmiendo. ¿Qué pasaría si Italia le declarara la guerra a Estados Unidos? En la embajada estadounidense no se enterarían hasta el día siguiente.

El recepcionista me vio la cara de preocupación.

—*Polizia?*

—Sí, por favor, *polizia*.

—*Polizia?* —Marcó el número de la *polizia*.

—No hablo italiano. ¿Podrías decirles que mi *friend*, *mon amie*...

Sabía lo que estaba diciendo. Me había visto esperar durante horas en el vestíbulo. Habló con la *polizia* y me hizo un gesto para que me tranquilizara. Le sonreí y seguí sonriendo. Era la única forma en que podía agradecerle lo que estaba haciendo. Muchas sonrisas y muchos *grazie*. *Grazie*. *Grazie*. *Grazie*.

La *polizia* llegó y me puse a darles las *grazie* sin parar. Hablaron con el encargado del hotel durante mucho rato, sin parar de reír y de abrazarse. Parecía que se lo estaban pasando en grande mientras mi Linda probablemente estaba atada a la Fontana di Trevi. Por fin me hicieron un gesto para que me acercara.

—¿Que me acerque? —dije devolviéndoles el gesto.

Me hicieron otro gesto. Claro que tienes que acercarte, idiota.

—Ve, *polizia* —dijo el encargado.

—Ja, ja. Lo siento, yo he montado todo esto. No quiero ir, la verdad. Lo siento mucho, ¿por qué no nos vamos todos a dormir y ya llamaré a la embajada estadounidense por la mañana? Ja, ja, ja.

No me entendieron. Me llevaron hasta el coche de la *polizia*. ¿Por qué los llamé a ellos primero? Yo, Sheila Levine, de camino a la comisaría de *polizia*. Por suerte, no me llevaron a la comisaría sino que fuimos a un enorme edificio bien iluminado en el centro. Luces

por todas partes, gente que caminaba de un lado a otro como si fuera de día.

Me pareció un enorme hospital. ¿Me habían llevado al hospital porque pensaban que Linda se encontraba mal? ¡No! No era un hospital. Estábamos en una sala muy luminosa y fría con gente llorando, gente mirando, otros policías, un hombre con bata blanca y mucha gente durmiendo sobre mesas. Espera un momento... Para, para, para... AYUDA... Esa gente no estaba durmiendo. La pequeña Sheila Levine, de Franklin Square, Long Island, Nueva York, estaba en un depósito de cadáveres de Roma. Madre mía, qué mala me puse. La *polizia* señalaba y hacía preguntas, mientras yo me ponía malísima y pensaba que debía de estar soñando porque no era posible que estuviera en una morgue de verdad. Me tapé los ojos y le eché alguna que otra mirada fugaz a los exitalianos tumbados en las mesas. Todo era muy Fellini. Esas caras. Gracias a Dios había muy pocas mujeres y ninguna de ellas era Linda. Vale, se acabó, Linda no está aquí, *grazie* de todas formas, ya puedes cerrar ese cajón. No, esa no es mi amiga. Escucha, ya podemos irnos. No, esa tampoco. Cierra el cajón. No, no hace falta que abras más cajones. Gracias de todas formas. Miré a mi alrededor. Todo el mundo miraba y se santiguaba, así que yo me santigüé también. Allá donde fueres... Lo siento, rabino, ¿cómo va a ser pecado santiguarse cuando ese gesto se inventó después del Viejo Testamento?

Me llevaron de vuelta al hotel. Ya amanecía y la señorita Linda Minsk esperaba sentada en el vestíbulo.

—Sheila, ¿dónde te habías metido? Me estaba volviendo loca. Iba a llamar a la policía.

Nos abrazamos llorando, exhaustas, aliviadas.

—¿Dónde estabas tú? Te estaba buscando.

—Conocí a un chico, Gary. Se aloja también en este hotel y hablamos y hablamos y resulta que votó a Kennedy y le encanta Salinger.

—Linda, ¿hasta las seis de la mañana?

—No me había dado cuenta de que era tan tarde. Lo siento.

—No pasa nada. Así he podido ver más cosas de Roma.

—¿De verdad te gustaría vivir aquí algún día?

—No, me gustaría morir aquí. Tienen un depósito de cadáveres perfecto.

Vuolo 432 fino a NewYork.

Cómo no, Charles también iba en ese vuelo, ya que también había cogido el charter de la NYU. Linda y él se evitaron durante todo el trayecto, lo que no resultó nada fácil porque, de nuevo, íbamos sentados en la misma fila. Yo, cómo no, iba en el asiento del medio otra vez, lo que facilitaba las cosas a Linda y Charles pero me las complicaba a mí.

Las dos semanas habían volado, como un sueño de cinco segundos.

—No me puedo creer que ya se haya acabado.

—Tenemos que volver, Sheila.

—El año que viene por estas fechas seguramente ya estarás casada y viajarás con tu marido.

—Sí. —¿Cómo que sí? ¿Por qué no dices «Sheila, probablemente tú también estarás casada y viajarás con tu marido»? Me gustaría saber por qué no dijiste eso.

—Ya llevamos un año en el apartamento. No me lo puedo creer. El tiempo pasa volando. ¿Te acuerdas de cuando conocimos al vecino y no te creías que era gay?

—No tienes pruebas.

—¿Te acuerdas de la fiesta de Halloween?

—Vinieron un montón de chicos.

—Y de la noche que nos quedamos fuera sin llave.

—La primera noche que dormimos allí.

—Ha sido genial. Muy divertido. Me alegro de no haberme casado justo después de la universidad. Mira todas las cosas que hemos hecho: hemos trabajado, tenemos nuestro apartamento, hemos viajado a Europa...

—Sí, siempre había querido tener mi propio apartamento durante un año o así antes de sentar cabeza. Así he podido saber lo que quiero de verdad. ¿Me entiendes?

—Te entiendo perfectamente. Así siento que he vivido, ¿sabes?

—Sí, claro que sí.

Racionalizábamos, nos preparábamos para nuestro segundo año de solteras en Manhattan. Nuestro plan original decía que, a estas alturas, debíamos estar al menos comprometidas. No parábamos de escuchar cómo amiga tras amiga había encontrado a su hombre. A los veintidós, ya habíamos empezado a convencernos de que no era demasiado tarde, que las cosas no habían salido tan rápido como esperábamos, pero que también nos llegaría nuestro momento igual que les había llegado a otras. Aún nos quedaban un montón de amigas solteras que seguían buscando. Era solo que ninguna de nosotras creía que tendríamos que buscar durante tanto tiempo.

Aduana. Relojes, perfumes, guantes, encajes. Todo declarado porque tenía miedo. Linda se trajo un montón de ropa ilegal. Registraron mi maleta, la suya no.

Al otro lado de la aduana vi a mis padres y mis ojos buscaron a Norman automáticamente. No estaba allí. Decepción. Norman era alguien a quien odiar y eso es mejor que nadie en absoluto.

—Hola.

—Hola.

—El viaje ha estado genial. Ya os lo contaré todo. Tengo un montón de diapositivas y postales y de todo. ¿Dónde está Norman?

—Él también se cogió vacaciones. Se ha ido con sus padres a Atlantic City. Vamos, te llevaremos a Nueva York.

Linda se nos acercó y les dio un beso.

—Sheila, Charles tiene su coche aquí. Nos puede llevar a la ciudad si quieres.

Vi el alivio reflejado en la cara de mi padre. El hombre conducía más de cien kilómetros al día, se alegraba de no tener que recorrer más todavía durante el fin de semana.

—¿Charles, ese al que no soportas?

—No lo soporto, pero tiene coche. Así mis padres pueden ir a casa por Throg's Neck.

—Vale.

Así que cargamos el coche, Linda y Charles se montaron delante y yo me senté en mi lugar habitual, sola en la parte de atrás. Nadie abrió la boca. Estábamos cansadas, recordábamos los días de

vacaciones y pensábamos en qué hacer ahora. ¿Cambiar de trabajo? ¿Buscar algo más interesante? ¿Debería dejar de ver a Norman porque la gente empezaría a pensar que estábamos juntos? ¿Debería vender el abrigo de piel y operarme la nariz?

Nos dejó junto a la acera y a duras penas conseguimos arrastrarnos cargando las maletas hasta arriba, sin la ayuda de las personas a las que habíamos dado propina las Navidades pasadas. En cuanto vimos el apartamento supimos que nos habían robado.

Robar se queda corto. Nos habían saqueado. Las cortinas estaban a punto de caerse, habían quitado y tirado las sábanas y todo estaba cubierto de papel higiénico; el televisor había desaparecido junto con el equipo de música y había huellas en las pantallas de las lámparas. Dios mío. No, no. Estoy muy cansada. ¿Por qué no le roban a una persona cuando tiene la energía para aceptarlo?

—Para de llorar, Linda.

—Es un caos. El apartamento es un caos. ¿Dónde está Kate? ¿Dónde está Joshua? Gracias a Dios que llevo puesto mi anillo de ópalo. Es un maldito desastre.

—Deja de llorar, Linda. ¿A quién estás llamando?

—A mi padre.

—Cuelga el teléfono, Linda. Tu padre se lo contará a tu madre y tu madre se lo contará a mi madre y, sin darnos cuenta, tú estarás de vuelta en Parsippany y yo en Franklin Square.

Dejó el teléfono y, justo en ese momento, sonó.

—¿Sheila?

—¿Sí, mamá?

—¿Va todo bien? Tengo la extraña sensación de que deberíamos haberos llevado a la ciudad. Me da la impresión de que algo no va bien.

En ese mismo momento decidí que aquella mujer era una bruja. Hace trescientos años la habrían quemado en la hoguera; hoy tiene poderes paranormales.

—No pasa nada. De verdad, mamá.

—Vale. ¿Por qué no te relajas? Ponte la tele o algo de música y relájate. —¿Cómo lo sabía?

—Vale. Adiós.

—Linda, vamos a llamar a la policía. —Los llaman así en este país, ¿verdad?

—¿A cuánto está el dólar? Qué difícil es viajar por el mundo—. Vendrán y lo arreglarán todo. Probablemente ya han pillado al tipo y están esperando a que vayamos a recoger nuestras cosas.

Creía de verdad en lo que acababa de decir.

—Llama tú, Sheila. Se te dan muy bien esas cosas. —¿Cómo he conseguido que se me den bien esas cosas? No teniendo a un hombre a mi lado, eso es. Me ha tocado aprender a hablar con la policía y a arreglar la cadena del retrete.

411...

—Información, dígame.

—Información, necesito el número del departamento de policía más cercano a mi casa. Vivo en el 25 de la calle Trece Oeste, en el edificio Mont Parnasse.

—¿Quiere que les pase la llamada? ¿Es una emergencia?

—No lo sé.

—¿No sabe si es una emergencia?

—Espere, le voy a preguntar a mi amiga. Linda, ¿es una emergencia? —Se encoge de hombros—. Mi amiga tampoco lo sabe. Supongo que no es una emergencia.

—El número es 555-1090.

—Gracias.

555-1090.

—Comisaría veintiocho, ¿dígame?

—Nos han robado en casa y...

—¿Sí?

—Me gustaría denunciarlo o algo.

Vinieron a casa. (Luciendo placa.)

—Soy el sargento Riley y este es el sargento Kelly. —Tienen que estar de broma—. ¿Habéis denunciado un robo?

—Sí, estábamos en Europa y nos robaron.

—¿Eres bailarina?

—No. —¿Bailarina?

—Roban a muchas bailarinas. Dan clase en sus apartamentos y los alumnos les roban.

—No, aquí no hay bailarinas.

Nos hicieron algunas preguntas más y quisieron saber nuestros nombres y si teníamos algún sospechoso en mente.

—¿Qué objetos robados queréis declarar?

—Supongo que las dos cosas más importantes son el televisor y el equipo de música. —Soy yo la que habla todo el rato. Linda está ahí sentada, pasmada.

—¿Tenéis los números de serie?

—El televisor era un Emerson o un RCA. ¿Creen que lo vamos a encontrar?

—¿Me tomas el pelo, chica? ¿Tenéis los números de serie?

—No. —Linda se ha enfadado porque no los tengo.

—No vais a recuperar vuestras cosas en la puñetera vida.

—¿No pueden buscar en casas de empeño? Lo he visto en *Dos sabuesos despistados...*

—No aparecerán. Estáis locas si pensáis que van a aparecer vuestras cosas.

—Gracias de todas formas.

—Tenéis suerte de estar vivas. Buenas noches.

—*Grazie...* Quiero decir, gracias. Acabamos de volver de Europa.

Riley y Kelly me miraron como si estuviera loca. En aquel momento me alegré de tener planes para mudarme a otro país.

El segundo año

Por si estabas pensando que las cosas mejoraron, es mi deber informarte de que mi segundo año en Nueva York fue bastante de pena.

Norman se volvió a colar en mi vida. Tras pasar por Europa no creía que aquello pudiera suceder, pero sucedió. Volví a la comodidad de tener una cita el sábado por la noche y de no tener que hacer dieta. Ahora veía a Norman los martes, jueves, sábados y domingos. Los martes y domingos hacíamos todo lo posible para no tener que hablar. Los jueves, cuando Linda estudiaba Introducción a las Religiones Orientales en NYU, y los sábados, cuando Linda salía con sus hombres de quita y pon, follábamos. Me ponía el diafragma y follábamos. ¿Dónde han quedado los helados caseros y los condones Trojan de los viejos tiempos? ¿Te acuerdas, Madeline? ¿Recuerdas que en nuestras charlas sobre sexo siempre hablábamos de los chicos que llevaban condones Trojan?

De modo que me pregunto: ¿cuándo? ¿Cuándo pasó a ser responsabilidad de las mujeres? Fue el mismo año que llegaron los trajes de pantalón. Aquí está su traje de pantalón pero, recuerde, si se pone los pantalones, se acabaron los Trojan. Como todas las demás, fui a mi ginecólogo, pagué los diez dólares, pasé vergüenza delante de la enfermera y conseguí mi protección. (Los ginecólogos están metidos en el fraude de la protección, que corra la voz.)

Linda volvió al Departamento de Servicios Sociales porque era un trabajo que podía hacer mientras buscaba otro. Se volvió a enamorar, esta vez de un tipo llamado Ivan Lumak, abogado del Comité por la quema de las notificaciones de reclutamiento. Era todo lo que Linda quería en el mundo mundial: guapísimo, alto (para Linda, tenía que ser alto), medio rubio, de ojos verdes y mandíbula fuerte. Le interesaba la política. Linda tenía que estar con alguien con conciencia social. Ivan tenía aún una cualidad más: independencia económica. Su padre era el Lumak de la empresa Well Wear Bras, lo que significaba una pequeña fortuna. A Linda le tocó el premio gordo, alto y rico. Incluso su madre estaba

emocionada. «Linda está saliendo con el de Well Wear Bras» era la frase de moda en Parsippany.

En esta ocasión, yo estaba terriblemente celosa. Admito por primera vez que estaba colada por Ivan Well Wear Lumak. Resultaba difícil, muy difícil, verlo a todas horas. Mi corazón se volvía loco, me daba vuelcos y cosas de esas. Con solo sonreír me dejaba sin aliento. Si me decía hola por teléfono yo me quedaba en coma. Con un «¿Qué tal?» yo me alteraba para todo el día. ¿Te imaginas la tortura que era aquello, lo que dolía? Los veía marcharse cogidos del brazo noche tras noche. Yo era como un buitre, a la espera del momento en que Linda lo dejara.

¿Qué puedes hacer cuando estás loca e irracionalmente enamorada del novio de tu mejor amiga? Intenté quitármelo de la cabeza. No funcionó. Venía a ver a Linda muy a menudo y yo casi no salía, así que siempre estaba lista para recibirlo. Intenté alejarme de él. Cuando venía a casa, me forzaba a quedarme en mi habitación, pero era incapaz. Salía como por casualidad, totalmente maquillada y enfundada en la bata de plumas de Kate.

—Ay, perdona. No sabía que estabas aquí, Ivan. —Jadeo, jadeo, jadeo...—. Solo he salido a prepararme una taza de té. Soy muy buena cocinera, ¿a que sí, Linda?

—Sheila cocina muy bien. Prepara una lasaña riquísima. —O Linda no se daba cuenta de lo que intentaba hacer o no me consideraba una amenaza.

—¿Te gusta la lasaña, Ivan?

—Me encanta.

(Pum, pum, pum, pum... Para ya, corazón.)

—Te puedo preparar una cuando quieras. Mañana, si te parece bien. ¿Qué tal esta noche? ¿Te gustaría cenar lasaña hoy? Puedo ponerme algo y bajar a la tienda a comprar las...

—No, gracias, Sheila. Linda me ha preparado comida precocinada, aunque se le ha quemado. —Besó la mano que le había destrozado la cena.

—Bueno, me vuelvo a mi habitación. Voy a leer un poco de Voltaire y a coserme las medias. Linda, te puedo hacer la cama si quieres.

—Da igual, no te preocupes. La voy a deshacer otra vez.

—Bueno, *bon soir*.

—Buenas noches, Sheil.

—Buenas noches, Sheila.

¡Buenas noches! Me ha dicho buenas noches. No lo puedo soportar.

Lo peor de todo aquello era que a Linda no le gustaba tanto. Hablaba mal de él a todas horas.

(Mientras se desnudaba.) —Ivan es muy aburrido a veces.

(Desde mi cama.) —Sé a qué te refieres. La gente aburrida es lo peor. No pasaría ni diez minutos con alguien aburrido.

—Y es un agarrado. Tiene un montón de dinero, sé que lo tiene, pero siempre acabamos comiendo algo precocinado en su apartamento.

—Qué horror. Eso no está nada bien. ¿Qué vas a hacer, Linda? ¿Vas a dejar de verlo? ¿Cortar con él? —¡Por favor!

—No lo sé. Hace un montón de cosas que me molestan. Por ejemplo, se supone que es totalmente liberal, pero creo que en realidad no lo es, que solo le gusta la idea de que la gente crea que es liberal. ¿Sabes lo que pienso? Creo que sus valores son los de la clase media, eso es lo que creo.

—Tienes toda la razón. Es increíble lo poco que tenéis en común. Me sorprende que hayáis aguantado juntos tanto tiempo.

—Por otro lado, tiene algo que me gusta mucho.

—¿En serio? Me da la impresión de que no es tan fan de Salinger como dice.

Dicen que todo vale en el amor y en la guerra. Me pasé varias semanas intentando encontrarme con él por casualidad, cerca de su oficina, cerca de su apartamento.

—Uy, hola, Ivan.

—Hola, Sheila, ¿qué haces aquí?

—Mi dentista está a la vuelta de la esquina. Voy de camino a mi revisión anual.

—Me alegro mucho, muchísimo, de haberme encontrado contigo. Si supieras lo mucho que he deseado estar contigo durante estos últimos meses. Sigo con Linda solo para poder estar cerca de ti.

—Oh, Ivan.

—Chsst. No digas nada. Ven, Sheila. Por fin. Olvídate de la revisión. Tus dientes, toda tú, me parecen perfecta.

... Fantasía.

Realidad...

Por fin me topé con él enfrente de su edificio.

—Uy, hola, Ivan.

—Hola, Sheila, ¿qué haces por este barrio?

—Vengo a comprar *filet mignon*. Tienen el mejor *filet mignon* de la ciudad. —Actúo como si se me acabara de ocurrir una genial idea. Tengo una bombilla encima de la cabeza—. Oye, ¿por qué no compro un par de *filet mignon* y te preparo uno con una patata asada, crema agria, cebollino y una ensalada?

—Suena genial. Ojalá pudiera, pero estoy muerto. Me voy a preparar algo precocinado y a meterme en la cama.

—¿Mañana por la noche?

—Es que no puedo hacer planes.

—Nos vemos.

—Nos vemos, Sheila.

Norman era un chico muy majo. Vale, eso era cierto. El problema era que no me estimulaba en absoluto. A los veintidós, no me sentía con la edad adecuada para sentar cabeza. Aunque tampoco es que tuviera elección, no había ninguna proposición a la vista. Por Navidad, me regaló una bufanda de lana, ni rastro del anillo brillante con un diamante pequeño pero perfecto. Si no me daba el anillo, ¿cómo se lo iba a tirar a la cara? ¿Cómo podía llamar a mis amigas para contarles que había roto el compromiso y cancelado la boda si no había ninguna boda en el horizonte?

Sí, Norman era un chico muy majo, pero malo en la cama, hacía regalos pésimos y tampoco lo podías llevar a muchos sitios. No, eso no es verdad, Norman era el tipo de hombre al que no podías llevar a ningún sitio. El Ivan de Linda encajaba en cualquier lugar, en cualquier momento. Pero Norman no. En enero del segundo año que pasamos en Manhattan, Kate consiguió un papel en un espectáculo en el off-off-Broadway. Hacía de la chica número cuatro en una

producción llamada *Rebirth*, en la que debía vestir una capa holgada negra, mucho maquillaje blanco y decir muchos «joder» y «mierda». Por supuesto, todos estábamos muy orgullosos de ella. ¿Y esto qué tiene que ver con Norman?

Linda y yo estábamos invitadas al estreno. Tuvimos que pagarnos nuestras entradas, pero aun así era un bonito detalle que nos hubiera invitado. Nos hizo sentir que formábamos parte del mundillo. También nos invitó a la fiesta de después del estreno. La fiesta de después del estreno no es precisamente el lugar al que llevarías a un chico con una chaqueta marrón moteada. Esa era mi oportunidad. Podía ir a la fiesta sin Norman solo para ver lo bien que se me daba sin él. Puede que algún chico interesante se me acercara, se pondría a hablar conmigo, me llevaría a casa, me pediría el número y probablemente empezaría a salir con él y poco a poco iría dejando a Norman. Me pregunté si debería invitar a Norman a la boda.

Invité a Joshua a que viniera conmigo. No resultaba difícil contactar con él, pasaba al menos tres noches a la semana en nuestro sofá. Las otras noches las pasaba de fiesta. No es broma. Pasaba la mayor parte de su tiempo en fiestas. No me refiero a los sábados o a ocasiones especiales, hablo de cuatro, cinco o seis noches por semana. Ni siquiera se molestaba en buscar trabajo. No tenía tiempo. Entre arreglarse e ir a fiestas, Joshua no tenía tiempo de hacer nada más.

Así que Joshua, vestido con unos pantalones de pana beige, una camisa azul claro y una chaqueta de ante marrón; Sheila, con un vestido verde militar de cuello alto y sus pieles de graduación; Linda, espectacular, con el pelo largo que le caía sobre un vestido-jersey color ciruela, e Ivan, el guapísimo, vestido con no-me-acuerdo-qué, estaba guapísimo, cogimos un taxi y nos dirigimos a través de la traicionera nieve de enero al sótano de la iglesia Memorial Judson para ver *Rebirth*.

Me gustaba ir a sitios con Joshua. No te abría la puerta ni te apartaba la silla ni daba la mano, pero era un tipo muy atractivo. Llevaba mucho tiempo sin dejarme ver con alguien presentable.

Fue una obra extraña en la que algunos actores personificaban diversos símbolos, una de esas representaciones sesudas en las que

te aburres como una ostra pero no te atreves a decirlo porque no quieres que un grupo de seudointelectuales te trate como una estúpida. Solo te diré que había muchas frases del estilo «La Madre Tierra está sobre nosotros». Kate y otros cinco actores y actrices culebreaban por el escenario con los pies desnudos y la cara pintada de blanco, se ponían de rodillas y gritaban mucho.

En el descanso:

—Me encanta el uso que el director hace de los movimientos bruscos que contradicen las líneas suaves del autor. —Joshua.

—Creo que el autor intenta decirnos que el mal y el bien existen en todas las personas. —Sheila.

—A través del uso de las máscaras, que me parece brillante, lo que en realidad quieren decir es que todos somos iguales. —Ivan, Dios, qué guapo es.

—Parece que el tema central es la fraternidad, que todos podríamos *renacer*, utilizar el deseo de fraternidad que llevamos dentro. Si más gente viera esta obra, el mundo sería un lugar mejor en el que vivir. —Linda.

La segunda parte de *Rebirth* fue igual que la primera: muchos arrodillamientos, maquillaje y gritos. La obra terminó con los seis miembros del elenco alineados al borde del escenario con los brazos estirados, mientras las luces pasaban de verde a rojo, y luego a negro y a verde otra vez, hasta que se apagaron. Aplausos... Aplausos... Aplausos... Después los actores hicieron una reverencia mientras todo seguía siendo muy intenso. No sonreían, se secaban la frente. Encendieron las luces y el público, unas veinticuatro personas, todas amigas o parientes de los actores, más un par de curas que siempre acudían a aquellas representaciones, se marchó en silencio.

Entre bastidores, Kate se hacía la estrella con su bata de plumas. (¿La reconocería Ivan?) Se estaba desmaquillando con Albolene, el que usaban las estrellas desde hacía más de un siglo, y se levantó con elegancia de su tocador improvisado para saludarnos. Kate tenía estilo. Había tres chicas en el camerino, que sin duda era una clase de la escuela dominical. Kate era la única que tenía rosas de tallo largo.

—Me alegro mucho de que hayáis venido. —Lo dijo como una Julie Andrews en la noche del estreno de *Camelot*.

La fiesta era en un loft, el primer y último loft en el que jamás he estado. Existen muchos rumores sobre lofts, como «Un amigo mío tiene un loft increíble con vistas a Washington Square Park y solo paga cincuenta dólares al mes».

Todo el mundo decía cosas buenas de la obra. El anfitrión era el director. No era el tipo de fiesta en la que se esperan críticas, ya que no era el tipo de obra que se reseñaba. Esta era de ese tipo de obras en las que el director no para de prometerles a los actores no remunerados que el crítico de off-Broadway del *New York Times* irá a verlos el próximo miércoles.

Joshua y yo nos separamos poco después de llegar. Después de todo, no queríamos hacernos la competencia. Él se fue derecho hacia el director. Yo fui hacia los cacahuets. Linda e Ivan mantenían una intensa conversación entre susurros en un rincón, así que me quedé sola bebiéndome mi ginger-ale, comiendo cacahuets e intentando relacionarme. Me metí en tres conversaciones.

La primera conversación fue con un joven muy intenso, vestido con un jersey de cuello alto, a quien encontré muy atractivo. Admito que la conversación número uno la empecé yo.

—¿Qué te ha parecido la obra? A mí me ha gustado mucho.

—Me ha parecido pretenciosa.

—Ya, te entiendo.

—Exagerada.

—Ya, te entiendo.

—Si la hubiera dirigido yo, habría sido muy diferente. ¿Sabes lo que te digo?

—Sí, sí, te entiendo. ¿Eres director? —Se sintió ofendido y se marchó.

... Fin de la conversación número uno.

La conversación número dos fue con otra soltera, del Departamento de Arte Dramático de la NYU, Pesha Pinkus, la ayudante de una representante de bolsos de mujer. Ella entabló la conversación número dos. No hay nada peor que verte atrapada en una conversación larga con una chica en una fiesta. Todas las chicas

saben que cada minuto pasado hablando con otra chica es un minuto malgastado.

—Hola. —Pesha Pinkus al habla.

—Hola. —Aquí Sheila Levine.

—¿Qué pasa?

—No mucho. —Sheila Levine buscando una forma fácil de terminar la conversación.

—Trabajo en Bonwit's y es lo mejor. Puedo parar para comer todo el tiempo que quiera y... —Por favor, ¿cómo puedo escapar de esta mujer para poder relacionarme con hombres? Es lo más importante que se puede hacer en una fiesta. Es tu única oportunidad. Allí hay un chico con un vaso vacío...—. El horario es estupendo y mi jefa es muy maja. Lo sabe todo sobre bolsos. Vio uno de cocodrilo falso...

—El chico se mueve. Se está relacionando. Está hablando con otro chico. Gracias a Dios.

—Perdona, Pesha, tengo que... —Pesha, por favor, esto es muy importante para mí. Hay un chico allí.

—Espera. Deja que te cuente a quién vi el otro día. ¿Te acuerdas de Rob Lankey? Me topé con él en el metro, en la línea BMT, o en la IRT, da igual. —¡Déjame, déjame, Pesha!—. En cuanto lo vi, pensé que era Bob Lankey... —Tengo que relacionarme, Pesha, por favor, no me queda mucho tiempo en la fiesta, bonita—. Nos reímos de aquella vez que...

—Perdona, Pesha...

—¿No quieres saber de qué nos estábamos riendo?

—No.

... Fin de la conversación número dos. Fin de la amistad con Pesha. Fin de la oportunidad de conseguir bolsos a precio de fábrica. Escapé y me metí en la conversación número tres.

—Hola. —Yo hablando con el chico guapo que había visto. No fui directa a él sin más, llevaba un bol de cacahuetes. A los hombres te los ganas ofreciéndoles cacahuetes.

—Hola. —Una sonrisa amable. Me derretí.

—¿Has visto la obra de esta noche?

—No, yo no, pero mi mujer sí. —Oh, oh. No estoy acostumbrada a estas cosas. Soy demasiado joven. Demasiado joven para conocer a

gente casada.

—¿Qué le ha parecido? —¿Cómo salgo de esta con dignidad?

—No le ha gustado. ¿Te va alguna escena en particular?

—¿Cómo? —De verdad que no tenía ni idea de qué me hablaba. No te olvides de que me había licenciado en arte dramático, y una escena es una parte de una obra que representas ante el Departamento de Arte Dramático. Ahora me encuentro en una fiesta rodeada de gente del mundillo del teatro, con alguna excepción, como Pesha, la de los bolsos. Me parece que me acaban de descubrir. Adiós a Discos Holland. Hola, off-off-Broadway. ¿Saluda a off-off-Broadway de mi parte?

—Una escena. ¿Te interesa alguna?

—Supongo.

—¡Perfecto! A mi mujer le encantan las escenas. —Estoy confundida.

—¿Que a tu mujer le gustan las escenas? —Me siento avergonzada por hacer preguntas estúpidas.

—Sí, pero no le gusta la escena lésbica. ¿Eres lesbiana?

... Fin de la conversación número tres. Fin de la fiesta.

Joshua estaba aburrido y Linda e Ivan ya se habían marchado, así que llegó la hora del *adióslohepasado-muybien*.

¿Por qué, de todas las noches de mi vida, he elegido contar esa? ¿En qué se diferencia de las demás? En nada. Ese es el problema, nena. Esa es la típica noche de una chica soltera en la ciudad: una cita con un amigo gay, una obra aburrida. ¿Quién crees que mantiene off-off-Broadway? Las chicas solteras.

HECHO: Las alcahuetas de Long Island mantienen Broadway pero son las chicas solteras, que no tienen nada que hacer los jueves por la noche, las que compran las entradas más baratas.

¿Qué supone todo eso? Nada. Nada más que una vida desperdiciada y un montón de entradas usadas. Desde hace un año y medio, cada vez que voy a una fiesta pienso que, si no estuviera con Norman, conocería a mi hombre perfecto: fuerte, atento, sensible, sexy... Ahí había estado yo, sin Norman, y lo único que hice fue insultar a alguien, quedarme pillada con una chica incapaz de callar y que me intentaran meter en algún tipo de escena. Nada.

Ay, Madeline, Ruthie, ¿qué hicisteis vosotras, mis amigas casadas, aquella noche? ¿Cenar carne asada, gritarles a los niños para que se fueran a dormir y pelear sobre a qué hora te vas tú a dormir porque tú eres más nocturna que él? A mí me suena maravilloso. ¿Hubo sexo? ¿Odiasteis a vuestros maridos porque sois licenciadas universitarias y os habéis pasado todo el día encerradas en casa con un niño de dos años que apesta, al que adoráis pero al que os habéis pasado toda la tarde gritando? ¿Deseasteis en algún momento estar por ahí en una fiesta con un homosexual encantador en lugar de estar sentadas junto a vuestro marido en el sofá de terciopelo dorado cubierto con un protector Scotchgard, viendo una película en la televisión? Decidme la verdad, chicas. Queréis divertirlos. Estáis cansadas pero no tenéis el ánimo para cambios. No vais a dejar a vuestro hombre ni vuestro acogedor hogar revestido de madera por la vida de la buena de Sheila.

Una semana después del estreno de Kate en *Rebirth*, nos dijo que se iba a vivir con el director. Así, sin más, de nuestro apartamento a su loft. No le importó el daño que nos hizo. (Cada vez sonaba más como la señora Levine.)

—¿Por qué te vas?

—Porque me apetece. Me ha pedido que viviera con él y he decidido hacerlo.

—No puedes marcharte.

—¿Por qué no? Puedo hacer lo que me dé la puta gana. ¿Quién me va a decir que no?

Del *New York Times*: «Dos chicas judías buscan a una tercera para compartir su apartamento nuevo y moderno en el Village. \$60 al mes. Llamad al 555-8342».

Por supuesto, el anuncio estaba equivocado. Habíamos puesto mal el número. Fue culpa de ellos pero nos tocó volver a poner el anuncio el domingo siguiente. Tengo que admitir que el anuncio seguía estando mal. Para ser justas con los lectores, debería haber dicho: «Dos chicas judías y Joshua, buscan a una cuarta».

Nos llamaron.

Primera llamada:

(Yo) —Hola.

Jadeos.

(Yo) —¿Hola?

(Él) —¿Cuál es tu talla de sujetador?

Más jadeos y colgó.

Segunda llamada:

(Yo) —Hola.

(Él) —Me gustaría comerte el coño.

Colgó.

Un total de ocho respuestas de chicas judías y ocho respuestas de pervertidos. La pregunta es: ¿hay pervertidos especializados que solo llaman a chicas judías?

Empezamos a recibir llamadas a altas horas del sábado de chicas que recogían el periódico del domingo en cuanto salía. Y seguíamos recibiendo llamadas bien temprano la mañana del domingo. Todas hacían la misma pregunta: «¿Cuántas habitaciones?». Nosotras respondíamos «una» y ellas nos decían «adiós». Todas las chicas judías hacían la misma pregunta y colgaban. Un par de ellas vinieron a ver el apartamento pero se marcharon al considerar que no era lo suficientemente grande.

El domingo siguiente, en el *New York Times*: «Dos chicas judías buscan compartir apartamento con otra. Bonito pero pequeño, una habitación. 555-8343».

Más llamadas. En esta ocasión, entrevistamos a un puñado de bellezas. ¿Alguna vez has conocido a alguien por primera vez con quien podrías acabar viviendo? ¿Cómo sabes si esa persona es limpia, cooperativa y educada? Miras a la chica y, si lleva las uñas limpias y no tiene pinta de destrozarte la vida social con su pelo largo y rubio natural, la aceptas. Elegimos a Charolette Whooper. Fue un gran error.

Charolette era limpia pero nada cooperativa ni educada. Pagaba tarde el alquiler, hacía llamadas de larga distancia que se negaba a pagar y follaba en casa. Sí, la señorita Whooper se traía a sus pretendientes a casa, al Mont Parnasse, y te digo más, se los traía a su habitación, que era la nuestra, y follaba. Lo hacía a menudo y se tomaba su tiempo. Linda, Joshua y yo nos pasamos largas noches

en el sofá verde-amarillo esperando a que las cremalleras se subieran y ciertas personas salieran por la puerta.

Nos estaba echando literalmente del apartamento a Linda y a mí. Teníamos que deshacernos de la maldita señorita Whooper, y también debíamos tomar una decisión importante, ya que el contrato se acababa en septiembre. ¿Cómo era posible? No esperaba vivir con Linda durante todo un contrato. ¿Y qué podía hacer ahora? A Linda se le presentaban nuevas posibilidades de matrimonio cada semana que rechazaba sin piedad porque habían votado a Nixon o apoyaban a Johnson o intentaban aparentar algo que no eran o, esta era una nueva razón, no les encantaba el tercer disco de los Beatles. Yo seguía preguntándome si Norman se me declararía o no para poder escupirle en el ojo. De momento, no había habido suerte.

Gracias a Charolette Whooper éramos un poco más adultas, sabias y mucho más tristes. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? ¿Por qué nos teníamos que preocupar por otro contrato de alquiler en vez de preguntarnos qué maletín comprarles a nuestros maridos para San Valentín? No estábamos aterradas, solo nos lo preguntábamos. Era un hecho, el amor y el matrimonio se habían olvidado de nosotras.

—Sheil, tenemos que echar a Charolette.

—Se nos acaba el contrato en unos meses de todas formas. ¿Por qué no nos buscamos otro sitio? Solo para nosotras dos. Así, si una se casa o algo, no será tanto problema para la otra. Resultará mucho más fácil encontrar a una compañera que a dos.

—Sí. —Este era Joshua, que obviamente tenía intención de quedarse en el sofá, dondequiera que estuviese.

Linda decidió que debíamos buscar en el Upper East Side porque el Village estaba lleno de maricas y de niñas. Las niñas eran chicas jóvenes, de la edad que teníamos nosotras cuando nos mudamos. Le hice caso a Linda porque parecía estar más enterada que yo. En realidad, yo le hacía caso a cualquier persona que estuviera delgada.

Así que era imposible volver a Europa. Nos pasamos las vacaciones buscando posiblemente la única ganga de todo el Upper East Side. Alguien siempre conoce a alguien que tiene un piso fantástico justo en Sutton Place, con ventanales del techo al suelo,

balcones, y por un alquiler de protección oficial de, escucha bien, cien dólares al mes.

Nos pasamos veinte sudorosos días buscando. Destrocé tres vestidos de lino con manchas de sudor, nos encontramos con las mismas mentiras en los anuncios del periódico y nos machacaron las mismas mujeres de las agencias.

—No sé, no estoy segura, la verdad. Es más pequeño que nuestro apartamento de ahora y solo cuesta treinta dólares menos.

—La decisión es vuestra. Seguramente llevéis un tiempo buscando. —Lo sabía por el estado de mis axilas—. Lo único que os puedo decir es que, para cuando os decidáis, el apartamento ya estará alquilado.

—Vale.

A Franklin Square:

—Mamá, he dado la fianza de un apartamento. —Mamá, haz algo. Sácame de este lío. Llama al mejor abogado del país para que me saque de esta y búscame un lugar para vivir.

—Buena suerte. ¿Dónde está?

—En la Setenta y siete Este, en el número 201. —Ódialo, mamá, y sácame de este lío. ¡POR FAVOR!

—Elegante.

—No estoy segura de que me guste. —Llama al abogado.

—Al principio siempre estás insegura pero sé que te encantará. Como regalo por el nuevo piso, tu padre y yo queremos darte cien dólares para que compres algo bonito para el apartamento.

Me sentí decepcionada, muy decepcionada. No gritó ni berreó ni consiguió que me devolvieran el dinero. ¿Qué estaba pasando?

Le dijimos a Charolette que nos cambiábamos de piso. Se quedó en el antiguo y se mudaron unas seis personas más con ella. Siete personas a las que no conocía iban a heredar el papel adhesivo con el que yo personalmente había forrado las estanterías.

Alquilamos otra furgoneta y todos nuestros amigos nos ayudaron con la mudanza. Les dijimos a nuestras madres que no se molestaran en venir y no vinieron. (¿Es que ya no me quieren?) Así que me tocó a mí limpiar el baño y Norman cambió las cerraduras. Cogí los cien dólares que me habían dado mis padres y compré cinco

cojines, una colcha nueva, cortinas y un abrelatas eléctrico. (Así podía llegar más rápido a la comida.)

No fue lo mismo que cuando nos mudamos a nuestra primera casa. Linda tenía una cita la primera noche. Yo me lavé el pelo. Nada emocionante. Doris Day solo vivió en un apartamento en Nueva York antes de casarse.

No quería trabajar para Frank Holland para siempre por muchas razones. Tenía que escribir a máquina. Solo eso ya era razón suficiente. Tampoco conocía a hombres gracias al trabajo; muchas ardillas, ningún hombre. Llevaba casi dos años en Nueva York y no había nada de acción, pequeña.

Busqué trabajo. Estudié cada anuncio. Mujer, se requiere empleada, estudios universitarios. Parece que no aprendí la lección y volví a las agencias de empleo. Conocí a muchas nuevas señoritas Burke y les dije que no quería escribir a máquina. Ni siquiera me sirvió la hermana de Rose Lehman. Rose se había mudado a una zona estupenda de Great Neck y se había vuelto una estirada, o eso decía mi madre. No hablaban mucho. La única forma de encontrarme con su hermana, Fran, sería ir a Texas a intentar toparme con ella.

Pensé en ir a California para ver qué tal estaba allí el tema del trabajo.

—No te lo vas a creer, Darryl, Sheila Levine va a venir a buscar trabajo.

—Es broma, ¿no? La incluiremos en la próxima película. Puede ser asistente del director y protagonista.

No era capaz de animarme a ir. Aquí no hacía nada pero puede que tampoco hiciera nada allí. Mi vida social no era increíble aquí pero ¿quién me aseguraba que iba a ser genial allí? Mi madre me montó una buena cuando me mudé a setenta kilómetros de distancia. ¿Qué sería capaz de hacer si me mudara a casi cinco mil? Se acabó. Me quedo. Hay muchos más contras que pros. Después de todo, ¿sería Nueva York igual de divertido sin mí?

En palabras del alcalde Lindsay:

—Me gustaría agradecerle a Sheila Levine personalmente que se quede en Nueva York...

Flashes.

—Señor Alcalde, por favor, ¿puede darle otro beso a la señorita Levine? Nos gustaría hacer otra foto.

Al final me salió un trabajo. Mi prima Mindell, que viaja mucho, conoció a un escritor en un barco o no sé dónde y le dio su teléfono. Mindell vive en Riverdale y lo llamó un día cuando estaba de visita en Nueva York y él la invitó a tomar un té, nada más y nada menos. El caso es que Mindell, tan maja ella, le comentó que tenía una prima muy lista (yo, ¿quién iba a ser?) y el escritor le dijo que buscaba a alguien que lo ayudara a documentarse para su próximo libro.

Así que la prima Mindell, que viaja mucho (así es como toda la familia se refiere a ella: «la prima Mindell, que viaja mucho»), le dijo a mi madre que su Sheila se diera prisa y llamara al escritor. Y su Sheila lo llamó. El secretario del escritor, sí, secretario (ji, ji), me dijo que el señor Swernson, el escritor, me recibiría el jueves a las cuatro. Ahora ve y explícale eso a la señora Cox y a un grupo de ardillas.

«Señora Cox, necesito salir pronto el jueves porque me caso.» Demasiado falso.

«Señora Cox, necesito salir pronto el jueves porque tengo cita con el médico.» No, me preguntará más detalles.

«Señora Cox, necesito salir pronto el jueves porque estoy buscando otro trabajo.» Sincera pero estúpida.

(El jueves) —Señora Cox, me he levantado con un dolor de cabeza tremendo y me duele también la tripa y la garganta y tengo cuarenta de fiebre. Tengo la cara llena de manchas. Me he pasado la noche vomitando y tengo laringitis. Seguramente el médico me mandará al hospital... Sí, iré a trabajar mañana.

Señor Swernson, ¡allá voy! Y vengo preparada con información sobre usted y su trabajo.

Swernson, Randolph. Nacido en 1912. Ha escrito más de cien libros de viajes. (Mi prima Mindell viaja mucho.) Algunos de los más

famosos son: *España, tierra de sueños; Francia, país de belleza; Italia, realidad y fantasía y Suecia, un país cálido en un clima frío.*

De camino, mientras iba en el metro no paraba de pensar (aunque resulta difícil pensar con todas las candidatas a Miss Metro mirándote fijamente, una negra, una puertorriqueña, una *wasp* y una judía guapa) que la pequeña Sheila por fin lo había conseguido: «Chicas en marcha» de la *Cosmopolitan*, «Chicas que no paran» de la *Glamour* y «La gente habla de...» de *People...* Sí, la gente habla de Sheila Levine, coautora del último libro de Randolph. Bueno, tal vez no coautora, pero dedicado a... Este libro se lo dedico a Sheila Levine, mi amor, mi mujer. No podría haberlo hecho sin ella. Las dedicatorias crecerían con los años a medida que tuviéramos hijos. Este libro se lo dedico a mi querida esposa, Sheila Levine Swernson, y a nuestros queridos hijos, Medea y Zacharia.

Imagínate mi sorpresa cuando descubrí que el 262 de la Sesenta y dos Este era una mansión. Una mansión neoyorquina de verdad, qué te parece. Llamé al timbre con educación, como una señorita.

—¿Señorita Levine? —preguntó el secretario (ji, ji) bajito y delgado.

—Sí, soy la señorita Levine —respondió la señorita Levine, con el bolso colocado delante del botón que le faltaba.

—Por favor, siéntese —me dijo—. El señor Swernson estará con usted en un momento.

¿Me quito el abrigo? Cuando alguien te pide que te sientes, ¿significa eso que te tienes que quitar el abrigo? Hice un par de movimientos extraños y al final decidí quitármelo. Entonces el secretario volvió silenciosamente y me ayudó a quitármelo. Estoy segura de que se dio cuenta de que me faltaba un botón.

«Hmm —debió de pensar el secretario—. Qué impresentable. Mi chico, que es enfermero (ji, ji) se moriría de risa si viera el abrigo.»

La sala en la que esperaba estaba recargada de cosas caras. Sí. Cosas caras, nuevas y viejas, en cada rincón. Antigüedades sin un rasguño. Ahí había dinero. Un montón de artículos de plata. Pequeños premios y libros encuadernados en cuero. Ni una mancha en el tapizado. Ahí había dinero. Y cuadros con placas explicativas.

¿Cuánta gente que conoces tiene cuadros con placas explicativas? Objetos de todo el mundo. Al hombre le gustaba ir de compras.

—Hola, señor Swernson, ¿qué desea hoy?

—¿Tiene algún reloj de seis mil dólares? Y me llevo también ese elefante de jade. Quedará ideal junto a la caja de puros de plata de ley de Inglaterra y al jarrón Waterford de Dublín.

Al hombre le gustaba comprar. Las antigüedades se pueden heredar, pero no se hereda una tapicería sin manchas. Igual la había elegido el secretario entre un montón de muestras.

Más de media hora después el secretario me pidió que lo acompañara al piso de arriba, al estudio del señor Swernson. Tiene un estudio. No un escritorio en un rincón de una sala, no, no, un estudio. ¡Dios! Anda que si se muere y se acuerda de mí en su testamento...

—Y a mi buena amiga y asistente, le dejo mi elefante verde de jade y treinta y cinco millones de dólares.

Estaba sentado tras un enorme escritorio, en un enorme sillón orejero de cuero. Como en las películas. Sentí un pequeño *déjà vu*. ¿Quién sabe? Quizá en otra vida fui una mujer rica o una candidata a un trabajo decente.

—Señorita Levine, conocí a Mindell en mi última travesía. Me habló muy bien de usted. —Me senté y escuché sin decir una palabra. No era atractivo; rondaría los cuarenta y cinco y tenía la piel estropeada, pero impresionaba de lo lindo—. Estoy buscando a un asistente que me ayude a documentarme para mi próximo libro, *Liechtenstein, un pequeño país*. Necesito a alguien que sea creativo. —Esa soy yo, creativa. Por fin me has encontrado—. Y, por supuesto, necesito a alguien que pueda mecanografiar. —Mierda—. Estoy seguro de que el trabajo te parecerá interesante. Habla con mi secretario, él te contará todos los detalles.

Y me llevaron a otra oficina. ¿Esa fue toda la entrevista? El secretario, el señor Henley-Jones (¿Qué tontería es esa del guion?), me dijo que podía empezar en dos semanas y que debía presentarme a trabajar a las cuatro en punto de la tarde el 25 de octubre. Y adiós, señorita Levine, gracias por venir.

Me marché confundida. ¿Me habían dado el trabajo? Eso creía. ¿Había dicho que lo aceptaba? ¿Quién narices empieza a trabajar a las cuatro de la tarde? No lo sé. ¿Cuánto se cobraba? Ay Dios mío, ni idea. No tenía ni idea. Debía de ser un montón, solo había que ver las antigüedades. Aunque a veces los ricos son tacaños. Será mejor que llame al señor Henley guion Jones. ¿Pensará que soy idiota por preguntar? ¿Me marchó y ya está? ¿Qué más da lo que se cobre? Es el tipo de trabajo que buscaba. Pero estoy soltera y me tengo que mantener. He de saber lo que se cobra.

—Hola, con el señor Henley-Jones, por favor.

—¿De parte de quién?

—La señorita Levine.

—Un momento, por favor. —¿El secretario tiene secretaria? ¿Tiene una placa con su nombre en la puerta y una moqueta Bigelow en el suelo?

—Henley-Jones. —Su voz suena tan perfecta. Seguro que es de Oklahoma y solo acabó los estudios de primaria.

—Señor Henley —pausa— Jones, me preguntaba si me necesitan para algo más antes de empezar a trabajar, podría trabajar por la noche o algo así.

—No es necesario, señorita Levine.

—No me importa, llámeme si me necesita. Ah, y otra cosa — intenta sonar relajada—, mi contable necesita saber cuánto voy a cobrar. Lo necesita porque se encarga de mis números. A mí me da igual pero él quiere saberlo.

—Puede decirle a su contable que el sueldo son noventa y cinco dólares a la semana y, si me disculpa, señorita Levine, tengo unos asuntos que atender.

—Por supuesto, señor Henley —pausa— Jones.

NOVENTA Y CINCO A LA SEMANA. MIERDA. JODER. LA PUTA. LECHES. HOSTIA. COÑO YA. Tres años en Nueva York, tres aumentos gracias al señor Frank Holland. Ahora gano ciento treinta y cinco a la semana. Vuelta a los noventa y cinco. Me cago en Swernson. Tiene dinero. He visto las antigüedades. Que empeñe el elefante. No pienso trabajar por noventa y cinco. No puedo. Noventa y cinco significa que ganaré solo sesenta y cinco netos. El piso cuesta ciento sesenta y cinco. No

me llega. Tengo que mantenerme. Estoy soltera. Frank Holland es majo y quizá las cosas mejoren en el trabajo. Se comenta que igual las ardillas harán un especial de Navidad el año que viene. Quizá entonces me dejen colaborar en otros temas y podré conocer a gente y me meteré en televisión. Dios. De vuelta a Frank Holland y a las páginas de búsqueda de empleo.

Querido Señor Swernson:

Lamento informarle de que me es imposible aceptar el puesto que me ofrece. Quizá en un futuro pueda trabajar para usted.

Atentamente,

SHEILA LEVINE

Mierda.

Fire Island

Nuestro tercer año en Nueva York fue un fracaso. Linda tuvo varios líos, todos acabaron siendo un fracaso. Norman era un fracaso. El trabajo era un fracaso. Yo era un fracaso. El trabajo de Linda era un fracaso, y Joshua, que seguía en nuestro sofá, cubierto de pana roja, era un fracaso. Hasta la cubierta del sofá era un fracaso.

Estaba claro que algo había que hacer. No te puedes quedar ahí sentada y ya, sin hacer nada, en medio de tanto fracaso. Así que compré unos vinos buenos, a dos veinticinco la botella. No pasaba demasiado tiempo con Linda porque se la veía demasiado bien y, justo cuando estaba a punto de pedirle a la revista *Glamour* un cambio de imagen, ocurrió un milagro. Una respuesta a nuestras plegarias. Se nos presentó una salida. Charles Miller, el tipo con la basura ordenada de Mont Parnasse, se plantó delante de nuestras narices y nos dijo que, por doscientos setenta y tres dólares cada una, podíamos compartir una casa con seis personas más durante el verano en Fire Island.

Si te preguntas por qué Charles Miller y su compañero de piso querían compartir una casa con nosotras, hay una explicación muy sencilla, amiga mía. El año anterior, Charles compartió una casa con cinco tíos en Cherry Grove y, una noche, le robaron a su amante en las dunas. Este año no quería tener competencia así que pensó que, si iba a la parte hetero de la isla, como Ocean Bay Park, no tendría que preocuparse de que le quitaran el novio ni de qué ponerse y podría relajarse.

¡Fire Island! Fire Island cada dos fines de semana, cuatro personas en una casa minúscula. Sonaba perfecto. Para nosotras, Fire Island era como Atlantic City para nuestros padres... Fire Island, patio de recreo de Estados Unidos.

¿Nos interesaba? Porque si nos interesaba se lo teníamos que decir a Charles enseguida. Ya tenía a otras seis personas: su compañero de piso y él; Mark Marks, que no teníamos ni idea de quién era; Agatha Horowitz, que no teníamos ni idea de quién era, y los Pontie, la pareja que se había mudado a nuestro piso después de

que echaran a Charolette Whooper. Cada vez que veía a los Pontie acababan de discutir. Ella siempre tenía los ojos rojos y el rímel corrido.

—No sé, Linda, ¿qué te parece? ¿Vamos a Fire Island con todos esos? Casi no los conocemos. No sabemos si les van las orgías y cosas de esas. Igual son desordenados.

—Sheila, yo solo sé que mi prima Rhoda cogió una casa allí el año pasado con once personas y, de las once, tres le propusieron matrimonio.

¡Tres pretendientes! Habría pagado hasta quinientos dólares para poder ir. Perfecto. Una casa en Fire Island. Todo el mundo estará allí y además no tendré que escuchar: «Sheila, cariño, ¿por qué no vienes a casa este fin de semana? Hace mucho calor en la ciudad». Y así también podría escapar de Norman. Así que perderé nueve kilos, me compraré un bañador que me favorezca, cogeré mi reflector e iré.

—Isaac, ya llegan los veraneantes. Vienen cada año y se piensan que son los dueños del lugar. Ojalá tuviéramos una ley que les prohibiera venir.

—Algún día la tendremos, Maria. Ten paciencia. Algún día.

La reserva que Charles había hecho se canceló. El año anterior el dueño se la había alquilado a un grupo de gamberros que prácticamente destrozó una cabecera de cama de doscientos años de antigüedad y prefería que la casa quedara vacía a alquilarla a otro grupo.

Charles se ofreció a ir a la isla para intentar buscar otro sitio. Ni hablar. Los siete queríamos ir con él. Por doscientos setenta y tres dólares quieres ver dónde te vas a quedar, ¿no? Así que un frío domingo de marzo (marzo es la temporada de caza), enfundados en capas y capas de lana, los ocho fuimos a la isla en ferry. Hacía frío, así que Charles Miller y su compañero de piso no paraban de abrazarse. Los Pontie iban cada uno en una punta del barco.

No necesitábamos la sección de clasificados del *Times* ni del periódico local (con columnas como «Con carretillas o descalzos»)¹⁷ porque hay muchas, muchas inmobiliarias en Fire Island dispuestas

a alquilarte bungalows minúsculos, que te prometen sitios amueblados cuando no lo están, que deliran sobre chimeneas y que mencionan cada palabra que puede atraer a los manhattanitas, como rústico y singular. ¡Queríamos un sitio rústico y singular!

Vimos varias casitas, todas con nombres particulares: *Pequeña Lila*, *Hogar*, el *Rincón de Nana*. (En Cherry Grove hay nombres mejores. El que más me gusta es *Solo Cuatro Chicos*.) ¿Será capaz de encontrar la casa de sus sueños este variopinto grupo de desconocidos? Es difícil. La *Pequeña Lila* no tenía nevera y todos estuvimos de acuerdo en rechazarla, yo la primera. La *Casa de Arena del Pequeño Sal* tenía chimenea pero estaba en el dormitorio. ¿Podíamos usar el dormitorio como salón? No, no funcionaría y no era justo que algunos pudieran acurrucarse junto al fuego y los demás no. *El Escondite de Hilda* estaba enfrente del cine y, como era el único cine del pueblo, sería muy ruidoso cuando pasaran alguna película. Eso se le ocurrió a la señora Pontie; el señor Pontie no estuvo de acuerdo con ella y la hizo llorar.

Encontramos un sitio. *La Huida de Papá*, aunque un poco más caro de lo que queríamos pagar, diecisiete dólares más por persona. No era un sitio ideal del todo. La arena del verano pasado seguía en el suelo y estaba un poco menos amueblado de lo que esperábamos: tres sillas de hierro forjado con la tapicería rajada y cuatro camas dobles. Pero era lo mejor que había y, cómo no, la agente inmobiliaria nos dijo que había otro grupo muy interesado y que ya tenía su cheque, pero que nosotros parecíamos mucho más respetables. Dos chicas babeando en busca de hombres, dos maricas, un matrimonio que no dejaba de pelear, una chica con un poncho chillón que no hablaba y un tipo que apagaba cigarros con el pie en el suelo de cada casa que visitábamos. ¿Parecíamos más respetables que quién?

Así que nos convertimos en inquilinos. Inquilinos que, debo añadir, perdieron el ferry de la tarde y tuvieron que esperar en medio de la nada durante horas y horas hasta el próximo. Observé el grupo y me di cuenta por primera vez de que iba a dormir en una casa con todos aquellos desconocidos. No se trataba de mi padre, mi madre y mi hermana, Melissa; excepto Lisa, eran todos desconocidos. Un tiempo

después, charlando con gente que había pasado por lo mismo, descubrí que siempre llega el momento en el que te das cuenta de que vas a compartir retrete con aquellos desconocidos.

Hicimos dos grupos. Grupo A y Grupo B, los nombres se le ocurrieron a una servidora, qué imaginación. El grupo A estaba formado por Linda, Agatha Horowitz, Mark Marks y yo. Las dos parejitas felices, los Pontie y los Charles Miller, estaban en el grupo B. A nuestro grupo le tocó ir primero, lo que a primera vista parece una ventaja pero, hazle caso a Sheila, no lo es. Si alguna vez se te presenta la oportunidad, elige el grupo B. Cuando al grupo B le llegó el turno de ir a la casa, todo estaba listo. Pasaron un fin de semana relajado en un lugar acogedor y cómodo.

Cuando estás en el primer grupo, te toca limpiar la casa. Adivina quién no pisó la playa porque estaba demasiado ocupada fregando el suelo. Cuando vas en el primer grupo, te pelas de frío porque nunca te preocupaste de comprobar si había calefacción o no, y no sabías que tenías que traerte un edredón y tu mono de franela. Cuando vas en el primer grupo, no hay agua caliente porque el calentador no está enchufado y tú eres judía, así que no tienes ni idea de calentadores. Buscas un fontanero por todas partes y le pagas una pasta si vas en el primer grupo. Y, ¿quieres saber qué es lo peor de ir en el primer grupo? Que te toca comprar las cosas comunes: sal, pimienta, azúcar, papel higiénico, albahaca, orégano, mantequilla y mermelada.

La primera semana me enteré de que en la isla la comida era carísima. Tomates a cincuenta centavos y precios así. Si querías comer, y ya sabes que yo sí quería, tenías que comprar la comida en la ciudad y traértela en el ferry. No te preocupes. Hay un montón de gente bronceada y con el pelo aclarado por el sol esperando con sus coches rojos a que llegue el ferry, con la esperanza de ayudarte a cargar tus cosas hasta casa por una propina. Así que me pateé todas las tiendas y me di cuenta de que, por mucho que me gustara el helado de menta con pepitas de chocolate, no llegaría vivo a casa.

El primer fin de semana fue tranquilo. A Linda le medio gustaba Mark Marks, Agatha iba a lo suyo y yo estaba demasiado ocupada limpiando y comprando para tener la misma suerte que tuvo la

prima de Linda, pero no tenía prisa. Hacía demasiado frío para ir a la playa, de lo que me alegraba mucho. Así tenía dos semanas más para meterme en el bañador y que me quedara bien.

La segunda vez que el grupo A fue a la playa, me di cuenta de que necesitábamos unas normas. El grupo B había dejado la casa hecha un asco. El grupo B no apagó el calentador y a espaldas del grupo A permitieron que un grupo de desconocidos utilizara la casa durante la semana. Uno incluso se quedó el fin de semana con el grupo A.

Puse un cartel en la puerta de la cocina, para que lo viera todo el mundo:

1. Los inquilinos de la casa deberían respetar a los otros inquilinos asegurándose de que dejan la casa limpia cuando se marchan.
2. ¿Os habéis acordado de apagar el calentador al marcharos? Ya sabéis que el gas cuesta dinero y la factura la pagamos todos.
3. ¿Os habéis acordado de apagar las luces al salir? Ya sabéis que la luz cuesta dinero y la factura la pagamos todos.
4. ¿Habéis tenido cuidado con las cosas de los demás? Por favor, no os comáis los malvaviscos de los demás.
5. Si invitáis a gente a casa, por favor, decidles que les costará dos dólares la noche para pagar los gastos de gas y electricidad.
6. No traigáis arena.
7. Antes de marcharos, pensad, ¿he hecho todo lo que debería haber hecho este fin de semana?

Algún cerdo arrancó la lista y colgó un «Que te den» en su lugar. Hice copias de la lista con la fotocopiadora del trabajo mientras la señora Cox hacía pipí y no paré de colgarlas.

Cuando llegó el cuarto fin de semana del grupo A, Linda y Mark Marks ya se habían enamorado. Se escapaban a esconderse entre las dunas y Linda no tenía marcas del bañador, así que ya te puedes imaginar lo que pasaba. De esa manera llegué a conocer a Agatha

Horowitz mucho mejor, lo que no estaba del todo mal, pero no había pagado doscientos noventa pavos para eso.

Agatha era profesora, pero no de las que enseña cosas normales. Era logopeda y recorría los colegios de su distrito, el centro de Brooklyn. Sacaba a los niños de clase y les enseñaba de uno en uno. A Agatha Horowitz le encantaba.

—¿Te gustaría venir a la playa conmigo, Sheila? —Agatha habló con voz tranquila, llevaba un libro enorme. Todo el mundo lleva libros enormes. Yo llevaba *Decadencia y caída del Imperio Romano* porque quería atraer a un intelectual.

—Claro. Espera a que quepa en el bañador. —Agatha me dio confianza para ponerme el bañador. Ella también tenía alguna que otra molla.

Nos sentamos en la playa a observar y a quemarnos. No nos dimos cuenta de que hacíamos ni lo uno ni lo otro. Yo no paraba de releer el primer párrafo de *Decadencia y caída del Imperio Romano* una y otra vez.

Si no tienes nada mejor que hacer que mirar a la playa, Fire Island es un sitio bonito: arena muy blanca y agua muy azul. Hay taxis que recorren la playa y niños con un aspecto estupendo que corren en grupos. Todos los niños tenían el pelo liso, lo que reforzó mi deseo de no casarme con Norman. Él tenía el pelo ondulado y yo tenía el pelo ondulado, así que nuestros hijos nunca se parecerían a los de la playa. Olvídate de Norman. No vuelvas a verlo. Pero ¡espera! No tires el agua sucia hasta que tengas limpia. Olvídate de Norman, pero aún no.

Agatha y yo conocimos a alguna gente. La playa se iba llenando cada vez más y nuestra toalla acabó rodeada de otras toallas de playa. Más toallas se superponían y el grupo se entrelazaba cada vez más.

—¿De dónde eres?

—Vivo en la Sesenta y siete Este.

—¿A qué te dedicas?

—¿Conoces a Leslie Rutley? Es de Franklin Square.

—¿Dónde fuiste al colegio?

—¿Conoces a Harriet Busk? Ella también fue allí.

- ¿En qué calle estás aquí?
- Eso es justo al lado de nosotros.
- ¿Es tu primer año aquí?
- Sí, es genial.
- La ciudad está imposible.
- ¿Conoces a...?
- ¿Conoces a...?

Un montón de geografía judía. Conocimos a mucha gente maja, pero a todos de golpe. Nada de relaciones uno a uno.

Los miembros del grupo que habían estado allí el año anterior hablaron del año anterior. Todos estaban de acuerdo en que el año anterior había sido mucho mejor que este. A estas alturas del año pasado, el tercer fin de semana de julio, el tema estaba entretenido. Se bañaban desnudos en el mar. Jugaban a voleibol desnudos. ¿Nadar desnudos? ¿Voleibol desnudos? Yo casi ni me duchaba desnuda. Si quieres saber la verdad, solo la gente con cuerpos atractivos se lamenta ante la falta de culos al aire.

Todo el mundo echaba de menos los partidos de voleibol (tanto desnudos como vestidos). ¿Por qué? Porque el voleibol es un deporte judío: es divertido y nadie puede hacerse daño.

Así que los novatos de la isla les preguntaron a los del año pasado por qué todo estaba tan bien el año anterior y tan mal este año. Había una explicación muy sencilla. El año pasado la gente era mejor. Eso consiguió que los novatos se sintieran estupendamente. Se hizo el silencio durante un momento hasta que una chica se bajó la parte de arriba del bañador hasta la cintura para que no le quedaran marcas. Eso pareció romper el hielo. Volvimos a preguntar «¿Conoces a...?» Al final del día, seguía sin tener ni idea de qué había ocurrido con la decadencia y caída del Imperio Romano. Mientras recogíamos, la chica que se había bajado el bañador (había evitado mirarla toda la tarde) nos invitó a su casa a tomar sangría, sobre las seis.

Agatha y yo volvimos a la *Huida de Papá* y nos cambiamos, con mucho cuidado de elegir ropa que pareciera totalmente casual. Linda y Mark vinieron con nosotros. Linda estaba morena. Yo chamuscada.

Se la veía genial con sus vaqueros desgastados. Mis vaqueros nunca se desgastaban porque siempre se me quedaban pequeños.

Fuimos a dos casas y cenamos patatas fritas y guacamole, y unos diez acabamos en el hotel-restaurant-bar Flynn's, tomando Coca Cola y cerveza, e intentando averiguar todavía si teníamos amigos en común.

Aquello era Fire Island. Días en la playa, noches de casa en casa. Muchas caras desconocidas por todas partes, a veces en tu cama.

Al quinto fin de semana que pasé allí, alguien se enamoró de mí. Alguien pensaba que era preciosa y quería una relación estable. Creo que hasta sabes de quien hablo... Agatha Horowitz.

—Mamá, esta es Agatha Horowitz. Estamos enamoradas.

—Manny, ¿cómo es posible? He escuchado que es bastante común que dos chicos hagan cosas. Pero ¿dos chicas?

Que conste que la idea de una relación lésbica me repugnaba. Ni tendencias, ni deseo. Nada. La última vez que le di la mano a una chica fue con diez años. Solía pasear de la mano con Ruthie, pero todas las niñas lo hacen y Sheila Levine ha dejado esa fase bien atrás. Así que el tema era qué hacía con Agatha. El problema era que la historia empezó poco a poco antes de que me diera cuenta de que estaba haciendo lo que estaba haciendo, así que yo me mostraba simpática. Seguro que dije un montón de cosas que la animaron.

—¿Sheila?

—Sí, Agatha.

—¿Qué piensas de mí? —Creía que tenía complejo de inferioridad o algo así y que necesitaba ánimos.

—Creo que eres simpática. —Dije lo correcto, ¿no? Sí, a cualquier persona menos a una tortillera. Papá, explícale a mamá qué es una tortillera.

—¿Nada más? ¿Simpática y ya?

—Muy simpática. Una chica simpática, Agatha, agradable, dulce, limpia. —En aquel momento no sabía por dónde tiraba Agatha, la adoradora de Sheila.

—Yo también creo que eres muy simpática.

No te lo pierdas. Más tarde, esa misma noche, nos estábamos vistiendo para ir a uno de esos saraos de sobre las seis.

—¿Sheila? —¿Le brillaban los ojos?

—Sí, Agatha.

—¿De verdad te apetece ir esta noche? Había pensado que nos podíamos quedar las dos por aquí y charlar y, ya sabes. —No sabía.

—Yo tengo ganas de ir. Podemos hablar después.

—Vale. Entonces voy yo también.

Tenía muchas ganas de ir porque había oído que la fiesta era en una buena casa. Como pasa con las hermandades y fraternidades en los campus, en Fire Island había casas buenas y malas. Además, tenía una teoría propia desde hacía tiempo que decía que nunca había que dejar de lado a un grupo. Nunca sabes cuándo aparecerá el Acuario destinado a casarse contigo en algún grupo.

Llegamos y Agatha no se separó de mi lado. Aunque mi príncipe azul estuviera allí, no podría encontrar un momento para acercarse a mí. Después volvimos a Flynn y de ahí nos fuimos a casa, con Agatha aún pegada a mi lado. A mi lado es decir poco. Rozándome. Puede que ahora que sé lo que quería esté exagerando un poco. Tal vez me estoy imaginando cosas que no pasaron, pero te juro que me estaba rozando.

Cuando volvimos a casa, ahuequé los cojines, le eché un vistazo a la formica (la aspiradora no funcionaba, no había una que funcionara en toda la isla) y empecé a desnudarme. Me sentía observada.

—¿Sheila?

—¿Sí, Agatha?

—Dijiste que podíamos hablar después.

—Un momento, deja que me ponga cómoda. Si quieres hablar, ahora hablamos.

Me enfundé mi impresionante camisón de franela, rojo y blanco con lazos de nylon. Cálido y funcional. (Como yo.)

—¿De qué quieres hablar, Agatha?

—¿Sheila?

—¿Sí, Agatha? —Todas nuestras conversaciones empezaban así.

—No sé si te habrás dado cuenta, pero últimamente ando bastante deprimida. —Casi no la conocía así que no, no me había

dado cuenta, pero cuando alguien te dice que está deprimida y se ha estado rozando contigo, te lo crees, ¿no?

—¿Qué pasa? —«¿Tú crees que tienes problemas? Deberías saber los problemas que tengo yo», pienso. Si le contara mis problemas, sus problemas le parecerían sin importancia. ¿Por qué limitarme a Agatha? Si les contara mis problemas a miles de chicas, miles de chicas se sentirían mucho mejor. ¿Hay alguna fundación dedicada a contar problemas? ¿Me concederían una beca? Recorrería el país con mi espectáculo individual. Se apagan las luces, el público guarda silencio, aparezco vestida con un sencillo traje azul. Me aclaro la garganta. Empiezo. «¿Vosotros creéis que tenéis problemas?»

—¿Sheila?

—¿Sí, Agatha?

—Tenía una relación muy seria pero se acabó, y yo no quería que terminara.

Hundió la cara en la almohada y lloró.

—¿Cómo sabes que ha terminado? Puede que solo sea una pelea. Pide perdón y ya verás como todo volverá a ser como antes.

—No, se ha acabado. —Sollozo, sollozo, sollozo...

—Pero es que te lo estás imaginando todo, Agatha. Quizá a la otra persona le gustes tanto como él a ti, pero seguro que también le da vergüenza todo este tema. ¿Por qué no te dejas de juegos y le dices a la otra persona lo que sientes?

—Es difícil.

—Ya sé que es difícil pero tienes que hacerlo, Agatha. Es la única manera de saber lo que pasa.

—Sheila, te quiero.

—Gracias, Agatha. Estoy segura de que, si sigues mi consejo, todo saldrá bien.

—Sheila, no lo entiendes. Te quiero a ti. Tú eres la persona con la que quiero estar. ¿Sientes algo por mí? —¡Madre mía!

Perfecto. En el quinto fin de semana por fin se me han declarado. ¡Puaj! ¿Cómo lo hacen chicas con chicas? A ver, sé cómo lo hacen, lo que no sé es cómo son capaces de hacerlo.

Aprendí una cosa (presta atención y apúntate esto, madre). Tú escúchame también, nunca se sabe si la panadera que siempre te da

una galleta de más te va a tirar los trastos en algún momento. Esto es lo que he aprendido:

HECHO: NO ES FÁCIL QUITARSE DE ENCIMA A UNA LESBIANA.

Tuve que cambiarme del grupo A al grupo B. Linda y yo nos cambiamos con los Pontie. A Linda no le importó porque pasó del amor al odio hacia Mark Marks desde que se enteró de que sus padres habían votado a Nixon. Cada vez costaba más complacer a la señorita Minsk. También tuve que cambiar de número de teléfono. Agatha Horowitz me llamaba tres veces al día para preguntarme qué era lo que no me gustaba de ella, solo porque a mí no me apetecía demasiado tocarle los pezones. Al final me tocó cambiarme de número y no ponerlo en la guía, lo que a Linda no le venía nada bien, así que se puso un teléfono para ella sola. Dos teléfonos en un piso de una habitación con cubículos.

Casi tuve que mudarme. Muchas mañanas miraba por la ventana y veía taxis sucios, autobuses sucios, gente sucia y a Agatha Horowitz con su mente sucia. Se plantaba al otro lado de la calle sin dejar de mirar a mi ventana. Compré cortinas con forro.

Agatha intentó toparse conmigo por «casualidad» igual que yo había intentado toparme con Ivan el guapísimo. Salí del 1.650 de Broadway tras un día fotocopiando la música de las ardillas y me encontré con Agatha en la calle, justo fuera de mi edificio.

—Uy, hola, Sheila, iba de camino a ver a una amiga que vive cerca de aquí.

—Qué bien, Agatha, yo también voy de camino a ver a una amiga.

—Veía dolor donde una vez hubo chispas. No es fácil ser un objeto de deseo.

—¿Te apetece tomar un café o algo? —Me podía tomar un café, pero no quería saber nada de a qué se refería con «o algo».

—Me encantaría, Agatha, pero es que ya llego tarde. Mi amiga y yo vamos a ver una película y tenemos que estar en el cine a las seis y treinta y dos. —Miré el reloj y puse cara de horror—. Madre mía, qué tarde. Me alegro de verte, Agatha. —Y salí corriendo y me estampé contra la punta del paraguas de un desconocido. Una pregunta, ¿cómo es que Doris Day, con lo guapa que era, nunca se topó con una Agatha Horowitz?

Hubo llamadas de teléfono. (Siempre conseguía dar con mi número aunque no saliera en la guía.)

—¿Sheila?

—¿Sí, Agatha?

—¿Por qué no te gusto?

—Agatha, sí me gustas. De verdad, eres muy maja. Lo que pasa es que no quiero... Ya sabes... No quiero tener ese tipo de relación...

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Quiero decir que, no quiero menospreciarlo ni nada de eso, estoy segura de que para algunas personas es genial. Debe de ser fantástico si te va ese rollo. Pero, te lo juro, Agatha, nunca me ha ido ni me irá ese rollo.

—¿Cómo lo sabes si nunca lo has probado? Yo pensaba lo mismo que tú hace un par de años. Incluso solía salir con chicos. Pero entonces conocí a una chica, Maxine, y ella fue muy dulce conmigo. Empezamos como amigas pero la relación fue a más y poco después, Sheila, empecé a tener ganas de hacer el amor con ella, así que lo hicimos. Fue fantástico.

Doscientos noventa dólares, sin incluir la fortuna que me gasté en comida y productos de limpieza, para acabar con Agatha Horowitz llamándome por teléfono todas las noches. Aunque te digo una cosa, prometió llamarme cuando volviéramos a la ciudad y lo hizo.

Al grupo B le tocaba el Día del Trabajo. El fin de semana del Día del Trabajo siempre es una locura. Es la última oportunidad antes de que acabe el verano. Si no conoces a nadie hasta el fin de semana del Día del Trabajo como muy tarde, significa que te habrás pasado el verano sin ningún lío amoroso.

Nadie durmió ese fin de semana. (La gente follaba, no dormía.) Todo el mundo fue a la playa desde muy temprano para ponerse aún más morenos y que les aguantara el color hasta el invierno. Hubo un intercambio de direcciones y números de teléfono en masa. Antes de aquel fin de semana, dábamos por hecho que volveríamos a ver a la gente por la isla. Ahora sabíamos que acabarían perdidos en Manhattan, el Bronx o Staten Island a menos que los apuntaras en tu pequeña agenda de cuero, con las páginas azules y los bordes dorados. Una chica un tanto alterada hasta intentó reclutar a gente

para reservar una casa para el año siguiente. No tuvo mucha suerte. Nadie quería admitir que iba a volver.

Y hubo fiestas. Fiestas de despedida en las que la gente intentaba estirar el fin de semana desesperadamente. Nos invitaron sobre las seis o las siete a fiestas que se extendieron hasta las tres o las cuatro. La gente no quería que el verano acabara.

El Día del Trabajo teníamos la responsabilidad de dejar la *Huida de Papá*. (La desventaja de estar en el grupo B.) Apagamos las luces, limpiamos la casa y desconectamos el calentador.

Treinta y nueve personas cogieron el último ferry de vuelta con bolsos de paja a un costado y los brazos cargados de sábanas y almohadas. Volveremos el año que viene.

La boda (no la mía)

Volvimos a Fire Island el verano siguiente... y el siguiente. Nos convertimos en las personas que decían que «la isla era más divertida el verano pasado». No volvimos un cuarto año. Ya hacía tiempo que nos habíamos licenciado y Fire Island era para niños...

—¿Te has fijado que cada vez viene gente más joven?

—Este sitio está lleno de críos de instituto. Y son muy escandalosos.

—¿Quién quiere tener la casa llena de desconocidos día y noche?

—Y está muy sucia.

Nos hacíamos mayores. Siguiendo los pasos de otros neoyorquinos de nuestra edad y entorno, fuimos a East Hampton.

Los Hamptons: más de lo mismo pero un poco más caro, con gente un poco mayor. Sin coche no había forma de moverse. Linda encontró una casa estupenda y montó un grupo interesante. Yo me limité a ir. Me pasé cada fin de semana del verano en East Hampton, y no me puse el bañador ni una vez. Ahora las chicas llevaban bikinis y la playa estaba llena de trozos de tela diminutos.

Fue un verano agradable y relajado, con algunos *brunch* y unas cuantas cenas. Norman vino un par de veces, tenía una pinta ridícula vestido con los vaqueros que le compré para que pareciera uno más del grupo. (Nunca parecería uno más. No tenía ninguna intención de dejarse crecer las patillas ni el bigote ni nada.) Me enteré después del verano de que los habitantes de mi propia casa habían practicado sexo en grupo. No es justo, gente, yo también había pagado mi parte.

En Fire Island no hay teléfonos, lo que resulta una bendición del cielo cuando tienes una madre como la mía.

—¿Cómo que no hay teléfonos? Sheila, cariño, ¿qué pasaría, Dios no lo quiera, si tuviera que contactar contigo?

Me lo dijo por lo menos una vez a la semana.

En los Hamptons sí hay teléfono, así que mi madre se sintió tremendamente aliviada. Podría llamarme los fines de semana para

recordarme que seguía soltera. Le hice jurar que no me llamaría a menos que fuera una emergencia.

—Imagínate que tengo que decirte que no estaré en casa en todo el día.

—Madre, eso no es una emergencia.

—Imagínate que no me encuentro bien.

—Eso tampoco es una emergencia.

—¿Qué es para ti una emergencia?

—Una muerte. Eso sí es una emergencia.

Un domingo por la noche, justo cuando estaba sacando del horno mi famosa *quiche*, me llamó.

—¿Sheila, cariño?

—¿Sí, mamá? —Estaba muy preocupada, le había dicho que me llamara solo en caso de muerte.

—Tengo noticias. —Por la forma en que lo dijo, pensé que había habido un asesinato en masa en el barrio y ella era la principal sospechosa.

—¿Sí?

—Tu hermana se va a casar. La boda es el próximo octubre.

Peor. Peor que una masacre. ¿Cómo podía casarse antes que yo? ¿Cómo podía hacerle eso Luci Baines a Lynda Bird? No iré. Me esconderé. Me iré a California y me esconderé y nadie sabrá dónde encontrarme. No le deseo lo mejor. Espero que le pase algo terrible y no se pueda casar. Le contaré a su futuro marido que nuestra familia cuenta con una historia de locura y que, a juzgar por algunas de las cosas que Melissa ha hecho, estamos seguros de que la ha heredado.

Mamá, ¿cómo has podido? No dejes que me pase esto. No me hagas ir a la boda con toda esa gente que me va a preguntar cuándo me toca a mí. No sé cuándo me toca a mí. ¡A mí no me va a tocar! Mamá, no dejes que se case primero. Haz algo. ¡Por favor!

En cuanto superé la fase de histeria inicial pude pensar con claridad y llegué a la siguiente conclusión. Melissa está delgada. Melissa se va a casar. Por lo tanto, la gente delgada se casa. Eso fue lo primero que pensé. En el tren de Long Island, las vías parecían decir «Sheila, pierde peso». «Sheila, pierde peso.» «Sheila, pierde

peso.» Las voces de Juana de Arco me hablaron. Me dijeron que podía perder diez kilos fácilmente. Era muy fácil. Y aunque no me casara en cuanto estuviera delgada, al menos estaría delgada para la boda. La gente delgada parece tener muchas posibilidades.

—Mamá, me voy a poner a dieta...

—¿Seguro que comes lo suficiente?

Sí, madre, estoy segura de que como lo suficiente. Estoy segura de que como más de la cuenta. Durante toda mi vida, he comido por toda la ciudad de Trenton, Nueva Jersey, madre. Si pusieras a todos los chinos del mundo en fila de cuatro, no habrían comido más aperitivos de los que yo me comí en el último *bar mitzvá* al que fui. Si dejara de comer por un día, solo un día, se podría alimentar a toda la gente que muere de hambre en la India. ¿Y me preguntas si como suficiente? ¿Por qué me lo preguntas ahora, madre? ¿Por qué no me lo preguntaste cuando era un bebé y no parabas de meterme comida en la boca? Cuando era un bebé, llorabas cuando no comía. Me has dicho más de una vez que mis piernecitas estaban tan delgadas que llorabas en la consulta del pediatra. Decías que no tenía culo. Pues, mira ahora. ¡Mira el panderero tan hermoso que tengo ahora, madre!

No solo llorabas cuando no comía, sino que también montabas un número para que comiera. Hacías un jueguito con la cuchara. Esta para mamá, esta para papá, esta para la abuela Arnold, esta para el abuelo Arnold, esta para Nana, esta para la tía Phyllis, esta para el tío Larry y así sin parar hasta que satisfacías tu apetito adulto. Y cuando me lo comía todo, te alegrabas. Se respiraba alegría en las calles. Palmas, palmitas, Sheila se lo ha comido todo.

Cuando era muy pequeña, la guerra tenía lugar en mi cabeza. Había niños que morían de hambre en Europa, así que yo tenía que comer. Luego, de mayor, me consolabas con comida.

—No pasa nada, mi cielo, no te preocupes si no puedes ensartar la cuenta con el hilo. Toma, una galleta.

¿Sabes lo que me parece adorable, madre? Cómo cambiaste de actitud. ¡Bum! Así, de repente, cambiaste de actitud cuando nació mi hermana Melissa. «Ha sido muy difícil con Sheila, de modo que a esta la voy a dejar en paz. Si quiere comer, que coma. Si no quiere

comer, pues nada. Estoy cansada de volverme loca», te dijiste. No fuiste justa. ¿Por qué no atiborraste a Melissa también? ¿Por qué no dejaste de forzarme a comer? Pues muy bien. ¿Quieres saber lo que dicen de tu querida Sheila? «Tiene una cara muy bonita. Si perdiera cinco kilos sería mucho más guapa.» ¡Joder! Aún me acuerdo de la Generación Pepsi Light. En toda mi vida, creo que habré perdido cinco kilos unas siete veces. Eso suma cuarenta y cinco kilos. Pero siempre vuelven. Siempre vuelven porque aún espero que alguien dé palmas, palmitas cada vez que como.

El sobrepeso es una de las razones por las que me voy a suicidar. Estoy cansada de hacer dieta y estoy cansada de ver a todo el mundo en bikini. Me clavaría un cuchillo en el pecho, pero probablemente no conseguiría atravesar toda la grasa para llegar al corazón.

He oído hablar de un Médico (pongo médico con mayúscula porque para una chica judía un médico es un Médico) llamado doctor Sheldon que les da un montón de pastillas para adelgazar a chicas como yo, dispuestas a gastarse diez dólares en la primera sesión y cinco en las siguientes por esas pastillas de color arcoíris en cajas blancas de cartón.

Quedaban trece meses para la boda. Llamé al buen doctor y concerté una cita lo antes posible, el martes a las doce. Así que el lunes por la noche me despedí de la comida. Me comí todo lo que tuve al alcance porque sabía que al día siguiente estaría a dieta. Ha habido muchos días de esos. Comí ensalada de patata y empanadas de patata. Comí carne en conserva y crema de queso en pan de centeno. Comí hígado y helado de chocolate con tropezones. Y me comí un bote entero de nata.

—No lo entiendo, enfermera. No tengo ni idea de cómo he podido engordar cinco kilos de repente. Debo tener algún problema de glándulas, o igual es hereditario, no lo sé. De verdad que no como tanto.

—Señorita Levine —la odiaba—, ¿podría quitarse los zapatos y subir a la báscula para que pueda calcular su peso exacto?

¿Que me suba a la báscula? ¿Así sin más, a media tarde, con ropa y todo? No me puedes hacer esto. Soy ciudadana de Estados

Unidos. ¡Tengo derechos! Me subí a la báscula pero no miré. Podía sentir su mano moviendo las pesas a una cifra cada vez mayor, del cincuenta al sesenta. Pesaba más de sesenta. Madre mía. Ojalá no me hubiera comido la nata.

—Setenta y un kilos. Gracias. —¿Gracias de qué? ¿Gracias por pesar setenta y un kilos y arrastrarme hasta aquí para visitar al doctor Sheldon?

Consultó mi historial médico, me tomó la tensión y me preguntó sin pestañear si había casos de obesidad en mi familia. Yo no era obesa. Solo arrastraba un poco de grasa infantil... ¿Grasa preembarazo?

Me mandó a una pequeña sala de espera con un montón de sillas plegables que miraban hacia delante. Allí había varias personas rollizas (algunas necesitaban dos sillas). Yo era la más delgada del grupo. ¡Menuda alegría! Fue como si de repente yo fuera la hermana delgada. Una mujer bien llena de nata me preguntó qué hacía allí con aquel tipazo.

Nos dieron una charla sobre pescado y pollo sin piel y sobre no comer nada que no estuviera en la lista (en la lista había como tres cosas solo), y nos pidieron que levantáramos la mano si reteníamos líquido. La charla nos la dio una mujer de unos sesenta y siete años con el cuerpo de Annette Funicello. Y pretendería que la escuchara. Nos dieron una caja con pastillas moradas, marrones, rosas y verdes a cada uno. Tomáoslas todas y no olvidéis las vitaminas. Para asegurarnos, todos nos tomamos la pastilla rosa antes de salir de la sala.

¿A que no sabes qué? Tengo tendencia a retener líquidos. Justo lo que necesitaba, ¿no? Cuando volví a la semana siguiente para que me pesaran, vestía ropa más ligera y nada de joyas y me había cortado un poco el pelo. Me tomé cada pastilla religiosamente y perdí un kilo, pero aquello no era suficiente para el doctor Sheldon. Por cierto, ¿dónde narices estaba el doctor Sheldon? Había ido dos veces a la clínica y no lo había visto ni una. Quizá el doctor Sheldon también tenía sobrepeso y le daba miedo enseñar su culo gordo.

La mujer me cambió el tratamiento y me dio algunas pastillas más para la retención de líquidos. Cómo no voy a retener líquidos, lo

retengo todo. Así que me llevé las nuevas pastillas amarillas que me hacían mear un montón. Me moría de ganas por volver a la clínica.

Deja que te cuente una cosita sobre las pastillas para adelgazar. Te trastornan la cabeza. Si te pareces un poco a mí, después de tomarte una pastilla para adelgazar se te cruzará el cable y no dejarás de desafiarla en todo el día. No pararás de decirte: «Muy bien, pastillita, no te creas que vas a cambiar mi vida ni mis hábitos alimenticios. Le voy a demostrar al doctor Sheldon y a los que fabrican las pastillas que no funcionan. Me las voy a tomar y voy a comer. Punto».

Funcionaron, me volvieron loca perdida, una loca chiflada que se rascaba la cabeza y se mordía las uñas. Me subía por las paredes, le gritaba a la señora Cox, les pegaba a los mensajeros y cerraba la puerta para pillarle los dedos al portero a propósito.

—Sheil, no me gusta cotillear pero ¿te pasa algo?

—NO, LINDA, ¿POR QUÉ LO PREGUNTAS? ¿POR QUÉ SIEMPRE PREGUNTAS TONTERÍAS? SIEMPRE COTILLEAS Y HACES PREGUNTAS. DÉJAME EN PAZ. VETE Y DÉJAME EN PAZ.

—Sheila, ¿quieres que vaya esta noche?

—CÁLLATE, NORMAN. CÁLLATE Y DÉJAME EN PAZ.

—Sheila, cariño, soy tu madre. ¿Cómo estás?

—MADRE, ¿POR QUÉ NO PARAS DE HACERME PREGUNTAS ÍNTIMAS?

Al llegar la cuarta visita, había perdido seis kilos y cinco amigos.

Me alisé el pelo y me hice mechas. Se me abrieron las puntas pero, qué coño, me gustaba cómo me quedaba. Me hice las uñas y me compré pestañas postizas que me ponía aunque nunca conseguía que se pegaran bien. ¿Y después qué?

¿Qué es una de las primeras cosas que haces cuando pierdes seis kilos? Vas de compras el sábado. Todo un ritual en Nueva York. Las chicas de la Gran Manzana saben dónde comprar, dónde encontrar cosas interesantes. Bueno, Linda sabía dónde ir y me enseñó el camino.

Ohrbach's para bolsos y guantes de piel, y botas en la segunda planta si no podías permitirte las de Lord & Taylor, que eran más caras pero se notaba la diferencia. Tienes lo que pagas. Y Ohrbach's para medias. Saks para cinturones y cosas y Saks para las rebajas. Y Saks para cremas antiarrugas. Sí, ahora necesitaba comprar cremas.

Altman's... No me hacía mucha falta. Necesitaba algo hecho a medida alguna que otra vez, pero tampoco muy a menudo. Calle arriba llegaba a Bonwit's y después iba a Bloomingdale's. Que Dios bendiga a Bloomingdale's, donde siempre encuentras lo que no consigues encontrar en ningún otro sitio. Desde el sótano de gangas hasta las boutiques, lo registramos todo, cada perchero. Me comí cuatro o cinco *pretzels* por el camino. Recuperé un kilo.

Linda encontró todo lo que necesitaba, y además rebajado. Yo busqué y busqué cosas sencillas, como pantalones negros. Linda se compró los accesorios que le apeteció. Yo me compré solo lo que necesitaba, en colores prácticos. Un sombrero en el que no se notaba la nieve, un jersey que no me encantaba pero fácil de lavar. Como resultado de nuestras diferentes conductas de compra, Linda acabó con cosas estilo boutique y yo acabé con cosas fáciles de lavar.

Cargamos las bolsas caminando de vuelta a casa y yo no dejaba de pensar:

«Dios, no debería haberme gastado tanto dinero... Qué más da, lo has pagado con la tarjeta, no verás los recibos hasta el mes que viene... Sí, pero no debería cargarlo a la tarjeta... Es una tontería... Los recibos llegan igual y al final te sientes fatal... Lo pagaré poco a poco... No, no puedo hacer eso... Eso es tener deudas... ¡Nunca jamás tendré deudas! Quizá debería cancelar todas las tarjetas de crédito y empezar a pagar en metálico. ¿Por qué me preocupo tanto? A Linda no le preocupa haberse gastado veinte dólares en un monedero Gucci. ¿Por qué me preocupo por algunos gastos? Tengo trabajo... ¿Y si pierdo el trabajo y no puedo pagar el alquiler y me muero de hambre? Me encantan estos pantalones... Podría ir a Bloomingdale's el jueves y comprar un jersey a juego. Lo compraré con la tarjeta de crédito».

No conseguí mantener esos kilos alejados de mí. Dos semanas más tarde lo único que aún me valía de lo que había comprado era el sombrero. Si pueden enviar al hombre a la Luna, ¿por qué no pueden encargarse de la grasa aquí en la Tierra?

En abril, a tan solo seis meses de la boda, Linda se mudó con un peletero francés de cincuenta años (como en las películas) y Joshua se mudó conmigo. Hacía casi un año que no veía a Joshua desde que se «casó» con un tipo. Una noche apareció de repente, como si hubiera sentido que había sitio en el piso. Lo recibí con los brazos abiertos y empecé a comprar pollos enteros en lugar de solo partes del pollo.

Pobre Joshua. Aterrizó de nuevo en mi sofá cama justo cuando empezaba a estar muy desesperada. Me veía como una hermana, como una amiga, una tía, una madre. Yo lo veía como una tapadera.

Es curioso, prefería a Joshua antes que a Norman. Si los valorara del uno al diez, los dos tendrían un cuatro y medio. Norman era aburrido en la cama; Joshua nunca se acostó conmigo, aunque compartíamos habitación. Norman tenía un trabajo aburrido, cobraba poco, y si me casaba con él, nunca podría comprarle ropa a mis hijos en Saks; Joshua no tenía trabajo, siempre llevaba un par de dólares en el bolsillo que no sé de dónde sacaba. No tenía trabajo pero algún día podría llegar a ser una estrella y entonces yo podría volverme loca comprando con la tarjeta. Norman no era nada guapo; en cambio, Joshua era muy guapo, pero se pasaba horas delante del espejo confirmando lo guapo que era.

Norman vivía aislado del resto del mundo; Joshua vivía de la gente. Joshua no hacía preguntas; Norman hacía las preguntas equivocadas. Norman se reía con chistes guarros; Joshua se reía con Lenny Bruce. Norman utilizaba bolígrafo; Joshua, pluma. Norman era vinilo; Joshua, cuero auténtico. Y Norman era heterosexual; Joshua, homosexual. Sí, cuatro y medio más o menos cada uno. Pero Joshua no era aburrido.

¿Te acuerdas de cuando a Linda le gustaba Charles Miller? ¿Te acuerdas de cuando hablé de las chicas que se casan con tíos homosexuales solo porque quieren casarse? Yo, Sheila Levine, estaba dispuesta a caminar hacia el altar con Joshua aunque sabía que el novio era más guapo que la novia. Y a pesar de que el novio no estaría nunca interesado en acostarse con la novia. Sí, lo habría hecho.

—¿Joshua?

—¿Sí?

—Me pregunto qué dirán los vecinos sobre tú y yo, aquí viviendo juntos los dos y eso.

—No creo que a los vecinos les importe mucho.

—Pero, si les importara, ¿qué pensarían?

—No lo sé.

—Creo que pensarían que nos acostamos.

—Vale, piensan que nos acostamos. ¿Te molesta?

—No. No me molesta nada. No me importaría tampoco si pensarán que estamos enamorados, o comprometidos, o algo.

—Sheila, no te preocupes. Tienen otras cosas en que pensar.

—¿Y tú qué piensas de nosotros?

—¿Qué quieres decir?

—¿No te parece raro que vivamos juntos, solos los dos todo el tiempo? O casi todo el tiempo. Es como si estuviéramos comprometidos o casados o algo.

—¿Quieres que me marche? Me marcharé cuando quieras. Hay un tipo con el que puedo vivir.

—No, no. Me gusta tenerte aquí, Joshua. ¿Has pensado alguna vez en tener hijos? ¿En tener mujer para tener hijos o algo?

—Claro. Lo he pensado. Supongo que algún día me gustaría tener hijos.

—¿Alguna vez has pensado en casarte? ¿Con alguien que te entendiera de verdad y todo eso y te dejara a tu aire?

—¿Qué quieres decir?

—Alguien que te gustara y a quien le gustaras, y los dos os entenderais y eso.

—No salen bien.

—¿Qué quieres decir?

—Los matrimonios así no funcionan. A la mujer le acaba afectando que los niños no tengan cerca un machote al que admirar. Sheila, me acuesto con hombres. No me quieres.

—Te quiero, Joshua. No me importa que te acuestes con hombres. Podrías seguir acostándote con hombres. Te juro por Dios que podrías seguir acostándote con hombres cualquier noche de la semana y no me importaría. Podríamos tener hijos.

—Sheila, eres una chica de clase media. Necesitas un chico judío. Venga, Sheila. No quieres casarte conmigo.

—Sí quiero.

Y se marchó. Un día volví a casa y Joshua no estaba. Muchas otras veces no lo encontraba allí cuando volvía a casa pero esta vez no estaba de verdad. Se había llevado sus cosas. Todo vacío.

Querida Sheila:

Te estoy salvando de mí. Algún día, cuando estés casada con tres niñas corriendo tras de ti, pasaré a verte. Vivirás con un hombre que hará el amor contigo y quizá con otra mujer de vez en cuando, y me alegraré por ti.

Con cariño,

JOSHUA (ALIAS ALAN GOLDSTEIN)

Linda volvió. Descubrió que el peletero francés, Bernard Le Berjeau, era en realidad Bernie Goldblum del Bronx. Su mujer llamó un día cuando él no estaba y se lo dijo.

—Sheil, no me molestó tanto que hubiera cambiado de nombre para empezar una nueva vida, la verdad. Pero cuando me enteré de que no tenía opinión sobre el conflicto árabeisraelí, se me revolvió el estómago. No me habría importado que fuera pro-árabe, pero que no tuviera opinión me revolvió el estómago.

Mi madre lo sentía muchísimo. No había planeado que Melissa se casara tan rápido. Simplemente ocurrió. Me dijo un montón de veces que lo sentía y, cada vez que la oía, le soltaba una buena.

—¿QUÉ ES LO QUE SIENTES? SI QUISIERA CASARME, ESTARÍA CASADA. DÉJAME EN PAZ YA.

Análisis. Por sorprendente que parezca, la boda de Melissa y mi búsqueda de ayuda profesional para mi mente atormentada llegaron al mismo tiempo.

Sabía que necesitaba ayuda. Cada vez que pensaba en la boda de Melissa jadeaba, tosía, me daba un tic en la cara y me derrumbaba. Tenía la ligera sospecha de que algo me molestaba.

Joshua me habló una vez de la clínica William Alanson White, en el número 20 de la Setenta y cuatro Oeste, pero había lista de espera y

yo no paraba con los tics. Cuando te dan tics, no esperas seis meses.

Créeme, no me lo podía permitir. Pero tampoco me podía permitir que me diera un tic en la cara en aquel momento de mi vida. Así que fui... a tres médicos diferentes. No conseguía comunicarme con ninguno de ellos.

Al médico número uno prefiero mantenerlo en el anonimato, no porque no quiera que se sepa quién es, sino porque es un psiquiatra malísimo. Era freudiano solo a medias. Creía en Freud, pero hablaba. Por treinta dólares la hora esperaba que al menos me hiciera alguna pregunta.

—Y, doctor, si quiere saber la verdad —no, quería que mintiera—, lo que me altera de verdad es la boda de mi hermana. Menuda tontería, ¿verdad? Ja. Ja. Ja. Qué tontería, una chica como yo, adulta, soltera, sin expectativas de casarse en un futuro próximo... Qué tontería. Cuando lo piensas, es ridículo. ¿Cómo puede alterarme tanto la boda de mi hermana? ¿No es ridículo? No es más que una boda. No estoy celosa ni nada. No entiendo por qué me afecta tanto. ¿Y usted?

—Sheila, llevas viniendo un mes más o menos. Mi teoría es que huyes del matrimonio.

Menudo idiota. ¿Acaso todo lo que estoy contando suena a algo que diría una chica que huye del matrimonio? Por el amor de Dios, me declaro a Joshua y el doctor Idiota cree que estoy huyendo del matrimonio.

Número dos. El Doctor Fink.¹⁸ Adelante, ríete del nombre, pero mientras te ríes él está ganando una fortuna y vive en Park Avenue.

—¿Qué quieres ser de mayor, pequeño Fink?

—Quiero ser psiquiatra y vivir en Park Avenue y cobrar treinta y cinco dólares la hora.

—Y, doctor, cada vez que pienso en la boda de mi hermana, me dan ganas de vomitar. Empiezo a tener náuseas y no sé por qué. Estoy feliz por mi maldita hermana, que se va a casar antes que yo. Estoy muy feliz por la muy zorra.

El doctor Fink era también medio freudiano. Hacía que me tumbara y hablaba sobre sueños un montón.

Llegué a una conclusión. ¿Estás lista? Te voy a contar en una frase lo que me costó cuatrocientos noventa dólares descubrir. No me gusto a mí misma, así que no puedo esperar gustarles a los demás. Sí. El doctor Fink fue de gran ayuda. No solo me dijo eso, también me dijo que tenía un nuevo socio, y que su nuevo socio y él iban a compartir pacientes, y que pensaba que me iría bien con el nuevo médico, el joven doctor Hirshfield.

—Doctor Hirshfield, mi verdadero problema es que me siento rechazada. Pensaba que le gustaba al doctor Fink pero entonces me dijo que usted sería mi médico, así que me siento un poco rechazada.

Me costó unos trescientos dólares superar el rechazo del doctor Fink. Y el doctor Hirshfield no me ayudó. Era joven y digamos que guapo, guapo estilo psiquiatra. Me explico: si tuviera que rodar una película en la que Natalie Wood se enamorara de su psiquiatra, buscaría a alguien como el doctor Hirshfield. El verdadero problema con el doctor Hirshfield era que lucía una enorme alianza. No podía apartar los ojos de su alianza.

Puede que en el futuro alguien instituya, en mi memoria, la Fundación Sheila Levine dedicada a las chicas solteras y a indagar en lo que les interesa de verdad. Doctor Hirshfield, me gustaría nombrarle investigador jefe. Utilice el dinero como mejor le parezca. Haga lo que le apetezca. Le doy carta blanca. Solo le pido que por favor se quite la alianza.

Melissa se iba a casar con un partidazo judío. Un chico muy majo, de buena familia, con un buen pene. La esposa de Richard Hinkle, esa sería mi hermana. Él no tenía nada que ver con los sombreros de bebé, se dedicaba al mercado inmobiliario. Qué bien. Sus padres vivían en Lawrence, Long Island. Qué bien. Sus padres le dieron a la pareja mil dólares como regalo de compromiso. Qué bien. Sheila sería dama de honor. ¿Qué bien? No, nada bien. Mi hermana y yo nunca habíamos estado muy unidas, nunca me había caído del todo bien. ¿Por qué las madres judías obligan a sus hijas a que estén

unidas? Ya puedo escuchar a mi madre diciendo: «Melissa, sé que a Sheila le dolería mucho no ser tu dama de honor».

No me dolería, de verdad. Tampoco te molestes en invitarme a la boda. Me harías un favor. De todas formas, puede que ni esté en la ciudad para esa fecha. Seguro que a Melissa no le importaría. Apenas la conozco. Es solo una conocida. No quiero comprarle un regalo.

—Deja de decir tonterías, Sheila. Claro que estás invitada a la boda. Eres su hermana.

¿Ah, sí? ¿Entonces, cómo es posible que yo esté gorda y ella delgada? ¿Cómo es posible que en mi decimosexto cumpleaños no hubiera más que chicas porque no tenía novio? ¿Cómo es posible que su decimosexto cumpleaños fuera mixto, en el sótano, y los chicos les metieran mano a las chicas por el escote del vestido?

Mi madre se preocupaba. Me compró un vestido el doble de caro que el de Melissa. De gasa azul, a juego con los manteles azules y los centros de mesa azules y las damas de honor azules y los cigarros azules y la pareja azul, «Melissa y Richard».

Norman observaba relajado los preparativos de la preciosa boda. ¿No es estupendo que Melissa se case?

Mi madre y Norman hablaron...

—Uy, estoy muy ocupada. No es fácil organizar una boda, créeme. Hay que invitar a este, y al otro, de verdad, ay, pero no me importa. Me alegro de poder hacerlo por Melissa, y haré lo mismo por mi Sheila cuando llegue el día de su boda. —Guiño, guiño, guiño.

—Es todo un detalle. Si puedo hacer algo para ayudarla, señora Levine, estaré encantado. —Cásate con la mayor, imbécil. Eso sí ayudaría.

Mi padre y Norman hablaron...

—Sabes, Norman, estoy muy contento de que Melissa se case, pero también triste. No es fácil casar a una hija. Ya te darás cuenta cuando tengas hijas. Pero me alegro de poder hacerles un buen regalo a Melissa y a Richard, voy a darles cinco mil dólares, y me alegraré mucho de poder darle también cinco mil dólares a mi hija Sheila, puede que un poco más.

Indirecta. (Guiño, guiño, guiño.)

—Es un gran gesto, señor Levine.

Y como ya no tenía ni ganas de rechazar su propuesta de matrimonio, Norman y Sheila hablaron...

—¿Qué te parece que Melissa y Richard se casen? A mí me parece estupendo. A ver, él no es mi tipo, pero a ella le gusta y parecen muy felices. Y mis padres también están muy felices. Imagino que algún día tendré que dar el paso yo también y casarme, aunque me haya estado resistiendo todos estos años. —Guiño.

—Supongo.

Mi madre y yo hablamos... (Mentira. Mi madre habla, yo escucho.)

—¿Te ha dicho algo Norman sobre casarse? Lleváis juntos mucho tiempo. Os conocéis muy bien. Solo me preguntaba si te ha hablado de boda o algo. Creo que debería sacar el tema o dejar de hacerte perder el tiempo.

—DÉJAME EN PAZ. DÉJAME YA. ME LO HA PEDIDO UN MILLÓN DE VECES PERO NO QUIERO CASARME Y ESTAR ATADA COMO MELISSA, QUE, PARA QUE LO SEPAS, ES TORTILLERA. ¡DÉJAME EN PAZ!

—Deja de gritar. ¿Qué es tortillera?

Sheila y su psiquiatra hablaron...

—Doctor, no sé qué me pasa. Me cae bien mi hermana y me alegro mucho por ella. ¡De verdad! Pero no paro de soñar que la mato, la ato a un árbol y le prendo fuego. Veo cómo el fuego la consume y me quedo ahí plantada, riéndome. ¿Qué cree que significan esos sueños?

—¿Qué crees que significan, Sheila?

—No lo sé. No tengo ni idea. Quiero a mi maldita hermana.

¿Sabes que hasta recé para que pasara algo terrible y no hubiera boda? Mi oración era muy sencilla: Por favor, Dios, no dejes que Melissa se case.

Pero no hubo respuesta a mis plegarias. Las invitaciones se enviaron, se eligieron los adornos y empezaron a llover los regalos. Trescientas personas dijeron: «Sí, nos encantaría asistir y ver casarse a Melissa y achicharrarnos en la sinagoga y comer carne fría».

Por favor, querido Dios, no dejes que Melissa se case.

Volví a visitar al doctor Sheldon para que me diera más pastillas. Sentía que por lo menos tenía que estar delgada para la boda.

—Señorita Levine, esperábamos que volviera. No creíamos que fuera de las que mantiene la línea después de perder peso. Súbase a la báscula, por favor. ¡Uy! Señorita Levine, hemos engordado, ¿verdad que sí?

Una semana para la boda. Vestidos que hay que ajustar. Fotos de la novia para el periódico. Yo no paraba de rezar. Por favor, querido Dios... Y algo terrible ocurrió. El tío de Richard Hinkle se murió de repente. Le dio un ataque y murió. No hay mal que por bien no venga, como suele decirse. ¿Murió por mi culpa? Le pedí a Dios que parara la boda pero no recé para que pasara eso. Culpa.

—No está bien celebrar una boda por todo lo alto cuando el único hermano del señor Hinkle ha muerto. No está nada bien.

—Él habría querido que siguiéramos adelante con la boda.

—No me parece bien.

Dios mío. No es mi culpa. Mi psiquiatra me dijo que no era mi culpa.

—Llama a todo el mundo. Diles que se cancela la boda.

—El tío Herman habría querido que te casaras.

—Mira, haremos una ceremonia discreta en el despacho del rabino. Reduciremos la lista de invitados, vendrá solo la familia y los amigos más cercanos. Ya sabes que algunos de nuestros amigos son más íntimos que la familia.

Así que los Hinkle solo invitaron a los familiares más cercanos y a sus amigos. Pero resultaba difícil dejar fuera a la gente.

En tu vida habrás visto nada igual. Imagínate esto. Cincuenta y tres personas en el despacho del rabino, que es un despacho pequeño, de cuatro por cuatro. Imagínatelo. No se devolvieron las flores, así que se usaron para decorar las paredes del despacho. Otras cincuenta personas se amontonaban en el pasillo. Eso es lo que ocurre cuando le dices a dos mujeres judías que inviten solo a la familia y amigos más cercanos. Había gente por todas partes. Igual podrían haber celebrado la maldita boda en el templo. Cincuenta y tres personas sudorosas apretadas en el despacho del rabino. Nunca sabré cómo cupieron.

Todo el mundo andaba de mal humor, incluida Melissa, que puso mala cara cuando el rabino le dijo que podía besar al novio. El novio

me pisó a mí en vez de la copa de vino. Todo terminó muy rápido. Gracias por venir y fuera. La pareja feliz, que pasó la noche en el hotel del aeropuerto y a la mañana siguiente se marchó a Puerto Rico y a las islas Vírgenes, viviría en Queens.

—Gracias por venir.

—Sheila, cariño, estás preciosa. ¿Cuándo te casas? —¡Vete a la mierda!

—Gracias por venir.

—Sheila, no te había reconocido. Estás muy guapa. Tan guapa que podrías ser la novia y todo.

—Gracias por venir.

—Ted, mira quién está aquí. Es Sheila. Felicidades, Sheila. Tenemos muchas ganas de bailar en tu boda.

No sé cómo sobreviví. No lo sé. Norman seguía a mi lado. No volví a Manhattan después de la boda. Volví a casa de mis padres, a mi antigua habitación, y lloré. Eso es todo, lloré.

Ya vale

No te lo vas a creer... Suena el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, ¿Sheila? —La voz me resulta familiar pero no tengo ni idea de quién es—. Sheila, soy Agatha Horowitz. —Ahora ya lo sé.

—¿Cómo estás, Agatha?

—Bien, Sheila. No paro de pensar en ti.

—No me digas, qué bien. —¿Qué podía decir?

—Me preguntaba si habías cambiado de opinión sobre mí y eso.

—Pues, si te soy sincera, Agatha, no he cambiado de opinión. Me caes muy bien, Agatha, pero no siento lo mismo por ti... Ya lo sabes.

—Entonces seguramente nunca más vuelvas a saber de mí. No te molestaré más.

—No me molestas, Agatha.

—Sheila, como no quieres saber nada de mí, me voy a casar con un tío, Gary. —¿Se va a casar? ¿Se va a casar?

—Qué bien, Agatha. Enhorabuena. —Me quiero morir. Escucha, ¿por qué no me pasas a Gary y tú te buscas a una chica que te quiera tal y como eres, Agatha?

—Si cambias de idea, Sheila...

Se va a casar. Agatha Horowitz tiene una lista de boda en Tiffany's.

Más o menos un mes después de la llamada, recibí un paquete, una preciosa pulsera de oro de Cartier. «Supongo que siempre te querré. Agatha», decía la tarjeta. La pulsera estaba grabada: «De A. H. para S. L. Siempre». ¿Qué podía hacer? «Gracias, Agatha. Es una pulsera preciosa pero sigo pensando lo mismo. No siento ningún deseo de tocarte cosas que yo también tengo. Atentamente, Sheila Levine.» Devolví la pulsera enseguida. Me llegó otra vez. Me la puse, pero siempre me picaba.

¿Sabes lo que se siente? ¿Tienes idea de lo que significa ser una chica, mujer, señora joven de veintisiete años que busca marido desesperadamente en Nueva York? No lo sabes hasta que lo has vivido. No es posible ser consciente del dolor, la desesperación, la

decepción y el miedo que supone preguntarse: ¿Cuándo...? ¿Esta va a ser mi vida?

Lo odiaba. Hacía lo mismo que el resto de chicas solteras: hacía planes. Si no tenía una cita con Norman, me entraba el pánico. Tenía que encontrar una manera de pasar la noche sí o sí. Las chicas solteras se llaman unas a otras desde el teléfono del trabajo...

—Hola, ¿qué haces esta noche?

—¿Te apetece ir a cenar y ver una película?

—¿Tienes ganas de ir al teatro?

—¿Por qué no te pasas por casa?

Dios no quiera que tenga que volver a casa sola. Dios no quiera que alguna de nosotras tenga que volver a casa sola.

Esos eran los planes de última hora. Los planes que gritaban «hazme compañía, no quiero estar sola». Dios, ¿cuántas veces he pasado por eso? Peor aún, ¿cuántas veces me había quedado sin plan de última hora porque mi amiga había conseguido una cita con un chico?

—Lo siento, Sheila, no puedo quedar. Me ha salido una cita con un chico.

No hacía falta que les gustara el chico. La mayoría de las veces, no les gustaba. Cualquier chico es mejor que salir con una chica. Y sin pensar en la otra parte. Se sobreentendía. Saldremos juntas otro día si no surge nada mejor.

Y todas esas noches horribles cuando volvía a casa sola con golosinas de las máquinas de Horn & Hardart, totalmente deprimida. Acababa comiendo y llamando por teléfono a todo el mundo. A cualquiera.

Domingo, ese día en que haces todas esas cosas culturales en medio de la nieve mientras la gente casada se queda en la cama. Todas esas cosas culturales que enriquecen tu mente, y al mismo tiempo te destrozan la vida porque ya nunca serás capaz de casarte con alguien que no sea de Nueva York.

Una vez conocí a un chico de Cleveland. No sabía a qué restaurantes ir. No sabía cuál era la programación de Broadway. Simplemente no era adecuado para una chica tan sofisticada como yo.

A veces me tocaba a mí decir «lo siento» a alguna amiga porque un chico me había pedido una cita, un chico del montón, nada del otro mundo. Ninguno me llevó a ningún sitio especial ni me compró regalos fantásticos. (El de Agatha Horowitz fue el mejor regalo que me han hecho nunca.) No me estimulaban, ni dentro ni fuera de la cama. Iba de una cita a ciegas a otra. Ninguno era mejor que Norman. Me estaba ahogando en agua sucia.

Y haces las cosas políticas. Llamas a la puerta de la gente, pides su voto. Lames sobres en la sede de los demócratas por la noche porque tu lengua no tiene nada mejor que hacer. Es una buena causa, está claro, pero lo haces porque no tienes otros planes.

Luego estaban las noches en que Norman venía a casa. No eran distintas de las demás. Aburridas. Norman el aburrido y su sexualidad aburrida. Sexo moteado.

Hablamos de matrimonio. Bueno, no del todo. Hablamos de matrimonio como si fuera mi madre hablando con una amiga (la madre del chico).

—Norman, esto es ridículo. De verdad. Te pasas aquí cuatro noches a la semana. Es como si ya estuviéramos casados. ¿Por qué no lo hacemos?

—¿Hacer qué?

—Casarnos, ya sabes. —Ahí voy, ya me estoy declarando otra vez.

—Ahora no. —¿Ahora no? ¿Ahora no, dices? ¿Por qué no? ¿Es que llevas una vida de soltero cachondo en Brooklyn?

—Es que me parece una tontería, nada más. A ver, tú pagas tu piso y yo pago el mío. Y dos pueden vivir más barato que uno. Ja, ja, ja.

—Nah.

Las cosas cambiaron ese año. Linda se alejó de mi vida, fue a Los Ángeles de vacaciones y consiguió un trabajo de modelo o algo así. Vivía con un periodista importante. Seguíamos en contacto. De vez en cuando había alguna que otra conferencia, una carta a toda prisa... Estoy bien. ¿Y tú? Linda creía que estaba enamorada del tío este, pero resultó que estaba a favor de la pena de muerte. Cuando pasaba por Nueva York, se quedaba conmigo y nos pasábamos horas riéndonos de los viejos tiempos.

—¿Y te acuerdas de cuando nos quedamos fuera de casa sin llaves?

—¿Y de la fiesta de Halloween?

—¿Y de los chicos que vivían enfrente, y de Fire Island?

—Ay, Linda, ¿cuándo nos hemos hecho viejas?

—No somos viejas. No tenemos ni treinta.

—Tenemos casi treinta. Ya uso cremas hidratantes.

—Sheila, yo también me pongo cremas y me tiño. Mira.

Agachó la cabeza para que lo viera.

—No veo ninguna cana.

—Porque me tiño.

—Nos hacemos viejas, Linda.

—No me digas.

—¿Cómo es que no nos hemos casado?

—Nunca he conocido a ningún chico normal. No es broma. Me podría haber casado un montón de veces pero es que ninguno era normal.

—Te entiendo. Todas las chicas que conozco parecen normales, pero ellos están locos.

—¿Con cuántos te has acostado?

—No lo sé...

—Piensa.

—No lo sé. Diez, veinte...

—Yo me he acostado con trece, la docena y uno más. No me lo puedo creer. Cuando nos vinimos a Nueva York era virgen.

—Yo también. —Casi.

—Trece tíos y nunca he tenido un orgasmo... ¿Y tú?

—Sí, creo que sí.

—¿Cómo lo sabes?

—No estoy segura, ya te he dicho que creo que sí.

—¿Qué se siente?

—Es como... No lo sé. Ya te digo que no estoy segura. Como un subidón frío y caliente.

—Tengo todo el derecho del mundo a tener un orgasmo. Me casaré con el primer tío que me dé un orgasmo.

—¿Aunque haya votado a Nixon?

—Si ha votado a Nixon, no puede dar orgasmos. Me casaré con el primero que me provoque un orgasmo.

—Yo también.

—Pero tú crees que ya lo has tenido.

—Te he dicho que no estoy segura.

Ay, Linda, ¿por qué se nos ocurrió pensar que todo esto tendría un final feliz?

Cambié de trabajo y me mudé. Sí. Contraté una furgoneta y me marché a la Treinta y nueve Este, con portero: seguro, pero nada chic. Pasé a no tener compañeros de piso ni habitaciones. Solo una pequeña habitación para todo. Me metí en la enseñanza, como mi madre siempre quiso. Fue como meterme a monja. No me había ido bien en el mundo real, así que me puse a enseñar y a pensar en pensiones y todo eso. Enseñaba inglés en un instituto del Lower East Side. No era fácil, los alumnos eran complicados, pero el trabajo tenía sus cosas buenas. Pagaban bien y tenía vacaciones en Navidad, en Pascua y en verano. Sí, mamá, exactamente lo que me dijiste hace mucho tiempo.

Hice todo lo posible por casarme. Fui a marchas por la paz pese al frío. Tal vez conocería a un pacifista simpático con ganas de casarse. Acudí a mítines y a clases nocturnas. Volví una y otra vez a la consulta del doctor Sheldon. Iba a todas las fiestas a las que me invitaban, a todas las fiestas de las que me enteraba. Fui a esquiar un fin de semana y clavé la nariz en la nieve. Lo intenté.

Me hice un corte Sassoon, pero era demasiado tarde. (¿Has visto alguna vez a una chica con sobrepeso y un buen corte de pelo? No queda bien.) Y trabajé para los candidatos y me suscribí al *Cosmopolitan*. No me digas que no lo intenté. LO INTENTÉ. Lo único que no hice fue mudarme a Australia, donde hay más hombres que mujeres.

¿Tienes idea del dineral que me gasté para intentar casarme? Calculo que unos quince mil dólares por lo menos.

Piénsalo: las visitas a la peluquería, la ropa y las cerraduras extra en la puerta porque vives sola. Todo suma. Y las duchas de más, el perfume caro y los productos para los pies. Los taxis nocturnos costaban una pequeña fortuna, por no mencionar algunos

psiquiatras. Y las entradas al teatro, no podía usar ofertas de dos por uno. También sé por qué está tan bien tener un hombre cerca en términos de dinero. Me costó seis pavos registrarme en una agencia de contactos y solo me llamaron cuatro inútiles. Y las cremas antiarrugas y los porteros y las llamadas. Y, señor presidente de Estados Unidos, ¿por qué no es todo esto desgravable? Ha sido un desperdicio total.

Una noche salí con mi amiga Martha Katz, compañera del instituto en el que trabajo y cliente habitual de Friday's, uno de esos bares de solteros. Martha Katz lo frecuentaba desde poco después de que abriera. Una noche me llevó con ella. Mi madre me había enseñado que los bares eran para los no judíos borrachos. Martha insistió en que resultaba perfectamente respetable que dos chicas jóvenes maestras especialistas en la materia fueran a aquel antro de perdición lleno de bebidas alcohólicas.

Así que fuimos a Friday's un jueves por la noche vestidas con traje de pantalón; el mío negro, que te hace más delgada, y desgastado en el interior de la pierna, donde los muslos se rozaban.

El sitio era oscuro y apestaba a falso... Nueva cultura. ¿A quién quieren engañar con las luces tenues y el menú pretencioso? Todo con arroz salvaje. La mitad de aquella gente habría preferido carne curada sobre pan de centeno.

Pedimos la cena, *shishka* algo, e intentamos parecer despreocupadas, aunque estábamos pendientes de todo lo que entraba y salía por la puerta. Como en el Centro de Estudiantes Loeb, solo que ahora comía en vez de leer. A nuestro alrededor todo eran uniones de parejas. Martha, una chica de veintiocho años con piel de adolescente, estaba bastante nerviosa cuando llegamos a los postres. Habíamos tardado unas dos horas en comer y no podíamos hacer mucho más para seguir en la mesa. El sitio estaba hasta arriba de gente, y la gente estaba hasta arriba de alcohol, pero no había mucha acción para Sheila y Martha.

Debo decir que la competencia era difícil. Jóvenes y guapas con el pelo liso natural que se abrían paso entre la gente, que se

agachaban para dejar que todos les viéramos debajo de la minifalda. Chicas preciosas. Como si aquella noche se celebrara Miss Universo.

Y ellos tampoco estaban mal. Allí se encontraban todos los Arnolds y Harveys que había conocido en el instituto, solo que habían madurado y aprendido a vestirse. Algunos estaban impresionantes con sus trajes de raya diplomática y sus camisas de raya diplomática y sus corbatas de rayas. (Seguro que creías que iba a decir «sus mentes a rayas».) Las corbatas. Corbatas para morir, de seda de la buena, de las de quince dólares. Lo sé. Una vez le compré una a Norman con la esperanza de que estuviera presentable en la boda de mi hermana. Se olvidó de ponérsela.

Algunos iban más informales, con el síndrome del ante. ¿Alguna vez has visto a un chico con el síndrome del ante? No sabes lo que te pierdes. Sombreros de ante, chaquetas de ante, pantalones de ante. No circula el aire, pero queda estupendo.

Y alguno que otro que intentaba parecer despreocupado, con vaqueros y jersey negro de cuello alto.

Justo cuando nos estábamos acabando nuestra sidra, nos preguntaron si podían sentarse con nosotras. Claro. Un chico alto y uno bajo, uno vestido de ante y otro con traje de rayas, y sí, madre, uno blanco y otro negro.

—Sheila, cariño, no sé por qué insinúas que no me gustan los negros. Una pareja de negros muy simpáticos se mudaron al barrio y ella vino una vez a casa.

Las cosas claras: soy progresista. Me he pelado el culo en marchas por mis hermanos negros. (Vale, iba buscando tema mientras marchaba, pero estaba marchando.) He discutido durante horas con mi madre cuando me decía que guardara silencio delante de la criada. Cuando me pidieron rellenar un informe en la escuela en la que trabajo sobre el color de mis alumnos, no sabía de qué color eran. Cuando estaba en el «negocio de la música», conocí y me tomé un café con muchos niños negros. Charlaba con profesores negros en el trabajo como si nada. Sí, soy la repera. ¿No? Te equivocas. En cuanto el chico negro se sentó a nuestra mesa a mi lado me sentí rara, me faltaba el aliento, no sabía qué decir, tenía miedo de decir algo inapropiado, así que no abrí la boca. Nunca en

mis veintisiete años de vida me había encontrado cara a cara con una persona negra en una situación de chico conoce chica. Y ESTOY SIENDO SINCERA. Al menos eso me lo tenéis que reconocer, jóvenes demócratas. No podía soportar la tensión.

Vale, vale. Estarás pensando, mira a Sheila Levine, la que dice que es progresista y lucha por que los negros puedan mudarse a los barrios de blancos, pero ¿no es capaz de besar a uno?

Madeline, que estás en tu casita en Franklin Square, ¿qué harías? Sí, ya lo sé, estabas a favor de llevar a los niños en autobús fuera de sus barrios para fomentar la integración pero ¿qué piensas sobre besarlos? Esa es la pregunta.

Mamá, sé la voz de tu generación. Admítelo. Quieres que me case más que nada en este mundo. ¡Pero! Crees que mejor soltera que integrada.

Así que Thomas Brown (siempre me da vergüenza cuando una persona de color se llama Brown) se sentó a mi lado. (Era el del traje de rayas.) ¿De qué hablas? Imagínate que es de Harlem. No quiero recordarle ningún momento terrible... ¿Dónde fuiste al instituto? No, no puedo decir eso. ¿Y si no fue al instituto? No quiero avergonzarlo. ¿A qué te dedicas? No. Imagínate que ha estudiado pero, por el color de su piel, no ha conseguido un trabajo digno de su formación. No podía hablar con él. Eran mis prejuicios, sí, y los del resto del mundo.

—¿Es la primera vez que vienes aquí?

—Sí. —Es la única respuesta que se me ocurrió.

—¿A qué has venido? ¿Estás buscando un buen polvo?

Vale, si Thomas Brown fuera blanco, me habría reído en su cara. Nada dramático como darle una bofetada pero me habría reído de él. Sin embargo, como era negro y yo tenía mucho miedo de herir sus sentimientos y de que pensara de que no era amiga de los negros, sonreí. ¿Lo has hecho alguna vez? Me refiero a tolerarle a una persona negra lo que no le tolerarías a una blanca solo porque tienes miedo de ofenderla. Madre mía, la de prejuicios que tenemos sin saberlo.

Así que Martha sugiere que vayamos todos a mi casa porque soy la que más cerca vive y, una vez más, no me puedo negar. En mi

cabeza era como si me negara a invitar a toda la raza negra a mi casa si rechazaba al señor Brown. Digo que sí aunque no me gusta. Me está diciendo al oído cosas como «follar».

Vamos a mi casa. Martha Katz y Herman Freemont en un sillón. Thomas Brown y Sheila Levine en el sofá. Aún sin nada que decir. Tenía miedo de hacer preguntas, mucho miedo de decir algo equivocado.

Era la primera vez que traía a una persona negra a casa. Era raro, no te voy a mentir y decirte que no lo era. No paraba de pensar que era negro y que mi colcha era negra y, anda, qué interesante, mi interruptor de la luz era negro. Negro y, para ser sincera (y hasta ahora no he mentido), negro y no tan guapo.

Me cogió la mano. Le dejé que lo hiciera. No quería que me cogiera de la mano pero volvemos al mismo problema: si no le dejo que me coja de la mano, ¿creerá que tengo prejuicios? Vimos el *Tonight Show*. Salía Lena Horne y yo no paraba de pensar que ella era negra y él era negro y, ¿qué te parece?

La maldita Martha y su ligue se marcharon. Me dejó sola, con él. Lo juro por Dios sobre una pila de biblias, y si no es verdad que me muera ahora mismo, que si hubiera sido blanco lo habría echado. Era un tipo insoportable.

—¿Eres una de esas chicas que va por ahí buscando un buen polvo?

—No.

—¿Te gustaría echar uno?

—No, gracias. Bueno, ahora no.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Es porque soy negro?

—No, claro que no. No soy ese tipo de persona. No me importa si alguien es negro, blanco, verde, rojo, azul, morado o naranja. No me importa en absoluto. Todos somos personas, iguales, y eso es lo que importa. De verdad que no me importa de qué color es la piel de un hombre.

—¿Y qué tal un buen polvo? ¿No te gustaría echar un buen polvo?

—Claro que sí. Me gusta un buen polvo como a la que más. —Me tenía pillada y él sabía que me tenía pillada y yo no sabía cómo salir de aquella. ¿Tú que harías, señora Progre? Venga ya, Madeline. La

chica viene cada jueves. ¿Dejarías que viniera su hermano cada viernes, cuando el maridito está fuera de la ciudad?

—Ven aquí, nena.

Y fui allí y, vale, lo hicimos. No estuvo mal pero tampoco estuvo bien. No me preguntes si los negros la tienen más grande. No miré. Thomas Brown se aprovechó de mí. Sabía que la judía de Sheila Levine no quería parecer racista. Sabía que si jugaba bien sus cartas, me acostaría con él en nombre de los derechos civiles. Te aprovechaste, Thomas Brown. ¿Cuántas noches de jueves disfrutaste con chicas que iban a Friday's? Si fueras blanco, te habría echado.

Calma, calma todo el mundo. Lo que voy a contar ahora seguramente resulte impactante. De hecho, madre, si fuera tú me tomaría un Librium antes de seguir leyendo.

—Manny, ¿qué más nos puede contar que sea más impactante que lo que ha dicho hasta ahora?

Aborté.

—Manny, ¿has oído eso? ¡Sheila abortó! Manny, no puedo respirar, tráeme mis pastillas.

Aborté en la época en que no era legal hacerlo en Nueva York. En los viejos tiempos, cuando tocaba volar a Puerto Rico o conducir hasta Nueva Jersey.

No había motivos para abortar, podría haberme quedado el bebé. Criarlo. Hay mujeres que lo hacen. Yo no tenía la fuerza suficiente.

En realidad, siempre pensé que tendría un hijo a los treinta y cinco, casada o no.

HECHO: La mayoría de chicas solteras tienen pensado tener un hijo a los treinta y cinco, estén casadas o no. Y nunca lo hacen.

Las posibilidades de considerar tener un hijo sin padre la verdad es que son muy interesantes. En tal caso, quieres los mejores genes posibles, como los de John Lennon, por ejemplo. Pero si el padre es tu marido, entonces estás dispuesta a aceptar los genes del pelo ondulado. Si tienes que elegir, mejor tener los mejores. Lo deprimente del tema es que no querría como padre ausente de mi

bebé a ninguno de los tíos con los que me he acostado. Los tíos con los que me he acostado no tienen buenos genes.

—Norman, lo hacemos un montón. Imagínate que pasa algo.

—¿Qué quieres decir?

—Imagínate que me quedo embarazada o algo.

—¿Estás embarazada?

—No, creo que no. —Sí, creo que sí.

—¿Y entonces por qué te imaginas tantas cosas?

—¿Por qué no podemos imaginar cosas o situaciones de vez en cuando? Joder, Norman, todo el mundo lo hace. DIME UNA RAZÓN POR LA QUE

NO PODAMOS IMAGINAR COSAS.

—Vale. Imaginemos pues. ¿Qué quieres imaginar?

—Quiero imaginar que estoy embarazada.

—Nos imaginamos que estás embarazada.

—¿Qué pasaría entonces?

—No sé qué pasaría. ¿Qué quieres que pase?

—No lo sé.

—¿Hemos acabado de imaginar?

—No, aún no. Si estuviera embarazada, ¿qué haríamos? ¿Nos deshazaríamos de él?

—¿Deshacernos de él?

—Sí, del bebé. ¿Es eso lo que quieres?

—No lo sé.

—¿Preferirías casarte o algo?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

Norman no era de gran ayuda. ¿Quieres saber la verdad? El tema era que no estaba segura de si el pequeño embrión que llevaba dentro era hijo de Norman Berkowitz o de Thomas Brown. Ya, ya, ya... Conté los días. Podía ser hijo de Thomas Brown. No es que no usara el diafragma esa noche, siempre usaba el diafragma. Pero algún espermatozoide de uno de los dos consiguió colarse por la copa de plástico. Apuesto a que fue un espermatozoide de Thomas Brown, con la misma cara y la misma desvergüenza que él. La verdad es que Thomas Jr. sería mucho más mono que Norman Jr.

(Mi madre) —¿No es el bebé más mono del mundo? Son tan monos cuando son pequeños.

(Norman) —Sheila, ¿has visto al bebé? Creo que alguien se equivocó con las etiquetas de los nombres.

(El médico) —Señora Berkowitz, tiene un bebé muy sano. Además del nombre de su marido, necesitaremos el nombre del padre biológico para el historial.

—Mi marido es el padre biológico.

—Venga, señora Berkowitz, no somos tontos.

Uy, y luego está la familia y los cuchicheos. Es muy fácil engañar a Norman, pero estoy segura de que acabaría dándose cuenta.

No me sentía muy maternal, y tampoco tenía la sensación de estar poniéndole fin a una vida. El aborto parecía la salida más fácil. Muchas chicas lo hacían. Amiga, tras amiga, tras amiga. Los abortos eran algo muy común.

No lo hice en un garaje sucio ni nada de eso. Fue un buen médico de New Paltz, Nueva York, recomendado por Martha Katz, que había utilizado sus servicios en dos ocasiones. Un buen médico que creía en esas cosas. Yo tenía miedo de que lo metieran en la cárcel mientras yo me desangraba en la camilla. Un poco de dolor, quinientos dólares y el producto de mi amor se perdió por el desagüe.

¿Que si me arrepiento? Sí. ¿Que si me siento aliviada? Sí. ¿Que si alguna vez me he arrepentido y he deseado haber tenido el bebé? Sí. ¿Que si me alegré de haberlo hecho? Sí.

¿Quieres saber por qué me sentí mal en realidad? En Nueva York, el aborto no es ningún tabú, forma parte de la cultura, y aun así la ley del aborto no se aprobó hasta que fue demasiado tarde para cientos de chicas que los necesitaban al mismo tiempo que yo. ¿No podían haberla aprobado con carácter retroactivo y habernos enviado una disculpa escrita?

La *Cosmopolitan* tiene horóscopos guarros. También tiene unos artículos estupendos sobre masturbación.

¿Alguna vez te has hecho la carta astral? ¿Cuál es tu ascendente? Son veinticinco dólares. Las predicciones mensuales de las revistas y

las predicciones diarias del periódico solo pueden satisfacerte hasta cierto punto, así que acudí a la señora Alberta Kile para conocer mi futuro.

—Vivirás una vida larga y feliz.

—¿Me casaré?

—Tu carta indica que puede que sí, pero no es probable que lo hagas entre los treinta y cuatro y los cuarenta y uno. Mira, Venus no está cerca de ti en ese periodo.

—¿Qué pasa antes y después?

—Es difícil de decir. Tu carta es muy complicada. Alcanzarás la satisfacción laboral más adelante.

—¿Me casaré?

—Podrías.

—¿Me casaré?

—Tu carta parece indicar una relación larga con un hombre.

—¿Y matrimonio?

—Es posible.

—¿No ve matrimonio en mi carta?

—Sí y no. No entre los treinta y cuatro y los cuarenta y uno. Posiblemente antes o después.

—¿No lo sabe seguro?

—A veces. A veces resulta muy obvio. Pero con tu carta, no. No cojas ningún vuelo el día veinte.

Que le den, señora Kile. ¿Por qué me cobra veinticinco dólares para no decirme más que tonterías sobre volar? Joder.

¿Una relación larga con un hombre? Norman. Ha sido la relación más larga que he tenido nunca. Conocí a otro profesor en el trabajo, Alfred Block. Salimos y tuvimos un breve romance, hasta que me enteré de que había una señora de Alfred Block, hijos y un perro. Estábamos en la cama un día. (Una de las noches en que no tocaba Norman.)

—Sheila, ¿me pasas los pantalones? —Me estiré para cogerlos. Sacó la cartera y me enseñó algunas fotos—. Esta es Jennifer, tiene dos años y medio. Sean, de siete. Y Adam, de cinco.

—Son un encanto. —Estaba que echaba humo. Menos mal que estaba tumbada, porque sino me habría caído.

—Y esta es mi mujer, Barbara.

—Es muy guapa.

Alfred Block, eres un capullo. No me dijiste que estabas casado. ¿A cuántas chicas no se lo dijiste? Ah, y, por cierto, qué gran forma de confesarlo por fin: en la cama, después de follar. «Y esta es mi mujer, Barbara.» Alfred Block, eres un cabronazo. ¿Cómo puede ser?

Es el único hombre casado con el que he salido. Espera un momento... Eso no es cierto. Estaba ese Bernie algo, pero no cuenta porque odiaba a su mujer. Me contó algunas de las cosas que le hacía y yo también la odié. Su mujer no se había acostado con él en más de un mes con la excusa de que le dolía la cabeza. Así que eso no cuenta, ¿verdad?

Norman no tenía ni idea de los Bernies ni de los Alfreds, y me era fiel. Como un viejo maridito con miedo a engañar a su mujer. No, probablemente no tuviera nada que ver con el miedo. La razón era que engañarme con otra no encajaba con sus malditos planes.

Ahora, como los dos éramos profesores, teníamos los mismos horarios, así que Norman y yo fuimos a Puerto Rico durante las vacaciones de Pascua, como un matrimonio. Pecado. Pecado. Pecamos en el Hilton Caribe.

Fue divertido. Nada emocionante pero divertido teniendo en cuenta con quién iba. Fue como un aperitivo de lo que sería estar casada con Norman. El matrimonio con Norman sería como cabía esperar. Sería como estar casada con agua sucia. Se olvidó de reservar, se olvidó de dejar propinas y llevaba un bañador holgado y... (¿preparada?) moteado.

A pesar de todo, seguía dispuesta a casarme con él. Sí, casarme con él y darle hijos y comprarle salmón ahumado. Se viste raro, sí. Le compraré ropa nueva. Haré por él todo lo que Bernice hizo por Manny. Mundo, mira, este es mi marido, agua sucia.

Así que al final le pedí que se casara conmigo. La última noche en Puerto Rico:

—Norman, me parece que de verdad estamos perdiendo el tiempo si no nos casamos.

—No lo creo.

Me arriesgué en el juego del amor...

—Entonces creo que deberíamos dejar de vernos.

—Vale.

Y perdí.

¡Eh! Abogados del mundo. ¿Queréis escuchar una gran idea? Creo que las chicas que han salido con tíos durante mucho tiempo y les han dedicado lo mejor de ellas deberían cobrar una pensión alimenticia. Si eso ocurriera, más solteros se lo pensarían dos veces antes de joderle la vida a una chica. Salí con Norman durante siete u ocho años. Algunas esposas reciben una pensión por haber estado casadas siete u ocho meses. Sí, pensión por noviazgo.

Así de sencillo («vale», me dijo), siete años a tomar por saco. Tirados a la basura de la noche a la mañana. (Qué simbolismo.) Me dijo «vale» y se acabó.

Volví a hablar con Norman, le pedí que volviera conmigo, le supliqué, pero sus planes habían cambiado.

¿Y qué me quedaba? Me volvieron a robar. Se llevaron el televisor y el abrigo de piel. Debería haber invertido el dinero en una operación de nariz. No se puede robar una operación de nariz. Melissa tuvo un bebé, una niña, y la tía Sheila fue a verla. Leí en el boletín de antiguos alumnos de la NYU que el profesor Hinley ahora enseñaba en la Universidad de Miami. Espero que haya encontrado a otro Joshua. A los veintiocho, cancelé mi suscripción a *Mademoiselle* y me suscribí a *Vogue*, para mujeres más maduras. Empecé a pensar en ahorrar dinero y en quién iba a cuidar de mí de vieja. ¿Mi sobrina?

Kate se casó. Un pequeño acontecimiento muy chic en el Fifth Avenue Hotel. Acudieron las dos parejas de padres. (Kate se casó bien.) Lo último que supe de Linda fue que deambulaba por Europa. Recibí una postal de Dinamarca y otra de Inglaterra: «Acabo de dejar a un rarito. Le pone la Reina». La boda de Agatha Horowitz se anunció en el dominical del *Times*.

No fui a la reunión de aniversario de mi instituto porque no quería encontrarme con un montón de compañeras de clase embarazadas. Cuanto más me acercaba a los treinta, más me costaba echar un polvo. ¿Cómo era posible? ¿Es que ya no era un objeto sexual? Un par de hombres me tocaron en la calle pero no me resultó nada

satisfactorio. Intenté ir a reuniones sobre la liberación de las mujeres pero la liberación de las mujeres y yo no encajábamos. Me gustaba lo que decían pero no me hacía más feliz. Aunque dejara de indicar mi estado civil todo seguiría igual. No tenía ni idea de dónde estaba Joshua. Probablemente había acabado con Norman.

Y llegó el... Cumpleaños feliz.

*Cumpleaños feliz,
cumpleaños feliz,
te deseamos, solterona Sheila,
cumpleaños feliz.
Y que cumplas muchos más.*

No, ninguno más.

Esos eran mis padres cantándome en mi trigésimo cumpleaños. Solos los tres en el Four Seasons.

—Sheila, cariño, he estado pensando... Se lo he comentado a tu padre y todo. Puede que la razón por la que sigues soltera es que eres demasiado tiquismiquis. ¿Qué más da que tenga una carrera o no?

Ya lo he intentado, mamá... Marty Brink, el que no tenía carrera. Marty se dedicaba a vender zapatos de mujer. Terminó el instituto y fue directo a trabajar en el negocio de su padre. Salí con él unas cuantas veces, y al final, como era costumbre por aquel entonces, nos acostamos. Justo después de echar un polvo la primera vez, Marty, aún encima de mí, me dijo:

—Lo siento, Sheila, no debería haber venido.

¿Te parece suficiente bajón? Me dan arcadas solo de pensarlo. Lo siento, mamá, no deberías haberme mandado a la universidad. Debería haber aprendido mecanografía.

Entonces pensé: SE ACABÓ, ME VOY A SUICIDAR.

¿Por qué se acabó? Porque no estoy casada, por eso. ¡NUNCA ME HA TOCADO AGUA LIMPIA! Llámalo la respuesta de una mujer al problema de la superpoblación. ¿Qué mejor manera de ser ecologista que deshacerse de una misma?

En realidad, había una alternativa a quitarme la vida: pedirle a la revista *Glamour* un cambio de imagen total. Les escribí pero nunca

me respondieron. Me pareció una señal. El suicidio era la única salida.

Mi pasado y mi presente se encontraron y no había futuro. Mis padres me llevaron a cenar por mi trigésimo cumpleaños poco antes de que empezara a escribir esta nota.

¿Sabes la cantidad de planificación que implica morirse? Puede que más que una boda. Después de todo, esto es para siempre.

Planes

No te puedes imaginar lo bien que me sentí en cuanto tomé la decisión. Sé que resulta extraño, pero me sentí sana. No te imaginas el alivio que supone poder ignorar por fin al doctor Stillman y su dieta de agua, decirle adiós al doctor Atkins y a sus carbohidratos saludables. Ahora ni siquiera tenía que pensar en inyectarme orina de embarazada. Como lo oyes. Se ve que ayuda a perder peso. Sí, señor, lo primero que hice cuando tomé la decisión de suicidarme es dejar de hacer dieta. Que caven un hoyo más grande.

Mi actitud cambió totalmente. Empecé a vestir faldas plisadas de cuadros escoceses. Me puse rayas diagonales y colores que no hacen más delgada. Iba a todas partes en taxi y no me preocupaba el taxímetro. Fui a obras de Broadway y me senté en el patio de butacas. Cuesta creer que Jackie Onassis hiciera esas cosas sin pensárselo dos veces.

El suicidio inminente mejoró mi personalidad. Me volví sincera, más directa y quizá un tanto despreocupada. Incluso me volví mejor profesora porque dejé de tener miedo de que uno de mis alumnos me asesinara con una navaja.

Imagino que la mayoría de gente decide suicidarse y lo hace sin más. Yo no podía hacer eso. Me parecía demasiado hortera. Nueva York me ha enseñado un par de cosas sobre la clase y pensaba irme con estilo. No como en *Imitación a la vida*, con seis caballos blancos arrastrando mi ataúd. Tranquilamente, con toda la elegancia posible y habiendo planeado hasta el mínimo detalle.

Tomé la decisión a finales de agosto y tenía intención de llevar a cabo mi plan el 3 de julio del año siguiente. Así me daría tiempo a comprar una parcela, una lápida y, por supuesto, a escribir una nota de suicidio. ¿Quieres saber por qué el 3 de julio? O igual no. Pero te lo voy a decir de todas formas. Pensé que, si me suicidaba el 3 de julio, tendrían que enterrarme el 4. ¿A que es bonito y simbólico? El 4 de julio, mi día de la independencia particular.

Ya sé que es una tontería pero, en agosto, me compré un tampón que decía «Difunta». Vi un anuncio un domingo en el *New York*

Times Magazine que decía «Ponemos cualquier cosa en un tampón, perfecto para negocios», o algo así. No pude resistirme. Al principio, se me ocurrió hacerme un tampón que dijera «A la mierda». Pensé que quedaría muy bien en el recibo del alquiler, pero no tuve narices. Bueno, mamá, papá, y cualquiera que se vaya a ocupar de mis cosas, poned «Difunta» con tampón en mi carné de la biblioteca. Ponedlo en mis facturas impagadas.

No lo había pensado antes pero imagínate que alguien recibe una factura tremenda de Lord & Taylor porque no pudo resistirse en las rebajas de fin de temporada. ¿Por qué no podría devolver la factura acompañada de una nota escrita en un tono correcto que explicara que la persona había fallecido? ¿Qué pasaría? Supongo que podían comprobarlo y enviar a un recaudador, pero la persona responsable de la factura podría vestirse de negro y fingir estar de duelo durante unos meses tras el intento de cobro. Valdría la pena. Lord & Taylor tiene muy buenas rebajas de fin de temporada.

En cualquier caso, papá, encontrarás el tampón de «Difunta» en el cajón de arriba de mi escritorio.

—¿Te has enterado? Sheila Levine se ha suicidado.

—Qué cosa más horrible para sus padres.

—Organizó el entierro y compró una parcela, una lápida y todo.

—Ojalá tuviera la misma suerte con mis hijos.

Tengo mi parcela. Créeme, no fue nada fácil. Para hacérselo más fácil a mis padres, quienes según la ley judía deben visitar mi tumba al menos una vez al año, decidí que me enterraran en el Rossman Memorial Park, donde mis abuelos (dos por parte de padre y uno por parte de madre), que descansen en paz, están enterrados. Mi familia tiene una parcela en el Rossman pero solo hay espacio para mis padres y mis tíos. Los nietos se las tienen que apañar solitos.

Así que cogí un autobús a South Orange, Nueva Jersey, y después un taxi al cementerio. Era un día tranquilo, con unas cuantas personas deambulando y uno o dos rabinos en busca de trabajo. (Las familias les pagan por decir oraciones junto a las tumbas.)

Los cementerios siempre me habían dado vergüenza. Cada vez que iba a uno, agachaba la cabeza por miedo a cruzar miradas con los dolientes. Ya no. Ahora en el cementerio me siento como en

casa, por así decirlo. Es como ir a ver un piso nuevo y pensar, gracias a Dios, después de este no tendré que buscar piso nunca más.

Visité a mis abuelos, les dije unas palabras, los envidié por estar juntos y les conté que pronto me uniría a ellos. Después, me dirigí a las oficinas del cementerio.

—¿Puedo ayudarla? —Una señora vestida de negro, con el pelo gris, un solo broche y mucha compasión.

—Me gustaría comprar una parcela.

—Tome asiento.

La señora entró en un despacho y volvió acompañada de un hombre alto, vestido de gris, que muy solemne me invitó a entrar en su despacho. Qué gente tan amable y preocupada. Me preguntaba si me buscarían un hombre si les dijera el motivo por el que iba a suicidarme.

Me hizo sentarme en una silla y se aseguró de que estuviera cómoda y de que hubiera una caja de pañuelos al alcance de mi mano. Después, se sentó en otra silla, pero no detrás de la mesa, sino frente a mí. Contacto visual firme.

—La señora Goldman me ha dicho que está buscando una parcela. ¿Conoce el Rossman Memorial Park?

—Mis abuelos están enterrados aquí.

—Qué bien.

—¿Tienen parcelas disponibles?

—Sí. Tenemos unas parcelas estupendas. Algunas incluso con vistas. —¿Vistas?

—Busco algo sencillo.

—¿Puedo preguntar para quién?

—Para mí. Tengo una enfermedad terminal. Nada serio. Quiero decir que no es contagioso ni nada. Pero necesito una parcela.

Se levantó y volvió con una especie de carpeta. La abrió y empezó a pasar las páginas rápidamente. Levantó la vista una vez y sonreí. No me devolvió la sonrisa. Supongo que están entrenados para no sonreír. Finalmente, se detuvo en una página.

—Estamos aquí —dijo señalándomelo en un mapa—. Tenemos la treinta y cuatro A y B y tenemos la sesenta y cinco A y B. Ambas son

parcelas fantásticas.

—¿Qué significa A y B?

—A y B son dos parcelas juntas. Supongo que su marido también vendrá con nosotros.

—Estoy soltera. —¡Por eso voy a acabar aquí, idiota!

—Eso es un problema, un problema muy serio. —¡No me digas!—. Verá, el Rossman Memorial Park es un cementerio familiar. Aquí descansan los Linberger, unos veinticinco miembros de la misma familia, tres generaciones. El problema es, querida, que no servimos a solteros. Todas nuestras parcelas son dobles.

¿Te lo puedes creer? ¿Qué te parece lo que me está diciendo este hombre? Descanse en paz. ¡Ja! Hasta en la tumba, en la tumba, tengo problemas por estar soltera.

—¿No podría quedarme la treinta y cuatro A y que, si viene algún otro soltero, se quede con la treinta y cuatro B?

—Lo siento. No puedo separarlas. Sería una complicación. —Estoy lista para llorar. Estoy lista para gritar. ¡Estoy lista para morir!

—Puede que un hombre muera y su mujer vuelva a casarse y seguramente querrá que la entierren junto a su nuevo marido. Puede que se muera una mujer y el marido se vuelva a casar y quiera que lo entierren junto a su nueva mujer. Tal vez haya por ahí otra chica soltera con la que me pueda emparejar, si me lo permite.

—Lo que solemos hacer, señorita Levine, es sugerir que la gente soltera elija la incineración.

¿Es que no tenemos ni opción a decidir? ¿Tan poco importamos? ¿Es que los solteros tienen que acabar quemados y convertidos en ceniza lo quieran o no?

—No quiero que me incineren. —Me levanto para marcharme.

—Vamos a hacer una cosa, señorita Levine. Le dejo la sesenta y cinco A y B por un poco más de la mitad de lo que costaría. Está en una pequeña colina. ¿Qué le parece?

—Vale.

—Muy bien. Ahora, el ataúd.

—No, por favor, no me diga que tienen solo ataúdes dobles. —O tamaño grande o extra grande.

Casi sonríe, pero no lo hizo. Debió de recibir una formación muy estricta.

—No, tenemos ataúdes adecuados. Siempre y cuando no prefiera una urna.

—Estoy segura. ¿Puedo llamarle otro día para arreglar el tema del ataúd?

Tenía algo de dinero reservado para el ataúd y el vestido con el que quería que me enterraran. Si me gastaba menos en el vestido, podía gastarme más en el ataúd. En aquel momento no sabía cuánto dinero me iba a quedar.

—Claro. Aquí tiene mi tarjeta. No se olvide de enviarnos una fianza de, digamos, ciento cincuenta dólares. Las parcelas se ocupan rápido.

Estaba segura de que me iba a decir que una pareja encantadora estaba muy interesada en la parcela que acababa de comprar, y hasta esperaba que me dijera también que no podía dejar escapar la parcela porque tenía unos cubículos fantásticos.

Así que voy a pasar la eternidad en Rossman, una chica soltera, sola en una parcela doble.

¿Conoces a alguien que se dedique a la venta de lápidas? Pues yo tampoco.

Una bonita mañana de sábado, me dispuse a comprarme una lápida. Toda tumba necesita una lápida y yo ya tenía mi tumba. Había llegado el momento de buscarme una lápida. Al principio dejé que mis dedos recorrieran las Páginas Amarillas mientras anotaba los nombres de empresas dedicadas a la venta de tumbas que sonaban amistosas: Granite Memorials, especializados en imágenes; Lodge Memorials, al servicio de familias judías desde 1915; Miguel Rodríguez, *Se habla español*. Ninguna me convencía del todo. Raynd Jones & Asociados, consejeros de duelo. ¿Consejeros de duelo? Sí, consejeros de duelo. Supongo que aconsejaban sobre duelos.

—Hijo, cuando seas mayor, quiero que te dediques al negocio de la consejería de duelo. Creo que tiene mucho futuro.

Entonces, ¿a cuál voy? Especializados en imágenes... ¡Nah! Me lo habría pensado si me hubiera operado la nariz. De repente, se me

ocurrió la solución. Bingo Memorials.

Bingo Memorials está en Connecticut: Kent, Connecticut. De pequeña, pasaba por delante de Bingo dos veces al año, una cuando iba de campamento y otra cuando volvía a casa de campamento. Bingo era un lugar muy extraño. Había una pequeña casa, blanca y deteriorada, y el patio delantero estaba lleno de tumbas.

Siempre veía niños, sucios y rubios, que jugaban alrededor de la casa y observaban los autobuses que nos llevaban de campamento. Aquellos niños se apoyaban, se sentaban y jugaban entre las tumbas todo el día. Mientras nosotros estábamos de campamento, nadando e intentando jugar a tenis (no dobles la muñeca, Sheila, ¿cuántas veces te tengo que decir que no dobles la muñeca?), aquellos niños jugaban en el patio delantero, abarrotado de lápidas. Sentí mucha pena por esos niños. Ellos no fueron de campamento. Probablemente tampoco fueron a la universidad. Pero, Sheila, esos niños tuvieron la gran suerte de casarse.

Con Franklin Square...

—Hola, mamá.

—Hola, Sheila. ¿Qué tal?

—Bien.

—¿Vas a salir el sábado por la noche? —Lo seguía intentando.

—Aún no lo sé. —Y yo aún seguía intentando contentarla.

—¿Cuándo vas a venir a casa el fin de semana?

—No lo sé, mamá. Iré en cuanto pueda. —Pensaría que yo era como Baby Jane Holzer—. Escucha, mamá, ¿puedo coger el coche el sábado?

—¿Adónde vas? —Mamá, por favor, tengo treinta años. ¿Es que no puedo coger prestado el coche ni una sola vez sin que me preguntes adónde voy?

—Tengo que ir a Bingo Memorials en Connecticut para elegir mi lápida.

No le dije eso. Le dije:

—Voy a ir a Connecticut con un chico que conocí hace unas semanas. Me dijo que le encanta Connecticut y yo le dije que a mí también, así que vamos a ir a pasar el día. —A esas alturas sabía exactamente lo que tenía que decir.

—Qué bien. ¿Por qué no venís los dos aquí primero y así recoges el coche? —Quería echarle un vistazo a mi novio ficticio.

—Le encantaría venir, mamá, pero no puede.

—¿Por qué no?

—Porque no existe, me lo he inventado.

Tampoco le dije eso. Le dije:

—Porque tiene que ir a visitar a su madre el sábado por la mañana. —Sabía que mi madre todavía no podía competir con la suya.

—Vale, entonces, ¿vendrás?

—Iré a recoger el coche el sábado por la mañana.

—¿Por qué no vienes el viernes por la noche? Vamos a organizar una cena. —¿Por qué me preguntas cuándo voy a ir si ya me vas a decir tú cuándo quieres que vaya?

—Vale.

Conduje hasta Kent, Connecticut, dos horas y media de bonito paisaje americano. Era mi primer viaje en coche hacia lugares conocidos. Año tras año, había realizado el trayecto en tren con compañeros de litera que no paraban de mascar chicle mientras hojeaban sus cómics, con pantalones cortos azul marino y polos azul claro. Cogíamos el tren hasta la estación de Kent, donde nos recogían en autobuses y furgonetas en las que recorriamos el resto del camino.

Aquella bonita mañana de sábado, fui directamente a Bingo y me sorprendió no encontrar a ningún niño. Se me había olvidado por completo que los niños que jugaban allí ahora tendrían mi edad y también habrían crecido.

Llamé a la puerta y una mujer abrió enseguida (¿la señora Bingo?), con un vestido de andar por casa. Nunca en mi vida había conocido a nadie que usara esos vestidos. El pelo largo y fino se le encanecía, llevaba vestidos de estar por casa y era del tipo de personas que no engordan.

Dije, muy simpática y sonriente:

—Hola, he venido a buscar una lápida.

—Espera aquí, voy a buscar a mi marido —respondió ella, con gran curiosidad—. Espera.

Eché un vistazo al interior. Muebles raídos y gastados, rasgados, rotos y destrozados por niños. Nada pegaba con nada. Aquel lugar parecía la recepción de un hotel de carretera barato y viejo. Un televisor, viejo y cubierto de polvo, con una guía de televisión nueva encima. Apareció un hombre. ¿Qué aspecto tiene el marido de una mujer que viste vestidos de andar por casa? Era alto y delgado y llevaba calcetines con dibujos de relojes y zapatos Gucci. Lo de los zapatos es broma.

—Hola, he venido a buscar una lápida —le dije, muy, muy simpática y sonriente. Él me miró con una expresión que decía: «¿Qué narices estás haciendo aquí?»—. De joven, venía aquí de campamento y siempre veía este sitio al pasar. Necesito una lápida, así que pensé en venir aquí.

—Ahí están nuestras lápidas. Elige la que quieras y luego vuelves para que le haga la inscripción.

—Gracias.

Eché un vistazo a todas las lápidas. ¿Tienes idea de qué pinta tenían? Eran lápidas para gente casada. Corazones, flores, ángeles y frases como «En memoria de mi amada esposa», «Mi querido marido», «Querida esposa y madre». Dios, incluso los monumentos eran para gente casada. Había algún que otro «Nuestro querido hijo», pero todos tenían cruces encima.

—Señor Bingo, ¿por casualidad no aceptan encargos especiales?
—pregunté más simpática y sonriente que nunca.

Tras una pausa, dijo:

—Esas son por encargo. Nos dices el nombre que quieres y nosotros lo ponemos.

—No, me refiero a totalmente por encargo, a empezar desde cero en una que no tenga nada escrito.

Señaló una lápida lisa con forma de enorme cruz y dos pequeños ángeles que descansaban a sus pies. (Madre mía...)

—Sí, muy bonita, pero lo que yo quiero, lo que tenía pensado, es más bien una lápida sencilla, sin nada de nada.

—¿Cómo vas a saber quién está enterrado si no dice nada de nada?

—No, lo que quiero decir es que busco una lápida totalmente lisa para poder escribir lo que yo quiera en ella.

—Puedes escribir en esas de ahí. —Señaló las de querido esto y lo otro.

—Esas no me sirven para lo que yo quiero. La persona no era ni una querida esposa ni tampoco madre.

—Siento no poder ayudarte.

—Gracias de todas formas.

Conduje hasta el campamento. Una cuerda se interponía en medio del camino con un cartel que decía NO PASAR. Aparté la cuerda y pasé. Es algo que nunca habría hecho antes de tomar «la decisión». Siempre había sido del tipo de chicas que le tiene miedo al director. Mi querida madre solía decirme: «¿Por qué le tienes tanto miedo a la gente, Sheila? Imagínate a la persona que te da miedo sentada en el váter».

Los campamentos no cambian. En un mundo en constante cambio, este es un dato importante. Hacía frío y yo nunca había estado allí con frío, pero tenía el mismo aspecto de campamento que recordaba. Qué tiempos más felices había pasado allí. Casi podía olvidar que estaba tan poco en forma que mis compañeros de habitación elegían equipos y yo siempre me quedaba la última. Cada día escuchaba «Os toca a Sheila».

Así que, al volver a Nueva York, llamé a Raynd Jones & Asociados, consejeros de duelo. Resulta que se dedican a lo mismo que el señor Bingo, solo que ellos me enviaron un catálogo y a un representante que hablaba muy rápido. Llevaba un anillo en el meñique y un alfiler de corbata. ¿Dónde consiguen sus lápidas los ricos? Está claro que no se las compran a este hombre.

—¿Puedo preguntar para quién es la lápida?

—Para mí. Tengo una enfermedad terminal.

—Siento oír eso pero me alegro de que haya elegido Raynd Jones & Asociados, consejeros de duelo.

—Sí, me gustaría algo sencillo.

—Este es nuestro catálogo. ¿Por qué no le echa un vistazo?

Un catálogo para madres y esposas queridas. No había nada para solteras.

—Buscaba algo sencillo. Lo único que quiero que mi lápida diga es «Aquí yace Sheila Levine, amada esposa de nadie». ¿Se puede poner eso?

—¿Está loca, señorita? ¿Se da cuenta de que todo el trabajo se hace a mano? La inscripción son cinco dólares por letra. ¿Está segura de que quiere tantas letras?

—Sí.

—Veamos, por una lápida pequeña, y eso que hay que multiplicarlo por cinco... Sí, treinta y ocho por cinco, cero, me llevo cuatro... Son ciento noventa por la inscripción y, digamos, unos ciento cincuenta por la lápida. Es muy pequeña, pero de mármol. Cero, nueve y cinco son catorce. Aproximadamente trescientos cuarenta, trescientos cincuenta, más o menos, a pagar por adelantado.

—Vale.

—¿Dónde y cuándo quiere que se la entreguen?

—Tiene que estar terminada antes del 4 de julio porque pienso morir el 3 de julio y que me entierren el 4.

—Ya veo. —Apuntó la información.

—¿Por qué no la envían aquí?

—Pesa demasiado, el suelo se hundiría.

—Entonces ya le informaré del lugar. ¿Me puede hacer una factura?

—Le puedo hacer una factura pero necesitaré unos cien dólares de depósito para ponernos en marcha.

Le extendí un cheque. ¡Mierda! Seguro que la hermana de Rose Lehman conoce a alguien que me la podría conseguir a precio de fábrica.

Mi vida no ha sido un camino de rosas, ¿verdad? No necesito que siga empeorando, ¿a que no? Pues no para de empeorar. Perfecto.

Desde Franklin Square...

—Hola, Sheila, cariño. ¿Te he despertado?

Miro el reloj.

—Mamá, son las seis y media.

—No puedo dormir. En cuanto entra un poco de luz por la ventana, me despierto. No sé cómo consigo funcionar durmiendo tan

poco.

Lo único que sé es que se acuesta a las diez de la noche. Es la única persona del país que no sabe quién es Johnny Carson.

—Sheila, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, mamá. —Me voy a suicidar en poco más de seis meses, pero sigo respondiendo «Bien, mamá».

—¿Te acuerdas de tu tía abuela Goldie, la madre del tío Arnie?

—No.

—Claro que te acuerdas. Es la que siempre se ponía en el centro cuando hacían la *hora* en las bodas.

—No me acuerdo.

—Sí que te acuerdas. La madre del tío Arnie. Te tejó un jersey cuando naciste.

—Mamá, ¿cómo me voy a acordar de alguien que me tejó un jersey cuando nací?

—No te pongas impertinente. Es la que siempre pasaba el verano en Atlantic City.

—Ah, sí. —No tengo ni idea de quién es.

—¿Te acuerdas de ella?

—Sí. —No.

—Ha muerto.

Mi madre llora por la tía Goldie, a quien casi no conoce (Atlantic City y la *hora*). Entonces, ¿qué hará cuando la muerta sea yo? ¿Qué harás, mamá? No llores, mamá. Es lo que quería. Ya estoy cansada de la vida y siempre he hecho lo que he querido. ¡Alégrate! Ve a ver una película. No hagas *shivá* por Sheila. Es lo que quería. Papá, no llores y no dejes que mamá llore. ¿Se siente culpa después de la muerte?

Tienes la sensación de que la muerte de la tía Goldie iba a traer problemas, ¿a que sí? Pues eso.

Desde Franklin Square...

—¿Sheila?

—Sí, mamá. —¿Cuántas veces he dicho eso en toda mi vida?

—El tío Arnie no puede venir a tiempo desde San Francisco para organizar el funeral. El entierro tiene que ser enseguida, no como los no judíos que dejan los cuerpos ahí sin enterrar durante días. —Ya lo

sé, ya lo sé. Me marcho el 3 de julio y estaré bajo tierra el 4—. Eso significa que me toca a mí hacer los preparativos porque soy la pariente más cercana. Voy a organizarlo todo en Rossman. Ahí es donde está el marido de la tía abuela Goldie y ahí es donde enterramos a los abuelos. —Ya lo sé. Ya lo sé—. Por favor, Sheila, ¿puedes venir conmigo a Rossman esta tarde? No se lo puedo pedir a tu padre porque en esta época tiene mucho trabajo. Por favor, Sheila, llévame a Rossman.

¡Y TÚ CREES QUE TIENES PROBLEMAS!

¿Cómo salgo de esta? ¿Cómo voy a verme cara a cara con esa gente gris a la que conocí tan solo hace unas semanas para preparar mi propio entierro? Quizá no me reconozcan. Claro que me van a reconocer. ¿Cuánta gente va a comprar parcelas? Quizá el hombre que me atendió no esté. No puedo arriesgarme. Es muy posible que esté allí y la mujer también. Tal vez no tenga ni que bajar del coche. No. Mi madre me sacará a la fuerza del coche para que estire las piernas, para que vaya al baño, para que visite la tumba de mis abuelos. Diles hola al abuelo y a la abuela...

—Por favor, Sheila, cariño, ven conmigo. Me sentiré mucho mejor si estás ahí conmigo.

Así que será mejor que llame al señor y a la señora gris y les intente explicar la situación. ¿Cómo se llamaba él? Ella era la señora Goldman. Menos mal que había puesto su nombre en mi nota de suicidio.

—Información, Rossman Memorial Park, South Orange, Nueva Jersey. Gracias, operadora.

—¿Diga? Rossman Memorial Park.

—Hola, ¿está la señora Goldman?

—La señora Goldman está fuera de la ciudad. Volverá con la familia del difunto. —¡Mierda!

—¿Puedo hablar con el hombre para el que trabaja la señora Goldman, por favor?

—¿Cuál? Trabaja para todos los hermanos Rossman. —El gris. ¿Son todos grises?

—No recuerdo su nombre pero tengo que hablar con él. Es muy, muy importante.

—Está sonando el otro teléfono. ¿Puedo ponerla en espera? —Mi madre viene a la ciudad para recogerme y yo estoy en espera. ¡EN ESPERA! En el cielo, te pasan enseguida. En el infierno, te ponen en espera.

—¿Oiga?

—Sí, sigo aquí.

—¿Podría describirme al hombre?

—Tiene el pelo gris y la piel grisácea y los ojos grises, creo. —Y calcetines grises y zapatos grises y orejas y nariz y cuello gris.

—Le paso con el señor Henry Rossman. —Por favor, Dios. Estoy rezando. Jesús, me convertiré si es el hombre correcto.

—¿Diga?

—Hola, soy Sheila Levine. No estoy segura de si hablé con usted o no pero fui a su cementerio hace unas semanas para reservar una parcela. ¿Hablé con usted? ¿Se acuerda? Compré dos parcelas, la sesenta y cinco A y B, creo. ¿Se acuerda de la chica soltera?

—Oh, sí, me acuerdo. —Gracias a Dios. Era broma, Jesús.

—Gracias a Dios.

—¿Qué tal está, señorita Levine? —Yo era la de la enfermedad terminal, idiota. ¿Cómo crees que estoy a unos meses de mi muerte?

—Bien.

—Me alegro. —No se alegraba, quería decir que qué pena. Creo que temía que le estuviera llamando porque había mejorado y quería cancelar la sesenta y cinco A y B.

—Le llamo porque voy a pasarme hoy por allí y es muy posible que le vea pero no quiero que me reconozca.

—¿Cómo?

—La tía de mi madre ha muerto y la van a enterrar en Rossman, así que voy a ir allí hoy con mi madre. Le agradecería que fingiera que no me conoce porque mi madre no sabe que estoy muy enferma y que pronto descansaré allí también. Así que le agradecería que no me reconociera esta tarde. ¡Por favor!

—¿Por qué no le cuenta a su madre que se está muriendo? Creo que podría ayudarla, Sheila. —Por favor, hombre gris alto, por favor, no me sermonees a distancia.

—Se lo voy a decir, claro, pero estoy esperando el momento adecuado. —Buena respuesta, chica.

—Ya veo. Supongo que sabe lo que se hace. —No tengo ni idea de lo que estoy haciendo pero me alegro de que supongas que sí.

—Sí, lo tengo todo bien pensado.

—La veo después, entonces. No se preocupe. Fingiré que no la conozco.

—Perfecto. Y, por favor, díglele a la señora Goldman que tampoco me reconozca.

—La señora Goldman está fuera de la ciudad con una familia en duelo.

—Bien... No quería decir eso.

—Señorita Levine, no le pregunté si quería contratar el cuidado de la tumba.

—Sí, sí. Por supuesto.

No me importaba cuánto costara. No pensaba arriesgarme a que traicionara su promesa y me delatara.

Me encontré con mi madre en la Treinta y ocho porque la Treinta y nueve es de un solo sentido y va en dirección contraria. Así es como viven los neoyorquinos. Planean cada movimiento que tienen que hacer porque no pueden parar de pensar qué calles van en qué dirección. Me senté tras el volante y mi madre paró el coche y se pasó al asiento del copiloto, como en una coreografía planificada. Un encuentro perfecto. Durante los primeros diez minutos, se mantuvo en silencio, lo que no era normal. Hasta que habló:

—Bueno, todos tenemos que morir en algún momento. La tía Goldie tuvo una buena vida, muy completa. Y la forma en que murió fue una bendición. Así es como quiero marcharme yo también, de un rápido ataque al corazón. Es una bendición. Espero morirme antes que tu padre. Es mi único deseo, que me dé un ataque al corazón y que me muera antes que tu padre. Quedarse viuda es algo terrible. Mira a Frances Lehman. Ha estado deprimida desde que murió Herman. Eso no es para mí. Frances tiene tres hijas, todas casadas, así que tienen su propia vida y nada de tiempo para Frances. Dio la vuelta al mundo ella sola el año pasado. ¿Qué vida es esa? No dejes que me metan en un asilo, Sheila. Eso es lo que le hicieron a la

madre de Louise Schnitzer. He oído que le pegan en el asilo. Y no podría quedarme con Melissa. Ella tiene su propia vida. Igual podría irme a vivir contigo, Sheila. ¿Qué te parece? ¿Te gustaría vivir con tu anciana madre? Ahora mismo nadie se creería que fui Miss Coney Island. Tenía muchos novios. Casi me casé con, cómo se llama, el del grupo. Hacerse viejo es terrible. ¿Tengo muchas arrugas? Para una mujer de mi edad, quiero decir. Tal vez no sea tan malo que no te hayas casado, Sheila. Si algo le pasara a tu padre, Dios no lo quiera, podría irme a vivir contigo. Me alegro de haber tenido hijas, siempre puedes contar con ellas.

Durante toda mi vida lo único que había querido era que me casara y ahora lo que quería era que me quedara soltera para poder venirse a vivir conmigo cuando no tuviera dientes. «La próxima vez que vaya a Rossman será en una caja. Un viaje mucho más agradable que este», pensé.

Por si no lo sabías, resulta que Henry Rossman no es muy buen actor. En cuanto me vio, la cara se le tiñó de un color rojo grisáceo. Tosió. Tartamudeó. Se tropezó. Hizo todo lo que haría un hombre que acababa de toparse con su amante mientras paseaba con su mujer. Sobreactuó.

—Hola, señorita Levine. Encantado de conocerla. —Un «encantado de conocerla» bien forzado y con guiño incluido.

—Hola.

—Señorita Levine, ¿le gustaría echar un vistazo al lugar? Sé que nunca ha estado aquí antes. —No seas estúpido, Henry. Y ahora presentamos el premio al peor actor del año: el nominado es Henry Rossman.

—Su tía descansará junto a su marido. Él descansa en la parcela sesenta y tres A. Ella estará en la sesenta y tres B, justo al lado de... Ups. —Venga ya, Henry, pedazo de idiota, so imbécil, capullo.

—¿Le gustaría ver la parcela, señorita Levine? ¿Quiere acompañarnos, señora Levine? —Me sorprende que no dijera «¿Le gustaría ver la parcela, señorita...? Perdone, he olvidado su nombre porque es la primera vez que la veo. ¿Le gustaría venir a ver la parcela y echarle un vistazo al lugar en el que la enterraremos? ¡Ups!».

Fuimos a ver la parcela, no sé por qué. No iban a trasladar al marido de la tía Goldie así que, ¿para qué ir a verla? De vuelta en la oficina de Henry Rossman, Henry se puso a hacer de psiquiatra. El imbécil de Henry decidió crear él solito el momento perfecto para que le hablara a mi madre sobre mi terrible enfermedad. ¿Estás preparada? Yo tampoco.

—¿Qué edad tenía su tía, señora Levine?

—Noventa y uno.

—¿Sabe que la media de edad aquí es sesenta y uno? Estamos muy orgullosos. —¿Qué narices significa eso?

—Qué bien. —No sé quién de las dos lo dijo, estábamos confundidas y hacía tiempo que yo había empezado a hablar como mi madre.

—¿Así que su tía tenía noventa y uno? Una vida larga y plena. Cuando muere una persona de esa edad, es triste, pero no tanto como cuando le sucede a una persona joven. Cuando muere una persona joven, es triste, muy triste, especialmente si esa persona está enferma y no se lo cuenta a su familia.

—Será mejor que nos vayamos, madre. Tienes que conducir hasta Long Island y si no nos vamos ya habrá mucho tráfico de camino.
¡VÁMONOS, MADRE!

Él siguió hablando, con las cejas arqueadas, ofreciéndome oportunidades para que abriera mi corazón.

—Creo que los jóvenes deberían hablar de sus problemas... —
Pausa.

—Sheila, usted parece una joven brillante. Pese a no haberla visto nunca antes, lo percibo claramente. ¿No cree que si una persona joven está enferma y a punto de morir, debería contárselo a sus padres? —Pausa—. Conozco a una joven que está a punto de morir y no se lo ha contado a sus padres. Me gustaría darle algún consejo. ¿Qué cree que debería decirle, Sheila?

Por fin conseguimos escapar al coche. Mi madre me dijo que Henry Rossman le había parecido una persona extraña y yo le dije que seguramente se habría vuelto así tras años trabajando en una funeraria. Mi madre había visto *Los seres queridos*, así que me creyó.

El funeral se celebró al día siguiente y todo el mundo no paraba de repetir que la tía Goldie había tenido una vida plena. Había sido feliz, había podido bailar en la boda de su hijo. Estoy segura de que tuvo una vida muy completa. Nació en Brooklyn, murió en Brooklyn, tuvo un hijo que se trasladó a San Francisco, dos nietos a los que podía abrazar alguna que otra vez cuando iba a la Costa Oeste y un viaje a Miami cada invierno. También tuvo un panegírico. Un panegírico pronunciado por un rabino que nunca la conoció.

—No conocí a Goldie Butkin pero sé que fue una mujer maravillosa, puesto que era madre. MADRE. —El rabino señaló en dirección al hijo de Goldie—. Una MADRE es... Una MADRE es... Como la cubierta de un libro. La familia es el libro PERO la MADRE es la cubierta. Y ahora os pregunto: Si la CUBIERTA del LIBRO, que es la MADRE, se desgasta y envejece, ¿significa que el LIBRO, que es la familia, ha perdido su valor? ¡NO! El LIBRO, que es la FAMILIA, sigue siendo bueno porque la MADRE lo ha protegido. Lo que se suele hacer es quitar la cubierta y tirarla... Pero ¿quitamos a la madre? No. Quizá la madre no es como la cubierta de un libro... Pasemos a la página cinco del libro de oraciones.

Mi panegírico va a ser buenísimo. Acabo de añadir a mi lista de cosas por hacer antes de morir que necesito buscar a un buen escritor de panegíricos. Alguien que diga la verdad tal y como es. Sheila Levine murió por vuestros pecados.

Harold

Dicen que cuando una pareja está intentando tener un bebé y la mujer no se queda embarazada es porque lo están intentando con demasiadas ganas. El obstetra entonces les sugiere que se relajen. Esta táctica normalmente no funciona, la pareja acaba adoptando e, inmediatamente después, la mujer se queda embarazada.

Yo intentaba con todas mis fuerzas pescar un hombre, así que debería haberme relajado, pero no podía. Fui a comprarme una parcela y una lápida y poco después conocí a alguien. No te emociones, no he dicho que me casé ni que me pidieron matrimonio ni nada parecido. Solo he dicho que conocí a un hombre.

Fui a una fiesta preelectoral. No se trataba ni siquiera de elecciones nacionales o a la alcaldía, lo que demuestra hasta dónde son capaces de llegar los neoyorquinos para congregarse. Seguía yendo a fiestas no porque buscara a un hombre sino porque, si dejaba de ir, la gente podía sospechar.

—¿Qué le pasa a Sheila? Antes iba a todas las fiestas a las que la invitaban y ahora se queda en casa. Seguro que le pasa algo.

Así que fui a una fiesta organizada por una de las chicas que trabajaban conmigo. Ahí estaba yo, comiéndome tranquilamente un sándwich enorme y una ensalada de patata porque ya me daba igual todo. Se me acercó un tipo moreno, bajito y fuerte, con un montón de pelo, ni guapo ni feo, y se sentó a mi lado justo cuando me estaba metiendo un pepinillo bastante grande en la boca.

—Hola —dijo él.

—Hola —dije yo.

—No me gusta andarme por las ramas. Quiero follarte —dijo él... ¿O es que pensabas que yo diría algo así?

—A mí tampoco me gusta andarme por las ramas. ¿Cuántos minutos crees que durará?

No me gusto cuando digo frivolidades de ese tipo.

—Te he dicho que me gustaría acostarme contigo. —Él.

—Y yo te he preguntado que durante cuánto tiempo. —Yo.

—No hace falta ponerse borde. —Él.

—Lo mismo te digo. —Yo.

Me acosté/follé con Harold esa misma noche. Sí, conseguí enterarme de su nombre y de algún otro detalle de su vida. Tenía treinta y tres, divorciado, judío, trabajador social y poeta, y tal vez tuviera madera de marido.

Aquella noche preelectoral, no podía creerme la suerte que había tenido. Harold era inteligente, tenía una personalidad agradable y me hizo llegar al orgasmo. Sí, amiga, esta vez lo supe sin duda. Estaba segura. Te voy a decir una cosa: si lo tienes, lo sabes.

Mamá, ya sé que te estarás preguntando por qué. ¿Por qué una buena chica judía se metería en la cama con un tío solo porque el tío se lo ha pedido? Creo que te mereces una explicación. Si consigo que alguna otra chica judía que lea esto no se vaya a la cama con cualquier cerdo, entonces no habré muerto en vano.

No estoy obsesionada con el sexo. Mis tetas no son unas tetas bonitas o atractivas. Si prefieres leer sobre tetas atractivas, cómprate la *Cosmopolitan*. Cuando estaba en la universidad, me acostaba con tíos porque me hacía sentir popular. Cuando me mudé a Nueva York, me acostaba con tíos porque mi cerebro centrado en el matrimonio pensaba que así tal vez acabara gustándoles. Si le gustaba a alguno, tal vez acabara, por favor, Dios mío, casándose conmigo. Me acosté con todos ellos pensando que quizá mi madre por fin podría bailar en mi boda. Me acosté con Harold porque estaba acostumbrada a acostarme con hombres cuando me lo pedían.

—Manny, ¿la estás escuchando? Mira cómo le echa la culpa de todo a su madre.

No te sientas mal, mamá. Los orgasmos son buenos.

Harold se quedó toda la noche. Estuvo bien. Estuvo muy bien despertarme y verlo aún allí, dejarle una toalla y prepararle tostadas, exprimir una naranja, volver a hacer el amor por la mañana, por la tarde, por la noche. Tres orgasmos más, amiga. Se marchó después de cenar... Yo fui la cena.

Creía que no volvería a saber nada de él. Pero, milagros de la vida, Harold me llamó el sábado siguiente.

—Hola.

—Hola.

—Soy Harold. Me gustaría follarte esta noche.

—Está claro que no te andas con tonterías.

—¿Y?

—Vente a casa y charlamos.

Y una mierda charlar. Esa noche alcancé mi quinto clímax. ¿Has tenido cinco orgasmos, mamá? ¿Ruthie? ¿Madeline? ¿Melissa? Seguro que habéis tenido cinco entre todas juntas. ¿Cómo? ¿No tantos?

Harold volvió a quedarse a dormir conmigo. Pasamos el domingo haciendo el amor y hablando de lo estupenda que era la revolución sexual. La verdad era que la revolución sexual me estaba dejando escocida, tú ya me entiendes. Esta vez, antes de marcharse, Harold me miró fijamente a los ojos marrones, demasiado juntos y con las cejas sin depilar, y me dijo:

—Quiero follarte el miércoles.

Evité sus ojos pequeños y brillantes, colocados justo encima de su poblada barba y respondí:

—Perfecto.

—Me alegro de haberte encontrado, Sheila. Eres una mujer liberada de verdad. —¿Has oído eso, mamá? ¡Una mujer liberada!

—Sí.

¿Qué tiene de malo?, pensé. Podría ser peor. Tendría tres niños hippies y sucios, vestiría con un estilo radical pero chic, y tendría trescientos sesenta y cinco orgasmos al año.

El martes por la noche me bajó la regla. En mi casa eso siempre había sido una celebración. Llamé a Harold al trabajo al día siguiente para decirle que sería mejor que no se pasara por casa.

—Hola, ¿está Harold? Lo siento, pero no sé su apellido. Es bajito y fuerte, tiene barba. —Se acuesta con Sheila Levine.

—¿Diga?

—Hola, ¿Harold? Lo siento, pero no puedes venir esta noche. Me acaba de bajar la regla.

—No soy Harold, soy Jerry. ¿Quieres hablar con Harold? —¡Joder!

—Sí, por favor... —Este no es el tipo de mensaje que se puede dejar en una nota en la mesa de alguien.

—¿Sí?

—Hola, ¿Harold? —Esta vez pensaba asegurarme.

—Sí, ¿Sheila?

—Sí. Harold, escucha. No puedes venir esta noche, me ha bajado la regla.

—Ya lo sé, me lo ha dicho Jerry.

—Solo quería que lo supieras.

—No me importa que te estés desangrando. Pienso ir igualmente.

Y se corrió varias veces también. Harold tenía decidido que iba a acostarse conmigo el miércoles por la noche y eso fue justo lo que pasó. Trescientos sesenta y cinco orgasmos al año era una cifra exacta.

Nuestra relación siguió así durante un mes. Unas tres semanas después de conocer a Harold, empecé a pensar que tal vez por fin había ocurrido. Harold no se me había declarado, pero tal vez podía conseguir que viviera conmigo durante siete años y así yo pasaría a ser su pareja de hecho. (¿Cómo se celebran aniversarios? ¿Cuándo te dan el anillo solitario con diamantes en baguette?)

El cuarto sábado, después del sexo, Harold se vistió, fue hacia la puerta y me dijo:

—Has estado muy bien.

—¿Muy bien?

—Sí. Me gustaría follarte en Nochebuena.

Se marchó. También me dejó hongos. El tipo de hongo que te da vergüenza enseñar al ginecólogo. Me habría olvidado de Harold antes si no fuera por los malditos picores.

¿Adivina quién me llamó unas semanas después? Harold de los picores, Harold el capullo, Harold el hongo. Tenía la esperanza de que me llamara. Quería decirle cuatro cosas.

—Hola, ¿Sheila?

—Sí.

—¿Eres Sheila, la de las tetas grandes?

—Sí, quiero decir, no. ¿Quién eres?

—Soy Harold. ¿Te acuerdas? Nos conocimos en la fiesta preelectoral. Follamos unas cuantas veces.

—Ah, sí.

—Quería saber si aún nos vamos a ver en Nochebuena.

—¿Cómo? —Intentaba hacerme la dura. Qué chispa tengo.

—Teníamos planeado follar en Nochebuena, ¿te acuerdas?

—Harold, no sé. No me has llamado desde entonces ni nada, y aún me pica.

—¿Qué?

—Nada.

—Escucha, Sheila, además de en Nochebuena, me preguntaba si estás libre en Nochevieja. —¿Nochevieja? Me había liado con un tío con un fetiche por las festividades.

—Venga, Sheila, guapa.

—Vale.

—Perfecto, guapa. Nos vemos en Nochebuena. Paz y amor.

Tengo una cita para Nochevieja. Me gusta la idea. ¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a coger mi preciosa tarjeta de crédito y me voy a comprar un bonito vestido de fiesta para Nochevieja, aunque no salgamos. De todas formas, necesito un vestido para que me entierren. ¿Es posible encontrar el vestido perfecto para ambas ocasiones?

—¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito un vestido para Nochevieja.

—Por aquí.

—¿No tendrá algo que me sirva para Nochevieja y para un entierro en julio?

—Pues no lo sé. Depende de lo que tenga pensado hacer en Nochevieja.

—Follar.

—¿Perdón?

—He dicho follar. Tengo pensado follar en Nochevieja.

—Tenemos varios vestidos apropiados para eso. ¿Puedo preguntar quién es el afortunado caballero? Eso nos ayudará a elegir el vestido perfecto.

—Claro. Se llama Harold.

—¡Harold! Es broma, ¿no? Dile a ese pedazo de hijo de puta que me pasó hongos.

Como habíamos planeado, Harold vino en Nochebuena. En esta ocasión me trajo algo más que picores: había envuelto en papel una

pequeña margarita. Hay que reconocer que, en Navidad, es una flor difícil de encontrar en Nueva York. Fue un detalle enternecedor, y Harold todo un pulpo.

Gracias a mi sexto orgasmo con Harold, bueno, a mi sexto orgasmo en general, empecé a sentirme muy unida a él. La margarita me había llegado al alma. Estaba claro que pensaba pasar la noche conmigo y estoy segura de que tenía en mente otras ideas aparte de detallitos de amor. Era el momento perfecto. Decidí contarle lo de mi suicidio. ¿Por qué? ¿Es que esperaba que me suplicara que no lo hiciera? ¿Buscaba algún gesto de amor? ¿Intentaba sorprenderle? No sé por qué. No tenía a nadie más a quien contárselo. No se lo podía contar a mis padres, ni a mi hermana ni a mis alumnos. Quizá fue el hongo. Él me había dado algo por lo que preocuparme, así que le quería devolver el favor.

—¿Harold?

—Has tenido otro orgasmo, ¿no?

—Sí.

—Se me da muy bien, ¿a que sí?

—Sí, bastante bien.

—¿Cómo que bastante bien? Soy buenísimo. Soy el mejor follador del mundo. —La situación era perfecta. Nos reíamos mientras hablábamos.

—¿Harold?

—¿Qué?

—Me voy a suicidar.

—¿Qué? —No un qué sorprendido, solo un qué de pregunta.

—Me voy a suicidar. Voy a poner fin a mi vida.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Lo llevo pensando durante mucho tiempo. Lo voy a hacer. —Di algo. Di algo que me haga cambiar de idea. Cástate conmigo.

—¡Joder! Me dejas de piedra. Me estoy tirando a una tía que se va a suicidar. ¿Cuándo? ¿Lo has decidido ya?

—El 3 de julio. Lo haré el 3 de julio para que el entierro sea el 4.

—Vaya, no te andas con tonterías. Eres una tía de puta madre, en serio. Joder. Te vas a suicidar de verdad. No veas cómo me pone

eso. —Se lanzó a mi cuerpo. Siete orgasmos.

A la mañana siguiente, Harold desayunó y folló conmigo.

—¿Sheila?

—Sí.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No te preocupes, ya recojo yo.

—No, me refiero al suicidio. ¿Puedo hacer algo para ayudarte?

—¿A qué te refieres con ayudarme?

—Me gustaría ayudarte de alguna forma. Conseguirte las pastillas o algo. Tengo buenos contactos para pastillas.

—Ya te diré si te necesito. Gracias.

—Te lo digo en serio, me gustaría ayudarte. Me sentiría fatal si no pudiera echarte una mano. —Mira tú por dónde, un hombre con conciencia.

—Estoy segura de que hay algo que puedes hacer. Podrías enviar margaritas para el ataúd. Sería todo un detalle.

—¡Venga! Eso haré. Enviaré margaritas. Dime dónde y las mandaré.

—Gracias, Harold.

Esa tarde...

—¿Sheila?

—Sí.

—Sé que es una pregunta íntima y que no nos conocemos tan bien —no, solo nos hemos tocado la entrepierna un montón—, pero me gustaría saber por qué lo haces.

—Lo hago porque me gusta el sexo. —Sí, mamá. Qué coño. Unos cuantos orgasmos más antes de marcharme. Unos cuantos más no me van a matar.

—No, no me refiero a eso. Te pregunto por qué vas a suicidarte.

—Es una larga historia. Estoy escribiendo una nota de suicidio igual de larga. Puedes leerla si quieres.

—¿Dónde está?

—Ahora no. Podrás leerla cuando haya muerto.

—Joder. Ven aquí.

Nueve orgasmos seguidos.

—¿Sheila?

—Sí.

—Estoy seguro de que no lo vas a hacer.

—¿Suicidarme?

—Sí.

—¡Mira! Estiré el brazo y saqué el tampón de «Difunta» del cajón. Lo estampé en una hoja y se lo enseñé a Harold.

—¡Toma!

Harold pasó por casa varias veces entre Navidad y Año Nuevo. Me trataba como si me estuviera muriendo pero no por voluntad propia, sino como si estuviera muy enferma y el médico me hubiera dicho que solo me quedaban seis meses de vida. Me traía regalitos, tipo orejeras graciosas o una botella de champán barato. Ahora sí que me tenía que morir. A ver, vergüenza me daría no hacerlo después de las orejeras, el champán y Harold portándose tan bien conmigo. Es curioso, Harold me dio la responsabilidad de morir. Se volvió un amante muy cariñoso y comprensivo, hizo todo lo posible para que mis últimos días en la Tierra fueran felices. La responsabilidad era abrumadora. Cuando alguien se porta tan bien contigo y te compra regalos, no puedes de repente cambiar de idea y ya está, ¿verdad? La muerte es algo muy complicado.

—¿Sheila?

—Sí.

—Es una pasada.

—¿Qué es una pasada, Harold?

—Lo que vas a hacer.

—¿Te refieres a suicidarme?

—Sí, es una pasada. No hay muchas chicas como tú. Los tienes bien puestos.

—Sí.

—Ven aquí. —Y fui, y otra vez, y otra vez.

La verdad verdadera del asunto es que por fin había un tío al que yo le ponía y la única manera de mantener aquella excitación era acabar bajo tierra en menos de un año.

Nochevieja fue genial. Fantástica. Siempre había odiado la Nochevieja, por supuesto. O no tenía cita y pasaba la noche con una amiga que se quedaba a dormir en casa para ver la cuenta atrás de

Times Square por televisión, o tenía una cita con un tipo que solo necesitaba a alguien a quien llevar a alguna fiesta cutre y me había invitado para no quedarse solo en casa. O una cita a ciegas. Horrible, ¿a que sí? Una cita a ciegas en Nochevieja significa encerrarte en el baño a las doce para que no te toque besarle a medianoche cuando se apaguen las luces. Por supuesto, Melissa siempre había tenido su cita para Nochevieja desde Acción de Gracias. Una vez, un pobre iluso con un Corvette se atrevió a llamar solo con tres semanas de antelación. La señorita Melissa le colgó. ¿Te sorprende que las Nocheviejas no fueran más que una tortura para una servidora? No, no te sorprende. Ya te esperabas algo así de Sheila.

Ese año fue diferente. Harold se presentó en la puerta sobre las ocho vestido con un traje nuevo muy bonito. Puede que para ti eso no sea muy importante pero para mí era un milagro. Un traje nuevo era algo que no había visto en muchas ocasiones. En realidad, los hombres nunca se ponían trajes nuevos para mí. El de Harold era marrón, no, canela, con grandes solapas, magnífico.

—Me gusta tu traje.

—Es nuevo.

Yo llevaba una falda larga y una blusa, muy alegre, mitad de Ohrbach's y mitad de Saks.

—Me gusta tu vestido.

—Es una falda y una blusa.

—Es perfecto.

—Estaba pensando que me enterraran con este modelito.

—No.

—¿Cómo que no? —¿No? ¿Qué quieres decir? ¿No, no te mueras?

—Deberían enterrarte desnuda, y deberías tener un ataúd abierto.

—Estás de broma.

—No, Sheila, lo digo en serio. No te crees que tienes un buen cuerpo, pero resulta que a mí me pone. Seguro que todos los tíos presentes en el entierro se pondrían cachondos, igual que yo. —Así que, antes de salir, lo hicimos. ¿Es un crimen?

—Sheila, es tu última Nochevieja en la Tierra y va a ser la mejor.

Y lo fue, gran parte de la noche lo fue.

Fuimos a Times Square. (No, no era mi primera vez. Soy una mujer de mundo, sofisticada, que ha fumado hierba y hachís varias veces. La primera vez fue en Fire Island.)

Gente. Cien millones, mil millones de personas. Y qué feos eran, joder. Esa gente no iba al dentista. Mucho ruido y mucho olor. Harold me abrazó con firmeza y el corpiño se me clavó en las costillas. Hay que hacerlo al menos una vez. Odié aquel lugar pero me alegro de haber ido. De alguna forma, me hizo sentir guapa. Sí, yo era la chica en Times Square con los dientes más bonitos. No nos quedamos hasta medianoche, solo pasamos por allí, saludamos y volvimos a marcharnos. Una experiencia confusa.

Habían invitado a Harold a dos fiestas: una a la que tenía que ir y otra a la que quería ir. La «obligada» nos la quitamos de en medio rápidamente. La organizaba el primo de Harold, Marty Feinberg, con el mismo apellido que Harold. Era en un apartamento mal amueblado de la avenida West End, con unas cuantas tías viudas y, isorpresa!, la exmujer de Harold.

—Hola, Harold.

—Hola, Frannie. ¿Cómo estás?

—Como si te importara.

—¿Por qué crees que no me importa?

—Los niños volvieron sucios a casa el fin de semana pasado.

—Se lo pasaron en grande. Estoy seguro de que se lo pasan mejor con su sucio padre de lo que se lo pasan durante la semana con su madre estéril.

—Aquí tenemos al viejo Harold.

—Aquí tenemos a la vieja Frannie.

—Muy gracioso, Harold. Un día de estos te meteré entre rejas por la pensión.

—La estoy pagando.

—Estás pagando para los niños. ¿Y yo qué? ¿Qué esperas que haga con cincuenta y dos con cincuenta a la semana? He tenido que buscarme un trabajo a media jornada mientras los niños están en el colegio.

—Oooh, la pobre Frannie tiene que trabajar.

—Te vas a enterar, Harold. Un día de estos te vas a enterar cuando te encuentres con una citación en los morros.

—Me alegro de verte, Frannie. Has renovado mi fe en el divorcio.

—Vete a la mierda.

—Que te follen. Aunque no creo que nadie sea capaz.

Mucha gente me ha dicho que no debería preocuparme por casarme, que pronto vendrá una nueva oleada de hombres divorciados. Pero no quiero ser la segunda esposa. Quiero ser la primera, de la que se divorcian porque no limpia y se gasta una pasta con la tarjeta.

Dejamos la fiesta del primo Marty sobre las once y media e intentamos correr a casa de Marsha y David, otra joven pareja que viven juntos porque él cree que el matrimonio está acabado. Harold conoce a David del Departamento de Servicios Sociales y yo conocía un poco a Marsha de la NYU.

¿Qué es lo peor que puede pasarte cuando el reloj da las doce en Nochevieja? Lo peor es estar solo. Lo segundo peor es estar en el metro. Nadie se da cuenta de que ha llegado el año nuevo. Algunas parejas se besan pero no cuenta, se han estado besando desde que han entrado en el vagón. Hay gente sola. El olor a vómito está en el aire. Los que están en peor situación de todos son los que vuelven del trabajo a medianoche. Esos son los miembros de la sociedad que no tienen opción, los que trabajan en Nochevieja o se quedan sin trabajo. Dios, qué triste.

A las doce, Harold me cogió de la mano, nada más. La situación hacía que besarse pareciera trivial.

La casa de Marsha y David. Marsha y David vivían en la Cincuenta y siete Oeste, entre la Sexta y la Séptima, en un piso de tres espacios, con el dormitorio independiente. En cuanto entrabas por la puerta, te dabas cuenta de que Marsha y David no estaban casados.

Había dos equipos de música en el salón, y un montón de comida de él y de ella, como cerveza de importación y zumo orgánico. Las parejas casadas tienen bebidas normales, como Seven-Up, o tal vez sidra. Marsha había preparado un servicio para ocho personas, cuatro de un tipo y cuatro de otro.

En el dormitorio, donde dejamos los abrigos, había dos chequeras de bancos diferentes. No casados. Y en el baño, solo un albornoz, el de él, y nada de toallas con sus iniciales. En la puerta, solo el nombre de él.

Marsha sirvió chile y la música era una fiesta y la compañía divina y teníamos muchas ganas de volver a casa y meternos en la cama. Nos pusimos los abrigos y nos escaqueamos sin decir adiós. Cogimos un taxi de vuelta y nos desnudamos incluso antes de llegar a la puerta de mi casa. Otro más de lo que tú ya sabes, había perdido la cuenta.

—¿Harold?

—Sí.

—Marsha y David parecen felices, ¿verdad?

—Sheila, no.

—¿Que no qué?

—No me pidas que viva contigo.

Se marchó a la mañana siguiente. Pasó una semana sin saber nada de él. No lo llamé. Sentí la tentación, pero no lo hice. Ese era mi entrenamiento. «Sheila, cariño, a los chicos no les gusta que los persigas.» Otra semana. No podía soportarlo. Cogí el teléfono, marqué su número y colgué. Varias veces. A la tercera semana empecé a llamar con regularidad. Cada día. No, cada diez minutos hasta las dos o las tres de la mañana. Nunca estaba en casa y lo único que se me ocurría era que se hubiera ido a vivir con alguien. Me alegraba mucho de no haber cancelado la parcela.

4 de febrero

Querida Sheila:

Supongo que te preguntarás por qué no te he llamado ni nada. Quizá no te lo preguntas. [Sí que me lo pregunto, y mucho. Ha pasado más de un mes y no tengo ni idea de dónde me voy a sacar mi próximo orgasmo. No seas tan egoísta, Sheila, hay gente en la India que se acuesta sin haber tenido un orgasmo en todo el día.] En cualquier caso, pensé que lo mejor sería escribirte y contártelo.

¿Te acuerdas de la fiesta de mi primo en Nochevieja? [¡Sí!] ¿Te acuerdas de que mi exmujer estaba allí? [Sí.] ¿Te acuerdas de que me amenazó con meterme en la cárcel por la pensión? [Sí, me acuerdo... No me digas...] Bueno, pues la muy zorra lo hizo. Me ha metido en la cárcel por no pagar.

Me llegó la citación hace unas cuatro semanas y mi abogado intentó librarme de todo esto, pero Sheila, me negué a darle la pasta. Prefiero pudrirme y cumplir seis millones de años (tengo que cumplir seis meses) que darle un centavo a esa zorra. A los niños, sí, a la zorra, no.

No se está tan mal aquí dentro. No te lo vas a creer, es una prisión llena de tíos que no pagan la pensión alimenticia. Ejecutivos, profesores, hay de todo. Se dice que hasta un millonario.

Sheila, eres la única persona a la que he escrito. Quiero que me hagas un gran favor. ¡Por favor! Quiero que compres hierba y me la mandes metida en algo, dentro de un libro o algo así. Ya se te ocurrirá la manera, eres una chica lista.

Besos,

HAROLD

¡Madre mía! Detienen y encierran a Sheila Levine por compra, posesión y envío de marihuana por correo. Ni siquiera se me ha ocurrido nunca enviar una palabra guarra por correo. Mi mayor preocupación era que me pillaran y me metieran en la cárcel, o me sentenciaran a trabajos pesados, el 3 de julio.

Primero, leí y releí la carta. Decía «Besos, Harold». ¿Implicaba eso algún tipo de afecto o solo una forma de despedirse? También decía que estaría encerrado durante seis meses, es decir que saldría a finales de julio. Habré desaparecido para cuando él salga. No más Sheila. Solo quedan cinco meses y contaba con Harold para al menos cinco polvos. Tenía derecho a esos polvos.

Tiré la carta al váter, no debía dejar pruebas.

¿Cómo se consigue hierba? Siempre había estado ahí, a mano. Llamé a todos los fumadores de hierba que conocía y les hablé con susurros. La ciudad estaba «seca». Todo el mundo me dijo que me

avisaría si conseguía algo. Dios, Harold, ¿por qué no me pediste una lima en una tarta como el resto de presos?

¿Qué hago ahora? ¿Me cito con algún tipo asqueroso en Needle Park o Columbus Circle?

—Me reconocerás. Mido poco menos de metro setenta, un tanto regordeta, con el pelo ondulado, y llevaré mi nariz real. ¿Cómo te reconoceré?

—Llevaré una chaqueta vieja, pantalones viejos, y tendré pinta de que necesito colocarme. También llevaré un cuchillo para rebanarte el pescuezo si no me gustan tus pintas.

7 de febrero

Querido Harold:

Siento mucho lo que te ha pasado pero todo terminará pronto. [Se me da fatal escribir cartas.]

No sé dónde comprar esas «galletas» tan buenas que querías. Intentaré preguntarle a «María», tal vez ella lo sepa. Por si acaso, dime por favor dónde puedo encontrar las «galletas» y te las compraré.

No hay muchas más novedades, lo único es que he comprado «orégano» y un montón de «hierbas» para cocinar y tengo muchas ganas de ponerme. Espero tus noticias.

Un besazo,

SHEILA

P. D.: Tengo bastante dinero ahorrado y, si lo necesitas, te lo daré encantada para que pagues la pensión atrasada. Después de todo, yo no me lo voy a poder gastar. ¡Ja, ja! [Los chistes de la mujer moribunda.]

S. L.

P. D. 2: En serio, el dinero es tuyo si lo quieres.

Pensaba que «Un besazo» era mucho mejor que «Besos», porque «Besos» lo usa todo el mundo. Una sutil diferencia pero creía que, en este caso, «Un besazo» tenía más fuerza.

12 de febrero

Querida Sheila:

Puedes llamar a una chica que se llama Marcia Phillips, 555-8965. Ella te conseguirá las «galletas». También te puede pillar marihuana de la buena, una bolsita por veinte pavos. Dime cuánto pillas exactamente para que te lo pague.

Muchas gracias por tu generosa oferta. Pero no, gracias. No quiero que esa zorra se quede con tu dinero, Sheila. Creo que puedo aguantar seis meses.

Un besazo,

HAROLD

Él podía aguantar seis meses pero yo no. Encontraré la forma de sacarlo de ahí. No me molesta la idea de morir, pero no puedo andar masturbándome desde ahora hasta la tumba. «Un besazo, Harold», ya te digo. Tiré la carta al váter pero recorté el besazo y lo puse en mi espejo.

555-8965, dieciséis tonos y ninguna respuesta. Lo intenté todos los días durante una semana. 555-8965, dieciséis tonos y ninguna respuesta.

21 de febrero

Querido Harold:

La chica de las «galletas» no responde al teléfono. Lo he intentado varias veces pero no lo coge nunca. ¿Crees que la han detenido por vender «galletas» o algo?

Con amor,

SHEILA

Querida Sheila:

Si han detenido a Marcia, sería la primera vez en la historia de Nueva York que detienen a alguien por vender galletas. Escucha, Sheila, pregunta por ahí. Seguro que conoces a alguien que esté enterado, pregúntale. Todo el mundo en Nueva York sabe dónde pillar hierba. [Otra carta al retrete.] Sé que puedes hacerlo, Sheila, guapa.

Con amor,

HAROLD

¡Madre mía!

—Perdone.

—¿En qué puedo ayudarla? ¿Anda buscando un traje de noche?

—No, me preguntaba si sabría dónde puedo comprar hierba.

SIRENAS, policía por todas partes.

—¡Documentación! Enséñeme su documentación, ¿quiere, señorita?

—No, pero un poco de hierba no estaría mal.

Silbato, a la furgoneta.

¡JOSHUA! Joshua sabría dónde. Era el primer fumador de hierba que había conocido. ¿Dónde estaba Joshua? Lo último que supe era que vendía pañales a madres jóvenes a punto de parir. Esas empresas de pañales empleaban a un montón de actores sin trabajo.

—Hola, Pañalandia, ¿trabaja ahí un chico llamado Joshua?

—No.

—Seco y feliz, ¿trabaja ahí un chico llamado Joshua?

—No.

Puse un anuncio en el *Village Voice*: Joshua, Sheila Levine quiere que la llames, KL5-4394. Joshua no cogió el teléfono pero Ronald Fell, un amigo de Joshua, me llamó para preguntarme si sabía algo de él. Me dejó su número por si me enteraba de algo.

De repente, se me encendió la bombilla.

—Hola, Ronald, soy Sheila Levine. Tengo una pregunta. Seguro que piensas que estoy loca pero... —Cuidado, Sheila, el teléfono seguramente estará pinchado. El FBI controla tu teléfono—. Me gustaría saber si... Seguramente no lo sabes, un chico tan majo como tú. Me preguntaba si sabes dónde puedo encontrar... Hierba —susurré.

—¿Qué? —¡Ronald, no seas imbécil! ¿No te das cuenta de que nos escuchan y nos siguen?

—¿Sabes dónde puedo encontrar hierba? —Susurrando otra vez.

—¿Qué? Sheila, no te escucho. —Ronald, lo siento. No sabía que tú también te meterías en un lío. Pensaba que solo me encerrarían a mí por haberte preguntado.

—¿Sabes dónde puedo encontrar hierba? —Alto y claro para que algún agente lo escuche bien.

—¿Por qué no llamas a Shelly Krupp o a Luke o a Marcia Phillips? Espera, escucha, yo voy a pillar un poco el jueves por la noche. ¿Quieres que te pille algo?

—Sí, por favor.

—Parece que la necesitas pero bien.

—Sí, Ronald, la necesito.

—La iré a pillar el jueves por la noche. ¿Por qué no te pasas por aquí sobre las once? Vivo en... ¿tienes para escribir?

—Sí, dime.

—412, Sexta Este, apartamento 4C.

—¿Quieres el dinero por adelantado o algo?

—Nah. Nos vemos.

—Gracias, Ronald.

—No es nada.

Cogí un taxi hasta la Sexta Este, cogí la hierba, volví en taxi a casa segura de que el taxista era un policía de paisano y de que el portero habría visto el paquetito y llamado a la policía. Guardé la «cosa» en el cajón de mi ropa interior. ¡NO! Ahí no está seguro. En el baño... ¡NO! Es el primer lugar en el que buscarían. En una caja, dentro de una maleta, dentro del armario, enterrada bajo cajas de zapatos.

Se la envié a Harold dentro de un muñeco de Snoopy que había vaciado. Lo que pensarán de para qué quería un adulto un muñeco de Snoopy era problema de Harold.

17 de marzo

Querida Sheila:

Gracias por el Snoopy lleno de «hierba». Todos los niños deberían recibir uno por Navidad. Ojalá pudiera darte un gran beso. [Eso digo yo.]

Besos,

HAROLD

Así que volvíamos a los «besos». Lo voy a sacar de ahí aunque sea lo último que haga.

27 de marzo

Querido Harold:

Estoy bien y espero que tú también. [Qué gran comienzo.] No hay muchas novedades. [Una carta impresionante.] ¿Qué tal tú? [¡Qué facilidad de palabra!]

Harold, ¿te acuerdas de cuando me ofrecí a pagarte la pensión para que pudieras salir de la cárcel? Lo decía muy en serio. Tengo dinero de sobra en el banco y de verdad que no lo necesito. Tengo que pagar la lápida, el vestido del entierro, el ataúd y el abogado que redacte mi testamento, y todavía me queda para la ropa nueva que llevaré puesta cuando me encuentren muerta en mi apartamento. [No quiero que me encuentren con mi ropa interior vieja. ¿Qué pensarían?] El resto del dinero no me sirve para nada más. Harold, te lo puedes quedar. De verdad. Espero que estés bien. [Un gran final.]

Besos,

SHEILA

Lunes, martes, miércoles, jueves, sin respuesta. El viernes sonó el teléfono. Era Harold. No sabía que los presos podían hacer llamadas.

—Hola, ¿Sheila?

—Harold, ¿dónde estás?

—En el mismo sitio que los últimos meses. Sano y salvo aquí dentro.

—¿Te dejan llamar por teléfono?

—Sí, puede que hasta me dejen hacer el amor. ¿Quieres venir de visita?

—Creía que solo podían visitar las esposas.

—Cariño, esta cárcel es para los que no pagan la pensión. A nadie le interesa que venga su mujer de visita.

—Harold, lo que de verdad quiero es que salgas. Quédate mi dinero. Tengo más de dos mil dólares. Te los puedes quedar, Harold.

—No, no me los puedo quedar. Si me lo das, tendré que dárselo a Frannie, la mujer que se despertaba tarde y fingía tener dolores de cabeza cuando tocaba follar. No quiero que se lo quede ella.

—Pero yo sí quiero que se lo quede. Quiero que se lo quede para poder estar contigo.

—¿Sabes lo que quiero yo, Sheila, y no estoy colocado? Querría haberte conocido antes de que Frannie me jodiera la vida. Me jodió bien, Sheila. Ya no soy capaz de dar o recibir amor. Es todo culpa de Frannie.

—Tal vez si yo...

—No, Sheila.

¿Por qué? ¿Por qué mi último rollo en la Tierra es un pedazo de capullo?

Fin

Harold, sal de una vez, Sheila te necesita. Los últimos meses de su vida pasan rápido y tú sigues en tus trece. Es el feliz mes de mayo, Harold. Sal, sal de dondequiera que estés.

6 de mayo

Harold, te necesito. No por mucho tiempo. Te necesito ahora. Que estés encerrado me obliga a estar encerrada a mí también. Menos de dos meses, Harold, es todo lo que me queda. Es demasiado tarde para encontrar a otro hombre.

Harold, te prometo que no te exigiré nada. Puedes verme o no. Vivir aquí o no. Sal y ya está, Harold. Tengo el dinero. He pagado la parcela. He pagado la lápida. ¿Cuánto puede costar un ataúd sencillo, un testamento y ropa interior nueva?

Por favor, Harold. Sal.

Besos,

SHEILA

¿Por qué suplicaba? ¿Aún me quedaba algo de vida? ¿No me había rendido todavía? ¿Esperaba que Harold me cambiara la vida, que me sacara el veneno de la boca y me obligara a vivir? ¿Quería unos últimos días buenos o quería a alguien que evitara que hiciera lo que había planeado el pasado agosto? ¿Estaba organizando un suicidio falso? ¿De los que llamas a alguien en el último momento para que te salve? Creo que sí y creo que no y no lo sé. Seguí adelante con mis planes. Seguí con la idea de dejar este mundo en julio... a menos que... ¿A menos que qué? A menos que nada, Sheila. Deja de ser tan dramática, joder.

10 de mayo

Querida Sheila:

Tú ganas. Estoy cansado de pasarme el día sentado entre libros y marihuana. Te costará 2.300 dólares. Lo siento, Sheila, es lo que me pide la zorra. No sabes lo mal que me siento por coger tu dinero para dárselo a ella. Me siento como una mierda, pero en deuda contigo.

Ni besos ni nada, solo Harold.

—¿Sheila?

—Harold, ¿dónde estás?

—Me han soltado. Estoy en la esquina de la Veintinueve y la Décima, en una cabina.

—Ven a casa, Harold. Te puedes quedar aquí si quieres.

—Estaré ahí en un rato. Tengo que recoger unas cosas. Te veo ahora.

Parecía muy deprimido. Había cometido un error. No necesitaba a Harold. Lo que necesitaba era un ataúd.

Harold se pasaba el día sentado ahí, sobre mi colcha negra de pana y los cojines blancos y negros, observándome día y noche. Se pasaba el rato fumado, probablemente porque estaba molesto conmigo por haberlo sacado de la cárcel. Y las cosas en la cama no eran como antes. Durante las primeras tres semanas, lo hicimos unas siete veces y, de esas siete, solo tuve tres orgasmos. Dos mil trescientos dólares es mucho dinero para solo tres orgasmos.

A veces desaparecía del piso durante horas, a veces durante días. Volvía a horas extrañas, comiendo chocolate, fumando, sorbiendo por la nariz, resoplando, muy delgado. Y no paraba de hablar sobre ir a Canadá. Daba miedo. Se quedaba ahí sentado sobre la colcha, esperando a que me fuera, como un buitre. Ahora se siente obligado. Cuando me marche, pensará que hizo todo lo que pudo. ¿Sabes lo que hice yo? Me había comprado un buen montón de indignación.

—Ojalá tuviera tus huevos, Sheila. Ojalá tuviera huevos para suicidarme.

—¿Qué huevos? No hacen falta huevos, hace falta agotamiento. Estoy demasiado cansada para seguir viviendo.

Se encendió otro porro y se quedó ahí sentado en mi cama, pero durante el resto de la noche fue como si ya no estuviera allí. La hierba no era lo mío y Harold había dejado de serlo. ¿Cómo coño me van a encontrar en la puñetera cama si no se mueve de ahí, joder?

No podía ayudarlo. «Harold, ¿no crees que ya has fumado bastante?» La mujer controladora.

No podía pedirle que se marchara. Yo le había pedido que viniera. Ahora me toca encontrar un rabino moderno. Ya te he contado lo del panegírico horrible de mi tía abuela Goldie Butkin. No quería que nadie pronunciara palabras vacías sobre mi cadáver. (Mi cuerpo está bien muerto. Harold está aquí pero te juro que la maría se le ha ido toda directa al pito. No es lo que era.)

Me toca encontrar un rabino moderno. Necesito un rabino porque, las cosas como son, si no lo hago yo, lo buscarán los Levine. Elegirán al viejo rabino del barrio, muy majo, y este les pedirá a todos los allí presentes que lloren mi muerte porque era una chica encantadora que iba a la escuela dominical. ¿Es eso lo que quiero que se diga en mi despedida? No. Quiero un rabino que diga las cosas claras, tal y como son. (¿Eran?)

SHEILA LEVINE SE HA SUICIDADO PORQUE NO HABÍA HOMBRES SUFICIENTES CON LOS QUE SALIR. NO LE OLÍA EL ALIENTO. UTILIZABA ESPRAY VAGINAL. LO INTENTÓ DURANTE DIEZ AÑOS, PERO NO LO CONSIGUIÓ. NADIE QUISO PASAR SU VIDA CON ELLA. SHEILA LEVINE MURIÓ POR NUESTROS PECADOS.

¿Dónde voy a encontrar un rabino que exprese mis sentimientos? ¿Uno recién salido de la escuela rabínica? ¿Alguien del Village? Sí. El templo aquel que siempre deseaba a los vecinos cristianos una buena Pascua, o lo que se diga en Semana Santa.

—Hola, ¿es el templo?

—Sí.

—Hola. Me llamo Sheila Levine. —Di tu nombre rápido, que no piense que llama alguien no judío—. Me gustaría hablar con el rabino, si es posible.

—¿Y a quién no? El rabino Stine ha salido. Anda muy ajetreado. No lo vemos nunca, no para ni un minuto. Le puedo dejar una nota pero no tengo ni idea de cuándo la llamará. Espere, voy a por un lápiz para apuntar su nombre y, ¿puedo preguntar qué asunto quiere tratar con el rabino?

—Sheila Levine y mi número es Lebines.

—¿Cómo?

—Lebines. Hay que marcar L-E-B-I-N-E-S. Mi teléfono es mi nombre, o casi.

Pensaba que era un comentario inteligente. El número de una amiga mía era D-A-R-L-I-N-G.

—Espere, lo escribo.

Me parecía una mujer fría, demasiado fría para trabajar con el rabino.

—¿Y la naturaleza del asunto que quiere tratar con el rabino?

—Es personal, sobre un panegírico.

—Solo pregunto porque está muy ocupado y, si puedo ayudarle de alguna manera, lo intento. Richard, lleva esto a la oficina.

Así que ahora me toca sentarme a esperar la llamada del rabino Stine. No me quedé sentada esperando. Me tumbé a esperar con Harold encima de mí. Nada. La tasa de cambio sigue siendo dos mil trescientos dólares por tres orgasmos, disfrútalos mientras aún están calentitos.

Pasaron tres días y volví a llamar al rabino Stine. Estaba allí. En su oficina. Tuve que esperar veinte minutos.

—¿Diga?

Sabía que era el rabino Stine. Su voz sonaba apresurada. Hablé con rapidez. No quería entretener al rabino ni un minuto más de la cuenta. ¿No es eso lo que pasa siempre con los rabinos?

—Hola, soy Sheila Levine. Me gustaría concertar una cita sobre un panegírico... Mi panegírico. ¿A qué hora le viene bien?

Esperaba compasión. Esperaba lágrimas en su voz mientras me decía que me vendría a visitar en casa para charlar.

—Le paso con mi secretaria, ella concertará la cita.

Clic. Aquel siervo del Señor me colgó sin querer.

—Hola, me llamo Sheila Levine. Acabo de hablar con el rabino Stine y me ha pedido que me quedara en espera y que concertara una cita con su secretaria, pero se ha cortado.

—El jueves a las seis y, por favor, no se retrase. El rabino tiene clase a las seis y media. No sé cómo lo hace.

—Gracias.

Qué te puedo contar sobre el rabino Stine. Guapísimo. No como un Rock Hudson de revista sino como un joven Paul Newman. Con unos ojos azules para morirse. Imagínate el estilo de un joven israelí. Ese es el rabino Stine. No lleva alianza pero ¿por qué estoy

tan nerviosa? No voy a salir con él. Va a oficiar mi funeral, mi corazón ya no bombeará sangre y no podrá latir como un loco. Olvídate, Sheila. Él mide casi dos metros y tú estarás a dos metros bajo tierra.

Nos encontramos cara a cara. Los dos solos en el templo. Uno de los dos tiene pensamientos impuros.

—Rabino, hace poco fui a un entierro... da igual. Rabino, me gustaría que me escuchara antes de decir nada.

—Estoy escuchando. —Me escucha como me escucharía Paul Newman. El rabino Stine es arrogante y guapísimo. ¿Es posible esa combinación?

—Rabino, me voy a suicidar el 3 de julio y me enterrarán el 4 de julio. Me voy a suicidar porque quería casarme y mi madre quería que me casara, pero no he conseguido casarme y estoy cansada de lo vergonzoso que resulta todo. Me gustaría que oficiara el funeral porque, si no lo hace, algún otro rabino desconocido dirá un montón de oraciones que no significarán nada para mí y nadie en la capilla del Rossman Memorial Park sabrá por qué he muerto. Quiero que sepan por qué he muerto. Quiero que lo sepan. Es importante para mí.

—Sheila, pareces muy decidida. ¿Puedo hacer algo para evitar todo esto?

—Cásese conmigo. —Aparté la mirada, podía sentir las lágrimas.

—¡Lo haré!

—¿Qué? —¿Casarte conmigo?!

—Contaré por qué has muerto, Sheila. Todo el mundo que asista al Rossman Memorial Park sabrá por qué se suicidó Sheila Levine.

—Perfecto.

—Harold, el rabino Stine se va a encargar del panegírico.

—Cojonudo —me dijo, en tono deprimido.

—Harold, no tienes que quedarte si ya no tienes ganas. No hace falta que te quedes aquí si no quieres, de verdad.

—¿No quieres que me quede?

—Claro que quiero que te quedes, pero no quiero que te sientas obligado.

—Me quedo porque quiero quedarme. —Se echó a llorar.

—¿Harold? ¿Harold? ¿Qué te pasa? Venga, Harold, ¿qué te pasa?

—No pasa nada. Sheila, quiero que me hagas un favor.

—Claro, Harold.

—Necesito que vayas al East Village y me pilles un poco de coca. Iría yo pero estoy muy enfermo. De verdad, Sheila.

—Joder, Harold. Acabo de enterarme de cómo conseguir hierba y ahora quieres que pille coca. Harold, lo haría pero... Por el amor de Dios, ¿no puedes llamar y que te la traigan o algo?

—Estúpida niña de clase media. No puedes llamar y que te traigan la coca a casa. Tienes que ir a pillarla al barrio chungo. Al barrio chungo.

—¿Y quieres que yo vaya al barrio chungo y arriesgue mi vida para conseguirte coca?

—¿Arriesgar tu vida? Ay, Sheila. ¿Arriesgar tu vida? Pero si te vas a suicidar. ¿Cómo que arriesgar tu vida?

—Vale, vale, Harold. ¿Qué te parece si voy a comprar veneno y te lo tomas? ¿Es que no te das cuenta de que te estás matando?

—Igual que tú.

ZAS.

Voy al East Village y sigo las indicaciones. Lo mejor de saber que vas a morir pronto es ir en taxi. Gástate el dinero mientras puedas. Nunca sabes lo que te puede pasar. Te puedes resbalar en la ducha. Te puede atropellar un coche. Te puedes cortar las venas por accidente. Pasamos Washington Square Park y renové mi fe en el suicidio. Me encanta el parque pero allí no hay sitio para mí. Los universitarios están alrededor de la fuente. Los yonkis junto a la estatua. Los ancianos en las mesas de juego y las madres jóvenes con sus niños cerca de los columpios. Ningún rincón donde una chica soltera pueda descansar sus huesos cansados.

Subo unas escaleras destartadas y entro en un piso destartado. Me envía Harold. He venido a recoger lo suyo. Por trillado que suene, vi la típica escena del East Village hippie que sale en las películas. Colchones en el suelo y una chica delgada de voz

suave. Dos tíos fumando maría. Como en las películas. ¡Toma! A una manzana de donde Sheila y Linda querían alquilar hacía un siglo.

Pagué la coca como si estuviera comprando caramelos en una tienda de chucherías.

—Perdona. ¿Sabes qué es lo mejor que me puedo tomar para suicidarme? ¿Hay alguna pastilla que lo haga rápido y sin dolor? No sé si me entiendes.

—¿Por qué quieres hacer eso?

—Es una larga historia. Solo quería saber si sabías de algo. No importa. Adiós y gracias. Harold manda paz y amor. —No me había dicho eso pero pensé que sería lo apropiado.

—Paz.

¿Sabes de qué me di cuenta ese día? De que estoy muy vieja.

De repente, a Harold le subió el ánimo. Creo que fue porque veía el final más cerca. Solo quedaba un mes y medio. Qué contento estaba Harold. Qué felicidad más grande. No es que no se preocupara por mí pero yo era un lastre que le colgaba del cuello. Si tú tuvieras un lastre alrededor del cuello y supieras que ese lastre se pensaba suicidar en un mes y medio, también te alegrarías, ¿verdad? Claro que sí. ¿Cuándo me he equivocado?

Harold tomaba menos pastillas, fumaba menos hierba y se metía menos coca. Se podría decir que mi suicidio le colocaba. Hasta me acompañó a buscar un vestido (decidí no ponerme el modelito de Nochevieja, demasiado abrigado para un funeral en verano) y una peluca para mi entierro. (Sí. Una peluca. Siempre he querido tener el pelo largo, liso y rubio y pensaba tenerlo así en la caja. Lo que me recuerda que tengo que comprar la caja. ¡Mierda! Se me había olvidado.)

Necesitaba un vestido, una peluca y ropa interior de la buena. El dinero no era un problema. Bueno, era un pequeño problema pero no pensaba comprarme un Balenciaga de dos mil dólares, aunque sí tenía pensado gastarme unos cien. Después de todo, no la entierran a una todos los días y, bien pensado, le iba a dar mucho uso al vestido. Si me congelaran, me gastarían más dinero. Aunque eso podría ser un problema. Imagínate que te congelan con un vestido

estupendo pero, cuando te descongelan, ¡el vestido está pasado de moda!

Primero fuimos a Ohrbach's, pero, ajá, no a la sección a la que van las profesionales ambiciosas y las frescas. Fui a la Grey Room, donde va Anne Ford. (Todos los años leo sobre ella en la semana de la moda de Ohrbach's.) Ahí se encuentran imitaciones exactas de vestidos de alta costura, hechos con los mismos tejidos y todo. Vimos unos cuantos, una imitación de Valentino, una imitación de Dior. Me probé un par y me di cuenta, a aquellas alturas de la vida, de que para ponerse un vestido idéntico al de la pasarela hay que tener un cuerpo idéntico al de Anne Ford.

Uno me medio gustó, pero al tumbarme no me quedaba del todo bien. (Sí, la vendedora me pilló tumbada, le dije que estaba buscando un pendiente.) No veía por qué me tenía que conformar con cualquier vestido cuando era el último que iba a comprarme. Voy a estar tumbada mucho tiempo, aunque la parcela esté en una colina.

Salimos de Ohrbach's y fuimos a Lord & Taylor's. En la segunda planta.

—¿Puedo ayudarla? —Es fácil reconocer a una vendedora que trabaja a comisión. Esta me pescó nada más salir del ascensor.

—Busco algo medio arreglado, medio largo, medio...

—Está buscando un vestido para que la entierren con él. —Harold, la mar de contento.

—Perfecto, por aquí. —Sí, está claro. Trabajaba a comisión.

Mientras caminábamos «por aquí», pasamos junto a un maniquí con un estupendo vestido estilo gitana. Me encantó, era lo que quería. El dinero no era un problema aunque esperaba que no fuera demasiado caro.

—Perdona, ¿tenéis este vestido en mi talla? Una 44, si es de los que se da un poco.

—Voy a mirar. —¿Es que no había escuchado a Harold decir que me iban a enterrar con el vestido o es que no le importaba? Quería una venta, apuntarse la comisión. Si se había enterado y no le importaba, igual le tendría que decir a Henry Rossman que la capilla

pequeña bastaría para el funeral. Algo me decía que no iba a ser un éxito de asistencia.

Fue a buscar la talla mientras nosotros seguíamos viendo ropa y Harold silbaba y tarareaba, preparado para bailar sobre mi tumba. (Tendría que haber elegido la incineración para que tuviera que bailar sobre mi urna.) Vi otros vestidos que también servirían, pero ninguno tan bonito como el de estilo gitana.

Lo tenía en la 44, me acompañó hasta el probador e insistió en presentarse: era la señorita Landman, mi vendedora, y que la avisara si necesitaba ayuda, a la señorita Landman. Me metió en el probador y puso su nombre, «Landman», en un pequeño cartel de plástico en la puerta. Así las demás vendedoras sabrían que era suya. La clientela de este probador es propiedad de Landman. No se toca.

Si te digo la verdad, el vestido me quedaba un poco ajustado. No me lo podía cerrar por mucha tripa que metiera y por mucho que los dedos ágiles de la señorita Landman, que se arriesgaba a perder una venta, intentaran embutirme. Salí del probador para enseñárselo a Harold.

—Me encanta.

—¿En serio, Harold? —No era un consejero fiable. Aquellos días le encantaba todo.

—Te queda muy bien.

—Es muy ajustado. No puedo respirar.

—¿Y?

—¿Cómo que y?

—¿Para qué necesitas respirar?

Tenía razón, toda la razón. No se necesita respirar en la tumba. ¿Y qué si engordaba un poco? Podían enganchar la cremallera sin cerrar en la espalda. Señorita Landman, ¡envuélvame!

Mi madre se va a desmayar cuando vea el vestido. ¿Te desmayaste, mamá? Dejé la etiqueta con el precio. Se van a desmayar todos. Sheila Levine será la estrella del funeral.

¿Alguna vez has comprado ropa interior buena? Me refiero a la buena de verdad. Hasta ahora, ropa interior buena para mí significaba que no tuviera agujeros, que aún conservara la goma y

sin manchas de la regla. No te imaginas la cantidad de bragas en perfectas condiciones que he estropeado en «esos días del mes», con Tampax Súper o sin.

Quería comprarme ropa interior buena, buena. Nunca he tenido. De pequeña, tenía bragas con los días de la semana. Lo mires por donde lo mires, eso no cuenta como ropa interior buena. Después llegaron las bragas para chicas de dieciséis años de Carter (cuando tenía doce). Luego las bragas altas Lollipop, de todos los colores del arcoíris. Y, por fin, las bragas de corte bikini, con la tripa que sobresalía por encima, de ochenta centavos a dos dólares la pieza, ni más ni menos. Sí, compraba ropa interior por inercia.

Mi antigua compañera de piso Kate no hacía lo mismo. Toda su ropa interior era de encaje y color carne. Normalmente estaba sucia, pero al principio tenía muy buena pinta. Me dan escalofríos al pensar lo que he llegado a llevar debajo de la ropa. Si me desmayaba y tenían que llevarme a urgencias, la mitad de las veces mi ropa interior me habría dado vergüenza. Una vez, de campamento, teñí mi ropa interior de color lavanda en vez de lavarla.

Así que, cuando llegó el momento de comprar ropa interior buena como la que llevaba Kate, no la encontraba por ninguna parte. Quizá era porque tenía una idea en mi cabeza: algo bordado, como lo de Kate.

Harold, muy paciente él (las cosas buenas llegan a los que saben esperar), me siguió de tienda en tienda por toda la avenida en busca de lencería mona. En una tienda encontré una bata de seda azul claro y rosa, pero no me convencía. Al final me conformé. Me encontrarían vestida con mi bata, muy bonita, larga hasta el suelo, ¿para qué comprarme una nueva? Debajo de la bata... ¿Estás preparada? Encaje azul claro... No, turquesa y bordado en rosa, con sujetador y combinación a juego. No me preguntes por qué una combinación debajo de la bata. No pude evitarlo, quedaba muy bien y todo el conjunto me costó poco más de treinta y cinco dólares. Una mujer con clase.

Harold y yo estábamos cansados así que buscaríamos la peluca otro día. Ya verás, la ropa interior y el vestido son para morirse. Tengo muchas ganas de ponérmelo.

Hay muchas formas de acabar tu vida. Yo siempre había pensado en pastillas. Es lo menos engorroso y lo más fácil de conseguir. Las pistolas lo dejan todo perdido. Además, ¿qué sabía yo de armas? Nadie de mi familia había tocado nunca un arma. Y, ya que nos ponemos, ¿qué sabía de cuerdas? ¿Cuchillas? Quizá... No lo sé... Uso maquinilla eléctrica. Las pastillas parecían la forma más segura de hacerlo.

Claro que hay maneras más dramáticas, como arrojarse al vacío. No me importa arrojarme al vacío, lo que no me gusta es el aterrizaje. ¿Y desde dónde iba a saltar? Trabajo en una segunda planta y vivo en un tercero. Tampoco podía ir a ninguna oficina o piso y pedirles si podía utilizar su ventana.

—Perdone, ¿le importa si uso su ventana un momento?

Nah. Además, ¿has intentado salir alguna vez al alféizar de una ventana? Es casi imposible. No tienen la anchura suficiente para que salga una persona y no hay suficiente sitio en el alféizar para ponerte de pie.

¿Un puente? No. Quiero que me encuentren y que me entierren con mi precioso vestido. No quiero que me tengan que sacar del río y me entierren arrugada como una pasa y de color verdoso. Así no dejaré a nadie con la boca abierta en el funeral.

También está la manera cobarde de suicidarse. Podría ir a dar un paseo nocturno por Riverside Drive. O bajar al metro y coger el tren hasta Brooklyn yo sola a las tres de la mañana. Eso bastaría. También podría dejar la puerta de casa sin cerrar una noche. Vivir en Manhattan tiene sus ventajas.

O podría ir a una de esas revueltas del campus y cabrear a la Guardia Nacional. Eso serviría.

Podría marchar por la paz y que me mataran a palos.

Pastillas. Harold también cree que las pastillas son lo mejor.

Mi querido y dulce Harold, tan considerado él. Apoyaba la opción de las pastillas porque era la que me causaría menos sufrimiento. ¿Es eso ser considerado? Te lo pregunto de verdad. ¿Es ese un gesto típico de una persona súper considerada?

Otra pregunta. ¿Cómo se hace con pastillas? Me refiero a suicidarse de verdad. Ojalá Marilyn Monroe estuviera viva... No se le

puede pedir a un médico una receta de pastillas mortales. Lo único que se me ocurrió fue ir a la farmacia del barrio.

(Yo) —Perdone, ¿dónde están las pastillas para dormir?

(El farmacéutico del barrio) —Dos pasillos a la derecha.

Como era de esperar, sus indicaciones no me ayudaron en absoluto (¿acaso son útiles alguna vez?), pero conseguí encontrarlas. Elegí el frasco con la advertencia más seria. Después de todo, no buscaba echarme una siesta. De vuelta al farmacéutico del barrio para mantener una pequeña charla sobre el suicidio.

(Yo) —Perdone, ¿cuántas pastillas de estas se necesitarían para matar a una persona? —Le enseño el frasco.

(El farmacéutico del barrio, mirando el frasco con cara seria) —Esas pastillas no van a matar a nadie.

(Yo) —¿Son las más fuertes que tiene?

(El farmacéutico del barrio, tan serio y simpático, me acompaña dos pasillos a la derecha. Coge otro frasco.) —Estas son las más fuertes. Bueno, las más fuertes que se pueden comprar sin receta.

(Yo, sonriente) —¿Cuántas de estas hacen falta para matar a una persona?

(El f. del b.) —Esas pastillas no van a matar a nadie.

(Yo) —Estoy buscando las pastillas para dormir más letales.

(El f. del b.) —¿Por qué? No pensará suicidarse, ¿verdad?

(Yo) —No, no, claro que no. Estoy haciendo un trabajo sobre las pastillas para dormir.

(El f. del b.) —Parece usted demasiado mayor para estar estudiando.

(Yo) —Sí, sí, escuche. ¿Tiene algo letal o no?

(El f. del b.) —No. Con estas pastillas todo lo que conseguirá es dormir durante dos días y despertar con dolor de cabeza.

Compré un frasco de Sleep-Eze porque no quería que el farmacéutico del barrio me montara un número. Ya sabes cómo se ponen cuando no les compras nada.

Harold no me falló. Me consiguió un frasco entero de somníferos del mercado negro, Nembutal, creo (son rojas), como regalo de despedida. Le costó trabajo porque no había nada lo suficientemente

bueno rondando por ahí. O no se fabrican tantas pastillas, o el suicidio estaba de moda aquella temporada. Estoy a la última.

Pedí el ataúd, no demasiado caro pero tampoco el más barato. El interior es azul claro, combina perfectamente con el vestido. Habría preferido algo más salvaje, pero lo único que tenían eran tonos pastel. Así que azul claro.

También conseguí la peluca. No es falsa, es Dynel real, larga y rubia, como siempre había querido y por solo 39,95 dólares en Macy's. Todo va encajando a la perfección. Hoy es 27 de junio, jueves. El próximo miércoles es 3 de julio. Harold está pletórico. Va dando saltos de alegría de aquí para allá, se acerca a escondidas a mis espaldas, me hace gestos cariñosos, me pellizca el culo o me besa el cuello. Me adora. Le dije que iba a redactar mi testamento y casi dio una voltereta de alegría, no porque piense que le voy a dejar millones, sabe que no tengo nada. Salta de alegría porque todo es definitivo.

Mi testamento. No tenía ni idea de que redactar un testamento fuera tan complicado. ¿Qué había sido de todos esos abogados de las películas antiguas que aparecían en el lecho de muerte de algún viejo rico y lo arreglaban todo? ¿Dónde están ahora?

El guapísimo Ivan, el ex de Linda (el mundo está lleno de exnovios de Linda) era el único abogado que conocía bien. Mi padre es amigo de algunos de los mejores abogados del país, pero no podía llamar a ninguno, ¿a que no?

Probé con el número antiguo de Ivan...

—¿Diga? —Qué suerte. Era Ivan.

—Hola, Ivan, soy Sheila Levine, la antigua compañera de piso de Linda Minsk. —¿Significa eso que soy una compañera de piso *antigua*?

—Ah, sí. ¿Cómo está Linda? —Cómo no.

—Bien, supongo. Lo último que sé es que andaba por Europa.

—Ah. ¿Qué puedo hacer por ti... eh...? —Ya se le ha olvidado mi nombre.

—Sheila. Ivan, necesito un abogado. Sé que es una tontería, probablemente nunca lo necesite, pero me gustaría redactar mi testamento.

—Yo no me dedico a ese tipo de cosas. Ahora me dedico a la justicia gratuita.

—¿Conoces a alguien que se dedique a eso? No te molestaría si no fuera importante, Ivan. He leído un artículo en una revista que dice que todo el mundo debería tener testamento.

—Te voy a dar el número de un amigo mío. Tiene su propio despacho. Seguramente podrá ayudarte. —Pausa—. Se llama Barry Hart. 555-2900.

—Gracias. Muchas gracias, Ivan.

—De nada. Hasta luego.

—Solo una cosa, Ivan. La razón por la que necesito un testamento es porque voy a suicidarme, cosa que puedes evitar si te casas conmigo. —Lo dije, sí, pero después de que colgara.

555-2900.

—Young, Hart, Lang y Huntington.

—Quisiera hablar con el señor Hart, por favor.

—Lo siento, está fuera de la ciudad hasta el 26 de julio.

—¿Huntington, Young o Lang son buenos?

Huntington me recibiría mañana.

Y fui mañana, que es ayer, y no te imaginas lo mucho que me complicó las cosas.

(Huntington, sin mirarme) —Tengo entendido que está interesada en un testamento. Todo el mundo debería tener uno. —Era joven y se atrevía a llevar las patillas largas en el mundillo jurídico.

—Sí.

—Muy bien, nombre legal completo, fecha de nacimiento...

Me hizo preguntas de ese estilo durante un rato.

—Señor Huntington, ¿estará listo para que lo firme o lo que tenga que hacer con él el 3 de julio?

—Lo dudo. Lo tendremos listo justo después del fin de semana del 4 de julio.

—Es que lo necesito antes. De verdad. Para serle sincera, señor Huntington, no creo que viva después del 4 de julio.

—¿Por qué no?

—Tengo un presentimiento.

—Lo intentaré. Lo podemos firmar el lunes.

—Gracias.

—Bien, ¿quién será el beneficiario?

—¿Quiere decir que a quién le voy a dejar mis cosas?

—Sí, señorita Levine.

—Ah, a mucha gente. Tengo una lista.

—¿Quiere decir que no tiene a una sola persona en mente?

—No. A mucha gente. Tengo una lista. —Me miró como si estuviera loca, lo que era cierto.

Pobre señor Huntington, luciendo sus patillas y molesto con mi lista.

—Señorita Levine, ¿quién es su familiar más cercano?

—Mi madre y mi padre son mis familiares más cercanos.

—¿Y no se lo quiere dejar todo a ellos?

—No.

—Ya veo. Eso complica un poco las cosas. Voy a llamar a mi secretaria, le puede dictar la lista a ella.

—Gracias.

¿Qué ha pasado con aquella época en la que una tía abuela le dejaba un reloj a su sobrina favorita?, me pregunto. Este abogado estaba molesto porque tenía una lista.

¿Mi testamento? ¿Qué tenía que dejar? Menos que un monje. Yo, Sheila Levine, en pleno uso de mis facultades mentales, dejo:

Al señor y la señora Levine: mi televisor para su dormitorio y la certeza de que he hecho lo que quería. No deberían sentirse culpables.

A mi compañera de piso, Linda Minsk: mi pañuelo Christian Dior, mi perfume Pucci, mis pantalones Rudi (no me los he puesto nunca porque no me caben) y mis pendientes YSL.

A Barbra Streisand: mi espejo de maquillaje porque ella tampoco se operó la nariz.

A Joshua, alias Alan Goldstein: el sofá verde-amarillo y todas las cosas que tengo de ante.

Al cabrón de Norman Berkowitz: una foto mía de treinta por cuarenta. Está en el cajón de arriba de mi escritorio. Me gustaría pedirle al cabrón de Norman que cuelgue la foto en su habitación

para que pueda verla a todas horas... Y le dejo todas mis facturas sin pagar.

A Melissa Hinkle, mi hermana casada: mis libros de psicología infantil, para que no le coma la cabeza ni le fría los sesos a su hija.

A Jennifer Hinkle, mi sobrina: mis platos, cubertería y ropa de cama, para que los use cuando tenga su propio piso, siempre que sea en Nueva York.

A la hermana de Rose Lehman, Fran: mi máquina de escribir, y gracias por conseguirme mi primer trabajo.

A Charles Miller: todas mis bolsas «de marca».

A Will Fisher no le dejo nada. Le di mi virginidad y creo que es regalo suficiente.

A la señorita Burke, de la agencia de empleo, le dejo toda la ropa sucia que hay en la cesta.

Al Movimiento de Liberación de la Mujer le dejo una donación de cien dólares con la esperanza de que los utilice para crear un mundo en el que una chica pueda ser soltera y feliz. (Siento que la cantidad no sea mayor.)

A Thomas Brown le dejo mi diafragma. Busca a alguna chica en Friday's a la que le valga.

A Harold Feinberg le dejo todos mis discos, uno por cada orgasmo.

Al resto del mundo le dejo estas palabras: A tomar por culo.

—¿Harold?

—¿Sí?

—He hecho testamento.

—Sí.

—Escúchame con atención, Harold. Lo he hecho con un abogado llamado Huntington, James Huntington, de un bufete llamado Young, Hart, Lang y Huntington.

—Ven a la cama.

—Venga, va, Harold, es importante. —Ni siquiera había vuelto a tener orgasmos—. Su número es 555-2900.

—Ven a la cama. —Me arrastró.

—Harold, por favor. ¿Te acordarás del testamento?

—Sí, me acordaré. Venga, Sheila, cállate y vamos a follar.

Y alcancé el orgasmo. Otro regalo. Qué generoso estaba últimamente.

Harold no me va a salvar. Harold no me va a suplicar que cambie de idea ni va a llamar a la policía ni a una ambulancia ni nada. Harold está igual de emocionado que yo con todo esto.

2 de julio. Voy a prepararlo todo. El sexo con Harold ha sido fantástico. Nadie ha tenido una despedida mejor. Y sin diafragma. Esto es el paraíso.

Pedí las flores. Un ramo enorme, me costó veintitrés con cincuenta. Rosas blancas de tallo largo y una tarjeta que dice: «Para Sheila, siento haberte matado. Ha sido por amor. Si hubieras aceptado casarte conmigo, no lo habría hecho. Con amor, Norm». No, no dije que había sido Norman y es imposible que esto le traiga problemas de verdad, pero que sufra un poco. Tal vez una pequeña investigación.

Hablé con el rabino Stine. ¡Menudo panegírico tiene preparado! Habla de espráis vaginales y todo. Dirá lo triste que es que una chica sienta que está obligada a casarse, y que tenemos que enseñar a nuestras hijas a ser personas además de esposas. Y que todas las personas allí presentes tienen la culpa de mi muerte. Muy dramático.

El rabino Stine va a sugerir que nadie envíe flores. En lugar de flores, envíen dinero a la Fundación en memoria de Sheila Levine. Yo sugerí que el dinero se utilizara para dar una beca a una chica que quiera ir a la universidad, pero no a la Facultad de Pedagogía, como querrá su madre.

Mi esquila. Harold tiene una copia para enviar inmediatamente al *New York Times*. «Sheila Levine, fallecida a la edad de treinta y un años. Licenciada en Arte Dramático por la NYU. SECRETARIA de Frank Holland, profesora en el Instituto 71. Murió porque no se había casado. Deja a su madre y a su padre.» ¿Crees que la publicarán?

Hasta tengo una foto para acompañar la necrológica, por si algún periódico la pide. Fui a un fotógrafo de la Octava. Un fotógrafo cualquiera con un montón de fotos de *bar mitzvás* y novias en el escaparate. Posé para la foto, intentando parecer muy digna en caso de que el *New York Times* quisiera publicarla, pese a que el

fotógrafo intentaba que sonriera con todos sus medios, menos bajarse los pantalones.

—Señorita, no vamos a conseguir una buena foto si no sonríe.

—No lo entiende. No quiero una foto sonriente.

—¿Para qué la quiere, para una necrológica?

Sonreí y me hizo la foto.

Mamá, papá, escuchad. Hay muchas cosas de última hora de las que no puedo encargarme. La gente enviará tarjetas y cartas de condolencia y tendréis que contestarlas. ¿Qué puedo decir? Por favor, escribid: Muchas gracias por vuestro afecto. Nuestra hija, Sheila, hubiera querido que a partir de ahora lo penséis dos veces antes de preguntarle a una chica soltera cuándo se va a casar.

Harold no para de decirme que vaya a la cama. ¿Y por qué no?

Harold se acaba de marchar.

—¿Sheila? —Después de follar.

—Sí.

—Sheila, me han invitado a ir a East Hampton el 4 de julio.

—Qué bien.

—¿No te importa?

—¿No me importa el qué?

—Que me pierda el entierro y eso.

—¿Cómo que te vas a perder el entierro?

—Un amigo mío, el que nos invitó a su casa en Nochevieja, me ha propuesto que cojamos mi coche y vayamos a los Hamptons la tarde del 3 de julio... y le he dicho que sí, más o menos.

—¿Le has dicho que sí?

—No creía que te fuera a importar.

—¿Que no me iba a importar? Harold, el 4 de julio es el funeral, ¿o se te ha olvidado?

—No se me ha olvidado. Pero pensaba que no te importaría.

—Pues sí me importa.

—No sé por qué. No sabrás quién estará en tu funeral o no.

—¿Cómo sabes que no lo sabré? ¡Igual sí lo sé! Quizá estaré viéndolo todo y partiéndome. ¡Me estaré riendo de ti, Harold!

—¡No me invitan a los Hamptons muy a menudo!

—Pues entonces ve. ¿Por qué no te vas ya, Harold? No quiero volver a verte. —Nunca más en mi vida. Y se marchó.

—Hola, ¿es la secretaria del señor Huntington? Me gustaría hacer un pequeño cambio en mi testamento. Quiero quitar a un tío que se llama Harold.

3 de julio. Es mañana. Anoche fue mi despedida de la vida y quiero que sepas que he dormido muy bien. Extremadamente bien, gracias. Nada de quedarme tumbada y despierta preguntándome si estoy haciendo lo correcto. En realidad, solo tengo dos cosas de las que preocuparme ahora: la vida después de la muerte y la reencarnación. Si existe la reencarnación y tengo otra vida, Dios, por favor, prefiero ser una rana que una soltera otra vez. ¿Y si acabo en el infierno? No estará tan mal comparado con Manhattan. Seguramente ahí abajo habrá un montón de solteras en la sección de suicidios.

Todo está listo. El apartamento está limpio. Tengo la ropa interior puesta. La ropa para el funeral está preparada. He cancelado todas las suscripciones a revistas, he pagado el alquiler y me desconectarán el teléfono a final de mes. La parcela está lista, el ataúd comprado, la lápida grabada. Harold no ha cambiado de opinión y tampoco merece la pena vivir por él. Todo está en orden y SÍ, ME HE TOMADO LAS PASTILLAS, todos los diablillos rojos del frasco.

Aún no siento nada. ¿Te acuerdas en el instituto, cuando el científico aquel se envenenó con la idea de grabar todo lo que le pasaba en nombre de la ciencia? ¿Te acuerdas? Aquí está Sheila Levine frente a la máquina de escribir, a la espera de sentir algo sin sentir nada de nada. Como el científico, ¿nos lo contaron en biología, Madeline? Da igual. Oí que el científico puso puntos cuando empezó a sentir los efectos. ¡PERO NO ME ESTÁ AFECTANDO! Voy a poner puntos en el papel y, cuando se acaben los puntos, sabrás que Sheila se habrá marchado.

Aquí vienen los puntos

.....

.....

.....

.....

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

¡Joder! Aún no siento nada.

.....
.....
.....
.....
.....

Oh, joder, no funciona. Las putas pastillas no funcionan y no siento nada. Joder.

Epílogo

No mucha gente consigue escribir un epílogo a su nota de suicidio. Sí, sí, me lavaron el estómago. Apuesto a que a Doris Day no le hicieron nunca un lavado de estómago.

Lo recuerdo todo como si fuera ayer; ocurrió hace dos días. Al cabo de un rato me sentí adormilada. Me tumbé en la cama sin olvidar que tenía que cruzar las piernas como una dama, a la espera del ángel de la muerte que me llevaría en brazos hasta las puertas del cielo. Oí que llamaban a la puerta, más fuerte, escuché el timbre, pero no tenía fuerzas para moverme. Había entrado en la dimensión desconocida.

Lo siguiente que recuerdo es que la puerta se vino abajo. No cayó como en una película de James Bond ni nada parecido. Alguien desatornilló las bisagras o algo. Ponerla de nuevo en su sitio va a ser un problema. De repente, había más hombres en mi apartamento que nunca. Los servicios de emergencia, creo. Si vuelvo a organizar una fiesta en la que haya hombres y mujeres, llamaré a los servicios de emergencia. Envían a un montón de hombres de golpe. Al menos tres me pasaron a una camilla. Volví a cruzar las piernas.

No hace falta decir que, aunque estaba muy débil, no lo estaba lo suficiente como para no sentir vergüenza ante la pareja joven, obviamente enamorada, que iba en el ascensor y que me miró por encima del hombro. Debería haber ascensores exprés para casos de suicidio. Estaba lo bastante consciente como para preguntar a uno de los que llevaban la camilla cómo lo habían sabido.

—Tu madre intentó llamarte. Como no respondías se puso nerviosa y nos llamó. Tenía la sensación de que algo no iba bien.

Mi madre la vidente-bruja que intervenía en mi vida y en mi muerte.

Recuerdo que me sacaron del ascensor, esos pobres hombres y sus pobres espaldas. Recuerdo darle una propina al portero al salir del edificio. Lo hice de verdad. Tenía veinticinco centavos en el bolsillo de la bata y se los di. Recuerdo que me metieron en la ambulancia. Recuerdo que me dejaron en la acera un momento

mientras abrían las puertas de la ambulancia. Atraje a una pequeña multitud. Todos tenían una expresión triste. Todas las caras felices de Nueva York se marchan de la ciudad el fin de semana del 4 de julio.

Debí de perder el conocimiento en la ambulancia, porque no recuerdo entrar al hospital ni nada. No tengo ni idea de lo que me hicieron. Fuera lo que fuera, me arrancaron la ropa interior buena. Lo siguiente que sentí fue estar en el cielo. Si abres lo ojos y ves a Warren Beatty y a cinco de sus amigos guapetones, ¿dónde creerías que estás?

«Ya está. Sheila, lo has conseguido, estás en el cielo. Aquí probablemente te concederán un deseo y está clarísimo que saben cuál es el mío», pensé.

Escuché voces diciendo que estaba volviendo en mí y yo no paraba de pensar. «¿Volviendo en qué?» Warren Beatty se acercó más, como si fuera a besarme, pero no lo hizo. No tenía ni idea de qué estaba pasando.

La confusión total duró unos minutos más y entonces:

—Sheila, cariño, ¿estás bien, cielo?

Ahí estaba esa voz, la misma voz que me había dicho que tenía que llevar un jersey encima de mi disfraz de Halloween. La voz que me trajo de vuelta a la realidad de forma inmediata. El doctor Beatty y sus amigos se transformaron en médicos residentes y el cielo no era más que una habitación de hospital en Bellevue.

Mi madre se mostró totalmente irracional con todo el asunto. No entendía cómo un frasco entero de pastillas para dormir había terminado en mi estómago por accidente. Mi padre, como siempre, no dijo nada.

Henry Rossman y el rabino Stine se cabrearon mucho conmigo. Rossman se enfadó porque cancelé la reserva de la parcela y porque le mentí. Me dijo que en treinta y seis años como director funerario nadie jamás había cancelado una reserva. Se sentía defraudado. Pero no tanto como el buen rabino. No me llamó en persona, lo hizo su secretaria. Me encontró a través de Rossman. Menuda bronca me echó la secretaria. Cómo me atrevía a malgastar el tiempo del rabino

con un suicidio falso. Por si no lo sabía, el rabino era un hombre muy ocupado.

Todo el mundo me decía que me alegrara, y lo hice. Pero no porque me lo hubieran dicho, fueron el doctor Warren Beatty y sus residentes los que lo consiguieron. Pululaban a mi alrededor a todas horas comprobando esto y aquello. (Me habían puesto la cosa esa intravenosa, agua con azúcar. Justo lo que necesitaba que me metieran en el cuerpo, ¿que no?) Sí, fueron esos hombres y sus batas blancas los que me devolvieron las ganas de vivir. Todos son atractivos y están preocupados, o lo parecen. Me sonríen. Lo único que necesito es a uno de los seis.

Voy a volver a mi piso. (Transformaré el ataúd en un sofá.) Buscaré un trabajo nuevo. Soy mayor que las mujeres de las agencias de empleo, tal vez me escuchen por respeto. Igual dejaré de usar «señorita» Levine. Tal vez escriba un artículo para el *Reader's Digest*: «Soy el cadáver de Sheila».

En unos cinco minutos, uno de esos hombres con bata vendrá a husmear. Nunca se sabe cuándo uno de ellos entrará en la habitación, le echará un vistazo a la cuña y me pedirá matrimonio. ¿Quieres saber una cosa? Mamá, papá, rabino, escuchadme. No quiero morir. ¡Quiero salir con chicos! Espero por favor, por favor, que alguien haya vuelto a poner la puerta de mi piso en su sitio.

1 Como Moore —especialmente la Moore de *Autoayuda*—, Parent es una incuestionable genia para el buenísimo chiste malísimo. Un ejemplo entre muchos que encontrarán en estas páginas: «En cuanto vi París, supe que quería vivir allí algún día. La primera noche pensé en cambiarme el nombre a Le Vine».

2 Cuyos títulos de apertura pueden «leerse» —verlos aquí: <<https://vimeo.com/51914620>>— casi como un irrealizable sueño húmedo de la pobre heroína de este libro que están a punto de empezar a leer y de ya no soltar.

3 Otro destacable —aunque virado a lo dramático— *spin-off* de *The Mary Tyler Moore Show* fue la serie *Lou Grant*, con Ed Asner en el rol protagónico.

4 Demencial y muy anticipada a su tiempo (se emitió durante 1976-1977) parodia de las telenovelas cuyo título llevaba el nombre dos veces porque, según Parent, «en las *soap-operas* todo siempre se dice dos veces».

5 Parent —ganadora de dos Emmy— está considerada una de las próceres de la televisión norteamericana y está bien que así sea. Y se la puede ver y oír recordando todo aquello aquí: <<http://www.emmytvlegends.org/interviews/people/gail-parent>>.

6 La gracia del título alude directamente a una muy celebrada *revue* de por entonces: *Jacques Brel Is Alive and Well and Living in Paris* (*Jacques Brel est sain et sauf et vit à Paris*); musical que traducía al inglés la vida y obra del celebrado *auteur-compositeur-interprète*.

7 En el suplemento de libros de *The New York Times* se celebró, con justicia y precisión, sus «observaciones pragmáticas y gags de una línea» consiguiendo «una iluminadora mezcla».

8 Así habló Sheila: «Muchos chicos judíos, como Portnoy, crecieron en una relación de amor-odio con sus madres judías, por lo que juraron casarse con chicas no judías. Así que resulto poco atractiva desde un punto de vista étnico. Las chicas rubias de pecho plano están de moda; las judías, polacas e italianas, no». Y fueron muchos los críticos literarios y académicos (Ellen Prell entre ellos) que, en su momento, propusieron a Sheila Levine como contracara/antídoto hembra al personaje de Philip Roth en *El lamento de Portnoy* (1969). Sheila como «una protesta contra los estereotipos de lo femenino manejados por los escritores judíos en lo que hace a las mujeres de su raza». Parent, sin embargo, se desentendió del asunto: «Lo único que me interesaba era contar lo que sucedía en un momento en que las mujeres estaban bajo mucha presión pero, al mismo tiempo, *también* se divertían mucho». Tampoco le preocupa a Parent que su novela no haya sido asimilada como artefacto canónico a diseccionar en universidades. «Puesta a elegir, prefiero esto de más de cuarenta años después seguir recibiendo cartas de fans de Sheila», sentenció no hace mucho.

[9](#) Una nota personal: leí —y reí— por primera vez *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York* en los años setenta, en esa traducción de Pomaire de portada azul y letras amarillas y blancas, al mismo tiempo que descubría a J. D. Salinger en Bruguera y en Alianza. Y me resultó imposible no compaginar a las chicas traumatizadas de «Franny», «Justo antes de la guerra con los esquimales» o «El tío Wiggily en Connecticut» con la antiheroína de Parent. Y atención aquí a ese secundario de primera (entre muchos otros) que es Linda Minsk, amiga de Sheila y fiel lectora de la revista *Mad* y capaz de dejar a un novio porque (ella lo leyó diecisiete veces y sumando) no leyó *El guardián entre el centeno*.

[10](#) A saber: «Sí, la gente habla de Sheila Levine, coautora del último libro de Randolph. Bueno, tal vez no coautora, pero dedicado a... Este libro se lo dedico a Sheila Levine, mi amor, mi mujer. No podría haberlo hecho sin ella. Las dedicatorias crecerían con los años a medida que tuviéramos hijos. Este libro se lo dedico a mi querida esposa, Sheila Levine Swernson, y a nuestros queridos hijos, Medea y Zacharia».

[11](#) Afortunadamente no habían teléfonos móviles ni redes sociales ni emoticones ni ciento cuarenta caracteres máximo; lo que nos habría privado de la elocuencia sin limitaciones de Sheila. Y los sueldos eran más bajos, pero no era imposible mudarse a la Gran Manzana teniendo en cuenta que por entonces Manhattan no es el Parque Temático *deluxe* que es hoy sino una metrópoli más bien sórdida y estaba casi en quiebra. En este sentido, la ciudad que cuentan Parent & Levine viene a ser algo así como la versión *diet* pero igual de indigesta de la que se ve en films como *Midnight Cowboy* y *Taxi Driver*, o en esa otra película/novela que nos muestra algo así como la posterior versión feroz y X-Rated de Sheila que es *Buscando al señor Goodbar* (1975) que firmó Judith Rossner y que Richard Brooks llevaría a la pantalla con Diane Keaton en el rol protagónico. Lo de Gail Parent es como lo de Neil Simon pero con resaca.

[12](#) Acusación a partir de dichos como este: «Linda, Linda, Linda, ¿cuándo aprenderás? Cualquiera que tire la basura en cajas tiene que ser marica. Te apuesto lo que quieras a que dentro de las cajas había perfiladores viejos». Linda, claro, piensa que todo homosexual en realidad solo es un hombre confundido a la espera de que aparezca en su vida «la chica adecuada». Pero Sheila *knows best*: «¡No, Linda! Más de una chica ha dedicado su vida, sí, su vida, a intentar convertir a un hombre que prefería a otros hombres en un hombre que prefiere a las mujeres. Yo, sin ir más lejos, Sheila la experta, caí en la trampa. Muchas jóvenes han sentido que ellas eran la mujer adecuada, la única que podía conseguirlo. No funciona. Se le puede analizar todo lo que quieras, se le puede aplicar terapia de choque además de entregarle tu amor incondicional, pero él seguirá prefiriendo a su amiguito de East Hampton antes que a ti. Para algunas chicas, enamorarse de gays se ha convertido en una costumbre. ¿Por qué? No lo sé con seguridad. ¿Tienen miedo de los hombres pero no

están listas para las mujeres? ¿Alimentan su ego? "No te lo vas a creer. Conocí a un hombre al que toda la vida le habían gustado otros hombres, pero me ha conocido a mí y yo soy la única que ha podido traerle al bando correcto." No lo intentes, Linda. No lo intentéis, ninguna. No funcionará. Seréis amigos, quizá acabéis en la cama un par de veces, quizá os caséis con él, pero mientras otros papis vayan a llevar a sus hijos al partido de béisbol, vuestro marido se escapará a un bar gay». Pero Sheila no se priva de declararse a un amigo gay, y proponerle tener sus hijos y que él «podría seguir acostándose con hombres cualquier noche de la semana y no me importaría». Y a propósito: ¿cuál es la contraparte gay-novelística contemporánea a/de *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York*? Aquí está y ojalá que, también, se reedite pronto: *PS: tu gato está muerto*, de James Kirkwood, Jr., también coguionista y ganador de un Pulitzer por el musical ya clásico *A Chorus Line*.

[13](#) En 1975, dirigida por Sidney J. Furie, con guion de su viejo socio Kenny Solms (y colaboración de Parent) y con Jeannie Berlin y Roy Scheider a la cabeza del reparto. En su célebre guía de películas, Leonard Maltin la despacha a quemarropa con un «Está muerta». Y punto. Un nuevo intento de Parent por convertir su gran personaje en serie de TV y redimirlo se quedó, en 1977, en nada más que el piloto de *Sheila*. Comenta Parent: «La película fue un error colosal por mi parte. Pero nunca me van a permitir que lo olvide: la siguen pasando por cable tantos años después». A no perder la esperanza, Gail: si hay justicia en este mundo, más temprano que tarde, tu novela se convertirá en musical de Broadway. Sin tomar prisioneros: con puesta en escena de Todd Solondz y canciones con letra y música de Randy Newman, por favor.

[14](#) Esto es verdad: la madre de Parent alguna vez fue coronada como Miss Atlantic City (no Miss Coney Island) y, por supuesto, apenas concluido su mandato, se casó a la velocidad de la luz con un ejecutivo de Wall Street.

[15](#) *Dick and Jane* es una serie de cuentos estereotipados que se usaban en el colegio para aprender a leer. (*N. de la T.*)

[16](#) Barrio de Brooklyn donde viven muchas familias de emigrantes judíos de la segunda guerra mundial. (*N. de la T.*)

[17](#) Se decía que Fire Island era una isla en la que no había coches, «solo carretillas o pies descalzos». (*N. de la T.*)

[18](#) Chivato en inglés. (*N. de la T.*)

«Suicidarse es subirse en marcha a un coche fúnebre.»

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de [Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York](#).

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroide>) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

Gail Parent (1940) se graduó en la Universidad de Nueva York, después se mudó a Los Ángeles con su marido, donde ha desarrollado una exitosa carrera escribiendo para cine y televisión. Ha sido guionista en series de televisión tan famosas como *Las chicas de oro*, *Muñecas* o *The Carol Burnett Show*. En 1971 publicó su primer y único libro, la novela *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York*, que se convirtió en un *best seller*.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

Diario de un ama de casa desquiciada, Sue Kaufman

Tantos días felices, Laurie Colwin

Una mujer de recursos, Elizabeth Forsythe Hailey

Table of Content

[Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York](#)

[Prólogo](#)

[GIRL, o El Lamento de Sheila](#)

[Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York](#)

[Los hechos](#)

[De los cuatro años a los veintiuno, incluido el episodio sobre cómo perdí la virginidad](#)

[De trabajos y apartamentos; la señorita Burke y la señorita Melkin](#)

[Halloween y otros problemas](#)

[Europa](#)

[El segundo año](#)

[Fire Island](#)

[La boda \(no la mía\).](#)

[Ya vale](#)

[Planes](#)

[Harold](#)

[Fin](#)

[Epílogo](#)

[Colofón](#)

[Nota biográfica](#)

[Recomendaciones Asteroide](#)

Table of Contents

[Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York](#)

[Prólogo](#)

[GIRL, o El Lamento de Sheila](#)

[Sheila Levine está muerta y vive en Nueva York](#)

[Los hechos](#)

[De los cuatro años a los veintiuno, incluido el episodio sobre cómo perdí la virginidad](#)

[De trabajos y apartamentos; la señorita Burke y la señorita Melkin](#)

[Halloween y otros problemas](#)

[Europa](#)

[El segundo año](#)

[Fire Island](#)

[La boda \(no la mía\).](#)

[Ya vale](#)

[Planes](#)

[Harold](#)

[Fin](#)

[Epílogo](#)

[Colofón](#)

[Nota biográfica](#)

[Recomendaciones Asteroide](#)